

MURMULLOS DE LA HISTORIA

Félix Julio Alfonso López



Edición y corrección: Nuriem de Armas Rodríguez
Diseño y composición: Rocío de la Caridad Ruíz Rodríguez
Ilustración de cubierta: *El ascenso*. 2022. Acrílico sobre lienzo
de Manuel López Oliva

Sobre la presente edición:

© Félix Julio Alfonso López, 2023

© Biblioteca Nacional de Cuba José Martí, 2023

ISBN: 978-959-7137-78-8

Ediciones Bachiller, Biblioteca Nacional de Cuba José Martí
Avenida de Independencia y 20 de Mayo, Plaza de la Revolución
La Habana, C. P. 10 400, Cuba

MURMULLOS DE LA HISTORIA



El autor agradece al Dr. Julio César González Pagés y a la Agencia Suiza para el Desarrollo y la Cooperación (COSUDE) la generosa ayuda brindada para la realización de este libro.



Schweizerische Eidgenossenschaft
Confédération suisse
Confederazione Svizzera
Confederaziun svizra

**Agencia Suiza para el Desarrollo
y la Cooperación COSUDE**

MURMULLOS DE LA HISTORIA

Félix Julio Alfonso López



BIBLIOTECA
NACIONAL
DE CUBA
JOSÉ MARTÍ



EDICIONES
BACHILLER

Los historiadores trabajan con el murmullo de la historia

Ricardo Piglia

*Por gratitud dedico este libro a la Biblioteca
Nacional de Cuba José Martí y a mi inolvidable
amiga, la Dra. Ana Cairo Ballester (1949-2019)*

Inmerecido privilegio me otorga el autor al solicitarme una página introductoria a este libro. Seguramente, por su intención de refrendar el vínculo con la biblioteca. No solo con una específica, como la Biblioteca Nacional de Cuba José Martí, donde ha transcurrido buena parte de su tiempo como investigador y transcurrió el de varios de los grandes autores nuestros que aquí estudia. Félix Julio Alfonso va más allá, elogia la entidad bibliotecaria misma, aquella donde Borges imaginó la figuración del Paraíso. Nace así la armazón de su título.

Desde la cita de bienvenida, del notable escritor argentino Ricardo Piglia, explica la cifra del volumen: *Murmullos de la historia*. Certifica el lugar desde el cual Alfonso observa los hechos históricos y a pensadores, poetas, narradores, así como las aproximaciones a estos acumuladas en el tiempo. Nos devuelve, por tanto, un libro sobre historia e historiografía.

Engarza su propia visión con una amplia cultura de discernimientos. Descubre, afirma, polemiza y, sobre todo, asienta. Lo hace desde una voluntad literaria. De ahí la prosa hermosa y apretada, nada retórica, abierta a especulaciones, a futuros acercamientos con la conciencia de un viaje infinito.

Es la travesía del historiador, sucesivos acometimientos, tras la ruta de permanentes intereses, a múltiples hechos, entidades y autores, a veces motivados por aniversarios, de uno u otro tipo, que sirven de pretexto para bucear en los “agujeros negros” de la historia, la fuente remota de sonidos y murmullos.

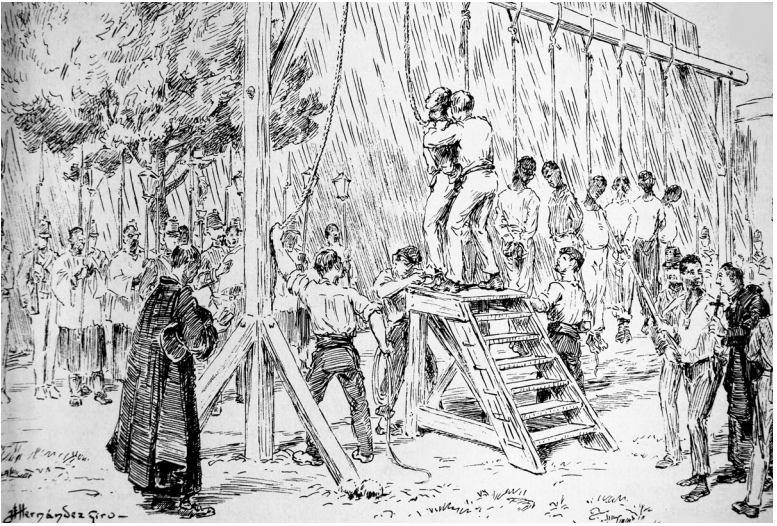
De una manera, digamos pragmática, *Murmullos...* sirve de manera expedita al conocimiento histórico de cada una de las personalidades o materias estudiados porque Alfonso López sintetiza la historiografía anterior sobre hechos y figuras. Pero no es un repaso en modo escolar, es un buceo muy personal donde

refulgen los hallazgos de este dedicado historiador, pleno sin dudas, en el cruce entre historiografía y literatura.

La fascinación crecerá en tanto nos adentremos en el laberinto, acechados por los dragones entre los estantes de la biblioteca: José Antonio Aponte, Fernando Ortiz, Julio Travieso, la *Revista Bimestre Cubana*, Agustín Acosta, Eliseo Diego, Manuel Moreno Friginals, Ramiro Guerra, Cintio Vitier...

En el umbral de *Murmullos de la historia* les transfiero a ustedes, lectores, el privilegio de sus páginas. Aunque no es un libro resultante de una investigación unívoca, sí lo es de una ambición de vida.

OMAR VALIÑO CEDRÉ
Director de la Biblioteca
Nacional de Cuba José Martí



JOSÉ ANTONIO APONTE EN LA HISTORIOGRAFÍA Y LA LITERATURA CUBANA

A la memoria de Gloria García

¿Qué se sabía del negro conspirador Aponte, muerto en 1812, con ocho de sus comps.? Vivía en la calle de Jesús Peregrino.

JOSÉ MARTÍ

Desde la gran revolución haitiana de 1790, el gobierno colonial y los plantadores criollos vivían bajo la zozobra de que los vientos levantiscos de la vecina Saint Domingue llegaran a Cuba, y por esa razón trataron de impedir el contacto de la población con sus ideas, y hasta físicamente, con aquellos generales haitianos que, como Jean François, Biassou y el dominicano Gil Narciso, habían combatido del lado español contra los ejércitos franceses. Entre los que pretendían dar la bienvenida a los oficiales haitianos que en 1796 tocaron la rada habanera camino del exilio, estaba el artesano y miliciano José Antonio Aponte, criollo libre que era miembro de la cofradía de San José, formada por carpinteros negros, y también de la cofradía de la Virgen de los Remedios, ambas con sede en el Convento de San Francisco de Asís.¹

Años más tarde, y en el contexto de la invasión napoleónica a España, la burguesía esclavista trató de impulsar un tímido movimiento juntista en la Colonia, en cooperación estrecha con las autoridades, donde sobresalían los más conspicuos miembros de dicha clase. Este intento no tuvo éxito, y la sacarocracia criolla encadenó definitivamente su destino político al de su Metrópoli, único poder capaz de defender sus intereses económicos y garantizar la esclavitud en las plantaciones, como afirma con sagacidad el historiador español Pablo Tornero:

¹ María del Carmen Barcia, “Conspiración de Aponte: entre el éxito subversivo y el fracaso insurgente”, *Cuba: acciones populares en tiempos de la independencia americana*, Matanzas, Ediciones Matanzas, 2011, pp. 134-135.

La oligarquía del azúcar sacrificó la soberanía y la descolonización de Cuba en función de su sueño azucarero-esclavista. Es por ello mismo una clase frustrada, impotente, incapacitada para desarrollar su futuro. En el fondo, era consciente de la debilidad de un sistema productivo que tenía en el esclavismo, la monoproducción y en la dependencia de los mercados externos la base de su continuidad y al tiempo conocía que ello era la hipoteca que gravitaría constantemente sobre Cuba y determinaría su devenir.²

Por tal motivo, las principales conspiraciones del periodo 1808-1826 en Cuba fueron protagonizadas mayoritariamente por aquellas clases y sectores sociales extraños a los plantadores esclavistas, representantes en su mayoría de las capas medias, profesionales, intelectuales, artesanos, negros criollos libres y esclavos. Una de las primeras conspiraciones de talante separatista que se produjeron en el año 1810, estuvo encabezada por Román de la Luz, Joaquín Infante y Juan Francisco Bassave, quienes pertenecían a logias masónicas.³ Todos eran criollos blancos, Luz era propietario del ingenio Espíritu Santo y en el caso de Bassave, era capitán de milicias y gozaba de renombre en los barrios populares y entre los batallones de pardos y morenos libres, a uno de los cuales perteneció José Antonio Aponte como cabo primero.⁴

² Pablo Tornero, "Azúcar, esclavitud y racismo: oligarquía criolla y colonialismo en Cuba", *Caravelle*, no. 85, 2005, p. 40.

³ Sobre estos movimientos conspirativos véase: María del Carmen Barcia, *Cuba: acciones populares en tiempos de la independencia americana*, Matanzas, Ediciones Matanzas, 2011.

⁴ Véase: José Luciano Franco: *Las conspiraciones de 1810 y 1812*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1977. María del Carmen Barcia discrepa de Franco en su percepción de que "la tarea realmente revolucionaria y popular de la conspiración" fue la de Bassave, porque gozaba de alguna popularidad en los barrios más humildes de la capital, y añadía que Aponte "fue reclutado por éste". Según Barcia: "No obstante, en la información que existe, no hay elemento alguno que soporte este criterio, el propio Bassave escribe peyorativamente sobre los negros y dice que delató, ante el capitán general, la conspiración. Es posible que en el imaginario popular se tejiesen leyendas en torno a lo ocurrido, pero ningún dato del expediente permite llegar a esa conclusión". María del Carmen Barcia, *Cuba: acciones populares en tiempos de la independencia americana*, op. cit., p. 109.

En los primeros meses de 1812, nuevamente se pusieron al día las conspiraciones en La Habana, esta vez encabezadas por José Antonio Aponte, quien junto a sus lugartenientes Hilario Herrera, Francisco Javier Pacheco, Clemente Chacón, Salvador Ternero, Juan Barbier, José del Carmen Peñalver y Juan Bautista Lisundia, vertebraron un vasto movimiento de negros libres y esclavos por toda la Isla, cuyas ramificaciones llegaron hasta Remedios, Puerto Príncipe, Bayamo, Jiguaní, Holguín y Baracoa.⁵ El plan en la capital consistía en distraer la atención policial con incendios en las casas de extramuros, mientras los conjurados tomaban los principales cuarteles y castillos, y con las armas obtenidas llamaban a la insurrección a las dotaciones de los ingenios. Confiaban, además, en obtener ayuda del rey haitiano Henry Christophe y del general dominicano Gil Narciso.⁶

El 15 de marzo de 1812, Barbier, Lisundia y Pacheco sublevaron la dotación del ingenio Peñas Altas, en las inmediaciones de La Habana, pero fracasaron en hacer lo mismo con los ingenios aledaños.⁷ Delatados a las autoridades, pocos días después Aponte y sus seguidores fueron hechos prisioneros y tras un rápido proceso, a las nueve y media de la mañana del 9 de abril de 1812, fueron ahorcados y la cabeza de Aponte cortada y exhibida en una jaula

⁵ Sobre las ramificaciones de la conspiración de Aponte en otros escenarios regionales cubanos véase: Matt D. Childs, “¿Nuestro hombre (solamente) en La Habana?: Las rebeliones de Aponte en las provincias de Cuba” en: *José Antonio Aponte: perspectivas interdisciplinarias*, La Habana, Instituto Cubano de Investigación Cultural Juan Marinello, 2019, pp. 57-74.

⁶ María del Carmen Barcia, *Los ilustres apellidos: negros en La Habana colonial*, La Habana, Ediciones Boloña, 2008, pp. 292-293.

⁷ Gloria García, *Conspiraciones y revueltas. La actividad política de los negros en Cuba (1790-1845)*, Santiago de Cuba, Editorial Oriente, 2003, pp. 66-74. La más exhaustiva investigación realizada hasta el presente sobre estos hechos ha sido publicada por el historiador Matt D. Childs con el título *The 1812 Aponte Rebellion in Cuba and the Struggle against Atlantic Slavery*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2006. Sobre esta edición véase la reseña crítica de María del Carmen Barcia Zequeira, “Sobre José Antonio Aponte y su época”, *A Contracorriente. Revista de historia social y literatura de América Latina*, vol. 5, no. 2, Spring 2008, pp. 243-251. Fue traducida al español como *La rebelión de Aponte de 1812 en Cuba y la lucha contra la esclavitud atlántica*, Santiago de Cuba, Editorial Oriente, 2011.

de hierro, en la puerta de la casa donde residía, al comienzo de la Calzada de San Luis Gonzaga.⁸ Las cabezas cercenadas de los otros conjurados corrieron idéntica suerte, la de Chacón se remitió al lugar donde residía en el Puente de Chávez, la de Lisundia al ingenio Peñas Altas y la de Barbier al ingenio Trinidad.

Un testigo de aquellos sucesos, Antonio José Valdés, quien escribe una historia de Cuba y de La Habana en 1813, se declaró incapacitado para tratar la multitud de acontecimientos que rodearon la última etapa del gobierno del marqués de Someruelos. Entre ellos menciona: "...los movimientos de negros para robar y arrojar los franceses naturalizados, la erección de una Junta de represalias, la ejecución pública del comisario Alemán, las pretensiones de la Carlota sobre esta isla, la sedición del negro Aponte y sus secuaces, la libertad política de imprenta (...) todo forma un cúmulo de eventos que ya desconfió de saber desenvolver, con la extensión y claridad necesaria".⁹

Posterior a su ejecución, se levantó una leyenda negra contra el carpintero tallador, dando lugar a una frase en el imaginario popular que identificaba la perversidad de una persona tildándola de ser "más malo que Aponte". Un ejemplo persuasivo de esta afirmación aparece en la obra del burócrata colonial y oficial de voluntarios Justo Zaragoza, quien consigna, refiriéndose a los hechos de 1812: "Al frente de los levantados y como principal iniciador figuró, en aquella formidable conspiración, un negro libre llamado José Antonio Aponte, de capacidad no común en los de su raza, y de tan perversas condiciones de carácter, que dio origen al adagio de «*más malo que Aponte*», con que aún hoy se indica en Cuba a los malvados".¹⁰

⁸ La geografía histórica de la rebeldía de Aponte en La Habana ha sido estudiada por Carlos Venegas Fornias en su artículo "La Conspiración de Aponte, lugares de la memoria", en: *José Antonio Aponte: perspectivas interdisciplinarias*, op. cit., pp. 75-92.

⁹ Antonio José Valdés, "Historia de la isla de Cuba y en especial de La Habana", [1813] Reproducida en: Rafael Cowley y Andrés Pego (editores), *Los tres primeros historiadores de la Isla de Cuba*, Habana, Imprenta y Librería de Andrés Pego, 1877, tomo III, p. 351.

¹⁰ Justo Zaragoza, *Las insurrecciones en Cuba*, Madrid, Imprenta de Manuel G. Hernández, 1872, tomo I, p. 255.

Jacobo de la Pezuela, historiógrafo español de vasta obra relacionada con Cuba, fue menos agresivo con la memoria de Aponte, en el sentido de concederle una cierta ilustración, cuando lo llama “amante de novedades y lecturas”; sin embargo, coincide en la imputación de que pretendía “mucho más que a la emancipación de su casta a transformarla en Señora de la blanca en toda la isla”. La muerte violenta del líder de la sublevación, concluye Pezuela, constituyó un “saludable castigo (...) que ahogó por mucho tiempo todo espíritu de sedición en las clases de color y exhortó a los hacendados a velar sobre las dotaciones de sus fincas con más cuidado que antes”.¹¹ Treinta y seis años más tarde, Pezuela se refiere a Aponte como “negro libre, de resolución y travesura (...) se disponía a realizar sus esperanzas de ser otro Toussaint en Cuba, aunque por fortuna sin los elementos y ocasiones que aprovechó en Santo Domingo aquel caudillo”.¹²

Entre los historiadores cubanos, dos matanceros contemporáneos mencionaron a Aponte en sus respectivas obras: Pedro José Guiteras en *Historia de la Isla de Cuba* (1865-1866) y Emilio Blanchet en *Compendio de la historia de Cuba* (1866), premiada por el Liceo de Matanzas con una medalla de oro. Guiteras copia, sin mencionarlo, el texto de Pezuela referido al ebanista habanero y solo agrega que: “No obstante las prudentes medidas que tomó Someruelos para tener secretas estas noticias, la publicidad usada por las Cortes hizo que circularan con los periódicos de Cádiz y que apoderadas de ellas el pueblo cudiesen alteradas y abultadas por la isla asegurándose que se había resuelto la abolición en el término de diez años; lo cual produjo conmociones en algunos puntos que causaron perjuicio a los intereses particulares y la muerte de algunos desgraciados”.¹³

¹¹ Jacobo de la Pezuela, *Ensayo histórico de la Isla de Cuba*, Nueva York, Imprenta Española de R. Rafael, 1842, pp. 440-441.

¹² Jacobo de la Pezuela, *Historia de la Isla de Cuba*, Madrid, Carlos Bailly-Bailliere, 1878, tomo III, pp. 427-428.

¹³ Pedro José Guiteras, *Historia de la Isla de Cuba*, segunda edición con correcciones inéditas por el autor y un prólogo de Fernando Ortiz, La Habana, Cultural S. A., 1928, tomo III, p. 26.

Blanchet coloca la sublevación de Aponte como un evento desdichado, comparable en el orden social al gran siniestro ocurrido en la ciudad de Santiago de Cuba: “Entre las desgracias que se agolparon en esta época es preciso mencionar un vasto y fatal incendio en Santiago de Cuba y la formidable conspiración del negro libre José Antonio Aponte, el cual intentó dar a su raza el dominio de la Isla. Consecuencias de su trama se creyeron los asesinatos de blancos, los incendios y las rebeliones de esclavos ocurridas en varios hatos, potreros e ingenios”.¹⁴

Otra muestra elocuente sobre la “maldad intrínseca” de aquel revoltoso precursor, la encontramos en la hoja de vida que le adjudicó Francisco Calcagno en su inefable *Diccionario biográfico cubano*: “Negro libre, natural de La Habana, cuyo oficio se dice haber sido los de sicario y raptor asalariado al servicio de algunos desordenados potentados de su época (...) Se asegura que hipócritamente acompañaba al *Rosario* que de la iglesia de la Merced salía todas las noches a rezar y recoger limosnas por las calles de La Habana. En 1812 y bajo el gobierno de Someruelos fraguó una conspiración entre los de su color cuya mira era asesinar a todos los blancos, quedarse con las blancas y establecer aquí un imperio por el estilo del de Soulouque”.¹⁵ Es comprensible que con semejantes acusaciones de secuestrador, simulador y asesino lascivo, la novela de este mismo autor dedicada a la figura de Aponte fuera un panfleto de escaso mérito literario, donde reproducía la imagen racista de un hombre bárbaro que intentaba aniquilar la población blanca e instaurar un imperio negro, a imagen y semejanza del Haití posrevolucionario.¹⁶

En Puerto Príncipe, uno de los epicentros de la conspiración, el cronista Juan Torres Lasqueti, en su *Colección de datos históricos-geográficos*

¹⁴ Emilio Blanchet, *Compendio de la historia de Cuba*, Matanzas, Imprenta de la Aurora del Yumurí, 1866, p. 108.

¹⁵ Francisco Calcagno, *Diccionario biográfico cubano*, New York, Imprenta y Librería de Néstor Ponce de León, 1878, p. 40.

¹⁶ Francisco Calcagno, *Aponte*, Barcelona, Tipografía de Francisco Costa, 1901.

y estadísticos de Puerto Príncipe y su jurisdicción (1888), anota en la entrada de 1812, que en el Cabildo correspondiente a 17 de enero de aquel año, se excusó el Teniente Gobernador de presidir el acto “por estar entendiendo en la causa de sublevación intentada por los negros”. En la sesión del siguiente día se propuso aumentar las guarniciones “en vista del deseo vehemente que inflama a los negros para proyectar su libertad, tratando de venir a la fuerza contra el pueblo para conseguirla”. Los atemorizados concejales se constituyeron en sesión permanente para atender la crisis provocada, propusieron que “salieran los alcaldes con gente armada a los puntos donde se supone que están los negros soliviantados” y acordaron “gratificar con cien pesos al que aprehendiese vivo o muerto a algunos de los negros nombrados Pedro Manuel y Pablo, esclavos que se decían ser de don Juan de Dios Betancourt”. Finalmente consigna que: “no se limita solo a esta villa el movimiento insurreccional de los negros; extendióse también a las jurisdicciones de Holguín, Bayamo, Trinidad y La Habana, donde fue ahorcado el caudillo moreno libre José Antonio Aponte”.¹⁷

La historiografía republicana tuvo sobre la figura de Aponte posturas ambivalentes, con autores que destacaron su legado para las luchas abolicionistas o incluso independentistas, y otros que lo mencionaron de manera episódica o coyuntural. En una de las primeras obras de corte nacionalista publicadas en el siglo xx, el libro del exautonomista Vidal Morales y Morales *Iniciadores y primeros mártires de la revolución cubana* (1901), dedicada a exaltar el patriotismo criollo, el capítulo inicial aborda las conspiraciones de Román de la Luz y la de los Rayos y Soles de Bolívar. Sin embargo, la conspiración antiesclavista de Aponte de 1812 no existe de manera singular en esas páginas, y tan solo se menciona su apellido, relacionado con la conjura de Román de la Luz Sánchez Silveira,

¹⁷ Juan Torres Lasqueti, *Colección de datos históricos-geográficos y estadísticos de Puerto Príncipe y su jurisdicción*, prólogo de Habana, Imprenta El Retiro, 1888, pp. 138-141.

quien para evadir su compromiso patriótico se atribuyó haber denunciado aquella tentativa de 1810, como algo tramado “por la gente de color”.¹⁸ Román de la Luz fue indultado por las Cortes de Cádiz de 1812, y pidió a este consejo que depurara su responsabilidad en los hechos por los que había sido condenado, lo que condujo a Vidal Morales a la conclusión falaz de que: “Es, pues, un hecho cierto que Román de la Luz y Luis F. Bassave estuvieron procesados en la causa de conspiración de negros, de la cual era jefe Aponte”.¹⁹

Una obra contemporánea del ensayo de Morales, *Páginas para la historia de la Isla de Cuba* (1900), del veterano conspirador matancero Juan Arnao, es quizás la primera en reivindicar el lugar de Aponte en el devenir de las luchas emancipadoras cubanas del siglo XIX, homologándolo curiosamente como una suerte de Cristo negro redentor:

Como una reminiscencia que no debe perecer en la obscuridad del olvido, cumple a la historia consignar la muerte en horca de José Antonio Aponte, por ser el primer cubano que soñó la bella inspiración de rebelarse contra la dominación española de un modo práctico. Pagó con su sangre su arrojada fantasía, dejando tan solo en la memoria del pueblo de su cuna, la remembranza de un adagio que invertido en su moral esencia se repite todavía por punto de comparación bajo las frases siguientes: “Es más malo que Aponte”. Hasta la santa causa de Cristo fue anatemizada por la tiranía...²⁰

Desde el punto de vista documental, el *Boletín del Archivo Nacional* dio a conocer en 1909 una pequeña parte del proceso contra Aponte, contenido en el Fondo Asuntos Políticos (específicamente

¹⁸ Vidal Morales y Morales, *Iniciadores y primeros mártires de la Revolución cubana*, prólogo del Dr. Nicolás Heredia, Habana, Imprenta Avisador Comercial, 1901, p. 12.

¹⁹ Ídem, p. 13.

²⁰ Juan Arnao, *Páginas para la historia de la Isla de Cuba*, Habana, Imprenta La Nueva, 1900, pp. 57-58.

el legajo 12, no. 14), pero esta evidencia no parece haber tenido mucho impacto entre los estudiosos contemporáneos.²¹ Prueba de lo anterior es que el abogado matancero Roque E. Garrigó, cuando acopiaba datos para su erudita *Historia documentada de la Conspiración de los Rayos y Soles de Bolívar* (1929), trabajó con los fondos del Archivo Nacional y revisó el sumario seguido contra Aponte, a quien consideraba “instruido en los rudimentos del saber, que gustaba leer libros” y hombre astuto, dueño de una “psicología aguda, especuladora, empapada del medio”;²² pero apenas le prestó atención, amparado en el hecho de que se necesitaba tiempo para realizar un “examen más detenido del casi ilegible proceso de Aponte (...) no consideramos agotado el estudio de la conspiración y guerra de Aponte; aún quedan muchos puntos oscuros que solamente con un tiempo que no disponemos, dedicados al estudio del proceso en el Archivo Nacional, lo que requiere pacientes y cuidadosas horas, dada la carcomida y borrosa condición de sus páginas”.²³ No obstante tales aprensiones, Garrigó reclamó para la insurrección de Aponte una mayor visibilidad y enaltecimiento entre los estudiosos del pasado cubano:

Con cuanto queda dicho, puede afirmarse que no merece este movimiento insurreccional cubano, la indiferencia con que ha sido tratado por algunos de nuestros historiadores, (...) y a fe, que ni el héroe y mártir, José Antonio Aponte ni su colaborador el general dominicano François, son acreedores a que sus nombres corran envueltos en la niebla de una leyenda fabulosa, en la que solo brilla algún dicitario, sino que, por el contrario, siguiendo las prédicas del académico Sr. Llaverías, la historia se reconstruya, dándole el lugar que se merecen en el recuerdo

²¹ *Boletín del Archivo Nacional*, año VIII, no. IV, julio-agosto, 1909. La causa contra Aponte puede ser consultada en el Fondo Asuntos Políticos, legajo 12, números 13, 14, 16, 17, 18, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26 y 27; legajo 13, números 1, 15, 18 y 38; legajo 14, números 1 y 19 y legajo 214, números 80, 81, 82, 96 y 100.

²² Roque Garrigó, *Historia documentada de la conspiración de los Soles y Rayos de Bolívar*, La Habana, Imprenta El Siglo XX, 1929, tomo I, p. 105.

²³ Ídem, p. 112.

de la patria, bien distinto por cierto al de su oscurecido final y la repulsión histórica que le rodea, ya que la determinación de su pensamiento y de su acción, no podía ser otra en definitiva, que arrancar a Cuba de los desastrosos sistemas de gobierno que la afligían, en una palabra, el de emanciparla.²⁴

Resulta raro que Fernando Ortiz, en su erudito ensayo consagrado a estudiar la servidumbre en Cuba, *Los negros esclavos* (1916), apenas dedique unas líneas a Aponte en el capítulo donde trata las insurrecciones negras en la Isla, y solamente consigna siguiendo la tesis de Pezuela, que: “la insurrección capitaneada por el negro libre José Antonio Aponte, tendía a conseguir en Cuba lo que Toussaint Louverture en Santo Domingo”.²⁵

Gerardo Castellanos, en su prontuario de efemérides titulado *Panorama histórico. Ensayo de cronología cubana* (1934) ofrece mayor espacio a comentar aspectos de la conspiración, aunque comparte el ademán ofensivo de Calcagno, al señalar que era Aponte: “muy astuto, activo, de malos instintos, pero muy inteligente”. Castellanos expone, además, quienes fueron algunos de los represores directos de la sublevación: “Uno de los perseguidores más encarnizado lo fue el mayoral Antonio de Orihuela. Y muchos negros esclavos contribuyeron a la derrota de Aponte y sus secuaces”; finalmente, incita a que se realice un estudio perentorio de dicha cuestión: “El Archivo Nacional conserva, ordenada, la enorme e interesante documentación de esta causa, suficiente para escribir un trabajo definitivo”.²⁶

Calixto Masó en su trabajo “Causas que explican la rebeldía característica de las Provincias Orientales Cubanas” (1934), se acerca en cierto modo a las posturas de Arnao y Garrigó, cuando expresa que la gesta de Aponte: “aunque no puede referirse a las luchas por

²⁴ *Ibidem*, p. 113.

²⁵ Fernando Ortiz, *Los negros esclavos. Estudio sociológico y de derecho público*, Habana, *Revista Bimestre Cubana*, 1916, p. 430.

²⁶ Gerardo Castellanos, *Panorama histórico. Ensayo de cronología cubana. Desde 1492 hasta 1933*, La Habana; Úcar, García y Cía., 1934, pp. 273-274.

la independencia de Cuba, debe siempre citarse”.²⁷ El gran historiador republicano Ramiro Guerra, en su *Manual de historia de Cuba* (1938), vincula el origen de la conjura de Aponte a la desilusión provocada por el fracaso de la moción, presentada por el sacerdote mexicano Miguel Guridi y Alcocer ante las cortes españolas en 1811, en contra de la esclavitud y de la trata de esclavos:

Cuando la posibilidad de la abolición desapareció prontamente, porque las cortes archivaron el asunto, los negros, burlados en su esperanza, trataron de organizar un movimiento de rebeldía para conquistar por la fuerza una libertad que por otro medio parecía que no había de llegarles nunca. La conspiración, dirigida por el negro libre José Antonio Aponte, asociado con algunos hombres de su raza de igual condición civil y quizás con el concurso de algunos haitianos, llegó a extenderse entre la población de color esclava de muchos lugares de la Isla, pero fue prontamente descubierta.²⁸

La tesis de Guerra ya había sido expuesta en cierto sentido por Jacobo de la Pezuela, sin embargo, la conclusión a la que arriba Guerra en relación con este movimiento es esencial para comprender la actitud posterior de la burguesía esclavista cubana frente a la independencia: “La conspiración de Aponte en 1812 [...] fue un rudo golpe para los planes de independencia, a causa de que avivó entre los criollos el temor de que cualquier fuerte conmoción en la Isla provocara una rebelión general de los esclavos”.²⁹ Idéntico parecer sostiene el crítico literario José Antonio Portuondo, en páginas dedicadas a examinar los contenidos sociales y políticos de la literatura cubana, donde como parte del contexto histórico

²⁷ Calixto Masó, “Causas que explican la rebeldía característica de las Provincias Orientales Cubanas”, *Revista Bimestre Cubana*, La Habana, vol. XXXIV, nos. 2-3, septiembre-diciembre, 1934, p. 256.

²⁸ Ramiro Guerra, *Manual de historia de Cuba (económica, social y política). Desde su descubrimiento hasta 1868, y un apéndice con la historia contemporánea*, La Habana, Cultural S. A., 1938, p. 222.

²⁹ Ídem, p. 225.

de las primeras décadas del siglo XIX apunta: “En 1812 la frustrada rebelión de José Antonio Aponte ahondó en los terratenientes criollos el temor de perder sus riquezas en una guerra social semejante a la de la independencia haitiana (1794-1803) a manos de la superpoblación negra de la isla, acercándolos, en defensa de sus intereses económicos, a la corona española”.³⁰

En la *Historia de Cuba (1492-1898)* (1943), de Fernando Portuondo, una obra concebida con propósitos pedagógicos, su autor plantea que Aponte “era un negro libre habanero, carpintero tallador. Como muchos de su clase residentes en la capital y en otras poblaciones de la Isla, había recibido alguna instrucción y estaba al tanto del curso de los grandes sucesos políticos de la época”.³¹ Según datos aportados por Portuondo, la conspiración fue malograda, el 19 de marzo de 1812, por la confidencia de un individuo llamado Esteban Sánchez, miembro del Batallón de Pardos y Morenos, en cuya casa se reunían Aponte y algunos de sus lugartenientes. Llama la atención el lenguaje que utiliza este historiador, cuando dice: “en la misma noche del 19 de marzo Aponte y su «estado mayor» fueron a ocupar varias celdas en el Cuartel de Dragones”; y que posteriormente: “Aponte y sus principales secuaces fueron ahorcados. Las cárceles se llenaron de negros. Abundaron los azotes. Y, en lo adelante, entre los blancos prevaleció la idea de que cualquier sublevación hallaría a los negros dispuestos a hacerse dueños del país”.³²

Una revaloración de la figura del carpintero rebelde se produce en la década de 1940, en las obras de Manuel Bisbé, Raúl Cepero Bonilla, Elías Entralgo y Enrique Gay Calbó. El profesor Bisbé, en el ciclo de conferencias organizado por la Oficina del Historiador en 1943, dedicado a estudiar los movimientos políticos cubanos

³⁰ José Antonio Portuondo, “El contenido social de la literatura cubana”, *Jornadas 21*, El Colegio de México, Centro de Estudios Sociales, 1944, p. 19.

³¹ Fernando Portuondo, *Historia de Cuba (1492-1898)*, La Habana, Editorial Pueblo y Educación, 1975, pp. 267-268.

³² Ídem, p. 268.

de la Colonia, contradice a Vidal Morales en la conjetura de que la revuelta de Aponte formaba parte de la misma conspiración de Román de la Luz y Luis F. Bassave, pero también le impugna haber aspirado a ser un movimiento nacional de carácter independentista: “Esta conspiración —punto definitivamente resuelto— no guarda relación con la primera (...) Aponte, en efecto, no aspiró a la independencia de Cuba, sino solamente, estimulado por el ejemplo de Haití, a la libertad de los esclavos”.³³ En su estudio sobre las ideas y movimientos abolicionistas en la historia de Cuba, el joven Cepero Bonilla rectifica a Bisbé y afirma:

Los hacendados sabían que las dotaciones de esclavos eran material inflamable, que ardería en el primer disparo cruzado contra el poder colonial. La Conspiración de Román de la Luz abortó, pero los comprometidos en la Conspiración de Aponte, conectada a la anterior, realizaron actos de guerra y en algunos ingenios aplicaron la tea. Aponte reclamó la colaboración de los esclavos en su empeño revolucionario. Blancos y negros se aprestaron a pelear por la libertad y la independencia. El ejemplo que sentaba el intento de José Antonio Aponte alarmó profundamente a los hacendados cubanos.³⁴

En la obra del historiador Elías Entralgo, *La liberación étnica cubana*, se recoge la conferencia leída en el club Atenas de La Habana el 23 de abril de 1942, y en el Centro de Estudios Superiores de Oriente el 21 de agosto de 1944, titulada *La liberación étnica cubana: los hechos negros*.³⁵ En la lectura, el autor censura los resabios racistas de Calcagno en su malintencionada novela sobre Aponte, se duele de que no exista de aquel ni un humilde grabado y compara

³³ Manuel Bisbé, “Independentismo. Movimientos anteriores a 1868”, *Los grandes movimientos políticos cubanos en la Colonia*, 2. (*Cuadernos de historia habanera* 24), Municipio de La Habana, 1943, p. 7.

³⁴ Raúl Cepero Bonilla, *Azúcar y abolición (apuntes para una historia crítica del abolicionismo)*, 2da edición, La Habana, Editorial Echevarría, 1960, p. 40.

³⁵ Elías Entralgo, *La liberación étnica cubana*, La Habana, 1953, pp. 13-31. Entralgo también se aproxima a este asunto en su trabajo “Aponte y Plácido”, *Gaceta del Caribe*, La Habana, año I, no. 4, junio de 1944.

a Aponte, no con Rómulo como hace Calcagno, sino con Espartaco, esclavo tracio que se sublevó contra el imperio romano: “Por analogía con la memoria pública del precipuo gladiador númera, la del insigne criollo ha padecido unas veces el silencio, otras la detracción y siempre la incapacidad de los historiógrafos”.³⁶ Al compendio de agravios, añade Entralgo con ironía que en Cuba la figura de Aponte: “únicamente ha servido de título para un club de recreo en Santiago de Cuba”.³⁷

La apreciación de Entralgo sobre el club Aponte santiaguero, solamente como un “club de recreo” pecaba de cierta ligereza, pues pasaba por alto que dicha corporación había surgido en 1901, durante el periodo de la ocupación norteamericana, al tiempo que resultaba muy revelador que sus fundadores de raza negra, hubieran escogido aquel símbolo de temprana rebeldía como distintivo de su razón social. Sus actividades no se limitaron a cuestiones recreativas o festivas, sino que también buscaban una finalidad política o patriótica, como sucedió con el izaje de una gran bandera cubana en ocasión de conmemorarse el primer aniversario de la República, la recepción que le brindaron en agosto de 1903 al patriota Rafael Serra Montalvo, el recibimiento organizado en agosto de 1907 a los líderes del nuevo Partido Conservador o el hecho, verdaderamente significativo, de que fue la sociedad club Aponte la única que le ofreció un homenaje al colaborador cercano del Apóstol, Gonzalo de Quesada y Aróstegui, durante su visita a la urbe oriental en junio de 1909.³⁸

El oficio desempeñado por Aponte, carpintero ebanista, lleva a Entralgo a plasmar una idea de su carácter, imbuido de un talento director. Dice que “estaba dotado de una mentalidad que podríamos llamar geométrica. Él tenía un exacto conocimiento de la

³⁶ *Ibidem*, p. 24.

³⁷ *Ibidem*, p. 25.

³⁸ Toda la información sobre la sociedad club Aponte ha sido tomada de: Carlos Forment Rovira, *Crónicas de Santiago de Cuba, tomo I (1902-1912)*, Santiago de Cuba, Ediciones Caserón, 2017.

verdadera situación intelectual y cultural de los que continuaban bajo la esclavitud; y en consonancia con la misma, utilizó los argumentos más convenientes y oportunos [...] para ganarse la volición de aquellos seres humanos cuya vida era una perenne asfixia espiritual”.³⁹

Unido a lo anterior, Entralgo destaca las capacidades organizativas del negro tallador, y enumera varias de sus virtudes: calma, paciencia, valor, intuición, habilidad, observación atenta y cuidadosa de personas y cosas, sutileza. Apoyado en esta última cualidad, la sutileza: “Él tejió e hiló; y aplicando sus artes de carpintero procuró machihembrar el tejido con el hilado. Para el gobierno tejía y destejía un manto de Penélope, con tales primores, que solo por un accidente muy fortuito le descubrieron la conspiración. A sus mismos partidarios los manejó con el hilo de Ariadna, tendido por él a lo largo de todo el laberinto cubano de 1811 y 1812”.⁴⁰ Al decir de Entralgo, a pesar de su fracaso:

Lo más admirable de esta conspiración fue su poder aglutinante. Logró que cesaran las pugnas entre las varias subrazas africanas, pugnas atizadas en la superficie por los contramayorales —seleccionados *ex profeso* para colocarlos al mando de la sub-raza opuesta— y en el fondo por el interés divisor de los amos. Confundió a los negros esclavos con los libres. Acercó los mulatos a los negros. Sacó de sus casillas a los chinos.

Contó con los blancos como dirigidos y como dirigentes. Infiltró entusiasmo político y calidez de inquietud en las mujeres. Congregó a individuos de los más diversos oficios. Zapateros, caleseros, macheteros, carboneros, bagaseros, talabarteros, cargadores de cañas, bueyeros, carpinteros, campaneros... Lo trascendente de todo eso es que traspasa los límites de una

³⁹ Elías Entralgo, *La liberación étnica cubana*, op. cit., p. 25.

⁴⁰ *Ibidem*, p. 26.

insurrección anti-factoril para ampliarse con las dimensiones precursoras de la revolución patriótica y nacional.⁴¹

Otro elemento positivo de aquella empresa era que las armas se las arrebatarían al enemigo, para lo cual planeaban tomar el Castillo de Atarés y el Cuartel de Dragones. Para Entralgo, Aponte triunfó como conspirador y fracasó como insurgente. Su insurrección, fallida en sus propósitos, debía en su opinión ser analizada como una “columna truncada de la liberación racial cubana” y “un valor positivo de la libertad étnica”.⁴²

Menos enjundioso que Entralgo en sus observaciones, el historiador Enrique Gay Calbó introdujo la figura de Aponte en un conjunto de conferencias impartidas en 1948 en la Logia “Habana”, destinadas a explicar de manera sucinta los orígenes de la sociedad cubana a partir de sus componentes sociológicos, económicos y étnicos. Gay Calbó parte de reconocer que: “Se equivocaría quien tratara de excluir o de ignorar la influencia negra en nuestra historia y en la evolución de nuestras luchas por la conquista de la libertad política”.⁴³ Sin tener a la vista los documentos de la conspiración, que evidentemente desconocía, Gay sin embargo censura que casi todos los historiadores que han hablado del tema, lo habían hecho “a su manera y muchos en constante y curiosa repetición” y sospecha que “al parecer, no se ha visto en el asunto más que un brote de rebeldía de los africanos y sus descendientes. Y nada más”.⁴⁴

Luego de examinar diferentes versiones historiográficas, y de objetar la hipótesis que involucra al capitán general Someruelos como presunto descubridor de la conspiración en sus paseos nocturnos de incógnito por el barrio de Jesús María, Gay Calbó propone la teoría de que se trató de un movimiento de proyección social y

⁴¹ *Ibidem*, p. 27.

⁴² *Ibidem*, p. 28.

⁴³ Enrique Gay Calbó, *Formación de la sociedad cubana. Notas sobre la influencia de la economía y la composición étnica*, La Habana, P. Fernández y Cía., 1948, p. 38.

⁴⁴ *Ídem*.

política más amplia “sin duda fue un plan de rebelión africana en las Antillas y en el Golfo de México” y afirma que “debió tener más significación de la que se le ha dado. Pero su influencia es indiscutible. Es uno de los hechos que permiten afirmar la influencia negativa de la población negra en la marcha hacia la independencia de Cuba”.⁴⁵ Aquí conviene aclarar que, cuando el historiador dice “influencia negativa”, se está refiriendo al falaz argumento del “miedo al negro”, esgrimido por el colonialismo español y la sacarocracia criolla para oponerse a cualquier intento separatista de los cubanos.

En la monumental *Historia de la Nación Cubana*, en 10 volúmenes, publicada en 1952, Emeterio Santovenia le dedica un breve espacio a comentar los hechos, incurriendo nuevamente en la hipótesis de considerar a Aponte muy influenciado por el almirante negro haitiano Jean François y lo califica como “individuo cuya verdadera personalidad no fue debidamente aclarada, puesto de acuerdo con algunos haitianos, preparó una revolución cuya finalidad única fue la libertad y el predominio de los negros”.⁴⁶

Al triunfo de la Revolución cubana, José Antonio Aponte fue objeto de una urgente revalorización de su imagen histórica, debida al reclamo realizado por Juan René Betancourt, Walterio Carbonell y a las investigaciones del acucioso historiador José Luciano Franco. Betancourt publicó en 1960 su obra titulada *El negro, ciudadano del futuro*, con prólogo del historiador Elías Entralgo, donde sitúa al carpintero rebelde, al que llama “un héroe y un mártir negado y olvidado”, como la figura más alta de una genealogía de grandes luchadores negros contra la discriminación racial en la historia de Cuba, y cuyo continuador sería el líder de la protesta armada de 1912 (exactamente cien años después de Aponte) Evaristo Estenoz:

⁴⁵ *Ibidem*, p. 39.

⁴⁶ Emeterio Santovenia, “Exclusión de los Diputados a Cortes”, en: *Historia de la Nación Cubana*, La Habana, Editorial Historia de la Nación Cubana S. A., 1952, tomo III, p. 137.

Antonio Maceo, que es el más sobresaliente de los negros célebres, no alcanzó su celebridad luchando directamente por su raza, sino por la República; y a pesar de que nunca se convirtió en renegado étnico, sino que por el contrario defendió cada vez que pudo el punto y expresó estar orgulloso de su realidad racial, no llegó ni remotamente a ser un líder de su raza en pos de la felicidad. Mucho más se acerca a esto Juan Gualberto Gómez, ocupando el más alto sitio, esa figura extraordinaria, tan grande como desconocida, que se llamó José Antonio Aponte (...) pues el que podemos llamar su continuador, Evaristo Estenoz, no puede parangonársele (...) pues constreñido por las circunstancias en que actuó, sus aspiraciones eran más limitadas y los medios de que trató de valerse mucho menos enérgicos y eficaces.⁴⁷

No deja de ser reveladora esta saga de continuidad que establece Betancourt entre Aponte y Estenoz, sobre todo porque el historiador de la protesta armada de 1912, Serafín Portuondo Linares, en su libro de 1950 *Los independientes de color*, no menciona al carpintero habanero como precursor del Partido Independientes de Color ni lo reconoce como un hito significativo en el breve recuento inicial que realiza de las luchas históricas de los negros en Cuba. Según Portuondo Linares, fue el ejemplo de rebeldía individual de los esclavos cimarrones el que: “determinó las conspiraciones y rebeliones antiesclavistas, que tanto pánico sembraron en los gobernantes de aquellos tiempos y en los esclavistas españoles y nativos”.⁴⁸

Carbonell, en su libro de 1961, *Cómo surgió la cultura nacional*, denunciaba cómo algunos panegiristas que pasaban por radicales elogiaban a Arango y Parreño y a Saco, “en tanto que silencian el

⁴⁷ Véase: Tomás Fernández Robaina, “Aponte en el pensamiento de Juan René Betancourt”, en: *José Antonio Aponte: perspectivas interdisciplinarias*, op. cit., pp. 209-210.

⁴⁸ Serafín Portuondo Linares, *Los independientes de color*, Habana, 1950. Cito por su segunda edición: La Habana, Editorial Caminos, 2002, p. XXVII.

nombre de José Antonio Aponte, el primer gran batallador por la nacionalidad sin esclavitud ni coloniaje”, y enfatizaba:

Aponte, que preparó una conspiración para barrer con el sistema esclavista y la dominación y sus consejeros letrados, conspiración que de haber triunfado nos hubiera ahorrado casi un siglo de colonialismo y de incultura, su nombre es silenciado; es silenciado en tanto que los maestros y forjadores del sistema esclavista que se esforzaron por todos los medios de apuntalar la dominación colonial, son glorificados.⁴⁹

A reparar esta maniobra de olvido realizada por la historiografía liberal del periodo republicano, contribuyó de manera decisiva el libro de Franco, titulado *La conspiración de Aponte* y publicado por el Archivo Nacional de Cuba en 1963. Esta obra abrió un nuevo derrotero en las pesquisas sobre Aponte al examinar el expediente militar en su contra, fechado en los meses de marzo a abril de 1812, en cuyos interrogatorios el historiador descubrió insospechadas facetas de su biografiado. En la obra de Franco nos encontramos que Aponte fue un hombre culto, respetado y de ideas radicales. Era miembro de una sociedad secreta africana de origen yoruba, en las cuales la talla en madera ocupaba un lugar importante.⁵⁰ Se sabe que terminó en 1811 una imagen de la virgen de Guadalupe que fue colocada en una iglesia de extramuros. Estaba casado y tenía seis hijos, tres hembras y tres varones. En su morada, ubicada cerca de la Calzada de San Luis Gonzaga, tenía junto a sus herramientas de carpintería una talla de un águila engullendo una serpiente y las paredes estaban adornadas con imágenes católicas, propias del sincretismo afrocubano.⁵¹

Al registrarse su casa se encontró entre sus pertenencias un cuaderno de pinturas donde aparecían numerosas vistas de La

⁴⁹ Walterio Carbonell, *Cómo surgió la cultura nacional*, segunda edición corregida, La Habana, Ediciones Bachiller, 2005, p. 35.

⁵⁰ José Luciano Franco, *La conspiración de Aponte, 1812*, [1963], La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2006, p. 26.

⁵¹ *Ibidem*, p. 24.

Habana, ejércitos en combate, imágenes de palacios, castillos, iglesias, calzadas, almacenes y muelles de la ciudad, junto a láminas de temas bíblicos y mitológicos. Entre sus libros destacaban uno de historia natural, el Arte de Nebrija, la *Guía de forasteros de La Habana*, *Maravillas de la ciudad de Roma*, un formulario para escribir cartas, el catecismo de la doctrina cristiana y un tomo del *Quijote*, junto a historias del reino etíope y del Preste Juan, “todos viejos y usados” según la policía. Tenía además un autorretrato y pinturas de Christophe, Louverture, Dessalines y George Washington, junto a cédulas reales que otorgaban privilegios a los batallones de pardos y morenos. De hecho, Aponte había acompañado en diversas ocasiones a estos batallones en el servicio en San Agustín de la Florida, y en 1782 participó en la expedición mandada por el general Cagigal que tomó la isla de Providencia, durante la guerra de independencia de los Estados Unidos.

Según Franco, Aponte era por su origen un *ogboni* del cabildo *Shangó Tedum* y en el orden religioso lucumí tenía la categoría de *oni-shangó*. María del Carmen Barcia rebate esta conjetura, toda vez que se trataba de un criollo, “razón por la cual no podía ostentar ese cargo que tenía que ser refrendado por las autoridades y se restringía a los nacidos en África, es probable que, al igual que Lisundia, perteneciera a algún juego abakuá”.⁵² En opinión de Franco, uno de los mayores aciertos de la sublevación de Aponte fue el haber reunido:

[...] bajo su liderato a hombres procedentes de otras zonas culturales africanas, denominados en Cuba: *Mandingas*, *Ararás*, *Congos*, *Carabalies*, *Macuá*, *Bibís*, etc. Y además incorporar a la bandera libertadora que intentaba enarbolar con el triunfo de su postulado, a los grupos de negros y mulatos emigrados

⁵² María del Carmen Barcia, “Conspiración de Aponte: entre el éxito subversivo y el fracaso insurgente”, en: *Cuba: acciones populares en tiempos de la independencia americana*, p. 134. Véase además el documentado texto de Ivor Miller sobre la presencia de Aponte en el imaginario abakuá en el ensayo “El legado de Aponte en la cultura popular cubana”, en: *José Antonio Aponte: perspectivas interdisciplinarias*, op. cit., pp. 139-164.

de Haití, Santo Domingo, Jamaica, Panamá, Cartagena de Indias, Estados Unidos, que permanecían en Cuba burlando los Reales órdenes que obligaban a expulsarlos.⁵³

Aunque no se trata de un historiador profesional, merece citarse la opinión sobre Aponte del poeta y periodista Gastón Baquero, en su texto de carácter panorámico titulado “El negro en Cuba”, escrito para la *Enciclopedia de Cuba*, publicada en el exilio en la década de 1970, donde subraya dos hechos, en su opinión trascendentes, el hecho de que la conspiración hubiera sido denunciada por un mulato (Esteban Sánchez) y la tradición de la historiografía conservadora de presentar a Aponte “como racista, como queriendo dar un golpe a la Corona para entregar el poder a los negros, estilo Haití”.⁵⁴ Y añade esta consideración sobre lo que denomina “error” de Aponte:

El error de Aponte no volvió a cometerlo ningún otro negro. Uno de los protomártires de la independencia, el mulato Andrés Manuel Leocadio Sánchez y Pérez, muere en Camagüey, junto con el blanco Frasquito Agüero y Velasco. A Sánchez no se le ocurre buscar ayuda en Haití, sino en Colombia. Habla de “nosotros”, refiriéndose a todos los camagüeyanos. Esta va a ser desde este momento la norma de cuantos negros y mulatos entren en conspiración y vayan luego al campo de batalla: nosotros son todos los cubanos.⁵⁵

En un sugerente ensayo sobre las ideas en torno a la esclavitud entre 1790 y 1878, la historiadora Mildred de la Torre se refería al movimiento encabezado por Aponte como “el más elevado exponente de todos aquellos que emanaron de los sectores populares de las capas medias”, y destacaba como hecho indiscutible que:

⁵³ José Luciano Franco, op. cit., pp. 27-28.

⁵⁴ Gastón Baquero, “El negro en Cuba”, citado por: Juan F. Benemelis (editor), *La memoria y el olvido. Syllabus afrocubano*, Kingston, Ediciones La Ceiba, 2009, p. 26.

⁵⁵ Ídem, p. 27.

El gran mérito de Aponte consistió en incorporar a la rebelión popular la lucha por la independencia y la abolición de la esclavitud. No estuvo lejos de ello cuando se apoyó en el movimiento sublevacionista de esclavos, bien fuera utilizando la explosión de las dotaciones o bien propugnándolas. No olvidemos lo distante que estaban las dotaciones de esclavos, por sí mismas, de perseguir objetivos políticos separatistas o independentistas.⁵⁶

En fecha más reciente, la historiadora Gloria García realizó nuevos aportes historiográficos a los estudios sobre la conspiración de Aponte, apoyándose en fuentes primarias del fondo Asuntos Políticos del Archivo Nacional de Cuba. García confirmó en su pesquisa la notable organización de este movimiento y el papel decisivo que las delaciones tuvieron en su desarticulación y la posterior captura de los principales promotores: Aponte, Clemente Chacón, Juan Bautista Lisundia y el congo Juan Barbier, quien se hacía llamar *Juan François*. Todos ellos, afirma la autora: “Eran figuras reconocidas en su medio social: libres, miembros de los batallones de pardos y morenos, capataces de cabildos de nación, artesanos y pequeños comerciantes”. La conspiración, frustrada en sus comienzos:

Por su organización, fines y extensión no tenía paralelo con otras abortadas en épocas pasadas. El plan concebía el alzamiento de los ingenios que rodeaban la ciudad con el asalto simultáneo al cuartel de Dragones y de Artillería, misiones que encabezarían Salvador Ternero y José Sendiga respectivamente, mientras Clemente Chacón se apoderaría del castillo de Atarés, para lo cual disponía de un plano de la fortaleza. Juan Bautista Lisundia, hijo de este último, y Juan Barbier, *Juan François*, tenían a su cargo la organización de las dotaciones para ejecutar la rebelión el 15 de marzo.⁵⁷

⁵⁶ Mildred de la Torre, “Las ideas sobre la esclavitud (1790 y 1878)”, en *La esclavitud en Cuba*, La Habana, Editorial Academia, 1986, p. 49.

⁵⁷ Gloria García, op. cit., pp. 69-70.

La represión al movimiento conspirativo fue de una violencia inusitada. La horca, el garrote, la prisión y el destierro fueron las penas aplicadas a aquellos que habían sido capaces, por primera vez, de mancomunar la rebeldía de negros y mulatos libres con los esclavos de las plantaciones en la búsqueda de un ideal libertario. En tal sentido:

El proceso judicial contra los implicados sacó a la luz indicios poco tranquilizadores para las autoridades y para la plantocracia. No solo la unión alcanzada entre los esclavos y los negros libres para luchar por objetivos comunes era inédita y representaba un peligro difícil de exagerar, sino que toda la trama de la conspiración mostraba una gran capacidad organizativa en sus jefes y una conciencia política apreciable. Sus dirigentes estaban al tanto de los acontecimientos internacionales y habían seleccionado para la sublevación una coyuntura que les era, sin duda, favorable.⁵⁸

En un revelador ensayo sobre los movimientos políticos de diverso signo que se produjeron en las primeras décadas del siglo XIX, la historiadora María del Carmen Barcia ofrece una renovadora mirada sobre las conspiraciones de Román de la Luz, Luis Francisco Bassave y Joaquín Infante, sustentada en una revisión minuciosa de fuentes de archivo cubanas y españolas. En ese contexto, la investigadora se detiene en la conspiración de Aponte, a la que define de manera resumida como “éxito subversivo y fracaso insurgente”. Su mirada sobre este suceso es desprejuiciada y plantea no pocas interrogantes, que discuten afirmaciones hechas por la historiografía precedente, significativamente en el caso de José Luciano Franco. Sin embargo, más allá de estos cuestionamientos revisionistas, lo que me parece efectivamente valioso de esta interpelación es que la autora descubre entre los objetos y documentos embarcados a Aponte, la intención de edificar simbólicamente un antecedente glorioso para los negros y mulatos libres, es decir: “todo un imaginario vinculado al batallón de morenos y la intención de

⁵⁸ *Ibidem*, p. 72.

reconstruir un pasado prestigioso para los hombres de su raza, a la vez que establecía su propio linaje”. En esta lectura de tipo intelectual, se inscribe una lícita interpretación del desaparecido libro de pinturas del carpintero rebelde, el cual, en opinión de Barcia, perseguía un designio “aún más sedicioso: construir un pasado significativo, crear y legitimar una tradición en consonancia con el mundo en que vivían y hacerlo para ser entendido aun por aquellos que no sabían leer”.⁵⁹

En la literatura, la presencia de Aponte conoce una primera mención notable en la novela *Cecilia Valdés* de Cirilo Villaverde, en el capítulo IX, en que se resumen las principales actividades insurgentes ocurridas en la Isla, durante las primeras décadas del siglo XIX. En ese inventario sedicioso, el narrador apunta: “Quedaban, además, confusas, si ya no tristes, reminiscencias de las pasadas conspiraciones. De la del año 12 solo sobrevivía el nombre de Aponte, cabeza motín de ella, porque siempre que se ofrecía pintar a un individuo perverso o maldito, exclamaban las viejas: —¡Más malo que Aponte!—”.⁶⁰

En el siglo XX el personaje de Aponte aparece en la ya citada novela de Calcagno, y es mencionado, con menor o mayor amplitud, en un grupo de ficciones donde destacan *El reino de este mundo* (1949) de Alejo Carpentier; *Vista del amanecer en el trópico* (1974) de Guillermo Cabrera Infante; *Santa lujuria* (1998) de Marta Rojas, y en varios pasajes de *El polvo y el oro* (1993) de Julio Travieso Serrano. Es en la obra de Travieso donde por primera vez este insurrecto criollo alcanza una dimensión épica, en un registro donde se combinan lo histórico y lo ficcional, como se aprecia en esta vívida descripción del imaginario de las elites, temerosas del alcance que había tenido la insurrección:

⁵⁹ María del Carmen Barcia, “Conspiración de Aponte: entre el éxito subversivo y el fracaso insurgente”, en: *Cuba: acciones populares en tiempos de la independencia americana*, pp. 137-138.

⁶⁰ Cirilo Villaverde, *Cecilia Valdés o La Loma del Ángel. Novela de costumbres cubanas*, edición crítica y notas por Esteban Rodríguez Herrera, Habana, Editorial Lex, 1953, p. 178. Puede verse también la versión anotada por Reynaldo González y Cira Romero, La Habana, Ediciones Boloña, 2018, p. 108.

Temprano llegó Francisco a la explanada de la Punta para no perder un solo detalle de la ejecución de Aponte, “el perro Aponte”, como ya le llamaban en la sorprendida villa, donde no se recordaba tal temor e intranquilidad. Lo que desde la Revolución en Haití era espera, sospecha, miedo de las familias blancas, había sucedido: una conjura de negros y mulatos para acabar con el dominio blanco y devastar al país. Ahora, de repente, de la noche a la mañana, los amos recibían la noticia de que se había producido no una cimarronada más, un apalencamiento cualquiera, sino un verdadero complot, bien organizado y ramificado a lo largo de la Isla. Por La Habana corrieron las noticias, cada una más alarmante que la anterior; en una casa del barrio del Horcón se habían descubierto sacos de pólvora, destinados a volar el palacio del capitán general, la escuadra del rey Christophe de Haití se acercaba a Cuba con armas para los rebeldes.⁶¹

La escena del suplicio de Aponte es reconstruida por Travieso con gran realismo, a través de una sucesión de imágenes que revelan en detalle la lenta agonía del condenado y sus compañeros de infortunio:

Aponte fue el primer ahorcado y la ejecución transcurrió aprisa hasta llegar al último condenado que se debatió en el aire, como un muñeco de trapo, jadeando, resistiéndose a morir pues el lazo corredizo, alrededor del cuello, no apretaba bien. Impaciente, la multitud se agitó como una fiera dispuesta a concluir ella misma con la vida del reo, pero el verdugo le haló las piernas hasta que este tuvo una última convulsión y quedó inmóvil con la boca abierta. Mientras del mar soplabla un fuerte viento, los cuerpos se balancearon, semejantes a péndulos, y fueron derrumbándose sobre el patíbulo al cortar el ayudante las sogas que les asfixiaron. Entonces el verdugo, con un limpio golpe de hacha, cercenó la cabeza de Aponte.⁶²

⁶¹ Julio Travieso Serrano, *El polvo y el oro*, Madrid, Editorial Verbum, 2015, p. 61.

⁶² Ídem.

En la fábula de Julio Travieso, la cabeza decapitada de Aponte, expuesta como feroz escarmiento dentro de una jaula de hierro en una frecuentada esquina habanera, funciona como una alegoría fantasmagórica del terror que los militares españoles y sacarócratas criollos sintieron por aquella sublevación antiesclavista:

El rostro de Aponte, semejante a una grotesca máscara, tenía los ojos fuera de sus órbitas, las fosas de la nariz muy abiertas como si buscara el aire que le quitó la cuerda de ahorcamiento, y los labios caídos por los cuales asomaba una lengua pardusca. (...) Al ir a montar, Fernando se detuvo y miró hacia la jaula. Le dio la impresión de que los ojos enormes de Aponte, aún abiertos, le observaban con odio, y la boca desfigurada le hacía una mueca de burla. Quedó paralizado por el miedo y solo la voz imperiosa de su padre le hizo subir a la volante. Rumbo a la casa, cerró los ojos y vio el desfigurado rostro del condenado. No lograba borrarlo de la mente y nunca lo lograría. Durante toda su vida, hasta la muerte, la imagen de la cabeza cortada y grotesca mirándole le perseguiría.⁶³

Mención especial merece el poema de Sigfredo Ariel titulado “El negro Aponte”, que su autor dedicó a la periodista y narradora Marta Rojas. Estos versos reproducen la atmósfera decadente de la calle Aponte en el barrio habanero de Jesús María, y critican la indiferencia cívica ante el agravio a una imagen del prócer:

(...)
*Sobre un muro
de ladrillos, muy cerca del lugar
donde alzaron el bárbaro punzón
fijaron hace tiempo un relieve
de Aponte, de metal
que no hace mucho*

⁶³ Ídem, pp. 64-65.

*ante nuestra indiferencia,
alguien arrancó de cuajo.*⁶⁴

A casi 200 años de su muerte, nuevamente la figura de Aponte y su rebelión antiesclavista fueron elegidas como argumento de una novela, escrita por el joven narrador Ernesto Peña González (Santa Clara, 1976), ganadora del prestigioso premio Alejo Carpentier de Novela 2010 bajo el título de *Una biblia perdida*.⁶⁵ El Aponte que Peña nos ofrece es un ser que logra saltar las barreras del color de su piel y su clase social desde niño, apoyándose en el prestigio familiar (“su padre y su abuelo lucharon contra los ingleses y fueron condecorados por sus méritos”)⁶⁶ y en su infinita curiosidad y predisposición a la lectura, entre las cuales figuraba en un lugar preeminente la Biblia. Pero no son las Sagradas Escrituras la “biblia perdida” de la novela, sino un proyecto menos ambicioso, pero igual de perturbador: el célebre cuaderno desaparecido con las pinturas de Aponte.⁶⁷

Partiendo de una minuciosa investigación histórica en fuentes de archivo y bibliográficas, Peña logra reconstruir la personalidad de Aponte y su rebelión con realismo y acierto, sin falso historicismo ni anacronismos, en una prosa que se despliega con agilidad y limpieza. Al decir del novelista, fue la reconstrucción psicológica del personaje lo que mayor atractivo le causó, pues:

⁶⁴ Sigfredo Ariel, “El negro Aponte”, *Deriva*, Santa Clara, Editorial Capiro, 2017, p. 27.

⁶⁵ Ernesto Peña González, *Una biblia perdida*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 2010. Véase una notable aproximación crítica a esta novela en: Elzbieta Sklodowska, “Genealogías de la diáspora africana: José Antonio Aponte y los archivos de la represión”, *América sin nombre*, Boletín de la Unidad de Investigación de Literatura Hispanoamericana de la Universidad de Alicante, no. 19, diciembre de 2014, pp. 29-33.

⁶⁶ Ernesto Peña González, *Una biblia perdida*, p. 19.

⁶⁷ Sobre la hermenéutica del desaparecido libro de pinturas de Aponte, son fundamentales los análisis de Sibylle Fischer, “Aponte en el archivo: el caso para la hermenéutica”; Ada Ferrer, “Un reino negro de este mundo: historia, arte y revolución en La Habana, 1812”; Jorge Pavez Ojeda, “«Razones de historia», «libros que hablan» y soberanías negras. Archivo e ilustración en el libro de pinturas de José Antonio Aponte (1806-1812)” y Stephan Palmié, “La historia de los dos Aponte”, en: *José Antonio Aponte: perspectivas interdisciplinarias*, op. cit., pp. 7-18, 33-56, 165-184 y 185-196.

Acercarse a la psicología de un personaje histórico poco conocido para convertirlo en personaje literario es una experiencia fascinante y al mismo tiempo un trabajo de Sísifo. Sabemos, sí, por qué lo recuerda la historiografía, pero ignoramos cuánto y por cuáles motivos lo amaron o detestaron sus familiares, amigos y enemigos. Y desde luego, cuánto se deleitó o sufrió por ello. El Aponte hombre más que el Aponte mártir me interesó desde un primer momento debido a su asombrosa paciencia y energía, su mentalidad barroca, su pasión por las artes plásticas y su necesaria habilidad para simular.⁶⁸

En la novela se mezclan personajes ficticios y reales, quienes van tejiendo la intriga en torno al significado de las imágenes pintadas por Aponte. Así, el investigador Nerey aduce:

Y mientras algunos torpes se afanaban buscando indicios de la preparación y articulación de planes para crear turbulencias, el licenciado intuyó que debía comprender de qué manera se articulaban todas las imágenes del libro, a primera vista inconexas entre sí. Aquello tenía el aspecto de una historia bíblica, pero en imágenes. Tal vez las biblias de los primeros cristianos fueran semejantes a este libro. Historias en imágenes.⁶⁹

El libro citado constaba de 72 folios, divididos en tres partes donde se contaba la gloria de la raza negra, desde los reyes etíopes hasta el batallón de pardos y morenos libres de La Habana, pasando por las deidades del panteón grecolatino, santos cristianos, la mítica reina de Saba y las maravillas del mundo antiguo. La sospecha de que se trataba de una obra misteriosa, cabalística, en la que cada imagen tenía un significado en relación con las demás, sirve como hilo conductor de una trama construida con una mezcla inteligente

⁶⁸ Ernesto Peña González, “La Biblia de Aponte (o de las emociones peligrosas). Sugerencias para interpretar la mentalidad de un personaje histórico”. Texto inédito, cortesía del autor.

⁶⁹ Ernesto Peña González, *Una biblia perdida*, p. 24.

de suspenso y estilo de época.⁷⁰ Dicho libro, nos confiesa Peña, se le antoja como: “una suerte de Biblia antirracista, antisegregacionista e inclusiva que sirviera como fe, como hachón en la lucha política por la igualdad de derechos entre negros y blancos, entre libres y esclavos, entre criollos y peninsulares, entre creyentes de diversos cultos. La Biblia de Aponte fue un proyecto humanista, universalista, que quizás haya sufrido el mismo fin trágico que su autor”.⁷¹ En parecida tesitura, la historiadora María del Carmen Barcia sostiene que dicho volumen: “persigue otro propósito aún más sedicioso: construir un pasado significativo, crear y legitimar una tradición en consonancia con el mundo en que vivían y hacerlo para ser entendido aun por aquellos que no sabían leer”.⁷²

El Aponte de Peña es una criatura sensible al arte, un visionario de imágenes plásticas al que se le compara con Nicolás de la Escalera, ávido del contacto de sus manos con la madera sin pulir o el lienzo virgen.⁷³ Además, el hecho de tratarse de un hombre humilde con formación libresca le añadía un elemento inquietante a sus proyectos libertarios. Al decir de Peña:

Toda idea subversiva que pudiera concebir Aponte resultaba tanto más peligrosa porque la empleaba un humilde artesano negro que, en época tan convulsa, poseía una instrucción libresca

⁷⁰ “El Libro de Pinturas de Aponte es un texto inclasificable dentro de un género, ya que combina elementos lingüísticos, históricos, religiosos, artísticos y alegóricos, comprimidos en 72 láminas. Aparece en sus folios más de un centenar de personajes reales y mitológicos, ciudades e inmuebles de Europa, África y La Habana, junto a mapas urbanos y paisajes; acontecimientos políticos, bíblicos y rituales oficiales combinados con mitos grecorromanos y alusiones a pasajes legendarios africanos. Plantas, animales, colores significantes, alegorías y signos zodiacales son representados en distintos espacios y maneras, como para confundir al analista más perseverante. Aponte confeccionó su Libro, una suerte de Biblia moderna o Kebra Nagash afrocubano, entre 1806 y 1812, año de su muerte”. Ídem.

⁷¹ Ídem.

⁷² María del Carmen Barcia, “Conspiración de Aponte: entre el éxito subversivo y el fracaso insurgente”, en: *Cuba: acciones populares en tiempos de la independencia americana*, p. 138.

⁷³ Véase un detallado examen del contexto artístico y estético habanero de la época de Aponte en: Linda Rodríguez, “«No siendo pintor»: José Antonio Aponte y las posibilidades del arte y el cambio social en La Habana colonial”, en: *José Antonio Aponte: perspectivas interdisciplinarias*, pp. 93-126.

y una amplia movilidad social, ya que reunía en su persona los roles de cofrade católico y carpintero de iglesias, miliciano, jefe de cabildo y amigo de menestrales de diversos oficios, características que lo convertían en el adversario idóneo para obtener y diseminar información prohibida sin que sus desplazamientos espaciales resultaran sospechosos a la policía colonial.⁷⁴

En una imagen onírica de gran fuerza, no exenta de ironía, Aponte sueña que pinta un baile en el Palacio de los Capitanes Generales, al que asisten los miembros de la oligarquía criolla acompañados por sus mujeres, y en medio del baile irrumpe Toussaint Louverture con una arenga antiesclavista, provocando la estampida de las señoras y el estupor de sus maridos. Toda una genealogía de héroes, reyes, patriarcas y próceres negros pueblan el universo simbólico del carpintero ebanista, sin embargo, el novelista sugiere que no era un racismo negro el que impulsaba a Aponte, sino su “interés por la historia y las relaciones entre blancos y negros. Relaciones que él deseaba pacíficas como lo ilustraba el estandarte blanco que confeccionó con dos varas de platilla nueva y la imagen de María santísima”.⁷⁵

La formación de la personalidad de Aponte, sus rasgos psicológicos de persona curiosa, devota, independiente y combativa, ocupan algunas de las mejores páginas de esta novela, algo que el lector agradece tratándose de un personaje del que sabemos relativamente poco. Su afán justiciero queda registrado en la defensa de un esclavo humillado por jóvenes blancos, en una escena de enorme valor alegórico, pues el negro agraviado resulta ser un esclavo que prefiere el dinero de sus amos al orgullo de rebelarse contra ellos. La interiorización de la dominación, como elemento sustancial al régimen esclavista, se expone aquí en toda su crudeza. El retrato espiritual de Aponte, en la ficción de Peña, nos sitúa ante un hombre de “memoria exacta, una astucia de sierpe, e

⁷⁴ Ernesto Peña González, “La Biblia de Aponte (o de las emociones peligrosas). Sugestiones para interpretar la mentalidad de un personaje histórico”.

⁷⁵ Ernesto Peña González, *Una biblia perdida*, p. 38.

infinitos deseos de morirse que depuraban su personalidad de mezquinos propósitos, como obtener el favor de las mujeres y la embriaguez de la bebida”, todo lo cual lleva a su interrogador a la conclusión de que “Aponte padecía de una mentalidad de mártir”.⁷⁶ Aquí aprovecha el autor para poner en labios de sus captosres la famosa frase de que su memoria sería escarnecida por una frase odiosa: ser “más malo que Aponte”, y le insinúa que peor que la infamia sería el olvido. Ante el ardid de quebrar su resistencia acudiendo a sutiles maniobras psicológicas, el personaje de Aponte reflexiona con lucidez y amargura:

Sabía que los poderosos podían falsear la historia a su antojo. [...] Cuán fácil no sería vilipendiar a un simple carpintero. Bastaría hacer desaparecer su “Libro de pinturas” y propagar los peores rumores entre el populacho y los historiadores. Nada se contaría de su amor por las artes, su afición a la cartografía y la geometría. Se ignoraría su admiración por los antepasados, su sentido de la justicia y su dolor de hombre íntegro que, por desgracia, debe tomar partido.⁷⁷

Otros personajes muy vinculados a Aponte como Clemente Chacón y el dominicano Hilario Herrera, *El Inglés*, también son actores importantes en la novela. En el caso del primero como contrapartida de Aponte por su falta de resolución y débil pasión libertaria, y el segundo porque introduce en la trama la experiencia de la revolución haitiana, de la que fue protagonista. Una descripción policial de Herrera, fechada en Puerto Príncipe en febrero de 1812, lo describe como “negro, alto, robusto, barba cerrada algo canosa, como de más de cincuenta años; pañuelo siempre en la cabeza y las manos loberas”.⁷⁸ Es quien le habla al carpintero de las grandes figuras de aquella gran insurrección antiesclavista como Louverture, Dessalines y Christophe. Asimismo, es *El Inglés* quien trasmite en la novela ideas relacionadas con la grandeza

⁷⁶ Ídem, p. 66.

⁷⁷ Ídem, p. 67.

⁷⁸ Archivo Nacional de Cuba, Asuntos Políticos, legajo 241, no. 46.

de los reyes etíopes, saga contenida en el libro *Historia eclesiástica, política, natural y moral de los grandes y remotos reynos de la Etiopía, monarchia del emperador, llamado Preste Iuan de las Indias*. El autor de este texto, el padre dominico Luis Irreta, es retratado por Aponte en el Libro de Pinturas (lám. 37) y dicho volumen formaba parte de su biblioteca personal. También se narra un encuentro entre el futuro conspirador y el pintor Escalera, en el que este le trasmite algunos secretos de su oficio y la pasión por el arte religioso, y se describen sus amores con Catalina, la virgen negra que fue su esposa, a quien conoció simbólicamente un 6 de enero, en la fiesta del Día de Reyes, y que constituyó en su imaginario erótico la representación de un placer guerrero. Ella era “codiciable y peligrosa”. En un momento de humana debilidad, ante la imperiosa súplica de Catalina para que desista de la conspiración, el protagonista se debate entre la grandeza de su proyecto emancipador y lo que representa para la raza negra, y la realidad escéptica de que: “Entre los negros no era más que el «maestro Aponte». Y entre los blancos, había sido cabo 1º de las milicias habaneras, y participado en la expedición comandada por el general Cagigal que se apoderó de la Isla de Providencia durante la guerra de independencia de los Estados Unidos. Un simple miembro de la cofradía de San José [...]”.⁷⁹

Pero el carpintero tallador, el negro criollo y libre, hijo y nieto de milicianos habaneros, era mucho más que eso y sus inquisidores lo sabían. No tuvieron más remedio que envilecer su memoria y exponer su cabeza cercenada como ejemplo de perversidad suprema. Sin embargo, en el final de su vida, que es también el epílogo de la novela, el licenciado José María Nerey, interrogador de Aponte y representante del poder opresor, lo recuerda con nostalgia y hasta, quizás, con miseria: “El licenciado no había encontrado en toda su vida a un negro tan astuto y fiel a sus hombres, amén de su excelente obra pictórica, aquella especie de Biblia, por desgracia

⁷⁹ Ídem, p. 150.

desaparecida. En otras circunstancias, en otras vidas quizás, Nerey lo hubiese elegido como su amigo”.⁸⁰ Final sin rencor, abierto a las más misteriosas interpretaciones, y espléndida manera de incitar al lector a penetrar en la vida de aquel hombre práctico, sensible y temerario, precursor de la independencia de Cuba, que fue José Antonio Aponte.

2012-2022

⁸⁰ Ídem, p. 204.

EL ALBUM.

ORGANO OFICIAL DEL LICEO Y DEL MATANZAS B. B. G.

DIRECTOR: Nicolás Heredia. — DIBUJANTE: Ricardo de la Torreante.

Año II.

Matanzas, Febrero 5 de 1888.

Núm. 6.

PERIODISTAS CUBANOS.
MANUEL SERAFIN FIGARDO.



*Escribe con buena sombra
en "El Figaro," este bardo,
es muy joven, y se nombra
Manuel Serafin Figardo.*

UN POEMA CUBANO A LA TORRE EIFFEL

Para Sylvie Bouffartigue

La torre, en la claridad, luce en el cielo negro
como un encaje rojo, mientras pasan debajo de
sus arcos los pueblos del mundo.

JOSÉ MARTÍ, “La Exposición de París”, 1889

La Torre Eiffel, inaugurada oficialmente el 31 de marzo de 1889, es quizás el ícono arquitectónico más famoso del siglo XIX y símbolo indiscutible de la ciudad de París. Erigida en dos años, dos meses y cinco días, su construcción fue realizada como parte de las celebraciones por el centenario de la gran Revolución francesa, en el ámbito de la Exposición Universal organizada entre el 6 de mayo y el 31 de octubre de 1889 en conmemoración de tan notable evento.

Deseosos de asombrar al mundo con sus progresos tecnológicos y olvidar para siempre los terribles acontecimientos revolucionarios de la Comuna de París y la humillación sufrida durante la guerra franco-prusiana, los políticos franceses de la III República concibieron un espectáculo grandioso e imponente. Por esos años el colonialismo francés estaba en su máxima expansión en la zona afroasiática (Túnez, Somalia Francesa, África Occidental y Ecuatorial, Indochina) y la cultura francesa dominaba el gusto de las elites metropolitanas del orbe.

En el área de la Exposición de 1889 se rindió culto al mito decimonónico del progreso y del bienestar material fundado en los adelantos científicos y técnicos, dando continuidad a una serie de grandes exposiciones internacionales en las que, como bien afirma el historiador británico Eric Hobsbawm: “La civilización burguesa había glorificado siempre los tres triunfos de la ciencia, la tecnología y las manufacturas”.¹

¹ Eric Hobsbawm, *La era del imperio, 1875-1914*, Barcelona, Editorial Crítica, 2009, p. 80.

En un lapso de poco más de cuarenta años se produjo un aumento progresivo de las exposiciones, que multiplicaron en cifras astronómicas las manufacturas e inventos que debían ser mostrados a un número también creciente de turistas nacionales y extranjeros:

Catorce mil firmas exhibieron sus productos en Londres en 1851 —la moda quedaba inaugurada de forma apropiada en la patria del capitalismo—, 24 000 en París; 29 000 en Londres, en 1862; 50 000 en París, en 1867. Debido a sus pretensiones, la mayor de todas fue la que conmemoraba el centenario de Filadelfia y que se celebró en 1876 en Estados Unidos; la inauguró el presidente ante el emperador y la emperatriz del Brasil —cabezas coronadas que ahora se inclinaban habitualmente en presencia de los productos industriales— y 130 000 ciudadanos jubilosos. Eran los primeros de diez millones que en dicha ocasión pagaron su tributo al “progreso de la época”.²

A tono con la estrategia propagandística de las metrópolis, en París se multiplicaron los llamados “pabellones coloniales”, ocho de los cuales complementaron a la Torre Eiffel en 1889, y donde se exponía todo el exotismo y los estereotipos culturales con los que Occidente había inventariado sus colonias: “sijis tocados con turbantes, rajputs adornados con bigotes, sonrientes e implacables gurkas, espahís y altos negros senegaleses: el mundo considerado bárbaro al servicio de la civilización. Incluso en la Viena de los Habsburgos, donde no existía interés por las colonias de ultramar, una aldea ashanti magnetizó a los espectadores”.³

De igual modo, como observa el historiador Ricardo Quiza con agudeza, en la contemplación etnográfica tan cara a las exposiciones universales, se esconde un placer inconfesado: “el goce de una mirada que encuentra en la periferia el modo de solazar la libido reprimida por la moral cristiana y la propiedad privada. En los

² Eric Hobsbawm, *La era del capital, 1848-1875*, Barcelona, Editorial Crítica, 1998, p. 45.

³ Ídem.

harenes, bazares y cafés del “Oriente”, en la jungla “africana” o en la “pintoresca” artesanía proveniente de Latinoamérica, hay un modo de poseer (en el sentido amplio del término) todo aquello que le está prohibido al “buen burgués”.⁴

La torre concebida por el ingeniero Alexandre-Gustave Eiffel (1832-1923), también autor de la armadura interna de la Estatua de la Libertad en Nueva York (1886), fue la gran sensación de aquel momento, con sus cien metros de lado, trescientos metros de altura y una estructura de hierro pudelado de ocho mil toneladas de peso, similar a la utilizada en otra construcción célebre asociada a eventos expositivos, el Palacio de Cristal de Londres (1851).

La imponente estructura metálica servía como pórtico de entrada a la Exposición, y aunque se habló de desmontarla una vez terminada esta, su permanencia significó el triunfo de la arquitectura del hierro como emblema de la cultura industrial. Se calcula que más de treinta millones de personas de todos los continentes la visitaron, cifra exorbitante para la época, que pagaban una entrada por valor de 25 francos, válida asimismo para numerosos premios. La Torre Eiffel simbolizó, como lo hicieron antes el Palacio de Cristal de Londres y la Rotonda de Viena, un magnífico monumento dedicado a la riqueza y al progreso tecnológico de la burguesía industrial, erigiéndose como la principal atracción de esos “gigantescos y nuevos rituales de autocomplacencia, las grandes ferias internacionales, [...] que iniciaron y subrayaron la era de su victoria mundial”.⁵

De la Exposición de París habló con la admiración típica de un contemporáneo José Martí, en su revista para niños *La Edad de Oro*, páginas que todavía conservan el aire de magnificencia y modernidad que Martí supo captar de aquel evento. De la torre en particular expresó su fascinación y maravilla ante su inusual grandeza:

⁴ Ricardo Quiza, *Imaginario al ruedo. Cuba y los Estados Unidos en las exposiciones internacionales (1876-1904)*, La Habana, Ediciones Unión, 2010, p. 51.

⁵ Eric Hobsbawm, *La era del capital, 1848-1875*, op. cit., p. 45.

Pero adónde va el gentío con un silencio como de respeto es a la torre Eiffel, el más alto y atrevido de los monumentos humanos. Es como el portal de la Exposición. Arrancan de la tierra, rodeados de palacios, sus cuatro pies de hierro: se juntan en arco, y van ya casi unidos hasta el segundo estrado de la torre, alto como la pirámide de Cheops: de allí fina como un encaje, valiente como un héroe, delgada como una flecha, sube más arriba que el monumento de Washington, que era la altura mayor entre las obras humanas, y se hunde, donde no alcanzan los ojos, en lo azul, con la campanilla, como la cabeza de los montes, coronada de nubes [...] —Y todo, de la raíz al tope, es un tejido de hierro. Sin apoyo apenas se levantó por el aire [...] ¡El mundo entero va ahora como moviéndose en la mar, con todos los pueblos humanos a bordo, y del barco del mundo, la torre es el mástil!⁶

El interés que despertó en todo el mundo este acontecimiento, hizo que la revista literaria habanera *La Habana Elegante*, dedicada a cubrir los aspectos sociales y culturales de la *belle époque* de las elites criollas, enviara a un joven gacetillero y *sportsman*, Ezequiel García, como corresponsal a París para cubrir la Exposición, y en una de sus portadas, la correspondiente al 25 de agosto de 1889, publicó un poema del poeta villaclareño Manuel Serafín Pichardo (1863-1937) dedicado a la portentosa torre.

Pichardo era entonces un joven doctor en leyes, director de otra importante revista de literatura y deportes, *El Fígaro* (1885), cuyo apelativo revela una notable influencia francesa,⁷ común al gusto y al imaginario cultural de las elites ilustradas habaneras de fines del siglo XIX, que solían comentar los poemas del parnasianismo

⁶ José Martí, “La Exposición de París”, *La Edad de Oro* [1889], La Habana, Editorial Gente Nueva, 2005, p. 147 y ss.

⁷ *Fígaro* es un personaje de ficción, protagonista de una trilogía de comedias de Pierre-Augustin de Beaumarchais (1732-1799): *El barbero de Sevilla*, *Las bodas de Fígaro* y *La madre culpable*, convertidas en óperas por Mozart y Rossini. Inspirado en este personaje, un barbero hábil, perspicaz y bien informado, se fundó en París en 1825 el diario *Le Fígaro*, el más antiguo de los que existen en Francia.

y el simbolismo en un céntrico lugar de La Habana extramuros bautizado en francés: *La Acera del Louvre*. También escribiría luego interesantes crónicas sobre la Exposición Colombina de Chicago de 1894.⁸ Durante la ocupación estadounidense fue miembro sustituto a la Convención Constituyente de 1901 y en la República fue diplomático y desempeñó el cargo de secretario de la legación cubana en Madrid. Además, fue miembro de la Academia Nacional de Artes y Letras y de la Academia Cubana de la Lengua, creada a iniciativa suya.⁹ El poema en cuestión es un soneto, está dedicado al importante orador y político autonomista Rafael Montoro (1852-1933) y dice:

A LA TORRE EIFFEL

*Temiendo el Fanatismo la ira santa,
Torre de salvación alzar procura,
Arcilla de la Fe, frágil hechura
Que no osó trasponer su humilde planta.*

*Tú eres nueva Babel que se levanta,
Con la Fe del Progreso en la armadura,
Y que, fuerte y espléndida en la altura
La excelsa estrofa de su triunfo canta.*

*Antítesis de siglos que comprende
Las dos etapas del humano anhelo
Ayer, el Fanatismo que desciende*

*Hoy, el Arte que eleva el raudo vuelo,
Jacob moderno que la escala tiende,
Por donde ha de subir el hombre al cielo.¹⁰*

⁸ Manuel Serafín Pichardo, *La ciudad blanca. Crónicas de la exposición colombina de Chicago*, La Habana, Imprenta La Propaganda Literaria, 1894.

⁹ *Diccionario de la literatura cubana*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1984, t. 2, p. 785.

¹⁰ Manuel Serafín Pichardo, "A la Torre Eiffel", *La Habana Elegante*, año VII, no. 34, 25 de agosto de 1889.

Varios asuntos motivan interés en el poema. En principio, la utilización de recursos alegóricos como el “Fanatismo” y la “Fe”, propios de la literatura y pintura medievales, para significar el enfrentamiento entre un pasado presuntamente de tinieblas, oscurantismo y valores premodernos, y la estruendosa apoteosis que significa la armazón de hierro, todo un canto al progreso mecánico de su tiempo; dicho en otras palabras, la modernidad capitalista: “que, fuerte y espléndida en la altura la excelsa estrofa de su triunfo canta”. En esa misma dirección, el poeta se vale de metáforas bíblicas como la “nueva Babel” o el “Jacob moderno”, en pro de sugerir que una nueva religión, la “Fe del Progreso”, ha encontrado en la referida torre su más acabado templo “de salvación”. En consecuencia, los ideales generosos y utópicos del romanticismo han sido aquí definitivamente desplazados por el culto a la civilización de las máquinas y el hierro.

El siglo XIX fue el momento de máximo esplendor de la modernidad asociada al capital que Marx describió de modo magistral en el *Manifiesto Comunista* (1848), al aseverar que con su llegada: “todo lo sólido se desvanece en el aire”. En palabras de Marx: “Ha sido ella la primera que ha demostrado lo que puede llevar a cabo la actividad humana. Ella ha realizado maravillas completamente distintas de las pirámides egipcias, de los acueductos romanos y de las catedrales góticas, ha realizado campañas enteramente distintas de las migraciones de pueblos y de las cruzadas”.¹¹ Para lograrlo, la burguesía europea se erige en la clase más destructiva de la historia, pues borra, incorpora, desvanece las aparentemente sólidas formaciones sociales que la precedieron:

La burguesía no puede existir sin revolucionar continuamente los instrumentos de producción, esto es, las relaciones de producción, esto es, todas las relaciones sociales. La conservación

¹¹ Carlos Marx y Federico Engels, *El Manifiesto Comunista*, introducción y traducción de Pedro Ribas, Madrid, Alianza Editorial, 2011, p. 53

inalterada del antiguo modo de producción era, en cambio, la primera condición de existencia de todas las clases industriales anteriores. La continua transformación de la producción, la incesante sacudida de todos los estados sociales, la eterna inseguridad y movimiento, esto es lo que caracteriza la época burguesa respecto de todas las demás. Quedan disueltas todas las relaciones fijas, oxidadas, con su cortejo de representaciones y visiones veneradas desde antiguo, mientras todas las recién formadas envejecen antes de poder osificar. Todo lo estamental y establecido se esfuma; todo lo sagrado es profanado.¹²

Siguiendo el espíritu de la afirmación de Marx, el filósofo estadounidense Marshall Berman escribió un magnífico libro en el que da cuenta del ritmo frenético que el capitalismo decimonónico imprimió a todas las facetas de la vida moderna, haciendo sentir al hombre que era parte de un vértigo, una acción permanente que lo lanzaba hacia adelante, deslumbrando a sus contemporáneos con los inmensos progresos de la técnica y la tecnología (barcos y máquinas de vapor, ferrocarriles, telégrafos, edificios, fábricas...) puesta al servicio del capital.¹³ En palabras de Hobsbawm:

El capitalismo tenía ahora a su disposición a todo el mundo, y la expansión del comercio internacional y de la inversión internacional mide el entusiasmo con el que se aprestó a conquistarlo. El comercio mundial [...] Entre 1850 y 1870 aumentó el 260 por 100. Se vendía todo lo vendible [...] Hacia 1875 Gran Bretaña había invertido mil millones de libras en el extranjero [...] mientras que las inversiones francesas fuera de sus fronteras se multiplicaron más de diez veces entre las décadas de 1850 y 1880.¹⁴

¹² Ídem, pp. 53-54.

¹³ Marshall Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad* [1982], México D. F., Siglo XXI Editores, 2006.

¹⁴ Eric Hobsbawm, *La era del capital, 1848-1875*, op. cit., p. 46.

Cuarenta años después del *Manifiesto...*, se alzó en París, sobre las cúpulas de las antiguas iglesias y palacios, y rivalizando con las agujas de las catedrales góticas, el más grande portento arquitectónico visto hasta entonces, la descomunal atalaya de hierro que se erige en símbolo de la moderna “solidez” del capitalismo. Para Pichardo está claro que hay un antes y un después, un cambio radical de época, cuando afirma que la torre representa la “antítesis de siglos que comprende/Las dos etapas del humano anhelo”. Pero esto es así porque todavía, como señala Berman con agudeza: “el público moderno del siglo XIX puede recordar lo que es vivir, material y espiritualmente, en mundos que no son absolutamente modernos. De esa dicotomía interna, de esa sensación de vivir simultáneamente en dos mundos, emergen y se despliegan las ideas de modernización y modernismo”.¹⁵

Sin embargo, para el poeta cubano, no es solo la técnica o el ingenio lo que la estructura metálica sugiere, sino además el triunfo del “arte que eleva el raudo vuelo”. No debemos olvidar que la torre suscitó una fuerte polémica entre los partidarios de la arquitectura del hierro y los admiradores de las formas y estilos tradicionales, y no pocos artistas y escritores célebres de Francia se le opusieron con calificativos como “esqueleto de atalaya” (Paul Verlaine) y “trágica lámpara de calle” (León Bloy). Incluso se redactó una carta abierta en protesta de los creadores contra “la inútil y monstruosa torre del Sr. Eiffel”. Entre estos artistas se encontraban, Guy de Maupassant, Sully Prudhomme, Leconte de Lisle, Alexandre Dumas (hijo), Joris-Karl Huysmans y Paul Verlaine.

Pero más allá de esto, no deja de ser revelador que paralelo a la Exposición se realizó una muestra del arte francés en los cien años anteriores, en la cual fueron incluidos los pintores Édouard Manet, Claude Monet, Camille Pissarro y Paul Cézanne, hecho que marcó el reconocimiento oficial del movimiento impresionista

¹⁵ Marshall Berman, op. cit., p. 3.

y su inclusión definitiva en la historia del arte galo.¹⁶ En su última estrofa, Pichardo parece querer decirnos que la torre no es solo un templo erigido al influjo industrial y el gusto tecnológico, sino que debe ser también el símbolo de una nueva estética, de un arte y una literatura que debía igualmente ser moderna, y que tendrá en su generación a uno de los más afrancesados y auténticos representantes: Julián del Casal.¹⁷

2010

¹⁶ Gabriele Crepaldi, *Gran atlas del impresionismo*, Barcelona, Mondadori, 2007, pp. 320-321.

¹⁷ De Casal dijo el poeta Paul Verlaine: “El talento de Julián del Casal tiene veinticinco años; es un talento sólido y fresco, pero mal educado. Sí, le diré a usted: yo no sé quiénes fueron sus maestros ni cuáles sus aficiones pero estoy seguro que los poetas que más han influido en él son mis viejos amigos los parnasianos. Eso se ve fácilmente en todas las páginas de Nieve, y especialmente en los *Cuadros de Moreau* y en *Cromos españoles*. Su factura, como la de ellos, es preciosa, pero demasiado igual [...] Lo que le hace falta es creer; cuando crea será nuestro hermano [...]”. Citado en: http://www.cubaliteraria.cu/autor/julian_del_casal/valoracion.htm.



UN POEMA AL INMIGRANTE VASCO DE AGUSTÍN ACOSTA

Para Mireya Cabrera Galán

Agustín Acosta Bello (Matanzas, 1886-Miami, 1979) es una de las voces líricas más importantes del primer medio siglo republicano en Cuba.¹ Formado en la estética modernista y autor de un volumen de poemas antológico dentro de la temática de denuncia social, *La Zafra* (1926), del que dijo Fernando Ortiz que todo cubano debía leerlo, su producción poética fue elogiada por Rubén Martínez Villena, José Antonio Portuondo, Max Henríquez Ureña y Cintio Vitier, quien la definió como “Obra [...] en su conjunto, estrictamente personal, de cubanía provinciana intrínseca en el tono (abertura y franqueza), en la sutil malicia guajira que lo vetea y en el modo, también fáctico, *blanco*, al descampado de plantar las palabras y decir las cosas, con ademán sin embargo suave, sonriente y persuasivo”.²

En la presente nota nos interesa comentar un soneto de Acosta titulado “Un vasco”, el cual, detrás de una aparente anécdota costumbrista, nos revela un profundo sentido de la condición humana. Lo primero que llama la atención de estos versos es el argumento, pues a diferencia de canarios, gallegos y andaluces, que por su enorme peso migratorio durante los siglos coloniales conformaron un extenso imaginario colectivo en la Isla y dieron carne a múltiples personajes literarios, los vascos han padecido cierta “invisibilidad” en el panorama de la creación artística cubana. Aun así, el tema vasco en la literatura insular puede vanagloriarse de aquel formidable Farraluche “cruzado de vasco semititánico y habanera lánguida”,³ cuyas hazañas eróticas perturban las páginas de *Paradiso*, la gran novela de otro retoño vasco en suelo cubano, José Lezama Lima.

¹ Ver un notable estudio biográfico en: Mireya Cabrera Galán, *Agustín Acosta Bello. Aproximación a su vida y obra*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2009.

² Cintio Vitier, *Lo cubano en la poesía*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1970, p. 358.

³ José Lezama Lima, *Paradiso*, La Habana, Ediciones Unión, 1966, p. 264

En ello pudo haber influido el hecho de que, hacia la década de 1820, momento en que eclosiona la cultura criolla con el movimiento romántico y sus corolarios nacionalistas, los vascos comenzaron a disminuir como grupo migratorio y, en opinión de Manuel Moreno Fragnals y José Joaquín Moreno Masó: “es posible que hacia 1862-64 los nuevos inmigrantes fuesen insuficientes para compensar el crecimiento vegetativo del grupo establecido. Para estos años casi no hay inmigración vasca en las edades 15-19, que es precisamente cuando comienzan a emigrar gallegos y asturianos huyendo de las quintas y la acuciante necesidad económica de la región”.⁴ Como resultado de dicha dinámica inmigratoria, se observa según estos autores que:

La colonia residente tiene las características de un grupo migratorio “viejo”, que no se renueva, con un altísimo índice de retorno a juzgar por la pirámide de edades, y la población casada lo está con mujeres residentes en España, pues son muy pocos los expedientes ultramarinos iniciados para contraer matrimonio en Cuba. Los navarros, que desde un punto de vista migratorio podemos asimilar a los vascos, formaron un grupo regional de idénticas características.⁵

En términos estrictamente históricos, como apunta Raúl Roa en sagaz comentario al libro de Jon Bilbao, *Vascos en Cuba*:

Los vascos están ligados al proceso histórico cubano desde sus propios orígenes. Marineros vascos compartieron la epopéyica hazaña del Gran Almirante. Los nombres vascos abundan y descuellan a lo largo del agitado y fecundo desarrollo de nuestro país. Podrían citarse centenares de ellos; y algunos, de fijo, tan ilustres como el historiador Arrate, el arqueólogo Rodríguez Farrés y el poeta Mendive, quien a sus claros timbres

⁴ Manuel Moreno Fragnals y José Joaquín Moreno Masó, “Análisis comparativo de las principales corrientes inmigratorias españolas hacia Cuba: 1846-1898”, Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria, s/f., p. 505.

⁵ *Ibidem*.

literarios asocia el impar privilegio de haber sido mentor de José Martí. Pero la contribución vasca es demasiado importante para reducirla a puro inventario onomástico.⁶

Faltan en el párrafo anterior nombres de vascos tan célebres como el capitán general don Luis de las Casas y Aragoz, tan influyentes en la cultura cubana como el obispo ilustrado Juan José Díaz de Espada y Fernández de Landa o de tan proterva memoria como el negrero, hacendado y coronel de voluntarios Julián de Zulueta y Amondo, pero no es nuestra intención tampoco realizar el “inventario onomástico” éuscaro, ni tampoco profundizar en el universo de las influencias recíprocas de todo tipo, establecidas entre el país de los vascos y la Mayor de las Antillas,⁷ sino asomarnos al texto poético de Acosta y proponer una exégesis mínima de sus posibles significados:

UN VASCO

*Usa boina de paño y bebe el vino en bota.
La báquica alegría en su tráquea repica.
Resume en cesta y cancha su juego de pelota,
Y ama la sombra histórica del árbol de Guernica.*

*En su español gracioso su verbo se complica
Cuando el lenguaje éuscaro con la razón agota.
El mismo es como un árbol en cuya savia rica
Sueña la tierra áspera de Vizcaya remota.*

*No ceja a la esperanza de posibles retornos.
Es un lingote férreo fraguado en altos hornos,
Que como un estandarte romántico enarbola*

⁶ Raúl Roa, “Vascos en Cuba”, *En pie*, Universidad Central de Las Villas, Departamento de Relaciones Culturales, 1959, p. 400. El libro a que se refiere Roa es: Jon Bilbao, *Vascos en Cuba. 1492-1511*, Buenos Aires, Editorial Ekin, 1958.

⁷ Lo que ha sido recogido con amplitud en el volumen colectivo: *Vascos en Cuba*, William A. Douglass (coord.), Vitoria-Gasteiz, Servicio Central de Publicaciones del Gobierno Vasco, 2015, donde fue publicado una primera versión de este trabajo.

*Un corazón de niño de todo mal ayuno.
Sabe de Iparraguirre, del Gernikako arbola,
y no sabe quién es don Miguel de Unamuno!*⁸

Ignoramos la fecha de redacción de este poema o el personaje que lo inspiró, más la cronología y el supuesto modelo no importan en este caso. El artículo indeterminado *un* apunta que el vasco de Acosta es, más que un ejercicio poético de color local, un texto que insinúa una tesis. Veamos por qué. Al inicio del poema, el protagonista se nos muestra como un arquetipo del inmigrante de la península ibérica, incorporando a su imagen las tradiciones étnicas, tales como “la boina de paño”, el difícil arte de beber el vino de una bota y la afición al juego de pelota en frontón, muy diferente del béisbol o pelota americana. Sin embargo, esta mirada un tanto folklórica se vuelve penetrante cuando afirma que también “ama la sombra histórica del árbol de Guernica”, que es la manera de expresar los vascos su concepto de la libertad política y de sus fueros históricos.

La segunda cuarteta invoca la nostalgia, el recuerdo y la añoranza de volver. De nuevo acude la metáfora telúrica del árbol, y a ella se añade otro elemento fundamental del pueblo vasco: su lengua. Son los giros y frases de la lengua materna la expresión del sentir más íntimo, por oposición al “español gracioso”, que es la voz de la razón, y en sueños divisa las costas remotas de su patria. No obstante, a continuación de estos tópicos de la melancolía, Acosta introduce una comparación sorprendente, el vasco de su poema es “un lingote fraguado en altos hornos”, pero posee “un corazón de niño de todo mal ayuno”. Es un ser dividido entre su tierra y la Isla, comparten su espíritu la tenacidad del acero y la bondad de su alma. Es, en suma, un hombre duro y quizás un poco triste, pero bueno.

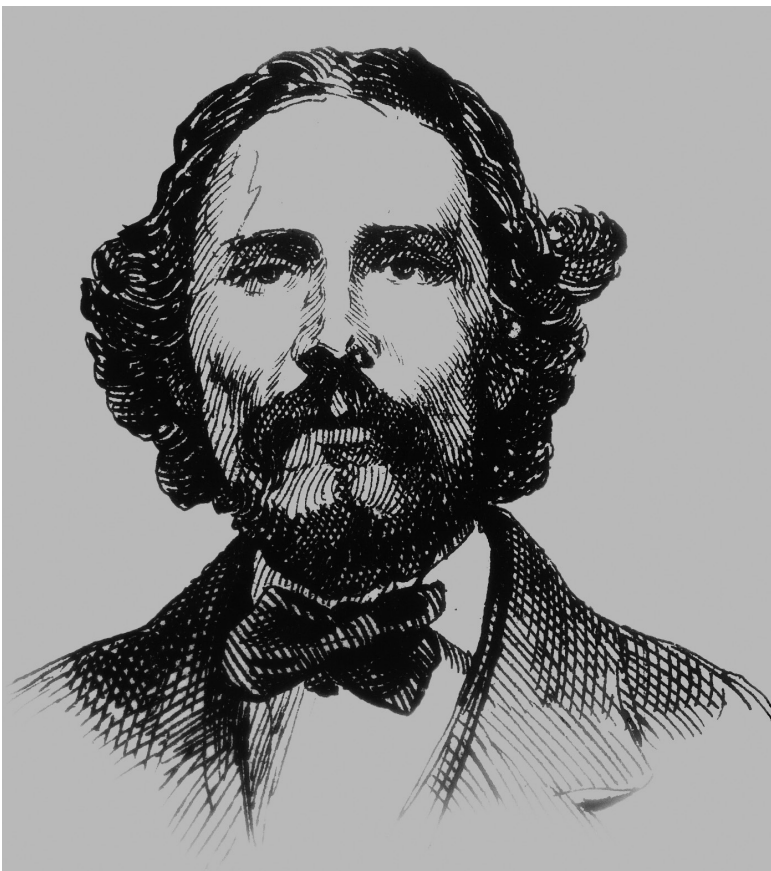
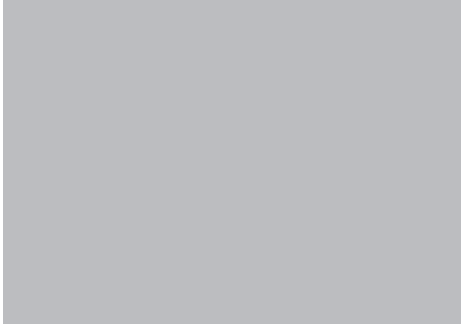
Sin embargo, es al final del poema donde se descubre cuál es el enigma de esta figura amable. Su secreto descansa en una confesión, no por insospechada menos reveladora: nuestro vasco conoce

⁸ Agustín Acosta, *Poemas escogidos*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1985, p. 193.

la figura de José María Iparraguirre, el gran bardo romántico, y recuerda las estrofas de su himno patriótico *Gemikako* arbola, escrito en lengua vasca, pero ignora quién es don Miguel de Unamuno. ¿Cuál puede ser el sentido de esta declaración? ¿Acaso dar fe de la rusticidad del vasco iletrado? ¿Una solución ingeniosa cargada de ironía? Pensamos que no, y proponemos la siguiente interpretación de la frase final. Como es conocido, se trata de dos siluetas emblemáticas y al mismo tiempo antagónicas de la cultura vasca. Iparraguirre es una figura de la cultura popular y un ejemplo vivaz del ademán romántico. Tuvo una vida bohemia y aventurera, combatió en la última de las guerras carlistas y vivió un largo exilio por tierras de Francia, Suiza, Alemania, Uruguay y Argentina; mientras que Unamuno, nacido en Bilbao, estudió en la Universidad de Madrid, donde se doctoró en Filosofía y Letras con una tesis titulada *Crítica del problema sobre el origen y prehistoria de la raza vasca* (1884), que anticipaba sus posturas contrarias al nacionalismo vasco de Sabino Arana. El grueso de su obra, de carácter existencialista, la desarrolló mientras ejercía como profesor de griego y rector en Salamanca.

No es posible imaginar dos visiones de la vida más diferentes, y es este detalle el que nos revela, a pesar del fingido reproche que sugieren los signos de asombro del poeta, el sentido más hondo del poema. El vasco de Agustín Acosta no es un hombre ilustrado, es un trabajador que desconoce a uno de sus paisanos más famosos; pero este hombre humilde, llegado de cualquier caserío, es conocedor de sus raíces y portador de una cultura ancestral, que encontró su cantor y su poeta en el autor de *Agur Euskalerrinari*, mucho mejor que en el castellanista catedrático salmantino, cuyos poemas y preocupaciones filosóficas se dolieron siempre de los destinos “de España”. Creemos que esta visión del drama nacional vasco, explícita en la antinomia Iparraguirre-Unamuno, y su retrato cariñoso del inmigrante *euskaldun* —al que le perdona en el fondo ignorar al autor de *Niebla*, a pesar de su grandeza como escritor— hacen que el soneto de Agustín Acosta nos siga ofreciendo el testimonio de un afecto, una singular prueba de simpatía por el País Vasco, su historia y su pueblo.

2004



Quizás sin proponérselo (...) Travieso quiso decirnos que para Cuba y su gente mejor, habían llegado los tiempos en que las noches morían, pero los días habrían de volver.

JULIO LE RIVEREND

Cuando Julio Travieso ganó, en 1981, el premio Uneac de novela con el libro *Cuando la noche muera*,¹ ya era un autor conocido en el panorama literario insular, y entre sus obras contaba con los volúmenes de relatos *Días de guerra* (1967), *Los corderos beben vino* (1970) y la novela *Para matar al lobo* (1971). Transcurrió casi una década entre la aparición de su primera ficción de largo aliento y una obra con propósito similar, que desplazaba su mirada hacia la narrativa de carácter histórico.² El contexto de época de esta novela es la lucha independentista cubana iniciada en 1868, con dos escenarios principales: el de las acciones bélicas desarrolladas por Carlos Manuel de Céspedes en Oriente y las peripecias conspirativas de un grupo de patriotas en La Habana, encabezados por Agustín de Santa Rosa y Milanés (1822-1873). En el caso de Céspedes se trata de una de las figuras más notables en el quehacer patriótico y revolucionario del siglo XIX, sin embargo, Santa Rosa es un protagonista secundario, que no forma parte de los panteones más conocidos de aquella gesta. Por lo tanto, era una figura ideal, desde su condición subalterna, para ofrecer una narración novelada de su existencia.

Una descripción de Santa Rosa nos dice que era de un “fogoso patriotismo, valor temerario, temperamento inflamable, fantástico (...) su fervor religioso era tan sincero, que jamás entró en

¹ Julio Travieso, *Cuando la noche muera*, La Habana, Ediciones Unión, 1983.

² Sobre la narrativa histórica de Julio Travieso véase: Yannelys Aparicio y Ángel Esteban, *Narrativa histórica cubana. La obra literaria de Julio Travieso*, Valencia, Aduana Vieja Editorial, 2014. Específicamente sobre la novela *Cuando la noche muera* véanse las pp. 172-180.

combate sin elevar antes una plegaria por las almas de los enemigos que mataría. Estas cualidades acaso lo dominaban, lo alucinaban para lanzarlo a la guerra”.³ Cirilo Villaverde, quien lo conoció en la época de las conjuras anexionistas, asevera que era un hombre de “talla mediana, escueto, más bien que metido en carnes; tenía el rostro enjuto y pálido, la mirada sin brillo y triste como persona abstraída u ocupada en hondos o místicos pensamientos. Había además en él un tono de la voz melosa, siempre que echaba la palabra cierta medida y canticio, fácil de advertir en los ministros de la religión protestante”⁴.

Santa Rosa fue miembro de una familia de holgados recursos económicos, pero contrario al destino que le tenía reservado su posición clasista, tuvo una vida aventurera y temeraria que lo llevó, aun sin cumplir los veinte años, a enrolarse en la última expedición del general Narciso López a Cuba en el verano de 1851, donde utilizó el seudónimo de *Martín Milésimo*. Capturado en aquella ocasión, salvó la vida, pero fue condenado al presidio de Ceuta. De allí se escapó a los Estados Unidos, donde conspiró por la independencia y regresó a Cuba en 1868, con una misión del general Manuel de Quesada, tramando una conspiración en la capital de la Isla. Al parecer Santa Rosa actuaba de común acuerdo con el ingeniero y empresario santiaguero Francisco Javier Cisneros, quien llegaría a alcanzar los grados de general de brigada por sus contribuciones en armas y pertrechos para la guerra, y recibía órdenes de una llamada Junta Superior.

Conocido el levantamiento de Céspedes en Demajagua, se alzó en armas, junto a otros once complotados, en una finca de las afueras de La Habana (la quinta “Cintras”, propiedad de la señora Asunción Garay, viuda del notable abogado José Antonio Cintras, quien la había heredado de su primer esposo el juriconsulto Joaquín Caneda, abuelo del ilustre bibliógrafo Domingo Figarola Caneda) el 2 de noviembre de 1868, en lo que ha sido denominado en la historiografía como Grito de Luyanó. Se trató a todas luces de un plan espontáneo y hasta cierto

³ Rene Lufriú, “El Grito de Luyanó”, *Ensayos de divulgación histórica*, prólogo de Manuel Márquez Sterling, La Habana, Librería José Albela, 1924, pp. 75-76.

⁴ Ídem, p. 76.

punto imprudente, motivado por el frenesí revolucionario de un grupo de jóvenes, capitaneados por Santa Rosa, deseosos de emular el grito de Céspedes en Oriente. De manera un tanto pintoresca, uno de los conspiradores, el joven camagüeyano Aristides Rodríguez, “de blondos cabellos y elevada estatura”, no esperó a llegar a la mencionada finca y en plena vía pública dio vivas a la independencia, poniendo sobre aviso a un cochero, que presumiblemente dio cuenta a las autoridades del lugar donde se encontraban los revolucionarios. Al fallar el factor sorpresa, y no concurrir los hombres que había prometido irreflexivamente Santa Rosa, los complotados se disgregaron y el armamento tuvo que ser puesto a buen recaudo en la ciudad. Según el historiador René Lufriú:

El plan era débil, insensato, de fracaso ineluctable, pero dóciles al prestigio y proclamada pericia de Santa Rosa, sus improvisados colaboradores lo aceptaron con la fe de la juventud florecida de rosas de entusiasmo, que en su ardor forja en la nada sueños locos que a veces cuajan en realidades y graban en la Historia el oro de inmortal proeza (...) Nada más fue el grito de Luyanó. Breve, desconocido verso suelto del romancero cubano, forjado por la audacia y el patriotismo que tintinea cascabeles de calaverada y traduce un latido del alma habanera, sojuzgada por abrumadora fuerza material, lo lanzó a la cara de la tiranía, a falta de otro medio de acción.⁵

Este alzamiento y otro posterior en Vueltabajo no tuvieron éxito, pero demostraron que el Occidente también poseía elementos revolucionarios.⁶ Sobre estos hechos apunta el historiador César García del Pino:

⁵ Ídem, pp. 78 y 81.

⁶ El destacado historiador habanero Julio Le Riverend menciona el nombre de Agustín de Santa Rosa como parte de un grupo en el que también estaban Francisco Lufriú, José A. Cintras Garay y José Miguel Nin y Pons. Al Grito de Luyanó lo califica de “efímera aventura que fracasó como, más tarde, el intento de Candelaria. Esos grupos respondían ya a una conspiración que habían iniciado Ambrosio José Valiente, José M. Mestre y José M. Gálvez, a los que se unieron más tarde José Hernández Abreu, José de Cárdenas Gassie, José Gerardo Domenech y otros más”. Véase: Julio Le Riverend, *La Habana. (Biografía de una provincia)*, La Habana, Imprenta El Siglo XX, 1960, p. 391. Le Riverend también escribió una reseña de la novela titulada “Historia y ficción”, *Revista de literatura cubana*, La Habana, no. 6, enero-junio 1986, pp. 146-149.

El dos de noviembre (...) intenta Agustín de Santa Rosa levantarse, acompañado de once jóvenes, en la quinta “Cintra”, sita en Luyanó, para lo que contaba con armamento para 50 hombres. No obstante haber sido alertadas las autoridades por el aviso de un cochero, pudieron disolverse los comprometidos y salvar las armas. El impaciente Santa Rosa no se dejó abatir por el fracaso y decidió efectuar un nuevo intento en el lomerío de Vuelta Abajo (...) Santa Rosa y sus acompañantes arriban a Candelaria el 6 de noviembre. En serones de tasajo habían conducido las armas, pero fueron retenidas por el guarda-almacén del ferrocarril y, privados de sus elementos de guerra, se ven obligados a internarse en las lomas, donde (...) pueden eludir la persecución española hasta el día 10, en que una numerosa fuerza española los acorrala y hace, sin posible resistencia, prisioneros.⁷

En su extensa hoja de servicios a la revolución, Santa Rosa participó del secuestro de un buque español de cabotaje y protagonizó acciones armadas en Camagüey, donde fue hecho prisionero y resultó nuevamente indultado por gestiones del cónsul de los Estados Unidos en La Habana. Finalmente se enroló con el nombre falso de *Francisco Rivera* en la última expedición del buque *Virginus*, fue apresado por los españoles y fusilado en Santiago de Cuba el 8 de noviembre de 1873. Al morir ostentaba el grado de teniente coronel del Ejército Libertador.⁸ En una valoración de esta figura, hecha por el historiador Julio Le Riverend, encontramos que:

Santa Rosa se nos revela como un hacedor-soñador a ultranza. Romántico de tiempos en que la reflexión cautelosa de los habaneros enriquecidos frena el quehacer revolucionario. Quizás por eso y también por su condición de

⁷ Cesar García del Pino, “La Habana en los días de Yara”, *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, La Habana, año, 69, no. 2, mayo-agosto, 1978, pp. 153-154.

⁸ *Diccionario enciclopédico de Historia Militar de Cuba*, tomo 1, Biografías, La Habana, Casa Editorial Verde Olivo, 2014, pp. 268-269.

artesano o asalariado de tabaquería (...) pudo escapar de las condenas propias de la represión contemporánea. El informe que elevó a la Soberana Convención (de la hermandad de El Ave María) es sorprendente. Contenía nada menos que el ajusticiamiento del Capitán General y se refería a incontables hombres dispuestos a tomar la capital “desde adentro”.⁹

Es este apasionante personaje el que ofrece el contenido histórico fundamental a la novela *Cuando la noche muera*, en un hábil contrapunteo de voces narrativas entre las visiones de la revolución de un hombre de acción como Santa Rosa y los ademanes reformistas de algunos intelectuales ilustrados o francamente reaccionarios de los hacendados esclavistas criollos. Frente a ellos, Santa Rosa expresa el pensamiento radical que no duda en lanzarse al incendio revolucionario, sin miedos ni vacilaciones; él es un sobreviviente de múltiples conspiraciones y fugas espectaculares, y su temeridad lo lleva en ocasiones a ejecutar acciones desesperadas. Pero ello no mengua su patriotismo ni su sacrificio personal.

Sus interlocutores de ficción simbolizan las diferentes actitudes del patriciado criollo ante el parteaguas que significaba la Revolución del 68. Entre estos destacan José Fernández Trelles, cuyo pragmatismo político lo lleva a evolucionar del anexionismo al separatismo, aunque con el prurito del temor a la emancipación repentina de los esclavos; y Gaspar Rojas, también enrolado en su juventud en las filas anexionistas, pero que se ha enriquecido y disfruta de una posición económica semejante a la de los grandes hacendados dueños de plantaciones y esclavos. En ambos es perceptible la prudencia y el cálculo político como un elemento que satura sus aires reformistas. El escepticismo y la desconfianza de Rojas en las capacidades de los cubanos para emanciparse es notoria en la siguiente reflexión sobre sus compatriotas: “Los cubanos son honrados porque saben hacer reverencias. Ninguno dice nada,

⁹ Julio Le Riverend, “Historia y ficción”, *Revista de literatura cubana*, La Habana, no. 6, enero-junio 1986, p. 148.

ninguno. Solo algunos no hacen reverencia, pero tampoco dicen nada. No tienen suficiente valor”.¹⁰ Otra postura es la que encarna Antonio Izaguirre, un tratante de esclavos que sin embargo blasona de una ideología liberal y una inclinación moderada, tras lo cual se esconde una torcida e inescrupulosa posición retrógrada.

Ante semejantes ademanes reformistas, hay una reflexión del personaje Santa Rosa, que resulta característica del dilema planteado a los hombres del 68: “No le agradaba. Fernández Trelles era un triunfador social y él un desarraigado de la sociedad; un intelectual, y él un hombre de acción; era prudente y él vehemente; pero, sobre todo, no le agradaban las vacilaciones de Fernández Trelles”.¹¹ Este actor, al final de la novela, desengañado ante la barbarie criminal de los colonialistas contra los cubanos, deja atrás sus reservas y su escepticismo, para abrazar la causa de los patriotas.

Una pieza fundamental en la trama de la novela es el jefe de la policía secreta, nombrado irónicamente Barón de Alcázar, quien ejerce la represión en las sombras del poder, de un modo frío y calculador, elaborando expedientes de aquellos que supone sospechosos de infidencia o deslealtad política, aunque también, de manera cínica, lleva los registros de los propios capitanes generales. Alcázar es un hombre tenebroso y miserable, que nutre sus deletéreos archivos de chismes, anónimos y confidencias, entregados por una tupida red de informantes y delatores, que incluyen a miembros de la sacarocracia criolla como el citado Izaguirre. En este personaje se advierte la abyección y bajeza de sus acciones, en el orden moral, y también sus aspiraciones y delirios de grandeza, pues aunque es dueño de cafetales e ingenios, y su dinero proviene de la ilegal trata de esclavos, sueña con alcanzar la máxima posición política de la Isla. La ambición desmedida de riqueza y poder es el fin último de esta meticulosa máquina represiva, y será también la causa de su perdición. Sin embargo, su actividad policial

¹⁰ Julio Travieso, *Cuando la noche muera*, p. 31.

¹¹ Ídem, p. 188.

es limitada, dado que su conocimiento de los entes subversivos es apenas local, y llegada la hora del alzamiento en Oriente, ignora los pormenores de la trama conspirativa que llevaron adelante los patriotas de Bayamo y Manzanillo.

La eficacia de la novela no solo radica en la exposición de una trama histórica con matices políticos, sino que incorpora otros recursos que le dan un talante romántico y de intensa afectividad a la narración. Es el caso del personaje de María Mercader, una joven criolla de ascendencia francesa, dueña de un carácter melancólico y enérgico al mismo tiempo. Su sensibilidad hacia el dolor humano la hizo pensar en el camino de la devoción religiosa, pero el contacto con la realidad social de la Colonia despertó en ella otros sentimientos más terrenales, que comienza a vivir al mismo tiempo que experimenta una abrasadora pasión por Agustín de Santa Rosa. Esta heroína romántica se expresa en la novela, muy al estilo decimonónico, a través de hermosas y reveladoras epístolas, que enuncian angustias y temores, pero también una personalidad apasionada y firme. Su trágico final, violada y asesinada en un campamento mambí por una partida de contraguerrilleros, es paralelo al sacrificio de su amado, quien, tras múltiples escapatorias, cae finalmente fusilado en Santiago de Cuba. Un componente que marca la circularidad de la narración, y quizás lo ineluctable de la suerte de ambos, es que Federicón, el jefe de los asesinos de María, es el mismo que había capturado a Santa Rosa en 1851, cuando era un cazador de esclavos fugitivos. Ello refuerza aún más la aureola romántica de esta relación entrañable, marcada por la pasión amorosa no consumada y la muerte compartida por un ideal libertario.

La antagonista en el plano femenino de María Mercader es Victoria, una matrona sensual que practica el antiguo oficio de meretriz a cambio de joyas, ropa y dinero. Victoria representa la pasión lujuriosa alejada de cualquier sentimiento amoroso, y su condición de informante de la policía rebaja aún más su estatura moral. Todo lo que Victoria exhala lleva un vaho fangoso y turbio, como sus propias pasiones, y ello parece prefigurar el destino de uno de

sus amantes, Gaspar Rojas, a quien descubre ante el jefe de la policía. Rojas, de un carácter vacilante y pusilánime, no soporta las torturas y extiende esta delación hacia sus antiguos compañeros de insurrección. La infamia cometida tiene su desenlace en el suicidio.

La novela, en el orden formal, está estructurada en varios planos narrativos, que avanzan y retroceden en el tiempo, con un hilo conductor que va desde el fracaso de la expedición de Narciso López y las peripecias del joven Santa Rosa y de un amigo (que luego sabremos es Gaspar Rojas) para escapar de sus perseguidores, hasta los últimos minutos del héroe en vísperas de ser conducido al pelotón de fusilamiento. El diálogo final con el sacerdote, antes de ser ejecutado, es una recapitulación de los hechos principales de su vida política, en una narración yuxtapuesta, que une en un solo haz sus inicios como seguidor de Narciso López hasta su presente como mambí del 68.

Como elementos que refuerzan la historicidad del relato, aparecen varios personajes reales como Carlos Manuel de Céspedes; los capitanes generales Francisco Lersundi y Antonio Caballero de Rodas y el laborante Francisco Javier Cisneros, un notorio periodista e ingeniero ferroviario santiaguero, muy destacado en el envío de expediciones armadas desde la emigración. En el orden intertextual, se reproducen documentos históricos como el famoso telegrama de Lersundi ordenando el apresamiento de Céspedes, o la frase atribuida a este: “Aún quedamos doce hombres, basta para hacer la independencia de Cuba”; también el autor coloca fragmentos de partes militares, bandos de guerra y pequeñas viñetas que reproducen los anuncios de ventas de esclavos y productos en los diarios de la época, lo cual apoya el efecto de verosimilitud propio de la novela histórica. Del mismo modo, el tratamiento de hermanos que se dan los conspiradores es una explícita alusión al talante masónico del independentismo cubano.

Cuando la noche muera es una interesante narrativa histórica, donde se mezclan componentes de la novela de aventuras, acción, intrigas y reflexiones sobre la condición humana ante situaciones

límites. Es también una exploración en el imaginario político y las pasiones personales de sus protagonistas, en el vórtice de una revolución social. Sin embargo, como apuntan Aparicio y Esteban en su valoración de esta obra: “El centro de atención de la historia lo constituye la lucha independentista, el patriotismo, el relevante hecho histórico del levantamiento en el ingenio La Demajagua, y el heroísmo de quienes lucharon y murieron por la libertad. Es por ello que, aunque en esta novela los personajes están más trabajados que en la anterior, los sentimientos no se describen a fondo, ni tampoco las escenas de amor carnal, y es que el mayor sentimiento, el que domina y triunfa, es el amor a la patria”.¹² Asimismo, comparto la opinión del crítico Emmanuel Tornés, uno de los mejores especialistas de la obra de Travieso, cuando señala: “*Cuando la noche muera* representa una especie de puente literario con el porvenir; pues ya se visibilizan en sus páginas algunos de los cambios que de manera más radical el mismo autor se encargará de producir en el siguiente decenio. Sin embargo en otros aspectos, como su cosmovisión filosófica, el tono del discurso y la concepción estética subyacente en el manejo de ciertos recursos narrativos, mantendrá lazos filiales con la poética de los sesenta”.¹³

2020

¹² Yannelys Aparicio y Ángel Esteban, *Narrativa histórica cubana. La obra literaria de Julio Travieso*, p. 177.

¹³ Emmanuel Tornés, “*El polvo y el oro* y la novela histórica actual”, en: Julio Travieso, *El polvo y el oro*, Santa Clara, Sed de Belleza, 2015, p. 11.



UN NUEVO DÍA: NOVELA “SIN FICCIÓN” SOBRE EL MONCADA

Un nuevo día sostiene y apoya admirablemente lo que siempre he pensado sobre el extraordinario papel que juega la pequeña historia en la conservación viva de la grande, la que trascenderá para quedar como legado al futuro.

FÉLIX PITA RODRÍGUEZ

En uno de los diálogos finales de la novela de Julio Travieso sobre el patriota habanero de la Guerra de los Diez Años Agustín de Santa Rosa, titulada *Cuando la noche muera*, su protagonista exclama: “pero qué importa que la noche muera [...] Habrá muchas más noches y también nuevos amaneceres que otros hermanos verán”.¹ Esta frase, dicha en Santiago de Cuba a un sacerdote llamado de manera elocuente Santiago, me sirve para enlazarla alegóricamente con otro libro de Travieso, donde recoge los testimonios de varios de los participantes en los hechos del 26 de julio de 1953 en Santiago de Cuba, publicado en 1984 bajo el rótulo de *Un nuevo día*.²

El libro tuvo una excelente acogida al momento de su divulgación, y entre sus comentaristas podemos citar a los escritores y críticos Mirta Aguirre, Félix Pita Rodríguez, Dora Alonso, Ambrosio Forner y Noel Navarro.³ Pita Rodríguez resaltó en el texto su exploración en lo que llama “las zonas profundas del alma de aquellos hombres. Lo que llevaban sus corazones cuando se aprestaban a iniciar la hazaña, sus pensamientos recónditos, las simples observaciones hechas al pasar, la íntima zozobra que despierta siempre el futuro incierto, las conversaciones aparentemente banales

¹ Julio Travieso, *Cuando la noche muera*, Ediciones Unión, La Habana, 1983, p. 314.

² Julio Travieso, *Un nuevo día*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1984.

³ Véase: “Opiniones de cinco escritores cubanos sobre *Un nuevo día*, testimonio del Moncada”, *Universidad de La Habana*, no. 226, sep.-dic., 1985, pp. 269-270. En este propio número de la revista aparece la reseña de Mirta Penas Gómez, “A propósito de *Un nuevo día*, de Julio Travieso”, pp. 270-275.

y ajenas a la finalidad que les movía, la pequeña historia, en fin, que es como la sangre y el calor humanos capaces de mantener vivos a los hechos que van a convertirse en piedra impecedera”.⁴ En esa misma dirección Fonet apuntaba que “uno de sus mayores méritos estriba, a mi juicio, en que combina la más estricta fidelidad a los hechos históricos con una estructura narrativa que convierte la simple crónica en algo vivo, donde se siente la humanidad y la grandeza de las situaciones y los personajes» y le reconocía al libro haber contado la gesta del Moncada “con audacia e imaginación”.⁵

A primera vista, parece que estamos en presencia de un libro de testimonios, concernientes a varios de los asaltantes al Cuartel Moncada el 26 de julio de 1953. Sin embargo, lo que resulta singular en este volumen es que no se trata de combatientes de primera fila, sino más bien de un puñado de protagonistas subalternos, sobrevivientes al suceso del Moncada, héroes cuyos nombres no figuran entre los más conocidos; y además sus recuerdos y relatos de aquellos momentos tampoco se caracterizan por una visión épica, sino que toman elementos de la vida cotidiana, algunos aparentemente triviales, pero que nos recuerdan que las revoluciones las hacen hombres de carne y hueso, no arquetipos sobrenaturales.

El texto va precedido de una “Nota introductoria”, donde Travieso expone cuáles fueron sus motivaciones al realizar las entrevistas a los nueve testificantes: Florentino Fernández, Reinaldo Benítez, Generoso Llanes, Pedro Trigo, Oscar Quintela, Ernesto González, Israel Tápanes, Gabriel Gil y Ricardo Santana. El autor trató de reunir a personas de vidas y trayectorias disímiles, antes y después del 26 de julio, pero que tenían en común su apoyo al proyecto revolucionario de Fidel Castro, sus orígenes clasistas dentro del sector de los trabajadores humildes y su procedencia geográfica de varias zonas de Cuba. Entre ellos había obreros textiles, campesinos, un enfermero y tres empleados del comercio.

⁴ “Opiniones de cinco escritores cubanos sobre *Un nuevo día*, testimonio del Moncada”, p. 270.

⁵ *Ibidem*.

Otro elemento unificador, este de evidente valor literario, era que todos habían hecho el viaje a Santiago en automóvil, lo que permitió a Travieso no solo reconstruir su itinerario y diferentes paradas para tomar alimentos y descansar, sino descubrir cómo su estado de ánimo se fue transformando en la medida que se acercaban al objetivo final, que muchos desconocían cuál era.

El trabajo de campo, llamémosle así, para la investigación, no precisó de cuestionarios ni de entrevistas preconcebidas, sino que descansó en las conversaciones extensas e informales sostenidas por el autor con sus informantes, las cuales fueron grabadas. Fuera de este núcleo central de relatos, Travieso recurrió a entrevistas inéditas realizadas a otros asaltantes, a fuentes históricas muy conocidas como *La historia me absolverá*, y a otro tipo de fuentes primarias menos divulgadas como el Diario de Raúl Castro. También utilizó los testimonios de Juan Almeida, Haydée Santamaría y Melba Hernández, registros de prensa de la época y obras historiográficas diversas sobre los hechos del Moncada. Llama la atención la manera en que el autor reclama que se trata de un texto de no ficción, y que, aunque el uso de la tercera persona pudiera hacer pensar en la presencia de la imaginación, se trata de una “falsa impresión”, pues apenas es un recurso técnico que buscaría una mayor cercanía con las figuras históricas. Y nuevamente insiste: “en ningún momento los acontecimientos que se narran han sido sometidos a la más mínima ficción”, y expone varios ejemplos que parecen demostrarlo.

Sin embargo, pese a tales declaraciones, contrarias a lo que pudiéramos llamar las “seducciones de la literatura”, quisiera permitirme dudar de dicha afirmación y poner bajo sospecha la condición no literaria de este texto. En sentido inverso, intuyo que desde la propia concepción del libro, pasando por el montaje cinematográfico de los testimonios al estilo de una *road movie*, hasta su propia plasmación escrita, estamos en presencia de lo que algunos autores han denominado “géneros confusos” o “discursos híbridos”; es decir, una narración fidedigna que, sin alcanzar la condición novelada de otros testimonios, como la *Biografía de un cimarrón*,

incorpora elementos narrativos que son propios de la creación literaria. Es el caso, por ejemplo, del relato del senador Paco Prío y su falaz promesa política a los boteros de Artemisa, cuando leemos: “Ustedes van a ver que eso lo resuelve el hermano del presidente —dijo Paco Prío y sonrió. Los choferes sonrieron, los guardaespaldas sonrieron. El senador montó en su Cadillac y dio la orden de partir hacia Artemisa [...] 20 minutos después, Paco Prío salía del cuartel con su mejor sonrisa en los labios. Los choferes lo rodearon. Muchachos —les dijo— todo está resuelto, todo [...] lo que queremos es que en las elecciones se acuerden del hermano del presidente...”⁶ En este fragmento, la sonrisa omnipresente y artificial en el rostro del senador, y su contagio al resto de la comitiva, nos anuncia precisamente la hipocresía de la promesa hecha, que en breve será sal y agua, poniendo de manifiesto una pequeña injusticia. Es la misma sonrisa sardónica, “enseñando una dentadura sin muelas”, del mayoral que humilla a Ricardo Santana en su juventud en un corte de caña.

Precisamente estas historias menudas, repletas de breves iniquidades e injusticias transitorias son parte del imaginario social de estos hombres de pueblo que, aun sin una ideología definida, lentamente van tomando una posición de rebeldía frente al orden de cosas indigno de la república burguesa. Otra postura que los define es el desprecio y la desconfianza frente a los políticos tradicionales, siempre sonrientes o ausentes. A este modelo pertenece el profesor Roberto Agramonte, quien se esconde durante el golpe militar del 10 de marzo, y cuando el militante ortodoxo Oscar Quintela toca a su puerta, un criado con la nariz arrugada le responde: “Aquí no hay nadie, el doctor se marchó y nos encargó que lo dijéramos, solo estamos el perro y yo”⁷.

Otro recurso literario es cuando el narrador entra en el subconsciente de Batista, para mostrarnos su astucia personal y al mismo tiempo su subordinación a Estados Unidos:

⁶ Julio Travieso, *Un nuevo día*, p. 24.

⁷ *Ibidem*, p. 33.

Batista se recostó nuevamente en el asiento y sonrió por un instante. Se dijo que estaba muy bien la estratagema de ir por carretera mientras que todos lo suponían en viaje por mar [...] Batista quiso reprender al teniente pero en ese momento entraba en la bahía un hermoso barco de bandera norteamericana, y mientras lo contemplaba guardó silencio [...] Batista observó la embarcación, pero enseguida cambió la vista y pensó en un artículo publicado en *Bohemia*, en el cual se verían opiniones que él consideraba injuriosas para su persona.⁸

El núcleo de la narración descansa en el relato del viaje a Santiago a Cuba, contado desde la perspectiva personal de cada uno de los testimoniantes y (re)creado luego por Julio Travieso. Allí se expresa la humanidad, el valor y también la incertidumbre que los acompañaba. Una constante durante el desplazamiento es el sentido del humor y el espíritu bromista de varios de los futuros asaltantes, como queda reflejado en la anécdota de Gildo Fleitas, chofer de uno de los automóviles que los conducía a Santiago, quien “todo el camino irá haciendo chistes, como si en vez de encaminarse a una acción bélica fuera a unos carnavales”.⁹

Aquí hay un elemento que resulta perturbador, pues la mayoría ignoraba hacia dónde iban, excepto el chofer, y efectivamente en Santiago de Cuba había carnavales. Para mayor paradoja, Gildo, “simpático y alegre”, será uno de los pocos combatientes que morirán en combate durante el asalto. Luego, en otra parada para descansar, en un gesto de camaradería, Gildo Fleitas le regala un sombrero tejano a Israel Tápanes, a quien le gustaba mucho y no tenía dinero suficiente para comprarlo.

Otro elemento literario se establece a partir del énfasis del narrador en los gestos premonitorios y presentimientos trágicos de los revolucionarios, en la medida que los diferentes carros avanzan hacia su destino final. Esto crea una atmósfera de tensión y

⁸ *Ibidem*, pp. 63-64.

⁹ *Ibidem*, p. 78.

suspense en el relato, pues, aunque sabemos el final de la historia, ignoramos muchos detalles de esa experiencia límite. En el auto de Quintela viajaba Julio Trigo, quien al llegar a Matanzas quiso escuchar unos tangos en una victrola, con el pretexto de que quizás serían los últimos que escucharía en su vida, lo que provocó que sus compañeros no tomaran en serio esa conjetura. En Camagüey, al salir, la madre de Reinaldo Benítez le cuelga una medalla de la virgen de la Caridad del Cobre y entonces una reflexión pesimista, premonitrice de una desgracia, se apodera de él. Y exclama: “Qué cará, cuando uno se va a romper, se rompe de todas maneras”.¹⁰ En el carro donde viajaba Ricardo Santana, también lleno de bromas y risas, al salir de Bayamo un revolucionario le dice a otro que estaba ensimismado: “Estás pensando que te vas a morir». Y el interpelado responde muy serio: «Estaba pensando en la magnitud de esto y en cómo saldremos”.¹¹

Ya en Santiago, la noche y madrugada antes de la acción, el carnaval oriental está en su máximo esplendor. Nuevamente aparecen imágenes, con un cierto sabor onírico, que parecen presagiar lo terrible que está por llegar. Mientras Israel Tápanes observa la estatua de Francisco Vicente Aguilera, una trepidante conga lo alcanza y puede presenciar cómo alguien agrede con un botellazo en la cabeza a uno de los participantes, que cae ensangrentado a sus pies, mientras la conga sigue calle arriba sin detenerse en el acto violento. Otra premonición es la del artemiseño Carmelo Noa, quien meses antes le había confesado a su madre: “Cuando me toque morir, quisiera que me enterraran donde mismo está enterrado Martí”.¹²

Los pormenores del ataque a la fortaleza militar son descritos con gran fuerza dramática, enfatizando el valor y la intrepidez de los combatientes, frente al estupor primero y el ensañamiento después de los soldados de Batista. La mayoría de los asaltantes que no

¹⁰ *Ibidem*, p. 93.

¹¹ *Ibidem*, p. 94.

¹² *Ibidem*, p. 127.

podieron salir de entre los muros del cuartel o del hospital civil fueron asesinados, como demostraron luego los testimonios forenses, y los sobrevivientes que lograron romper el cerco lo hicieron de forma casi milagrosa, pues ignoraban las calles de la ciudad y el camino de regreso a la granjita Siboney.

Aquí comienza un relato del viaje en sentido inverso, una crónica de la retirada, cargada de anécdotas y peripecias que, más allá de su verosimilitud, aparecen narradas con una perspectiva de literariedad y un intenso aliento cinematográfico. Intentaré resumir algunos de estos sucesos, llenos de humor, equívocos, casualidades, contingencias y extravíos de sus protagonistas. El grupo de la célula de Calabazar, perdido dentro de la ciudad y sin poder participar en el combate, tomó la decisión de dividirse. Los que iban con Pedro Trigo abordaron un ómnibus Santiago-Habana, cuyo conductor los ayudó a tener una coartada creíble, les regaló un pan de gaceñiga y les salvó la vida. Años más tarde, Pedro Trigo y el providencial conductor se encontraron en Moscú, y pudieron reconocerse precisamente por aquel detalle de la gaceñiga.

Por el camino, ese mismo ómnibus recogió en El Cobre a Generoso Llanes, que venía desfallecido y con el rostro demacrado, a quien los otros asaltantes pagaron el pasaje y protegieron. Horas antes, en una escena tragicómica, Generoso había logrado escabullirse vestido con una camisa de colorines, pero arremetido por un toro bravo tuvo que subir a un árbol y así pudo protegerse del agresivo animal. Luego, de regreso a la carretera, el auto de Quintela estuvo a punto de embestirlo pensando que se trataba de un soldado ebrio, y logró evadirlo lanzándose a la cuneta. Finalmente, Generoso abordó un *jeep* militar, cuyos tripulantes al verlo con el pantalón de soldado lo creyeron uno de los suyos que iba para una fiesta, y lo llevaron hasta El Cobre, donde abordó el ómnibus hacia La Habana.

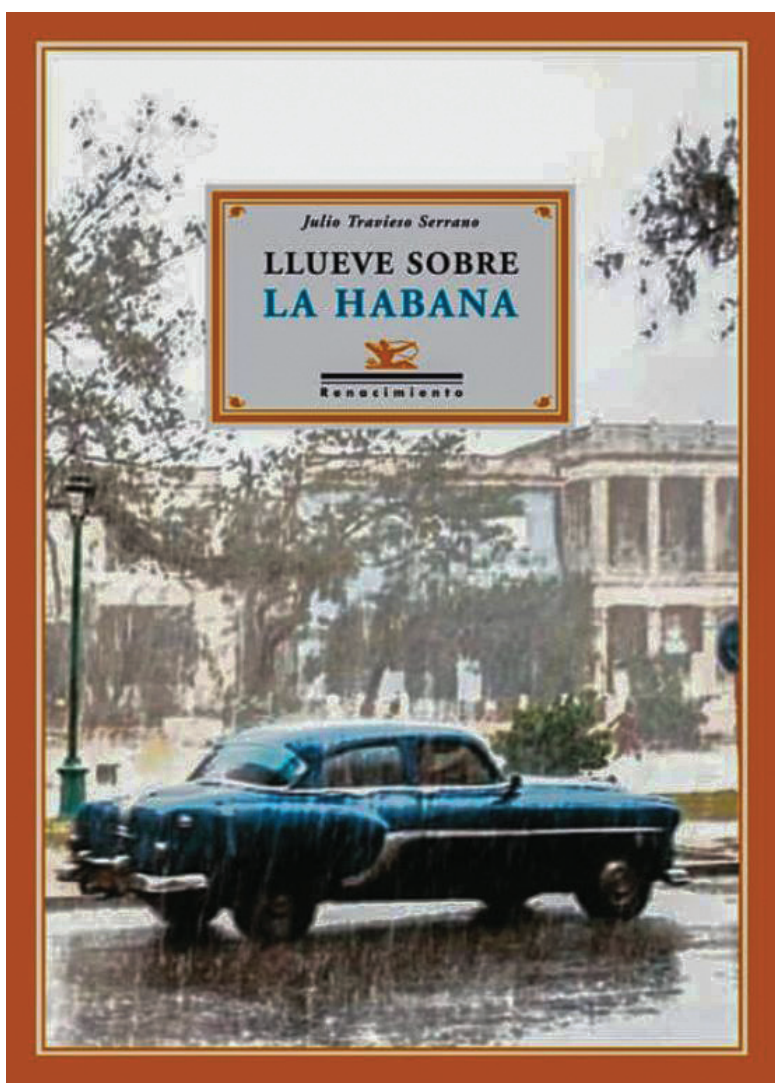
Los del auto de Quintela, después de pasar con éxito varios cercos militares, tuvieron que transportar a dos de ellos hasta Holguín, con grave riesgo para sus vidas si resultaban descubiertos. Al llegar

a Calabazar, los destinos de Quintela y René Bedia, ausentes del poblado y sospechosos de haber estado en el Moncada ambos, se separan por una historia casual que un amigo le cuenta a Quintela, y que este utiliza como coartada. En los casos de Israel Tápanes y Reinaldo Benítez, fueron capturados por el ejército y llevados al Moncada, donde soportaron las torturas psicológicas, antes de ser llevados al Vivac de Santiago. Florentino Fernández, el enfermero militar que había ayudado a conseguir la mayor parte de los uniformes, fue brutalmente torturado por los oficiales del SIM, pero no reveló el secreto y logró sobrevivir fingiendo que estaba loco. Luego confesaría que él no sabía “qué era más peligroso y para qué había que tener más valor, si para dejarse dar electrochoques o para ir a tirar tiros a cualquier parte”.¹³

Un nuevo día, que toma su título de una frase de Raúl Castro colocada como epígrafe de la obra, es mucho más que un libro testimonial sobre la gesta del Moncada. Estamos en presencia de un texto que utiliza esos elementos testimoniales en función de una narración pensada como una suerte de novela sin ficción, dotada de una sólida dramaturgia literaria. La nota introductoria, las citas a pie de página y la bibliografía que se reseña al final son añadidos intertextuales que funcionan como pistas falsas, puestas por el autor para hacernos creer que estamos ante un documento ajeno a los laberintos de la creación literaria. Pero este no sería un libro memorable si no fuera por ese maravilloso mundo de la imaginación hacedora del artista, que nos devuelve a sus personajes más creíbles y humanos, y nos cuenta sus vidas y sus muertes de un modo inolvidable. Como en las buenas novelas.

2020

¹³ *Ibidem*, p. 179.



VIENDO LLOVER (OTRA VEZ) EN LA HABANA

Ahora llegaron las lluvias. Viendo llover en La Habana (que es un gran espectáculo: García Lorca detuvo un banquete en su honor en el hotel Inglaterra para ver llover desde sus columnas y dicen que dijo: “¡La lluvia, qué teatro!”).

GUILLERMO CABRERA INFANTE

La obra narrativa de Julio Travieso Serrano (La Habana, 1940), es una de las más atrayentes y significativas de los últimos cincuenta años en el panorama literario cubano. Desde la aparición de su primer libro, el volumen de cuentos titulado *Días de guerra* (1967), al que seguirían los relatos incluidos en *Los corderos beben vino* (1970); su novela inicial *Para matar al lobo* (1971), y otras ficciones narrativas que lo situaron entre los más consistentes novelistas de Cuba, con títulos tan importantes como *Cuando la noche muera* (1983), *El polvo y el oro* (1993) y *Yo soy el enviado* (2012). Varias de las obras que componen este corpus, tienen en común el tratamiento de temas históricos cubanos o universales, algo que ha destacado, con notable erudición, el crítico Emmanuel Tornés, en su vigoroso exordio a la edición de *El polvo y el oro*, aparecida en Santa Clara por la Editorial Sed de Belleza en 2015.¹

Sin embargo, la fábula titulada *Llueve sobre La Habana*, escrita entre 1995 y 1998, y publicada en 2004, aunque se enmarca en un periodo exasperado de la historia contemporánea de Cuba —la profunda crisis económica y social de los años 90—, elude sutilmente la pretensión de ser una novela histórica. O más exactamente, en palabras de su autor al final del texto, su publicación oportuna la preservaría de envejecer y de convertirla en una novela histórica.² Salvando la ironía de esta frase, coincidí con

¹ Emmanuel Tornés, “*El polvo y el oro* y la novela histórica actual”, en: Julio Travieso Serrano, *El polvo y el oro*, Santa Clara, Ediciones Sed de Belleza, 2015, pp. 6-7.

² Julio Travieso Serrano, *Llueve sobre La Habana*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 2016, p. 311.

Julio Travieso en que esta novela no debe leerse en el sentido tradicional de las ficciones históricas, pero sí en el de la estética de las metaficciones posmodernas cubanas, que ubican su trama en el llamado Periodo Especial.

La narrativa de la crisis cuenta ya con un numerosísimo catálogo, y con poéticas tan heterogéneas como las de Pedro Juan Gutiérrez, Leonardo Padura, Ena Lucía Portela y los disímiles narradores agrupados bajo el rótulo generacional de los *Novísimos*. Un verdadero muestrario del cosmos marginal cubano se adueñó de cuentos y novelas, cuyos autores dieron voz y pusieron rostro literario a una legión de balseros, drogadictos, enfermos de sida, traficantes, matarifes, cuatrerros, jineteras, proxenetas, rockeros, rateros, burócratas corruptos, homosexuales y pícaros de diverso pelaje, que deambulaban por ámbitos urbanos ruinosos, en actitudes casi siempre cínicas, mordaces o sarcásticas, aturcidos por el hambre, el alcohol y el sexo.

Varios de estos personajes que resultaban peligrosos o inadaptados al orden social —y otros que no lo son— pueblan las páginas de *Llueve sobre La Habana*, una intensa parábola sobre la subjetividad e intereses de las personas en tiempos difíciles, el valor de la amistad en situaciones límite y la posibilidad del amor entre criaturas desdichadas y que desenvuelven su existencia en circunstancias hostiles. La pasión amorosa de Mónica Rodríguez Estrada Palma, un apellido que alude en nuestra historia a un momento de vacíos morales y desengaños políticos, y un hombre maduro al que intencionadamente se llama con el pronombre Él, va tejiendo las peripecias de la trama, llena de sordidez, desencanto, traiciones, erotismo y destrozos del tejido social.

En el epicentro de una profunda crisis económica, que erosiona por igual entes materiales y convicciones morales, y movidas por el humano afán de mejorar sus condiciones de vida, Mónica y su amiga Malú ejercen con determinación el oficio más antiguo del mundo. Ambas son selectivas en sus gustos, y prefieren los extranjeros (mexicanos, canadienses, europeos) con mucho dinero y

posibilidades de sacarlas del país, aunque Mónica posee una formación intelectual y un refinamiento del que carece su compañera de aventuras carnales. Mónica lee a Cortázar y al marqués de Sade, y escucha a los Beatles y a Nat King Cole. Además, en su apartamento están colgados dos reproducciones de cuadros icónicos de la pintura cubana, ambos de un profundo simbolismo, *La silla* de Wilfredo Lam y *El rapto de las mulatas* de Carlos Enríquez, los que completan un tríptico sincrético con la efigie de la Virgen del Cobre. Esta imagen protectora de la nación nos presagia el verdadero nombre de Mónica: Caridad.

Él es un periodista que cayó en desgracia con su jefe, de apellido Rojas. Es un hombre culto y justiciero, que en su juventud se enfrentó con valor a la tiranía de Batista, y por sus acciones revolucionarias fue encarcelado y torturado —aquí es inevitable pensar en la propia biografía de Travieso, y en la de muchos de sus compañeros de generación. Ese heroísmo anterior a 1959, no fue tomado en cuenta cuando, víctima de la bajeza y el oportunismo de sus superiores, fue expulsado del trabajo, al no denunciar un intento de salida ilegal del país. Agraviado moralmente, tuvo que enfrentar además la decepción del engaño amoroso de su mujer. Tanto la huida ilegal como la infidelidad de su esposa están relacionadas con un falso amigo, que lo traiciona doblemente, llamado sarcásticamente Maldonado, y que es la causa primordial de todas sus desgracias.

Sumergido en una suerte de ostracismo introspectivo, dedicado a ejercer oficios de legalidad dudosa, como el de «permutero», y adicto a la bebida, encuentra un reposo a sus desdichas en la compañía de Mónica, joven, bella y sensual, como Él una criatura romántica y sensible, que siente vergüenza por tener que vivir de su cuerpo y en el fondo desprecia a los clientes foráneos con los que se acuesta. Sabemos de Mónica un poco más que del resto de los personajes, porque lleva un diario, donde anota sus pensamientos más íntimos, y desnuda sus angustias existenciales; y también hace planes con Él para tener un futuro, fuera de la Isla, donde no tenga que prostituirse para vivir desahogadamente.

Paralelo al discurso que narra las peripecias de los protagonistas, aparecen en el texto nombres simbólicos, alegorías y alusiones intertextuales. En diferentes momentos hay guiños cómplices al lector, relacionados con importantes obras de escritores cubanos. Entre ellos está la narrativa de Reinaldo Arenas, cuyo primer libro *Celestino antes del alba* es comprado por Mónica a Remberto el librero, quien no deja de asombrarse de que una jinetera ande gastando su dinero en novelas de culto. Remberto además atesora reliquias bibliográficas como *Muerte de Narciso*, de Lezama y libros nunca publicados en la Isla, como la extraordinaria novela *El mundo alucinante*, del propio Arenas. Estos dos últimos textos poseen un sentido alegórico, más allá de su trascendencia literaria, pues sus títulos parecen sugerirnos la muerte de un mundo, el de la sociedad cubana igualitaria y modestamente próspera, existente hasta finales de la década de 1980, al que contradicciones exteriores y propias, privaciones materiales y conflictos éticos han convertido en una alucinación, un ofuscamiento y en ocasiones una pesadilla. Otros autores que el librero comercia son Federico García Lorca, con una primera edición del *Romancero gitano*, los versos de la Avellaneda en una impresión rara, y un ejemplar de *Cien años de soledad* autografiado por García Márquez. Aquí nos parece que es el propio Julio Travieso el que se introduce solapadamente en la trama, en la piel del librero exquisito, pues conocemos su condición de bibliófilo y sabemos cuánto disfruta de las ediciones príncipes y los libros dedicados.

Un homenaje, implícito en el escenario urbano principal de la trama —El Vedado y su zona más céntrica: la Rampa y sus calles aledañas—, inevitablemente nos lleva a la figura de Guillermo Cabrera Infante y sus caleidoscópicas visiones de este borde de la metrópoli en *Tres tristes tigres* y *La Habana para un infante difunto*. La ciudad toda, ahora, es diferente, y como nos dice un personaje con ironía cáustica, parece vivir “bajo un acto de prestidigitación”, pues “en algún instante, por arte de un pase mágico, gran parte de la Bella Habana que nosotros conocimos, fue llevada a otro lugar, y (...) nos trajeron las ruinas de una ciudad bombardeada durante la Segunda Guerra Mundial”.³ Una referencia más explícita

nos conduce al gran mito literario cubano del siglo XIX, *Cecilia Valdés*, pues en la visita que Él realiza a la casa de la abuela paterna de Mónica, bajo un torrencial aguacero, descubrimos que es una mujer mestiza de pelo oscuro y rizado, y que su bisabuela es negra, que en sucesivas mezclas raciales con hombres blancos llegaron hasta Mónica, una mujer rubia hasta en los vellos del pubis.

Otro escenario de la novela es el barrio de la Víbora, nombre enigmático y de resonancias deletéreas, pero muy cercano a la juventud y la acción revolucionaria de Julio Travieso. Allí vive Malú, quien tendrá al final de la novela un *fatum* trágico. Es portadora del virus del sida, y también lo será Mónica, ambas contaminadas por un mexicano de apellido Vargas. El mal, parece decirnos el novelista, actuará como un exorcismo purificador sobre la existencia pecadora de ambas mujeres, redimiéndolas con el sacrificio de sus vidas. Él, en cambio, no está contagiado y sobrevive a Mónica, que pasa sus últimos años en un sanatorio, en espera de una muerte lenta y cruel, a la que Él trata de poner alivio con sus visitas, llevándole libros y ramos de flores. Al final, Él se va a vivir al apartamento de su amante muerta, en la Rampa, y desde allí, asomado al balcón, se dispone a esperar nuevos aguaceros que se lleven toda la podredumbre que la ciudad alberga en sus entrañas.

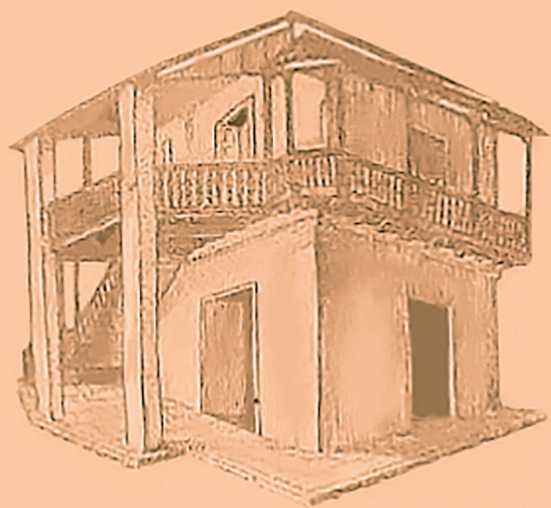
Todo lo dicho hasta aquí, no es más que la punta del iceberg de esta apasionante novela, que se deja leer en una prosa ágil, amena y directa, sin artificios verbales, más concentrada en contar sus historias que en realizar experimentos narrativos. Sin embargo, el tono marcadamente desencantado de estas páginas, no autoriza a decir, como ha querido hacer ver cierta crítica, que se trata de una obra “absolutamente demoledora en su falta de esperanza en un futuro mejor”, o que hace patente “la imposibilidad de vivir en Cuba”.⁴ Creo que, más allá de la incredulidad o la desilusión que posean sus personajes, hay una intención del autor de

³ Ídem, p. 210.

⁴ Milagros Sanchez Arnosi, “La Habana: bella, perversa, amarga y secreta”, *Cuadernos hispanoamericanos*, Madrid, no. 706, abril, 2009, p. 91.

mostrar las flaquezas y desconciertos de una sociedad compleja, de penetrar en aspectos negativos de la realidad como la corrupción moral de ciertos funcionarios, el consumo de drogas o el ejercicio impúdico de la prostitución, pero todo ello expuesto sin didactismos inútiles ni lecciones morales preconcebidas. Esta novela nos muestra la decadencia de una ciudad hermosa, cubierta por un velo debajo del cual es posible distinguir aún su antiguo esplendor. Nos enseña las llagas y extravíos de un país que se ha debatido en la encrucijada de un destino colmado de incertidumbres y retos. En medio de desafíos tremendos, Julio Travieso no vacila en ofrecernos este paisaje descarnado de La Habana finisecular, pero lo hace con honestidad y pasión, con una visceral sinceridad, y me atrevo a decir, con un vivo dolor y una delicada ternura. Como la lluvia que tantas veces cae, violenta o finamente, en las tardes de la ciudad, y en las páginas de la novela.

2017



LA CASA BORBOLLA

LA CASA CON EL GALEÓN COLGADO DEL TECHO

Para Omar Valiño y Pablo Fornet

A fines del siglo pasado había, en una sosegada calle de la Habana Vieja, cierto almacén de antigüedades cuyo dueño era hombre por muchos conceptos singular. Lo era entre los comerciantes por su despego a las ganancias y las pérdidas —ya que no había joven pintor o pálido poeta o simple hambriento que no recibiesen de él sobrada ayuda—; y lo era entre los hombres de bien por una curiosa sombra o veladura de sus escrúpulos. Consistía ésta en ser incapaz de resistirse a provocar la felicidad de sus clientes.

ELISEO DIEGO, “Historia del anticuario”.

Pero sucede que mi padre nunca llegó a ser un comerciante en el sentido literal de la palabra; él era un poeta.

ELISEO DIEGO

En el conocido ensayo “A través de mi espejo”, aparecido en la revista *Unión* en 1970, el gran poeta cubano Eliseo Diego (La Habana, 2 de julio de 1920-Ciudad de México, 1 de marzo de 1994), afirmó que había nacido en la calle Concordia.¹ Y lo cuenta como una suerte de evocación poética de algo que sucederá después: “Pero en torno a lo que habría de corresponderme después un antecedente de especial prodigio, una escena que habría podido servir a Carlos Dickens para el corazón de una de sus novelas. Sucede en la sombría casona que habitaban mis tíos en la calle Concordia —la misma donde nací el año de 1920”.²

¹ Esta y otras calles de su infancia son rememoradas en el poema “A mis calles de La Habana”, recogido en su libro *Inventario de asombros*: “Calles de la Concordia y la Amargura/de Peña Pobre y Soledad, urgidas/de cal y brusco sol, donde perdidas/colmáronme las horas la estatura”.

² Eliseo Diego, “A través de mi espejo”, en: *Poesía y prosa selectas*, selección, prólogo, cronología y bibliografía de Aramis Quintero, Caracas, Fundación Biblioteca Ayacucho, 2004, p. 446.

El familiar a que se refiere este pasaje era Francisco del Calvo, llamado cariñosamente el tío Paco, el que sin duda ejerció una enorme fascinación sobre el niño Eliseo, quien lo recuerda de este modo: “Mi tío Francisco —el que compraba todos sus trajes en Londres y se hacía lavar las camisas en Nueva York, corpulento, decididor, elegante, increíble calavera”. Pero lo verdaderamente sorprendente para la mirada de aquel infante de nueve años, era que este tío lanzaba cajetillas de cigarros vacías con un clavel adentro, hacia el balcón opuesto de la calle, y allí eran recibidas al vuelo por una misteriosa niña de pelo lacio “hija de uno de los mejores médicos de La Habana, su compañero de fiestas”. Esa muchacha, como en el azar concurrente de Lezama, será luego “una de las prodigiosas jóvenes del paseo”,³ su futura esposa, Bella García Marruz.

En entrevista concedida al periodista Orlando Castellanos en 1980, Eliseo reitera que el lugar de su nacimiento es la calle Concordia, pero ahora su certeza descansa en lo que le contaron “personas de toda confianza”, a las cuales atribuye esa información: “Recordando el principio de la autobiografía de Chesterton, te diré que personas de toda confianza me han dicho que nací en la calle Concordia, en La Habana, el 2 de julio de 1920. Como tú comprenderás, es algo que debo creer por el testimonio de otros”.⁴

Sin embargo, en el documento que da fe de su inscripción ante el Juez Municipal del Este de La Habana y encargado del registro civil, se lee que fue asentado en el folio 257 del tomo 36 de NACI-MIENTOS (sic), en el acta 256, el niño con el nombre Eliseo Julio de Jesús de Diego Fernández Cuervo:

En La Habana, a las nueve y media de la mañana del día seis de Agosto del año mil novecientos veinte, ante el Dr. Juan Sousa y García, Juez Municipal Suplente del Este, y de Fernando Rodríguez y Martínez, secretario, compareció

³ Ídem, p. 447.

⁴ Eliseo Diego, “Debió hacer algo para que se me recordase de alguna manera” [1980], en: Orlando Castellanos, *Formalmente informal*, La Habana, Ediciones Unión, 1989, p. 38.

Constante de Diego y González, natural de Oviedo, mayor de edad, del comercio, y vecino de Compostela cincuenta y seis, solicitando la inscripción de nacimiento de un varón, y al efecto como padre del mismo declara —que nació en su domicilio a las doce y veinte de la tarde, el día dos de Julio último— que es hijo del declarante y de Berta Fernández Cuervo y Giberga, natural de La Habana, mayor de edad y del mismo domicilio.⁵

Ante semejante evidencia legal, no caben dudas sobre el lugar real de su nacimiento: la casa de la calle habanera de Compostela, marcada con el número 56 (antiguo), actual 316-318, esquina a Obrapia. Dicho inmueble, como se lee también en el documento, era el domicilio de sus padres, y al mismo tiempo compartía el espacio doméstico con una importante firma comercial de aquellos años: La Casa Borbolla, propiedad de Constante de Diego, su progenitor, un emigrado pobre asturiano que había llegado casi niño a La Habana a finales del siglo XIX. Es este lugar el que despierta en el poeta una de sus más penetrantes y cariñosas reminiscencias. En el texto que citamos al inicio recuerda:

¿Y qué es en fin lo que yo he visto, esto que cuento como el primero de mis recuerdos? Mi padre fue comerciante por azar, pero su corazón llenó su tienda de prodigios. Llamóse la Casa Borbolla aquel emporio de objetos de arte, muebles, joyas y, sobre todo, antigüedades. En un breve relato que titulé “Historia de un anticuario” (...) he tratado de rendirle un homenaje que no podré acabar nunca a mi gusto. El nombre Casa Borbolla tiene aún para mí una reminiscencia bárbara y medieval que sin duda procede de su asociación con el más bárbaro y medieval de los nombres: el del Ducado de Borgoña. Y entrar en la casa en nada desmerecía la asociación gratuita: ¡ah de su penumbra inacabable, atestada de maravillas en exquisito desorden!⁶

⁵ *Inscripción de nacimiento de Eliseo Diego*. Documento en archivo de su hija Josefina de Diego.

⁶ Eliseo Diego, “A través de mi espejo”, op. cit., p. 443.

En entrevista realizada por su hija Josefina de Diego, *Fefé*, en 1989, Eliseo le contó sobre su casa natal y sobre su padre Constante que:

La Casa Borbolla, además de mueblería y joyería, fue una verdadera “tienda de antigüedades”. A tu abuelo le interesaban más las historias y leyendas que inventaba a propósito de cada objeto (un cofre o un par de pistolas del siglo xvii, digamos) que la posible ganancia de su venta (...). Tu abuelo fue un poeta, en toda la extensión de su persona. Le faltó la formación que yo tuve gracias a él y a mi madre. A él alude la “Historia de un Anticuario”, en el *Muestrario del mundo* o *Libro de las maravillas de Boloña*, y a él están referidos tantos y tantos poemas míos, como “En el medio mismo del día”, o “Todas las tardes”, por decirte solo algunos.⁷

El acucioso investigador y estudioso de la presencia española en Cuba, Jorge Domingo Cuadriello, afirma que el padre de Eliseo, Constante de Diego González, fue “narrador, poeta y comerciante. A los doce años llegó a Cuba y al poco tiempo tuvo que comenzar a trabajar como empleado de limpieza en la Casa de Muebles Borbolla. Años después, al fallecer el dueño, se vio favorecido por el testamento de este y pasó a ser propietario de la entidad”.⁸ De acuerdo con este parecer, Constante habría llegado a la Isla en algún momento de finales de la década de 1880, trabajó como mozo de limpieza de la mueblería Borbolla, y al fallecer su dueño, asturiano también y sin descendencia, este le transfirió su negocio por disposición testamentaria. Sobre este hecho tan singular, su hijo apuntó: “Qué clase de muchacho sería para ganarse el aprecio de aquel otro emigrante, al extremo de pasar a ser de su propiedad aquella tienda de antigüedades, mueblería y joyería, ubicada en el centro de La Habana”.⁹

⁷ Josefina de Diego, “Palabras en la tarja a Eliseo Diego en su Centenario”, 2 de julio de 2020. Cortesía de la autora.

⁸ Jorge Domingo Cuadriello, *Diccionario bio-bibliográfico de escritores españoles en Cuba. Siglo xx*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 2010, p. 79.

⁹ Aurelio Francos Lauredo, *La memoria compartida. Asturianos en Cuba*, Avilés, Asturias, Ediciones Azucel, 1996, p. 192.

Eliseo decía que a su padre no le gustaba mucho hablar de su pasado y de su familia, aunque sí le contó cosas sobre su aldea natal en Asturias:

Recuerdo que casi nunca me habló de su familia, pero sí me contó muchas cosas de Infiesto, de la aldea de montaña en que nació (...) yo no puedo decirte con certeza la fecha en que emigró de España, él siempre fue un hombre reticente a hablar de su pasado, quizás la nostalgia era tan grande que prefería no estar recordando algo que le doliera (...) Por otra parte, mi padre tuvo una forma muy peculiar de no olvidar su origen, pues la casa que construyó para cuando yo naciera es, por su trazado, el grueso de las paredes (...) un reflejo de aquel mundo que tuvo que abandonar de pequeño, pero siempre guardó dentro de sí.¹⁰

En la conversación con Orlando Castellanos, Eliseo le comentó que su padre, circunspecto a la hora de hablar de su familia, sin embargo le contaba historias de la vida en la aldea. Una de esas narraciones, quizás por su contenido un tanto fantasioso, le quedó grabada al niño parta siempre: “Fue durante un rudo invierno en el que su padre —mi abuelo— ahogó un oso que metió la cabeza por una ventana de la cocina. Esto me da mucha envidia, porque mi abuelo debió ser una persona de considerable fuerza física, pero también pudo haber sido que mi padre, que tenía una imaginación muy grande, hubiera exagerado un poco, y puede ser que no se tratara de un oso sino de un zorro o algo por el estilo”.¹¹

La propiedad de J. Borbolla era muy conocida en La Habana de finales del siglo XIX. *La Guía de La Habana y la Isla de Cuba*, compilada por Abel Linares en 1893, muestra entre los comercios habaneros que se anuncian en sus páginas “La América” de J. Borbolla, sita en Compostela 52-54-56 y Obrapía 61, cuyo negocio declara la importación de joyería fina, muebles y pianos. El

¹⁰ Ídem, p. 191.

¹¹ Eliseo Diego, “Debía hacer algo para que se me recordase de alguna manera”, op. cit., p. 39.

establecimiento poseía cable del telégrafo, apartado de correos y el teléfono 208.¹² Pocos años más tarde, un repertorio comercial estadounidense sobre los diferentes países de Latinoamérica, el *Commercial Directory of the American Republics...*, consigna como fabricantes y almacenistas de muebles en La Habana a J. Borbolla, con domicilio en Compostela 52.¹³ En la publicidad de la época se anunciaba del siguiente modo:

LA AMÉRICA

DE J. BORBOLLA Y COMPAÑÍA. COMPOSTELA 56,
ENTRE OBRAPÍA Y LAMPARILLA.

GRAN ESTABLECIMIENTO DE JOYERÍA, ALHAJAS
Y MUEBLES: TODO FLAMANTE.

Brillantes al peso desde \$18 el kilate. Zafiros de primera desde \$14 el kilate. Relojes de plata nuevos á \$6 cada uno. Bastones de marfil, Carey y de caña de India con puño de oro, propios para regalos. Surtido inmenso de abanicos de todos precios. La novedad del siglo *RELOJES SIN MINUTEROS*. Los hay de oro, plata y níquel, muy baratos. Muebles de palisandro caoba, nogal v roble de todas clases v precios. Lámparas de cristal y bronce. Pianos, pianinos nuevos, acabados de recibir directamente de la fábrica de Pleyel, Wolff y Ca., de París. En los talleres de joyería de *LA AMERICA*, se hacen todas las prendas que se quieran Compramos prendas usadas de oro y plata, brillantes y otras piedras finas, muebles y pianos, pagándolos mejor que nadie. *SE ALQUILAN PIANOS*.

La escritora Renée Méndez Capote, quien en su juventud frecuentó aquella morada, ofrece numerosos detalles e informaciones relacionadas con la presencia de Constante de Diego en la

¹² *Guide Book of the Havana and the Island of Cuba...* compiled by Abel Linares, Havana, Printing Establishment La Lucha, 1893, p. 81.

¹³ *Commercial Directory of the American Republics...*, Washington, vol. II, 1898, p. 1480.

Casa Borbolla. En su libro de memorias *Amables figuras del pasado*, en el capítulo dedicado a los que llama “gente del alto comercio”, escribe: “Don Constante Diego —padre del poeta Eliseo Diego— había nacido en Infiesto, bella aldea grande, asturiana, en 1878 (sic). En 1891 empezó a trabajar en la mejor mueblería que tuvo jamás La Habana, y de la que quedó dueño al morir Borbolla sin pariente alguno e impresionado por la rectitud, la honradez y la espiritualidad de su empleado de excepción”.¹⁴

El verdadero nombre del padre de Eliseo Diego era Constantino de Diego González, pero solía usar indistintamente el de Constante (y suprimía la partícula “de” que precedía su primer apellido), quizás porque le recordaba uno de los rasgos más notorios de su personalidad, la persistencia. Domingo Cuadriello dice que nació en 1876 y Méndez Capote en 1878, pero su verdadera fecha de nacimiento fue el 26 de julio de 1875. Si los datos que aporta Méndez Capote son ciertos, fue a la edad de 16 años (1891) que Constante inició su relación laboral con Borbolla, y es altamente significativo el gran aprecio que sentía el dueño por las virtudes morales del joven aprendiz. Eliseo narra la llegada de su padre a Cuba con ligeras diferencias en cuanto a su edad: “Mi padre era asturiano. Vino a Cuba a la edad de quince años, y empezó a trabajar en esta mueblería, cuyo dueño era también un asturiano de apellido Borbolla. Cuando murió, este hombre no tenía herederos. Quería mucho a mi padre y mi padre se quedó al frente del negocio”.¹⁵

Queda en suspenso el momento en que Constante se convierte en dueño de la mueblería, sin embargo, un año antes de nacer Eliseo, un documento de 1919 consigna una petición, hecha al registro de la propiedad industrial el 8 de febrero de ese año (Número de Registro de la Sección 6125) por C. Diego, con domicilio en Compostela 56, para que se reconozca la marca de comercio Borbolla, con los siguientes productos que deseaba amparar: “joyerías de

¹⁴ Renée Méndez Capote, *Amables figuras del pasado*, La Habana, Editorial José Martí, 2011, p. 157.

¹⁵ Eliseo Diego, “Debía hacer algo para que se me recordase de alguna manera”, op. cit., p. 38.

todas clases, relojes de bolsillo y de pared de todas clases, pianos y aparatos musicales de todas clases, y accesorios para los mismos, lámparas de todas clases, objetos de uso personal de oro, plata, metal, cristal, porcelana, loza y mármol de todas clases, alfombras y tapices de todas clases, bastones, paraguas, carteras, cinturones, maletas y perfumería y en general”.¹⁶ Como sabemos, desde finales del siglo XIX la Casa Borbolla era mucho más que una mueblería, se trataba de un importante establecimiento comercial dedicado a rubros muy diversos, que le confieren aquel aire que recordaba Eliseo de almacén de antigüedades. En entrevista realizada por el investigador Aurelio Francos al poeta, un año antes de su muerte, rememora: “Me acuerdo de él como si lo estuviera viendo ahora, era un artista, para él cada mueble era una obra de arte. Aquí están, alrededor nuestro, todos los muebles de mi estudio fueron hechos en aquella Casa”.¹⁷

Méndez Capote agrega otros datos relacionados con la figura de Constante, su matrimonio con la habanera Berta Fernández Cuervo y Giberga, sobrina por vía materna del tribuno autonomista Eliseo Giberga,¹⁸ así como su interés por corresponder su bien surtido negocio con el mundo de las artes y la cultura. Así, consigna que fue allí donde la joven Amelia Peláez realizó su primera exposición: “gesto que logró emocionar a Víctor Manuel a quien impresionaba vivamente la sólida y amable personalidad de este comerciante”.¹⁹ También señala que Constante era poeta, e hizo el primer anuncio literario de la época en 1922. Es un folleto que tiene un dibujo de La Casa del Marino, en La Habana Vieja, hecho

¹⁶ *Boletín oficial de marcas y patentes de la Secretaría de Agricultura, Comercio y Trabajo*, Habana, año XIII, no. 1, 31 de julio de 1919, p. 385.

¹⁷ Aurelio Francos Lauredo, op. cit., p. 192.

¹⁸ En comunicación enviada por Josefina de Diego, consta que Eliseo Giberga y su esposa María del Calvo fueron quienes regalaron al joven matrimonio de Constante y Berta los terrenos en Arroyo Naranjo, donde se construyó la casa familiar de Villa Berta. Asimismo, al fallecer María del Calvo, le dejó en herencia a la mamá de Eliseo un edificio de apartamentos en la calle Compostela. En palabras de Josefina “del alquiler de esos apartamentos salieron muchos de los juguetes que tanto disfrutamos de niños”.

¹⁹ René Méndez Capote, op. cit., p. 158.

por Hurtado de Mendoza, y con la siguiente explicación: “Para que el público pueda darse cuenta mejor de *La historia del marino*, la Casa Borbolla ha reconstruido la que vivió el protagonista de esta leyenda con valiosos muebles, cuadros y adornos de la época”.²⁰

Sobre los gustos artísticos de su padre, Eliseo Diego apunta: «En materia de pintura el gusto de mi padre no fue ciertamente espectacular —si bien la Casa abrió sus puertas, en una insólita innovación, a algunos de nuestros mejores pintores modernos, entonces principiantes, como Víctor Manuel o Amelia Peláez— pero, eso sí, era un gusto canónico. De las paredes colgaban sólidos paisajes que abrían otras tantas ventanas a sitios de remota belleza».²¹

En asuntos de creación literaria, Jorge Domingo Cuadriello afirma que Constante de Diego: “Cultivó la literatura con modestia, no participó en la vida cultural habanera y solo hemos encontrado un poema suyo en *El Progreso de Asturias* y otro en el *Diario de la Marina*”.²² Pese a la brevedad de su obra en verso, Cuadriello menciona entre sus obras publicadas el cuadernillo *Historia del marino* (1922, 16 pp.) y otro volumen más extenso, la novela titulada *Gesto de hidalgo* (1940, 149 pp.).²³ En opinión de Eliseo, su padre: “tenía esa sensibilidad poética, pero le faltaron los instrumentos, la preparación para poder expresarse en toda su magnitud”.²⁴ Además fue socio fundador y secretario de finanzas de la Asociación Nacional de Poetas Cubanos, con sede en la calle Industria 458. Al morir Constante a inicios de 1944, el presidente de dicha corporación, Romualdo Crusco, le envió una sensible

²⁰ *Ibidem*.

²¹ Eliseo Diego, “A través de mi espejo”, op. cit., p. 443.

²² Se trata de los poemas: “A las viajeras del Lafayette”, *Diario de la Marina*, 10 de enero de 1926 y “Asturias”, *El Progreso de Asturias*, 30 de abril de 1942. Más tarde Jorge Domingo Cuadriello halló otro poema: “Primavera”, *Diario de la Marina*, 20 de abril de 1940. Constante Diego es el autor de otros dos poemas, parcialmente inéditos, el soneto “Villa Berta” y los versos titulados “Todo Ama”. Agradezco esta información a Josefina de Diego.

²³ Jorge Domingo Cuadriello, op. cit., pp. 79-80.

²⁴ Aurelio Francos Lauredo, op. cit., p. 199.

misiva a su viuda, invitándola a una peregrinación a su tumba con motivo de cumplirse un mes de su fallecimiento.²⁵

En opinión de Méndez Capote, la novedosa manera de imbricar su corporación comercial con prácticas culturales, como en el ejemplo de la citada exposición de pintura, habrían llevado a otros dueños de importantes negocios habaneros a imitar la iniciativa de Constante Diego:

Pepín Fernández Rodríguez introdujo la moda de adornar las vidrieras de “El Encanto” por jóvenes valores de la pintura, como Luis López Méndez; Rafael Suárez Solís se hizo cargo de lo concerniente a la literatura, que de la intención puramente comercial pasó a ser inteligente y culta; “Fin de Siglo” siguió la ruta y contrató artistas plásticos para sus vidrieras y Jorge Mañach se hizo cargo de la propaganda. “El Encanto” inauguró un restaurante pequeño, sumamente elegante y de magnífica cocina, el “Salón Verde”, en el cual recibía a cuanta figura notable en el mundo de las letras, el arte escénico y las artes plásticas pasó en aquella época por La Habana.²⁶

No obstante todo lo dicho sobre el éxito comercial de la Casa Borbolla (eran frecuentes sus anuncios en la revista *Social* como representantes exclusivos de la prestigiosa marca de relojes suizos Patek Philippe, y en las notas de prensa solía aparecer como «la gran Casa Borbolla» y «la gran joyería la Casa de Borbolla») y su notoriedad en la alta sociedad habanera (Méndez Capote la llama “la mejor mueblería que tuvo jamás La Habana” y se ufana de haber decorado su vivienda con “piezas de la exposición de la Casa Borbolla”), el negocio de Constante de Diego fue víctima de la pavorosa crisis económica de 1929 y la fortuna familiar se vio perdida.

²⁵ Documento en archivo de Josefina de Diego.

²⁶ Renée Méndez Capote, op. cit., pp. 158-159.

Según Méndez Capote, la Casa Borbolla fue arrastrada por la quiebra del Banco Español, pero su dueño, en un acto de asombrosa generosidad: “No quiso presentar quiebra y pagó hasta el último centavo de las deudas y compromisos que tenía pendientes su negocio”.²⁷ Sobre este sensible particular, Eliseo apuntó con gran respeto que: “mi padre jamás se aprovechó de nadie ni tuvo nunca conciencia de sí mismo. Prueba de ello es que no me dejó un centavo en herencia, por lo que ya no cesaré de alabarlo. No me dejó en herencia más que la poesía y una casa vieja, que era, también curiosamente, la poesía”.²⁸

En la citada entrevista con Aurelio Francos, el poeta se detiene en la extraordinaria munificencia paterna y el cariño que le profesaban sus empleados: “Tu verás hasta qué punto no era un comerciante, que cuando se enfermaba alguno de sus operarios, mi padre le pagaba el sueldo y los gastos de hospitalización y medicinas, hasta que podía volver a trabajar. Así las cosas, esos mismos obreros fueron los que le ayudaron a hacer la casa que él tenía en mente, trabajando en Arroyo Naranjo los sábados y domingos”.²⁹ Antes le había confesado a Castellanos en idénticos términos: “Mi padre no era realmente un comerciante: era un poeta, un artista y, por supuesto, terminó arruinado. Sus trabajadores lo querían mucho. Yo recuerdo perfectamente que cuando algunos de aquellos trabajadores u obreros se enfermaban, mi padre continuaba pagándoles el sueldo y, además, costaba los gastos de la clínica y los medicamentos”.³⁰

Sobre su personalidad tan atrayente y sensibilidad cautivadora nos dejó testimonio su nuera, Bella García Marruz, quien dijo en una entrevista: “Quise mucho al padre de Eliseo, todo lo que él tocaba a mí me importaba, era una persona especial. Era un verdadero poeta, aunque, como siempre dice Eliseo, no tuvo la

²⁷ Ídem, p. 158.

²⁸ Eliseo Diego, “A través de mi espejo”, op. cit., p. 443.

²⁹ Aurelio Francos Lauredo, op. cit., p. 192.

³⁰ Eliseo Diego, “Debía hacer algo para que se me recordase de alguna manera”, op. cit., p. 38.

formación adecuada para poder desarrollarse. (...) Para él la vida era muy linda, sembró los árboles de la casa. El jardín que él construyó en Arroyo estaba hecho por un poeta”.³¹

Por los datos aportados por Josefina de Diego, hija y albacea de Eliseo Diego, sabemos que su abuelo asturiano Constante falleció el 12 de enero de 1944 en la Quinta Covadonga de La Habana. Su esposa Berta lo sobrevivió casi cuatro décadas, y murió el 5 de agosto de 1981. Se habían casado el 29 de agosto de 1917 y tres años después, el 2 de julio de 1920, tuvieron a su hijo Eliseo Julio de Jesús de Diego Fernández Cuervo, nacido como ya hemos visto al inicio de estas páginas en la calle Compostela 56 (actual 316-318, esquina a Obrapía), a las doce y veinte minutos de la tarde.

La misma casona que, en conmovedora remembranza, el poeta recorre como en una ensoñación: “Ir por la Casa Borbolla adentro, entre las armaduras aromosas a aceites y pavor, sorteando los bargeños y las frágiles sillas doradas, mirando desde abajo, como un pez atónito, la quilla del galeón, que navegaba colgado del techo: Ir por la Casa Borbolla adentro bien valía la pena de vivir”.³²

2 de julio de 2020, Centenario de Eliseo Diego

³¹ Silvia Rodríguez Rivero, “El alma de la casa” (entrevista con Bella García Marruz), *La Jornada Semanal*, México, no. 505, 7 de noviembre de 2004, p. 5.

³² Eliseo Diego, “A través de mi espejo”, op. cit., p. 443.



Para Araceli García Carranza y Trinidad Pérez Valdés

La REVISTA BIMESTRE CUBANA, ajena a toda pasión partidista, cree haber traído a la obra republicana la modestia de sus colaboraciones, como briznas, copos y plumones para el nido patrio, que bien trabado sobre la troncalidad ideológica de nuestros antepasados debe resistir las huracanadas conmociones que ora del mar, ora de la tierra y acaso hasta del averno enfurecido, nos llegan una y otra vez para desenraizar los ideales de nuestro pueblo, de ramajes tronchados y cundidos de curujeyes, pero siempre retoñecidos como brazos de ceiba que claman al cielo.

FERNANDO ORTIZ

Medio siglo separa la creación de la *Revista Bimestre Cubana* (1831) del nacimiento del insigne polígrafo don Fernando Ortiz Fernández (1881-1969). Un lapso de tiempo similar fue el que don Fernando estuvo al frente de dicha publicación, en su segunda y prolífica etapa, que comprende desde 1910 hasta 1959. La *Revista Bimestre* fue creada en el seno de la institución más influyente en la cultura cubana de las primeras décadas del siglo XIX, la Sociedad Económica de Amigos del País, también llamada Real Sociedad Patriótica de La Habana, surgida al calor de las ideas ilustradas que animaron a las elites intelectuales criollas en los finales del siglo XVIII. La misma corporación que fue llamada con exaltación por aquel hijo pródigo: “El santuario de las tradiciones de la intelectualidad cubana, donde nacieron en la noche colonial casi todas las corporaciones científicas que hoy son gala de Cuba, cuna donde dio sus primeros vagidos nuestra civilización criolla, panteón de los héroes de nuestras luchas seculares por el pensamiento cubano

y por la idea nacional”¹ y que fue bautizada, en vehemente metáfora filial, como “La hija cubana del Iluminismo”.²

Promovida inicialmente por Blas de Osés y Anastasio Carrillo, su divulgación se debió al lingüista y frenólogo catalán Mariano Cubí y Soler —con el título de *Revista y Repertorio Bimestre de la Isla de Cuba*— y estuvo vinculada a las actividades de dicha sociedad, en específico aquellas que tenían relación con la Comisión de Literatura.³ A esta personalidad se refirió Ortiz con palabras de admiración, reconociéndole su primacía, en discurso pronunciado en 1918 en el Centro Catalán de La Habana:

Y entonces un catalán se adelantó a la Sociedad Económica; un catalán ilustre en la historia científica española, que en aquel entonces ya remoto vivía en Cuba, fundó la *Revista Bimestre Cubana*, cedida casi al nacer y por generoso desprendimiento a la Sociedad Económica; revista que dirigiera Saco y que hoy, para honra mía, sigue publicándose bajo la dirección del que tiene el honor de dirigiros la palabra. (Aplausos) Este patriota catalán, Cubí y Soler, fue hombre de ciencia ingratamente olvidado por los cultivadores de la

¹ Fernando Ortiz, “El Dr. De la Torre y la crisis cultural”, *En la tribuna; discursos cubanos*, recopilación y pról. por Rubén Martínez Villena, La Habana, Imprenta El Siglo XX, 1923, vol. II, p. 167.

² Fernando Ortiz, “La hija cubana del Iluminismo”, *Revista Bimestre Cubana*, La Habana, vol. LI, no. 1, ene.-feb., 1943, pp. 5-72. Reproducida como *La hija cubana del Iluminismo, con numerosos datos, documentos, notas bibliográficas y grabados*, La Habana, Molina y Compañía, 1943, 72 p. (Recopilación para la Historia de la Sociedad Económica Habanera, 5). Véase también su disertación en el programa radial *Universidad del Aire* (junio, 1952): “La Sociedad Económica de Amigos del País de La Habana en la formación de la conciencia nacional de Cuba”, *Revista Bimestre Cubana*, La Habana, vol. LXX, no. 1, ene.-dic., 1955, pp. 217-235.

³ En opinión del crítico Salvador Arias: “El gran momento de auge de nuestras publicaciones ocurre en 1831, cuando la Comisión de Literatura de la Real Sociedad Patriótica de Amigos del País decide editar una «Revista» al estilo europeo, que finalmente se decidió apareciera cada dos meses”. Salvador Arias, “Auge de las publicaciones románticas entre 1830 y 1844”, *Historia de la literatura cubana*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 2002, p. 117.

antropología, entre los cuales brilló sin duda, aunque en el campo reducido propio entonces de aquella disciplina.⁴

A partir de 1832 y hasta su prematuro final dos años más tarde, el director y alma de la publicación fue el abogado bayamés José Antonio Saco, secundado en su labor por el mecenas y animador cultural Domingo del Monte. A este dúo erudito se sumaron algunas de las mejores inteligencias criollas contemporáneas, como Félix Varela, José de la Luz y Caballero, Felipe Poey, Joaquín Santos Suárez y José Antonio Echeverría.⁵ La primera etapa de la revista comprende una gran variedad temática, como lo eran también los asuntos que interesaban a la Sociedad Económica, que iban desde la literatura y la historia hasta problemáticas de índole social, económica, científica y cultural.⁶

La expatriación de Saco, provocada en lo inmediato por la polémica en torno a la creación de la Academia Cubana de Literatura, pero cuyos antecedentes deben buscarse en la publicación de su análisis sobre la vagancia y de su ataque frontal a la trata de esclavos —en la que tuvo que enfrentar la animadversión de personajes tan poderosos como Juan Bernardo O’ Gavan, deán de la catedral habanera y director de la Sociedad Económica; el intendente de hacienda Claudio Martínez de Pinillos y el propio capitán general Miguel Tacón—, provocó la interrupción de la *Revista Bimestre Cubana* y la clausura de uno de los proyectos intelectuales más

⁴ Fernando Ortiz, “Por la libertad de las naciones”, *En la tribuna; discursos cubanos*, recopilación y pról. por Rubén Martínez Villena, La Habana, Imp. El Siglo XX, 1923, vol. II, p. 5. Sobre Mariano Cubí y Soler pueden verse los trabajos de Federico Castejón “Cubí y Soler, fundador de la *Revista Bimestre Cubana* y su criminología”; Herminio Portell Vilá, “Cubí y Soler y el Presidente Monroe”; Carlos Rahola Llorens, “Biografía de Mariano Cubí y Soler, fundador de la *Revista Bimestre Cubana*” y Mariano Ruiz Funes, “El frenólogo Cubí y Soler”, publicados en diferentes números de la *Revista Bimestre Cubana*.

⁵ Un resumen de la importancia de la revista en su etapa decimonónica puede verse en: Adrián del Valle, “La *Revista Bimestre Cubana* en su primera época”, *Revista Bimestre Cubana*, La Habana, vol. XXVII, no. 3, may.-jun., 1931, pp. 329-333.

⁶ Véase: Araceli García Carranza, *Índice analítico de la Revista Bimestre Cubana (1831-1959)*, La Habana, Biblioteca Nacional José Martí, Departamento Colección Cubana, 1968.

notorios e innovadores de la primera mitad del siglo XIX. En opinión del ensayista José María Chacón y Calvo, la vocación de ser obra colectiva, con ansias de universalidad y fulgores de cubanía, constituyeron el alfa y omega de aquella empresa cultural:

¿Qué carácter tuvo la Revista que mereció elogios como el de Don Manuel José Quintana, el poeta de las grandes odas herrerianas? El de una empresa colectiva. Había una profunda unidad en el grupo de sus redactores: en humanistas como Don Blas de Osés y Guerra Betancourt, en críticos y escritores como Don Domingo del Monte y Don José Antonio Echeverría, que muy joven comenzaba su labor literaria, en educadores como Luz Caballero, en historiadores y estadistas como Don José Antonio Saco. Fue la “Bimestre” una empresa colectiva (...) Este acento de universalidad en una afirmación de entrañable cubanía, este sentido de empresa colectiva en nuestros orígenes nacionales, parécenme a mí que son postulados de la lección de la “Revista Bimestre Cubana”.⁷

Habría que esperar casi ochenta años para que una publicación con idéntico nombre y análogo propósito de empresa colectiva y sentido de universalidad, prolongara la saga decimonónica, esta vez bajo el liderazgo del abogado criminalista Fernando Ortiz, llamado a convertirse en el más importante científico social del siglo XX cubano. Por esas fechas, el promisorio letrado atesoraba ya una incipiente labor sobre temas etnográficos, históricos y literarios, donde se destacaban títulos como *Los negros brujos (apuntes para un estudio de etnología criminal)* (1906); *Para la agonografía española* (1908); *Los mambises italianos. Apuntes para la historia cubana* (1909) y *Las rebeliones de los afrocubanos* (1910).⁸

⁷ José María Chacón y Calvo, “Hechos y comentarios. La antigua *Revista Bimestre Cubana*”, *Diario de la Marina*, La Habana, 124 (13), ene. 15, 1956, 4-C.

⁸ Véase: Araceli García Carranza (comp.), *Bio-bibliografía de don Fernando Ortiz*, La Habana, Biblioteca Nacional José Martí, Dpto. Colección Cubana, 1970.

Un elogio precoz, debido a la pluma del novelista Miguel de Carrión, señalaba en fecha tan temprana como 1903, que en el caso del joven de 22 años se encontraba “el único de nuestros hombres de ciencia dotado de facultad creadora”.⁹ Y agregaba el futuro autor de *Las honradas* y *Las impuras* estas proféticas palabras:

Ortiz, hombre como todos (...) llano, despreocupado y enemigo de exhibir su personalidad, pero investigador de veras, amante de la verdad experimental, a la que consagra todos sus desvelos de positivista convencido, observador paciente, inteligencia recta y enérgica, no contaminada aun por el escepticismo que roe las tres cuartas partes de nuestra sociedad, y, como verdadero espíritu consagrado al supremo ideal del conocimiento, indiferente a los éxitos ruidosos que distraen el ánimo y roban el tiempo a labores más fecundas y útiles (...) He aquí, a grandes rasgos, la figura intelectual de este hombre verdaderamente superior, que se ha deslizado sin ruido entre nosotros, llevando en la mente su noble ideal de conocimiento y en el corazón la fuerza inquebrantable de sus convicciones. Su gloria más legítima reside en no haber recibido honores públicos. Permítame que por ello lo felicite calurosamente y que le augure, para no remoto porvenir, un éxito completo a sus incontables afanes. A larga vista, el mundo es solamente de los que tienen lo que el doctor Fernando Ortiz Fernández posee con creces.¹⁰

Otro elogio de gran calado fue el que realizó el escritor, periodista y diplomático Aniceto Valdivia, *Conde Kostia*, quien fue requerido por un amigo a leer la obra del joven antropólogo, y quedó asombrado ante aquella inteligencia “en que se agrupan las ideas como águilas en un nido”.¹¹ Después de frecuentar

⁹ Miguel de Carrión, “El Doctor Ortiz Fernández”, *Azul y Rojo*, La Habana, año 2, no. 24, jun. 14, 1903, p. 2.

¹⁰ Ídem, p. 3.

¹¹ Aniceto Valdivia (Conde Kostia), “Elogios. Dr. Fernando Ortiz”, *Mi linterna mágica*, La Habana, Instituto Nacional de Cultura, 1957, p. 34.

las páginas de *Los negros esclavos*, el avezado cronista expresó este meditado enaltecimiento:

El Dr. Fernando Ortiz es un grande de la República. En su profesión, en la tribuna, en el libro, dondequiera que sus impulsos cubanos lo han llevado, fue grande y grande continúa. La veleidad política o literaria o científica no lo reivindica como suyo. La conciencia, alzada a estas alturas, es Virtud. No se tome a adulación este testimonio. Yo no le he hablado nunca; no soy su amigo; no puede dar colecturías ni cartas de recomendación para destinos. Puedo elogiarle con toda libertad, desplegando el elogio.¹²

A propósito de la continuación de la *Revista...*, el historiador Luis Marino Pérez —coetáneo de Ortiz, con quien compartía la pasión estudiosa sobre la figura de José Antonio Saco— comentó en las páginas de *El Fígaro* la importancia de dicho evento, ponderando las virtudes de sus directores y señalando los desafíos que tendrían por delante:

La reaparición de tan notable Revista después del transcurso de 76 años, fausto suceso que sinceramente celebramos, reviste, por consiguiente, excepcional interés. Teniendo en cuenta lo que fue aquel memorable periódico, y quienes en sus páginas colaboraron, pudiera juzgarse arriesgado y temerario su resucitación en estos tiempos impropensos de plena decadencia intelectual, en que casi no existe la preocupación literaria y científica que ha caracterizado otras épocas de nuestra historia, si no fuese que al frente de la nueva empresa figuran por fortuna personas tan eruditas y competentes como los Sres. Fernando Ortiz y Ramiro Cabrera. Aun con sus grandes recursos intelectuales (y el Sr. Ortiz es un talento privilegiado y posee una cultura tan vasta como sólida), tendrán que realizar

¹² *Ibidem.*

una intensa y prodigiosa labor, a fin de que la Revista, en esta su nueva etapa, no desdiga de su antiguo renombre.¹³

A semejantes preocupaciones pareció responder don Fernando con honda meditación nacionalista y previsoramente lucidez, como se aprecia en un editorial publicado en el primer año de la revista —recién terminada la segunda ocupación militar estadounidense y restablecida la frágil y dependiente república—, donde el jurista consulto declaraba, haciendo gala de su florido arsenal oratorio adornado con imágenes evangélicas, los siguientes postulados:

Y en esta infancia nacional, en este crítico periodo de crecimiento, de desarrollo, de consolidación, de básica estratificación política, en este ambiente de integral progreso y de patrióticas ansias, acuerda la hoy como ayer patriótica *Sociedad Económica de Amigos del País*, reanudar la publicación de la Revista Bimestre Cubana, avivar la llama que iluminó nuestra sociedad colonial.

¿Será un sacrilegio abrir de nuevo ese tabernáculo unguido por los sumos sacerdotes de nuestra civilización? Creemos que no. Conscientes los que suscriben de lo difícil de su ministerio, se consagran a la obra, si no con fervor evangélico de aspiraciones y sentimientos apostólicos que su modestia les impide abrigar, con la fe y la unción devota de los catecúmenos.

Ábrase, pues, de nuevo el histórico sagrario de nuestra cultura y vengan a él todos los cubanos en estado de gracia y todos los penitentes, todos los puros y los arrepentidos, todos los que sientan el místico éxtasis de los creyentes, para avivar el rescoldo que dejaron nuestros antepasados, cuidando de que brille por los siglos de los siglos en el ara de la patria libre el fuego sacro de la civilización y de la democracia.¹⁴

¹³ Luis M. Pérez, “La *Revista Bimestre Cubana* (a propósito de su reaparición)”, *El Figaro*, Habana, abr. 10, 1910, p. 170.

¹⁴ Fernando Ortiz, “Nueva Época”, *Revista Bimestre Cubana*, La Habana, tomo IV, no. 1, ene.-feb., 1910.

La relación de Fernando Ortiz con la Sociedad Económica se había iniciado en 1907, a la edad de veintiséis años, cuando la presidía su suegro, el prominente intelectual autonomista Raimundo Cabrera. En esta corporación alcanzaría la condición de Presidente de su Sección de Educación (1911), Presidente de la Sociedad (1924) y Socio de Mérito (1931). Como afirmó con justicia Juan Marinello: “La rectoría de la Sociedad Económica de Amigos del País, que ejerció Don Fernando por buen tiempo, le venía como una herencia legítima, ganada por su lealtad a la trayectoria de la «hija cubana del iluminismo»; pero los tiempos requerían nuevos vehículos de adoctrinamiento y divulgación, y a ellos se dio sin cansancio”.¹⁵

Uno de esos “nuevos vehículos” de cultura, quizás el más importante de todos, fue la *Revista Bimestre Cubana*, que estableció un nexo de continuidad con el legado formativo del siglo XIX, y en particular con la figura de José Antonio Saco, por la cual Ortiz sentía particular predilección. En esta dimensión, el sabio se entendía depositario de una herencia ilustrada y se veía a sí mismo como el continuador de aquella pléyade de prohombres gloriosos: “Esta REVISTA seguirá con iguales serenidad y firmeza esta su segunda época, la época de imitación y de modestias, por debida devoción a sus mantenedores en la época primera, la de Saco, Arango, Varela, Don Pepe, Del Monte... la de ejemplo insuperable y brillante magisterio”.¹⁶ Como un detalle simbólico, el primer número de enero-febrero de 1910 no comenzó con un vol. I, como hubiera sido de rigor, sino con el vol. IV, para dar a entender de modo explícito que se trataba, literalmente, de una prolongación de la publicación decimonónica.

Esta circunstancia de Fernando Ortiz como hombre puente entre los proyectos culturales de los siglos XIX y XX, y de lo cual su labor

¹⁵ Juan Marinello, “Don Fernando Ortiz. Notas sobre nuestro tercer descubridor”, *Bohemia*, La Habana, año 61, no. 16, 18 de abril de 1969, p. 55.

¹⁶ Fernando Ortiz, “Renovación”, *Revista Bimestre Cubana*. La Habana, vol. XXVI, no. 1, jul.-oct., 1930, p. 6.

en *Bimestre Cubana* es un magnífico ejemplo, aunque no el único, fue subrayado por varios de sus contemporáneos, entre ellos Medardo Vitier, quien apuntó: “Puede ser que se me desdibuje un tanto su perfil, más queda una seguridad, y es el nexo del Dr. Fernando Ortiz con la tradición cultural del siglo XIX cubano. Su más claro antecedente está en la fuerte y varia cultura de Saco y Delmonte, no porque la dirección temática sea similar, que no lo es, sino por la solidez de la formación intelectual y por el vínculo con el destino del país”.¹⁷ Su amigo y colaborador Salvador Bueno, señaló que Ortiz: “Representó en Cuba republicana un continuador de las tareas fundamentales que los grandes intelectuales del siglo XIX emprendieron”.¹⁸ Nicolás Guillén lo iguala en grado desemejante a Domingo del Monte y a Saco: “Ortiz, si bien recuerda a Delmonte (...) se le va por encima con una bibliografía caudalosisima, que lo sitúa a la cabeza de sus congéneres en la República (...), y lo hombra con figuras tan señeras como la de José Antonio Saco en el pasado. Añádase que Don Fernando era dueño de una fuerza popular fresca, ausente en Don Domingo”.¹⁹ Y en el momento de su fallecimiento, Juan Marinello sintetizó aquella excelsa labor, poniéndola en la misma estela de los grandes patricios y padres fundadores de las ciencias cubanas: “Cualquiera sea el dictamen definitivo, sabemos que se nos ha ido un cubano de la estirpe de Romay y de Varela, de Saco y de Luz, de Poey y de Varona, de Sanguily y de Finlay, de Albarrán y de la Torre, una mente esclarecida y generosa que honró su tierra y su tiempo al nivel de los más poderosos trabajadores de la cultura”.²⁰ Curiosamente, no se suele comparar a Ortiz con otro gran erudito del siglo XIX, con el que su obra guardaba tantas afinidades, me refiero a Antonio Bachiller y Morales, de saberes tan vastos y diversos como los del abogado habanero, pues ambos poseían una visión enciclopédica

¹⁷ Medardo Vitier, “El aliento cubano y el espíritu científico en la obra de Fernando Ortiz”, *Revista Bimestre Cubana*. La Habana, vol. LXX, no. 1, ene.-dic., 1955, p. 41.

¹⁸ Salvador Bueno, “En la muerte del sabio cubano Fernando Ortiz”, *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, La Habana, año 60, 3era época, vol. XI, enero-abril, 1969, p. 195.

¹⁹ Nicolás Guillén, “Un centenario inminente”, *Islas*, Santa Clara, Universidad Central de Las Villas, no. 70, sep.-dic., 1981, p. 6.

²⁰ Juan Marinello, “Don Fernando Ortiz. Notas sobre nuestro tercer descubridor”, op. cit., p. 55.

de la cultura, donde tenían cabida los estudios sobre las poblaciones prehispánicas y africanas de Cuba, así como los intereses lexicográficos, de filosofía del derecho, sociológicos, bibliográficos e históricos.

El nombre de la *Revista Bimestre Cubana* iba acompañado del subtítulo de “Publicación enciclopédica”, noción muy afín al espíritu renacentista y multiforme de Ortiz, y su casa matriz fue la misma Sociedad Económica fundada en 1793, aunque su dirección postal radicó durante un tiempo en la residencia de don Fernando: L y 27, en el Vedado. De igual modo, la publicación prestó su nombre a la editorial donde dio a conocer uno de sus libros de mayor valía, *Los negros esclavos* (1916). A diferencia de otros impresos periódicos, en sus páginas de anuncios figuraban principalmente nombres de instituciones culturales, bibliotecas públicas, librerías, las más importantes revistas latinoamericanas y cubanas de cada época (desde la *Revista de Avance y Social hasta Carteles y la Revista Cubana*) y los libros de sus principales colaboradores, con un sitial destacado para los de su director.

La revista publicaba preferentemente artículos originales de autores cubanos y de extranjeros que se refirieran a Cuba, además de reseñas de revistas, bibliografías y materiales estadísticos. Durante la mayor parte de su existencia publicó seis fascículos al año con una extensión aproximada de unas 160 páginas, a un precio de 50 centavos el ejemplar (en la década de 1950 se imprimieron números anuales, y aumentó su precio, motivado por estrecheces financieras) y los afiliados de la Sociedad Económica la recibían gratis. Asistieron al sabio habanero en esta aventura editorial, en sus diferentes etapas, eruditos del renombre de Antonio María Eligio de la Puente, Carlos Manuel Trelles, Adrián del Valle, Fermín Peraza y Salvador Bueno, junto a historiadores de diversas generaciones como Enrique Gay Calbó, Elías Entralgo, Herminio Portell Vilá, Fernando Portuondo y Julio Le Riverend.

Lo titánico de esta tarea se advierte todavía más, si consideramos que durante ese mismo periodo Ortiz, además de Presidente de la

Sociedad Económica de Amigos del País (1924-1933) y director de su revista, fue protagonista de otras importantes fundaciones culturales y sus respectivas publicaciones, como sucede en los casos de la Sociedad del Folklore Cubano (1923-1931) y la revista *Archivos del Folklore Cubano* (1924-30); la Institución Hispanocubana de Cultura —“la agrupación intelectual con más tiempo de duración fundada por Ortiz”—²¹ y las revistas *Surco* (1930-31) y *Ultra* (1936-47); la Institución Hispanoamericana de Cultura; la Sociedad de Estudios Afrocubanos (1937-47) y su revista *Estudios Afrocubanos* (1937-1946) y el Instituto Internacional de Estudios Afroamericanos.

Todos estos proyectos —a los que debemos sumar la Colección Cubana de Libros y Documentos Inéditos y Raros y la Colección de Libros Cubanos— formaban parte de un ambicioso propósito destinado a poner en circulación y generalizar un conjunto emblemático de saberes y acervos culturales, autóctonos y foráneos, en el mejor espíritu ilustrado de “agitar” conciencias y formar ciudadanos patriotas y cultos, como eficaz antídoto frente a la ignorancia y la desidia oficial. Se trataba de una auténtica defensa y actualización del célebre apotegma martiano “ser culto es el único modo de ser libres”. Ortiz lo trasladó a una aspiración superior: “Seamos más y más cultos, para ser más y más libres”.²² Una carta de 1928 resume lo anterior cuando expresa:

Respondo al mismo impulso que me ha llevado a armar alguna bulla sosteniendo la idea de que es indispensable intensificar nuestra cultura para no perecer. Y para eso no hay más remedio que hacer un trabajo doble que parece antitético, pero que es indispensable en sus dos aspectos: 1º, ser más y más cubanos cada día, acrecentando el estudio de lo nuestro, para

²¹ Carlos del Toro González, *Fernando Ortiz y la Hispanocubana de Cultura*, La Habana, Fundación Fernando Ortiz, 1996, p. 15.

²² Fernando Ortiz, “En la cultura está nuestra libertad”, *En la tribuna; discursos cubanos*, recopilación y pról. por Rubén Martínez Villena, La Habana, Imp. El Siglo XX, 1923, vol. II, p. 232.

lo cual trato de aportar mi granito de arena dedicando la *Revista Bimestre Cubana* casi exclusivamente a temas cubanos, publicando los *Archivos del Folklore Cubano* para incrementar el conocimiento de nuestra demopsicología y publicando la Colección de Libros Cubanos para reavivar nuestros antepasados, que son realmente desconocidos, y de los cuales solemos hablar sin siquiera tener sus obras en nuestras bibliotecas. 2º, ser más y más universales cada día, para lo cual hay que traer la cultura de donde la hubiere, aunque la traiga el diablo. Sin cultura seremos presa de todos los demonios de la ignorancia; con cultura nos defenderemos de todos ellos.²³

Un examen minucioso de su catálogo nos descubre que Ortiz hizo de la *Revista Bimestre* un proyecto personal y profesional de larga duración, y además de presentarse como director fue también su más activo colaborador, editor y gestor cultural, enviándola a numerosos prohombres de ciencias y de letras, e instituciones más allá de las fronteras cubanas, y procurando contar con las plumas más prestigiosas, nacionales y extranjeras, para que colaborasen con ella.²⁴ Esto lo advierte con precisión la Dra. Berta Becerra y Bonet en su conferencia titulada “Biografía de la *Revista Bimestre*

²³ “Carta a Miguel Galliano Cancio, 22 de marzo de 1928”, *Correspondencia de Fernando Ortiz, 1920-1929*, compilación y notas de Trinidad Pérez Valdés, La Habana, Fundación Fernando Ortiz, 2014, tomo I, p. 210.

²⁴ Entre los autores de mayor fuste estuvieron un amplio espectro de intelectuales cubanos y extranjeros, hombres y mujeres, historiadores, filósofos, profesores, economistas, científicos, literatos, periodistas, de diversas generaciones y tendencias políticas o ideológicas, desde las más conservadoras, pasando por los liberales, los católicos hasta los comunistas. Algunos de estos nombres ilustres fueron: Emilio Roig de Leuchsenring, Francisco González del Valle, Ramiro Guerra, Gerardo Castellanos, José María Chacón y Calvo, Félix Lizaso, José Manuel Pérez Cabrera, Manuel Pedro González, Federico Córdova, Aurelio Boza Masvidal, Elías Entralgo, Enrique Gay Calbó, Domingo Villamil, Pedro Henríquez Ureña, Salvador Massip, Manuel Isaías Mesa Rodríguez, Fermín Peraza, Raimundo Lazo, Eugenio Florit, Regino Eladio Boti, Lino Novás Calvo, Juan Marinello, José Antonio Portuondo, Julio Le Riverend, José Antonio Fernández de Castro, Francisco Ponte Domínguez, José Antonio Ramos, Alfonso Bernal del Riesgo, Manuel F. Gran, Jorge Mañach, Gonzalo de Quesada, Guy Pérez Cisneros, Ángel Augier, José Juan Arrom, Salvador Bueno, Camila Henríquez Ureña, Salvador García Agüero, Felipe Pazos, Bronislaw Malinowski, Lydia Cabrera, Dulce María Loynaz, Gabriela Mistral y Mercedes García Tudurí.

Cubana”, impartida en el Ciclo Biografías de Revistas Cubanas organizado por el Dr. Elías Entralgo en la Universidad de La Habana, donde comenta la múltiple condición de Ortiz de director, editor, promotor y participante activo como autor en buena parte de los números de la revista:

Su obra en la *Bimestre* tiene dos aspectos: el de Director-editor que le imprime carácter y el de asiduo colaborador que ilustra sus páginas con trabajos de valor extraordinario (...) el primer aspecto (...) lo consideramos más importante porque atrae a ella las colaboraciones que han de mantenerla y hacerla después indispensable instrumento de trabajo; y esto lo realiza admirablemente, atrajo un gran número de auxiliares y colaboradores distinguidísimos que comprendieron su programa, que se adhirieron a él, que contribuyeron a su logro y que son como la legión de honor del ilustre animador. No hubo prejuicios ni acción tendenciosa: todo elemento bueno se aprovechó. No se fomentaron clientelas ni campañarios, a todos se acogió, y así se logró realizar el formidable esfuerzo y alcanzar el hermosísimo resultado que ofrece a todos la *Revista Bimestre Cubana*.²⁵

En su nutrida correspondencia, compilada y anotada con singular erudición por Trinidad Pérez Valdés, encontramos numerosos ejemplos del quehacer de extensión de las páginas de la revista a otras geografías y nuevos potenciales consumidores, sobre todo en el ámbito latinoamericano, pero también en el estadounidense y europeo. Es muy revelador en este sentido el hecho de que Ortiz no solamente aspiraba a que su revista circulara entre las elites letradas de Occidente, pues también la enviaba a otros destinos en el orbe afroasiático como Marruecos²⁶ y Filipinas —archipiélago con el

²⁵ Berta Becerra y Bonet, “Biografía de la *Revista Bimestre Cubana*”, *Revista Bimestre Cubana*, La Habana, vol. LXIX, 1952-1953-1954, p. 74. La Dra. Becerra Bonet es autora también de una “Bibliografía de Fernando Ortiz”, *Revista Bimestre Cubana*, La Habana, vol. LXXIV, enero-junio, 1958, pp. 141-165.

²⁶ En 1958 Ortiz propone canjearla por la publicación marroquí *Tamuda*, con el mensaje siguiente: “Tengo muchísimo gusto en proponerle el canje permanente con la *Revista*

que Cuba compartía el pasado colonial hispánico y su presente neocolonial bajo la influencia estadounidense—, en este último caso en carta dirigida al director de la Biblioteca Nacional en Manila, Teodoro M. Kalaw, a quien escribe:

Me es muy grato saber que a usted le place recibir la *Revista Bimestre Cubana* y he dado la orden para que se la envíen con regularidad. A nosotros, aunque tan distanciados de Filipinas, nos interesa mucho conocer aquellas publicaciones que se refieren a los contactos de la cultura indígena con la anglosajona (en cuyo problema tenemos posiciones aproximadas). Para mí particularmente, este tema es de sumo interés, sobre todo en relación con el contacto entre civilizaciones autóctonas y las sobrepuestas.²⁷

De igual modo, el magacín se canjeaba por libros de autores extranjeros, lo que le permitía a Ortiz acceder a una vía de actualización bibliográfica permanente, extensiva a todos los lectores de la *Bimestre Cubana*. En este sentido podríamos citar el ejemplo del sociólogo norteamericano Leland Jenks, a quien pondera su obra *American Enterprise and Policy in Cuba*, sobre la que expresa: “Tengo verdadero interés en conocer su libro, pues la materia económica en Cuba está casi totalmente desconocida y falta una sistematización de sus datos, aun en los aspectos más simples. Apenas llegue el nuevo libro tendré mucho gusto en dar de él una amplia bibliografía en la *Revista Bimestre Cubana*, dándola a conocer a los lectores de Cuba”.²⁸ No resulta casual entonces que las secciones “Bibliografía”, “Libros

Bimestre Cubana, que es la más antigua de Cuba, editada por la Sociedad Económica de Amigos del País y que yo dirijo desde el año 1910. Es una revista de tipo enciclopédico dedicada a los temas culturales, económicos, históricos, folklóricos y sociales de Cuba, y de sus relaciones con otros pueblos”. En: “Carta al director de la revista *Tamuda*, 30 de junio de 1958”, *Correspondencia de Fernando Ortiz, 1950-1962*, compilación y notas de Trinidad Pérez Valdés, La Habana, Fundación Fernando Ortiz, 2018, tomo IV, p. 387.

²⁷ “Carta a Teodoro M. Kalaw, 3 de agosto de 1936”, *Correspondencia de Fernando Ortiz, 1930-1939*, compilación y notas de Trinidad Pérez Valdés, La Habana, Fundación Fernando Ortiz, 2014, tomo II, p. 266.

²⁸ “Carta a L. H. Jenks, 24 de diciembre de 1926”, *Correspondencia de Fernando Ortiz, 1920-1929*, compilación y notas de Trinidad Pérez Valdés, La Habana, Fundación Fernando Ortiz, 2014, tomo I, p. 192.

en revista”, —dedicadas a reseñas bibliográficas— y “Libros recibidos” fueron de las más antiguas y constantes en la vida de *Bimestre Cubana*. La sección denominada “Revistas en revista” reproducía artículos de otros impresos periódicos extranjeros sobre diversos contenidos.

A diferencia de *Surco* y *Ultra*, que reproducían versiones de artículos ya publicados en revistas extranjeras, la *Revista Bimestre* privilegiaba los textos inéditos, aunque eventualmente realizó traducciones de trabajos aparecidos originalmente en otros idiomas, principalmente en inglés. En casos de gran interés para Ortiz, o por la temática tratada, se podía autorizar la publicación de artículos ya impresos en otros órganos de prensa, como sucede con el pasaje de Francisco Dellundé sobre el retorno de Martí a Cuba en la guerra de 1895, a quien escribe: “Ya tengo su artículo sobre la llegada de Martí a Cuba y saldrá en uno de los próximos números de la *Revista Bimestre Cubana*. Aun cuando fue publicado en el *Diario de la Marina*, es bastante desconocido el trabajo”.²⁹

Una selección de los artículos publicados por don Fernando a lo largo de esas cinco décadas, nos permite apreciar textos suyos de tanta envergadura como “La crisis política cubana. Sus causas y remedios” (1919), “La decadencia cubana” (1924), “Contraste económico del azúcar y el tabaco” (1936), “Los factores humanos de la cubanidad” (1940), “El fenómeno social de la transculturación y su importancia en Cuba” (1940), “La hija cubana del iluminismo” (1943) y “Las visiones del cubano Lam” (1950). Asimismo, su producción para la revista, que ascendió a más de cien colaboraciones, incluyó importantes estudios sobre Fray Bartolomé de las Casas, Alejandro de Humboldt, Félix Varela, José Antonio Saco, José Martí y Marta Abreu; junto a un extenso prontuario de textos enfocados en sus investigaciones sobre las culturas de origen africano en la Isla: afronegrismos del lenguaje, los cabildos

²⁹ “Carta a Francisco Dellundé, 19 de abril de 1939”, *Correspondencia de Fernando Ortiz, 1930-1939*, op. cit., p. 367.

afrocubanos, la cocina afrocubana, la fiesta afrocubana del Día de Reyes, la poesía mulata, origen geográfico de los afrocubanos, preludios étnicos de la música afrocubana, y otros muchos asuntos de índole literaria, filológica, económica, política, histórica, arqueológica, folclórica, artística, bibliográfica, jurídica, penal, de relaciones internacionales, sobre racismo, educación y religión. A ello deben sumarse sus numerosas reseñas bibliográficas sobre libros y autores cubanos y extranjeros. Al listado precedente debemos añadir aquellos textos de Ortiz donde se analizan las relaciones entre los Estados Unidos y Cuba, significativamente el titulado “Las responsabilidades de los Estados Unidos en los males de Cuba”, pronunciado en plena dictadura de Gerardo Machado, y otro bajo el rótulo de “El deber norteamericano en Cuba”, en ocasión de haber sido nombrado Socio de Mérito de la Sociedad Económica de Amigos del País, el 9 de enero de 1934.³⁰

Se puede afirmar que las colaboraciones de don Fernando para su revista constituyen un significativo ejemplo, no solo de su vasta y polifacética obra, sino de los grandes temas de interés nacional, cultural y social de la primera mitad del siglo xx. En no pocos casos, ante el agotamiento de sus libros, Ortiz remitía a los lectores interesados de otras latitudes a consultar dichos trabajos en los folios de la revista, donde muchos se habían publicado en forma de artículos o ensayos, al ser de más fácil localización y acceso, sobre todo para los extranjeros. Ejemplo de lo anterior lo tenemos en su respuesta, henchida de fervor nacionalista, al historiador estadounidense Raymond Leslie Buell:

comenzaron los gobiernos de usurpación (Menocal, Zayas), apoyados por Washington. La corrupción ha sido enorme. Mi folleto titulado *La decadencia de Cuba* (...) está totalmente agotado. Mi tesis es que Cuba ha retrogradado desde que

³⁰ Fernando Ortiz, “El deber norteamericano en Cuba”, *Revista Bimestre Cubana*, La Habana, vol. XXXIII, no. 1, ene.-feb., 1934, pp. 75-86 y “Las responsabilidades de los Estados Unidos en los males de Cuba”, *Revista Bimestre Cubana*, La Habana, vol. XXXIII, no. 2, mar.-abr., 1934, pp. 250-284.

basada en la “impunidad” que a los gobiernos corrompidos ha venido otorgando la protección de Washington y la seguridad que ellos han tenido de no ser derribados por una revolución. En esto está el núcleo fundamental del problema. Ese folleto fue escrito en el año 1921 o 1922, cuando Zayas. Puede verlo, si le interesa mucho, reproducido en las páginas de la *Revista Bimestre Cubana*, que está en la Public Library de la 5ta Avenida, en New York.³¹

En lo que pudiéramos denominar la “microhistoria” de la revista, la correspondencia de Ortiz es muy reveladora del celo que ponía en los aspectos organizativos y logísticos relacionados con los artículos que debían publicarse. Como ejemplo de lo anterior tenemos su misiva a Jorge Mañach de 1926, en que motivado por la próxima publicación de un trabajo sobre el pintor Leopoldo Romañach, le sugiere: “Estando preparado para imprimir su «Conferencia sobre Romañach» que ha de ser publicado en el número de la *Revista Bimestre* que en breve ha de salir, creo prudente comunicárselo a usted con el fin de que si usted desea publicar su folleto aparte de su trabajo pueda dar la orden oportuna a la Imprenta La Universal, Obispo 34, para que conserven las galeras y puedan ser utilizadas en la impresión de su folleto”.³² Muchos años más tarde, en 1950, Ortiz debió disculparse con el crítico literario cubano José Juan Arrom, profesor en Yale, por no poder imprimirle la separata de su artículo “Raíces indígenas del teatro americano”, publicado el año anterior “por un conflicto con la imprenta, ajeno a la Sociedad Económica, allí fundieron todo el plomo”.³³

³¹ “Carta a Raymond L. Buell, 29 de enero de 1933”, *Correspondencia de Fernando Ortiz, 1930-1939*, op. cit., p. 124.

³² “Carta a Jorge Mañach, 5 de mayo de 1926”, *Correspondencia de Fernando Ortiz, 1920-1929*, compilación y notas de Trinidad Pérez Valdés, La Habana, Fundación Fernando Ortiz, 2014, tomo I, p. 69.

³³ “Carta a José Juan Arrom, 2 de mayo de 1950”, *Correspondencia de Fernando Ortiz, 1950-1962*, op. cit., p. 20. Este mismo problema con los plomos de la imprenta donde se hacía la revista afectó la publicación del libro *La africanía de la música folklórica de Cuba*. Véase: “Carta a Raúl Roa, 18 de julio de 1950”, ídem, p. 47.

Puede afirmarse que el devenir de la revista fue paralelo a la biografía de su director y de sus avatares existenciales, incluyendo su participación en las conmociones políticas del periodo republicano, como sucedió durante la dictadura machadista, a la que Fernando Ortiz se enfrentó con gallardía y ello provocó su expatriación, quedando a cargo del profesor Elías Entralgo, quien explicó la ausencia de Ortiz con palabras candentes:

Por una especie doble de reencarnación espírita, Vives desgobernada de nuevo, Tacón manda otra vez. Una enemiga natural —orgánica temperamental— lleva a perseguir las instituciones de cultura: se clausuran los centros oficiales de enseñanza secundaria y la única Universidad; el director de la *Revista Bimestre Cubana* en quien por sus vastas curiosidades, su espíritu investigador, su tendencia erudita, su preocupación por los problemas étnicos y sociales y su afán difusor de cultura, concurren notorias afinidades con su antecesor, tiene que vivir como él en el destierro... acaba de reincidirse en la previa censura; en todo lo demás ya se había reincidido antes.³⁴

Antes de marchar al forzado destierro, su conductor proclamó en 1930 la necesidad de promover un grupo de reformas en los fines y aspectos organizativos de la publicación, en vísperas de su centenario y con la experiencia de dos décadas al frente de la misma. En tal sentido, Ortiz propuso lo que denominó una “renovación”, que debía ser no solamente de forma, sino principalmente en la novedad y riqueza de sus contenidos, entendida en los siguientes términos:

Reverdecer con savia más viva y extender su follaje a que sea más copudo, para mayor floración y más abundante fruto. Por esto, altera su precio para hacerlo más accesible, organiza una más cuidadosa absorción de las corrientes de cultura que desde los países lejanos pueden llegar a nuestras raíces y se

³⁴ Elías Entralgo, “Motivos centenarios”, *Revista Bimestre Cubana*, La Habana, vol. XXVII, no. 3, mayo-junio de 1931, p. 326-327.

dispone a traer a la luz cubana los factores de la vida universal que más pueden afectar el desarrollo de nuestra nación, que tanto necesita de luces y de corazones para salir de estos tiempos de abatimiento que recuerdan negruras coloniales.

Sabedores de la exuberancia de la producción literaria en nuestro país, habremos de seguir prefiriendo los temas de otros sectores del pensamiento, más en consonancia con la función tradicional y estatutaria de la habanera “Sociedad Económica de Amigos del País”, la de una academia, pero vivaz, libre e inceremoniática, de las antaño llamadas ciencias morales y políticas, y ogaño sociales, con más apropiado término.³⁵

A que la revista no se eclipsara durante el machadato contribuyó de manera decisiva la postura vertical del presidente de la Sociedad Económica de Amigos del País, Antonio María Eligio de la Puente, quien a diferencia de Juan Bernardo O’ Gavan en el siglo XIX, no solamente preservó la publicación e impidió que se tomaran represalias contra Elías Entralgo, sino que en este periodo el nombre de Ortiz no desapareció del machón de la revista, en franco desafío al autoritarismo machadista; y desde su exilio continuó al tanto de los menesteres de la publicación, elogiando su estratégica línea editorial y proponiendo ideas para futuros números, como explica en carta dirigida al director sustituto, Dr. Elías Entralgo:

Acabo de recibir la *Revista Bimestre Cubana* y es ya un deber mío contestar a ese envío. La revista se remoja cada vez bajo su experta y cariñosa mano: solo sobra en ella el nombre del director que nada dirige. Lo felicito muy cordialmente. Creo que la portada nueva —aparte de las economías— es una buena transacción con las realidades. Y la distribución de las páginas muy acertada. Y por mi agradecido en lo que tiene aquí de recuerdo lejano. [...] Esa sección de “Los que conocieron a Martí” es muy buena, así como es la

³⁵ Fernando Ortiz, “Renovación”, *Revista Bimestre Cubana*, op. cit., p. 7.

resurrección de cosas martianas que ustedes están haciendo. Cuando pase al ciclón habrá que publicar un número entero —y acaso dos— de documentos retrospectivos para la justa apreciación de los días que pasan.³⁶

El número a que se refiere la misiva anterior, correspondiente a enero-febrero de 1933, se abrió con un artículo de Juan Gualberto Gómez titulado “Martí y yo”, al que seguían versos inéditos del cuaderno martiano *Flores del destierro* y un trabajo de José de J. Núñez y Domínguez sobre “Los familiares de Martí en México”; la contribución orticiana al volumen era sobre uno de sus grandes afectos intelectuales: “Alejandro de Humboldt y Cuba”.

No caben dudas de que las dos personalidades históricas cubanas más atendidas por *Bimestre Cubana* fueron José Antonio Saco y José Martí. Del primero se publicaron textos de contenidos relacionados con la esclavitud, el ferrocarril, la anexión y sus viajes por Europa, y se ocuparon de aspectos diversos de su trayectoria estudiosos del calibre de Pánfilo Camacho, Federico Córdova, José Antonio Fernández de Castro, Luciano Martínez, Manuel Gran, Manuel Isaías Mesa Rodríguez, Antonio Valverde y el propio Ortiz en varios acercamientos, quizás el más importante el dedicado al examen de lo que denominó “sus ideas cubanas”.³⁷ En el caso del Apóstol fueron numerosos los autores que revisitaron su obra y aspectos de su biografía, entre ellos los más notables martianos cubanos y latinoamericanos: Enrique Diez Canedo, Manuel Galich, Enrique Gay Calbó, Manuel Pedro González, Federico Henríquez y Carvajal, Félix Lizaso, Juan Marinello, Emilio Roig y Gonzalo de Quesada y Miranda. La sección “Los que conocieron a Martí” recogió

³⁶ “Carta a Elías Entralgo, 7 de marzo de 1933”, *Correspondencia de Fernando Ortiz, 1930-1939*, op. cit., p. 138.

³⁷ Fernando Ortiz, “José Antonio Saco y sus ideas cubanas”, *Revista Bimestre Cubana*, La Habana, vol. XXIV, no. 2, mar.-abr., 1929; no. 3, may.-jun., 1929; no. 4, jul.-ago., 1929, no. 5, sep.-oct., 1929; no. 6, nov.-dic., 1929. En forma de libro apareció como: *José Antonio Saco y sus ideas cubanas*, Habana, Imp. El Universo, 1929, 248 pp. (Colección cubana de Libros y Documentos Inéditos o Raros, v. 8). Véase, además, su “Útiligo” a José Antonio Saco, *Contra la anexión*, Habana, Cultural, 1928, vol. 2, pp. I-CXLVI.

testimonios muy valiosos sobre su personalidad. Don Fernando contribuyó a la exégesis martiana con varias entregas, entre ellas su muy notable conferencia “Martí y las razas”, publicada en el número de septiembre-octubre de 1941, donde proclamó:

Quizás mi abuelo tenía razón, en un sentido que él no pensaba. “Martí era mulato por dentro”. Al fin, es cierto, que no hay razas puras y que todos los seres humanos sin excepción somos mestizos de incontables cruzamientos. El cubano José Martí, como todo hombre, no era sino una gota de sangre de las sangres derramadas en todos los cruces donde las parejas en amor clavaron su humanidad eterna, y, además, como todo genio, llevaba en su mente la esencia de todos los mestizajes de las ideas, las cuales se engendran en los abrazos de las culturas del mundo.³⁸

Asimismo, es muy importante para la comprensión del legado martiano que hace Ortiz, el singular paralelismo que establece entre los proyectos humanistas de fray Bartolomé de las Casas y Martí, ideas desarrolladas en profundidad en su discurso por el Centenario del Apóstol titulado “Oración a Martí”, en que termina diciendo, en velada alusión a la crisis política cubana:

Es gloria de Martí, porque se debe a su voz pura y potente, que desde el empíreo nos viene como verbo de creación y de orden, si los cubanos bien conscientes de las frustraciones de toda suerte que década tras década están afligiendo a la patria, nos reafirmamos en la fe martista. Y será su mejor homenaje si, en este natalicio del Apóstol, todos los cubanos hacemos, en el sagrario de nuestra mente libre, un riguroso examen de conciencia y un sincero acto de contrición.³⁹

³⁸ Esta conferencia fue pronunciada el 9 de julio de 1941 en el salón de recepciones del Palacio Municipal de La Habana. Cito por su reproducción en: Fernando Ortiz, *Martí y las razas*, La Habana, 1953, p. 33.

³⁹ Fernando Ortiz, “Oración a Martí”, *Revista Bimestre Cubana*, La Habana, vol. LXX, no. 1, ene.-dic., 1955, p. 248.

En la década de 1940, asediaron a la revista nuevas vicisitudes, principalmente de orden financiero, como se desprende de la lectura de varios mensajes de Ortiz a diferentes personalidades y virtuales colaboradores, donde el director subrayaba las insolencias económicas de la publicación. En carta al poeta español Francisco Giner de los Ríos, fechada en junio de 1947, Ortiz lo pone al tanto del cierre indefinido de la revista *Ultra*, motivada por conflictos con la compra del papel y el pago de jornales a sus trabajadores, y añade: “La otra revista que dirijo, o sea, la *Revista Bimestre Cubana*, a pesar de su título no tiene una salida regular, pues anda también en breves económicos”.⁴⁰

A finales de ese propio año, don Fernando le escribe al geógrafo e historiador Leví Marrero, a quien impone de que: “Vamos a reanudar la publicación de la *Revista Bimestre Cubana*, que por varias razones económicas está retrasada en un año. Al reanudarla nos proponemos, ya con los obstáculos vencidos, restablecer su periodicidad, publicando rápidamente varios números sucesivos, hasta ponernos al día”.⁴¹ En esta misiva, Ortiz formula una mirada innovadora sobre los contenidos que aspiraba para la revista, delimita la extensión de los trabajos y reitera el tópico de su fragilidad financiera:

Al propio tiempo deseamos renovar las colaboraciones, dando mayor variedad e interés a los artículos que se publiquen. Para ello necesitamos de la cooperación de elementos valiosos y generosos como usted, que sean capaces de decir cosas de sustancia, de interés para el país y de acuerdo con la centenaria tradición de este benemérita Sociedad Económica que la viene publicando. Nos proponemos que la revista entre en una nueva época de vitalidad y deseamos contar con

⁴⁰ “Carta a Fernando Giner de los Ríos, 5 de junio de 1947”, *Correspondencia de Fernando Ortiz, 1940-1949*, compilación y notas de Trinidad Pérez Valdés, La Habana, Fundación Fernando Ortiz, 2016, tomo III, p. 390.

⁴¹ “Carta a Leví Marrero, 18 de noviembre de 1947”, *Correspondencia de Fernando Ortiz, 1940-1949*, op. cit., p. 413.

su directa cooperación. Por ese motivo nos permitimos dirigirla estas líneas rogándole su colaboración activa, en forma de breves artículos inéditos o breves notas bibliográficas. Al hacer la petición no podemos al propio tiempo brindarle los merecidos honorarios, pues la solvencia de la revista no podrá cargar con un presupuesto adecuado, pero confiamos en su generosidad y en su patriótica predisposición para trabajar por Cuba.⁴²

En parecidos términos se dirige al escritor asturiano y gran estudioso martiano Manuel Isidro Méndez, en agosto de 1949:

A fines de este año esta *Revista Bimestre Cubana*, podrá volver a la periodicidad normal, para lo cual será deseable una mayor variedad en los autores y en el género de las inserciones. Para ello me permito acudir a usted, amigo valioso, rogándole el favor de remitirnos para esta revista, alguna colaboración suya inédita, sobre cualquier tema, sobre todo si es cubano. La revista ha de procurar que en sus índices figuren los nombres de los más destacados valores de la intelectualidad nacional y el de usted nos sería muy honroso (...) Por desgracia no puedo ofrecerle honorarios por su trabajo de colaboración. La *Revista Bimestre*, desde su fundación, ha sido redactada *gratis et amore* y, aun cuando yo no tendría reparo en “quebrantar” esa tradición si pudiera hacerlo,

⁴² Ídem, p. 414. Curiosamente, a pesar de esta cálida exhortación y del indudable prestigio de que gozaba ya Leví Marrero en el campo intelectual cubano, no aparece ninguna colaboración suya en la revista, uno de los pocos casos de autores reconocidos que nunca publicaron en la *Bimestre Cubana*. Otro destacado intelectual y colaborador de Ortiz en sus investigaciones musicológicas que tampoco publicó en la revista fue Alejo Carpentier, aunque sus informaciones sobre el areito antillano nutrieron textos del sabio divulgados en sus páginas. Sirva de ejemplo “Preludios étnicos de la música afrocubana”, *Revista Bimestre Cubana*, La Habana, vol. LIX, no. 1, 2 y 3, enero-junio, 1947. Este texto continuó apareciendo en números sucesivos de la revista y motivó varias cartas de Ortiz a destacadas personalidades del ámbito musical y etnográfico, pidiéndole criterios sobre su trabajo. Entre los nombres citados estuvieron Edgardo Martín, Argeliers León, Arthur Ramos, Gilberto Freyre, Alejandro Lipschutz y Roger Bastide.

acaso esto no deja de tener también cierto fino aroma, evocador de tiempos a veces añorados, como el de aquellas flores que se encuentran mustias y aplastadas entre las páginas de los libros viejos.⁴³

De igual modo, la *Revista Bimestre* sirvió para dar a conocer o consolidar la valía intelectual de muchos de sus colaboradores, que encontraban de este modo no solo una lectura local de sus trabajos, sino también una circulación foránea de sus ideas y proyectos de investigación. El mismo don Fernando se encargaba, mediante comunicaciones enviadas a distinguidas personalidades del mundo académico internacional, de promover vivamente la lectura de trabajos de autores cubanos aparecidos en la revista. Así, por ejemplo, invita al antropólogo francés Roger Bastide: “Vea lo que Lydia Cabrera publica en la *Revista Bimestre* (no. 1-3, julio-diciembre de 1947). En él leerá usted un importante trabajo de Lydia Cabrera sobre las prácticas brujas de los negros cubanos. Esta señorita, que es cuñada mía, acaba de publicar otro libro de cuentos negros titulado *Por qué*”.⁴⁴ Este propio texto de Lydia Cabrera es recomendado al historiador Germán Arciniegas, a quien le propone canjear la *Revista Bimestre Cubana* por la *Revista de América*, que dirigía el colombiano.

Las dificultades económicas siguieron gravitando sobre la regularidad bimestral de la revista en la década de los años 50, como se deduce de estas líneas dirigidas al escritor costarricense Joaquín García Monge: “La *Revista Bimestre*, que sigo dirigiendo, está renqueando pero no ha suspendido su publicación. Espero que pronto le irá el volumen del segundo semestre de

⁴³ “Carta a Isidro Méndez, 22 de agosto de 1949”, *Correspondencia de Fernando Ortiz, 1940-1949*, op. cit., p. 492-493. Ya este autor había colaborado previamente con su artículo “Tres tipos de cafetales en San Marcos de Artemisa”, *Revista Bimestre Cubana*, vol. XLV, nos. 1, 2 y 3, enero-junio, 1947, pp. 217-224.

⁴⁴ “Carta a Roger Bastide, 1 de febrero de 1949”, *Correspondencia de Fernando Ortiz, 1940-1949*, op. cit., p. 468. El trabajo de Lydia Cabrera se titula “Eggüe o Vichichi Finda (del Folklore cubano)”, *Revista Bimestre Cubana*, vol. LX, no. 1, 2 y 3, julio-diciembre, 1947, pp. 47-120.

1951”.⁴⁵ El volumen LXVIII, correspondiente al segundo semestre de 1951, fue el último en aparecer antes de que en 1952 cesara de publicarse. Un año después encontramos esta frase premonitrice de Ortiz, en el verano de 1953: “La *Revista Bimestre* está en suspenso por razones económicas, pero cualquier día despierta”.⁴⁶ José María Chacón y Calvo, en su citado trabajo de enero de 1956, afirma que la publicación: “por causas circunstanciales no ve la luz hace dos años, pero que la Sociedad Económica reanudará en breve bajo la misma sabia dirección del polígrafo cubano”.⁴⁷

En realidad, no fueron dos sino cuatro los años que estuvo sin salir la revista (1952-55), por lo que los números correspondientes al trienio de 1952-54 fueron agrupados en un solo volumen, el LXIX, de más de trescientas páginas, donde su director explicaba las razones de la interrupción desde 1952, “por causas económicas insuperables” y anunciaba su regreso con periodicidad semestral y un número de páginas mayor. La estrategia para poner al día la revista comprendía además la publicación de un tomo único para el año 1955 (vol. LXX) “y luego otro de igual tamaño que deberá salir a la luz en el corriente año 1956, restableciéndose así la publicidad normal”.⁴⁸

Dicho *impasse* fue aprovechado para reorganizar los comisionados de la revista, que quedó conformada de la siguiente manera: subdirector: Dr. Julio Le Riverend; secretario: Dr. Salvador Bueno y miembros: Dr. Gerardo Canet, Sr. José Conangla Fontanilles, Dr. Elías Entralgo, Dr. Enrique Gay-Calbó, Dr. Carlos Martínez, Dr. Fermín Peraza, Dr. Fernando Portuondo y Dr. Jorge

⁴⁵ “Carta a Joaquín García Monge, 2 de abril de 1952”, *Correspondencia de Fernando Ortiz, 1950-1962*, op. cit., p. 166.

⁴⁶ “Carta al Dr. Juan Comas, 5 de agosto de 1953”, *Correspondencia de Fernando Ortiz, 1950-1962*, op. cit., p. 213.

⁴⁷ José María Chacón y Calvo, op. cit.

⁴⁸ Fernando Ortiz, “A los lectores y amigos”, *Revista Bimestre Cubana*, La Habana, vol. LXIX, 1952-54.

Quintana. Asimismo, se ratificaba por su director la noción de la más amplia libertad de criterios para publicar en *Bimestre Cubana*, bajo el razonamiento de que: “los firmantes de los artículos publicados en esta revista asumen la responsabilidad de las opiniones emitidas en los mismos. La publicación de un escrito no significa adhesión a su contenido, sino información, amplia y tolerante, como exige la cultura contemporánea”.⁴⁹

A pesar de todos los contratiempos mencionados, 1955 fue pródigo en los homenajes que se le tributaron al sabio maestro, en ocasión del 60 aniversario de su primera obra (*Principi y prostes. Folleto de artículo de costumbres en dialecto menorquín*, 1895). De tales agasajos dio cuenta la *Revista Bimestre Cubana* en su volumen único correspondiente a dicho año, con un editorial titulado “El Homenaje Nacional a Fernando Ortiz, nuestro director”, la compilación de varios ensayos y artículos suyos, y se publicaron textos sobre su vida y obra a cargo del antropólogo e historiador menorquín Juan Comas Camps⁵⁰ y del filósofo Medardo Vitier. En su valoración de los aportes orticianos a la cultura cubana, don Medardo reflexionó:

Puede olvidarse mi tributo, pero se recordarán siempre los hechos que lo han motivado. Pasarán revoluciones y presidencias, peculados y represalias, partidos y elecciones. Todo lo arrastrará en ola turbia el tiempo. Perdurarán en la historia de la cultura cubana el nombre de Fernando Ortiz, su aporte a ciencias que tienen hoy sabios cultivadores, su ejemplar vigilancia intelectual, sus páginas sobre Humboldt y Saco, por cuyas vidas pasó asombrado, y la seriedad de su preocupación por Cuba. Todo eso ha de perdurar mientras se desvanece lo espectacular y ruidoso de la vida.⁵¹

⁴⁹ *Ibidem*.

⁵⁰ Juan Comas, “La obra científica de Fernando Ortiz”, *Revista Bimestre Cubana*, La Habana, vol. LXX, no. 1, ene.-dic., 1955, pp. 17-28.

⁵¹ Medardo Vitier, “El aliento cubano y el espíritu científico en la obra de Fernando Ortiz”, *op. cit.*, pp. 41-42.

En el homenaje nacional que se le tributó en el Palacio de Bellas Artes, la noche del 28 de noviembre de 1955, don Fernando disertó acerca de su profunda vocación de investigador y sobre el muy humano oficio de antropólogo, en el opúsculo titulado “Más y más fe en la ciencia”, en que con suprema modestia aseveró:

Solo he sido un viajero por las rutas de este mundo, un turista como ahora se dice, que así en las ciudades como en las selvas, así en las cumbres como en las laderas y barrancas, fui hallando en todas partes una misma humanidad; ni bestial ni angélica, sucia o limpia, doliente o dichosa, de variedades infinitas pero todas ellas capaces de odios y de amores, de arrastrarse y trepar, de subir y de caer... y me he entretenido enfocando escenas humanas, de movimientos y de colores, y luego clasificando sus imágenes y mostrándolas a los curiosos (...) Viví, leí, escribí, publiqué, siempre apresurado y sin sosiego, porque la fronda cubana era muy espesa y casi inexplorada, y con mis pocas fuerzas no podía hacer sino abrir alguna trocha e intentar derroteros. Y así ha sido toda mi vida (...) Solo la ciencia podrá recrear el mundo y asegurar a sus pobladores sustento, salud, saber, dignidad, bienandanzas, libertades y paz. ¡Tengamos más y más fe en la ciencia y más y más ciencia en la fe!⁵²

Ese mismo año recibió la condición de Profesor Honoris Causa por la Facultad de Ciencias Sociales y Derecho Público de la Universidad de La Habana, y al siguiente fue nombrado Doctor Honoris Causa en Filosofía y Letras por la Universidad Central Marta Abreu de Las Villas —en compañía de Medardo Vitier y Ramiro Guerra—, momento en que pronunció el hermoso discurso “Universidad clara, preclara y de santa claridad”, publicado en la *Revista Bimestre* en su ejemplar correspondiente a julio-diciembre de 1956.⁵³

⁵² Fernando Ortiz, “Más y más fe en la ciencia”, *Revista Bimestre Cubana*, La Habana, vol. LXX, no. 1, ene.-dic., 1955, pp. 45 y 47.

⁵³ Fernando Ortiz, “Universidad clara, preclara y de santa claridad”, *Revista Bimestre Cubana*, La Habana, vol. LXXI, no. 2, jul.-dic., 1956, pp. 5-19.

Se advierte en los últimos años de la década de 1950 una presencia mayor de temáticas económica y problemas del desarrollo en la *Revista Bimestre Cubana*. Podemos conjeturar que Ortiz trató de dar un espacio dentro de la publicación a los debates nacionales en torno a los tópicos del subdesarrollo y el papel dentro del mismo de la industria azucarera (argumentos subyacentes en las páginas de su *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*), cuestiones que no solamente tenían una lectura en el ámbito cubano, pues estaban en boga las teorías desarrollistas y estructuralistas del pensamiento cepalino. Se trataba de identificar las causas profundas que habían provocado la condición subdesarrollada de América Latina y se proponían soluciones a los problemas estructurales de su economía diversificando las matrices productivas dependientes de la agro minería.

Tal es el caso del primer semestre de 1956, donde se recogen los trabajos del III Fórum Nacional Azucarero celebrado en 1955, con las rúbricas de autores de notable predicamento en dichas materias como José Antonio Guerra Debén (“Condiciones para el desarrollo económico compatibles con el mantenimiento de la producción azucarera”) y Rufo López Fresquet (“El desarrollo económico y su influencia sobre la industria azucarera”); y el número correspondiente al último semestre de 1958, que destaca por su calidad y abre con un trabajo de Ramiro Guerra sobre “Problemas de la economía antillana”; se reproducen textos del Seminario sobre Plantaciones en el Nuevo Mundo, con firmas tan reconocidas como las del antropólogo estadounidense Sidney Mintz (“La Plantación como símbolo social y cultural”) y el historiógrafo haitiano Jean Price-Mars (“Aspectos generales del sistema de explotación rural en el Nuevo Mundo”). También aparecen sendos trabajos de los especialistas cubanos Felipe Pazos y Regino Boti sobre cuestiones económicas y financieras en los países de la periferia y de manera particular en Cuba (“Inversiones públicas versus inversiones privadas extranjeras en las regiones subdesarrolladas” y “Algunos aspectos del desarrollo económico de Cuba”). Es altamente significativo que Ortiz decidiera publicar este último texto, de la autoría de Pazos y Boti, activos opositores

a la dictadura de Fulgencio Batista, pues se trataba nada más y nada menos que de las Tesis Económicas del *Movimiento 26 de Julio*, las que contenían un profundo análisis de los graves problemas estructurales que agobiaban el progreso económico cubano.⁵⁴

El último ejemplar de la revista bajo la dirección de don Fernando es el correspondiente a enero-junio de 1959, y cierra de manera brillante esta aventura intelectual de medio siglo con un monográfico dedicado al que José de la Luz y Caballero llamó “el segundo descubridor de Cuba”, el erudito naturalista alemán Alejandro de Humboldt, a quien Ortiz había incluido dentro del panteón nacional en lo que denominó “Los tres próceres de Las Villas”: Bartolomé de las Casas, Humboldt y Marta Abreu.⁵⁵ Entre los trabajos de este número postrero aparece un artículo del geógrafo y capitán del Ejército Rebelde Antonio Núñez Jiménez (“Humboldt, espeleólogo precursor”), una “Introducción bibliográfica” de don Fernando y el célebre opúsculo humboldtiano *Ensayo político sobre la Isla de Cuba*.

Desde la majestuosa atalaya de su exuberante mesa de trabajo en “Villa Isis”, acompañado por los objetos que más amaba, sus “libros y papeles, con la *Revista Bimestre*, con Martí, con el abrazo de «Amor y Psiquis», y dos negritos tamboreros, con los cálidos ritmos de África”,⁵⁶ emblemas conspicuos de universalidad y cubanía, la ciclópea faena intelectual de Fernando Ortiz al frente de la revista más antigua de Cuba había sido cumplida con creces.

2021

⁵⁴ Véase sobre este particular: Lázaro Díaz Fariñas, *Análisis crítico de la concepción estructuralista del desarrollo económico en el pensamiento de Felipe Pazos. 1935-1962*, La Habana, Editorial Universitaria, 2015, pp. 113-119.

⁵⁵ Fernando Ortiz, “Los tres próceres de Las Villas”, *La Nueva Democracia*, Nueva York, vol. XXXVI, no. 4, oct. 1956, pp. 28-38.

⁵⁶ “Carta a Luis Alberto Sánchez, 23 de enero de 1952”, *Correspondencia de Fernando Ortiz, 1950-1962*, op. cit., p. 147.



Dr. Fernando Ortiz

*Presidente de la Sociedad Económica de Amigos del País y de la Sociedad
del Folklore Cubano, abogado, legislador, político decepcionado,
y "ecabio" de todo lo siboney y africano de Cuba.*

(Caricatura de Massaguer)

EL CONTRAPUNTEO DE FERNANDO ORTIZ: PALIMPSESTO, HISTORIA Y LITERATURA

Para Miguel Barnet, en sus juveniles 80

Apenas hoy se mete uno en la fronda esa, descubre que la mayor parte del monte está virgen, y que apenas hemos trazado unas trochas de exploración. La historia al uso es toda falsa. Solo haciéndola de nuevo puede el pueblo cubano librarse del sambenito presente, y reivindicar con seriedad su puesto al sol.

FERNANDO ORTIZ

En algún momento de finales del año 1940,¹ salió de la imprenta “Heraldo Cristiano” de La Habana un libro singularísimo, que estaría llamado a impactar vivamente en la interpretación de la historia económica, cultural y social del devenir cubano, y cuya repercusión en el campo intelectual llega hasta nuestros días. Se trataba del volumen de Fernando Ortiz *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar (advertencia de sus contrastes agrarios, económicos, históricos y sociales, su etnografía y su transculturación)*, con prólogo de Herminio Portell Vilá e introducción por Bronislaw Malinowski, publicado por la editorial Jesús Montero, en su Biblioteca de historia, filosofía y sociología. Como la mayoría de los libros de Ortiz, estaba dedicado, a un olvidado Dr. Enrique Fernández Soto “por admiración, gratitud y amistad”. Era un vademécum compacto de 475 páginas, desglosadas en un ensayo introductorio de 131 folios (El “Contrapunteo...”, propiamente dicho) y un copioso anexo (344 cuartillas) denominado “Historia, etnografía y transculturación del tabaco habano e inicios del azúcar y de la esclavitud de

¹ A juzgar por las fechas de las cartas en que realiza los primeros envíos de ejemplares del *Contrapunteo...* a Bronislaw Malinowski y Melville Herkovits, a finales de octubre de 1940. Véase: *Correspondencia de Fernando Ortiz. 1940-1949*, compilación y notas de Trinidad Pérez, La Habana, Fundación Fernando Ortiz, 2016, p. 6 y Enrico Mario Santí, *Fernando Ortiz: contrapunteo y transculturación*, Madrid, Colibrí, 2002, p. 260.

negros en América”, compuesto por XXV apartados de extensión variable, profusamente ilustrados, dedicados esencialmente a enjundiosos comentarios y glosas eruditas de documentos relacionados con asuntos tan heterogéneos como “El tabaco y el cáncer”, “La copla andaluza sobre el tabaco habano” o “Del inicio de la trata de negros esclavos en América, de su relación con los ingenios de azúcar y del vituperio que cayó sobre Fray Bartolomé de Las Casas”.

Al momento de su publicación, Fernando Ortiz era ya un intelectual maduro (frisaba los 60 años) y era considerado el más importante de los científicos sociales del siglo xx cubano. Su polifacética obra contaba con decenas de libros en campos tan diversos como la antropología, la historia, la sociología, la economía, el derecho penal, la arqueología, la lexicografía, la musicología y los estudios folclóricos y etnográficos. En palabras del historiador y profesor universitario Herminio Portell Vilá en su exordio al texto, la labor intelectual de Fernando Ortiz era: “sin duda alguna, la más original e integralmente fecunda, la de mayor proyección universal y más completa utilidad nacional que Cuba ha tenido a lo largo de toda su historia”, y no vacila en adjudicarle al polígrafo habanero el mismo elogio que Martí hizo de Domingo del Monte, es decir, ser “el cubano más real y útil de su tiempo”.²

Del preámbulo de Portell Vilá, nunca más reproducido en las ediciones sucesivas del texto, me interesa destacar dos momentos en que el historiador cardenense expone sus tesis de un nacionalismo económico, y utiliza el libro de Ortiz como un pre-texto para dejar explícitas sus opiniones, contrarias a la injerencia deletérea de los Estados Unidos en la economía cubana, y en particular en el ramo del azúcar. A juicio de Portell Vilá, destruida la base productiva azucarera de la Isla por la tea incendiaria de la Revolución del 95:

² Herminio Portell Vilá, “A manera de prólogo”, en: Fernando Ortiz, *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar (advertencia de sus contrastes agrarios, económicos, históricos y sociales, su etnografía y su transculturación)*, La Habana, Jesús Montero, 1940 (Biblioteca de historia, filosofía y sociología, 8), p. IX

Los Estados Unidos, por medio del gobierno de intervención militar impuesto a Cuba, apuntalaron y restablecieron el sistema derruido a beneficio suyo. Ese fue el daño mayor, entre otros muchos, que la ocupación de la isla por el ejército norteamericano hubo de producir, ya que los mandarines irresponsables y arbitrarios que por espacio de cuatro años pudieron a su antojo hacer y deshacer en Cuba, de propósito dejaron a un lado el problema capitalísimo de la reorganización de la economía cubana, para independizarla del azúcar, y propiciaron la resurrección del gran parásito de la economía nacional cubana a fin de que por su mediación Cuba continuara dominada, de manera efectiva, por los Estados Unidos.³

Otras reflexiones del profesor universitario revelaban las profundas asimetrías en los intercambios de productos entre ambos países, determinadas por abusivos tratados de “reciprocidad” comercial; y explicaban los efectos nocivos que las variaciones del sistema de cuotas azucareras habían tenido en el desarrollo económico de la República, subordinado en buena medida a la exportación de un solo producto. En esta dirección denuncia:

La arbitraria decisión del Secretario de Agricultura de Estados Unidos de suspender el sistema de las cuotas azucareras; la no menos injusta resolución del Presidente de ese país de aumentar unas décimas de centavos en los aranceles del azúcar, enviando por toda la Isla un estremecimiento de espanto, porque se reducen los ingresos, aumenta el desempleo, se trabaja un número menor de días, se compra menos al extranjero y bajan de consiguiente las recaudaciones que nutren en casi un cincuenta por ciento, como promedio, las cajas de la Hacienda.⁴

³ Ídem, p. XII.

⁴ Ídem, p. XI.

Estas opiniones de Portell Vilá sugieren un asunto de gran importancia en el debate nacional de aquel momento sobre el lugar del azúcar en el entramado económico cubano, discusión de la que el propio Ortiz había sido un lejano precursor con su proyecto de Ley para la regulación de las ventas de azúcares cubanos en el extranjero, presentado a la Cámara de Representantes en 1917.⁵ Diez años más tarde, Ramiro Guerra en su clásico estudio *Azúcar y población en Las Antillas* (1927) postuló la teoría del latifundio como principal causante del estancamiento económico cubano, tesis a la que Ortiz respondió advirtiendo que no era el sistema de concentración de la tierra la causa, sino más bien la consecuencia de un determinado modelo de explotación capitalista, que hundía sus raíces en la plantación esclavista del siglo XIX. No es casual entonces el detenido examen que realiza Ortiz del gran poema nacionalista de Agustín Acosta *La Zafra. Poema de combate* (1926) y su exhortación de que: “Todo cubano debe leer «La Zafra», como antaño se leía a Heredia, a Plácido y a Milanés. Los que no saben leer oigan sus versos y aprendan en ellos la belleza de un apóstrofe nacional con audacias de blasfemia”.⁶

El “contrapunteo” entre Guerra y Ortiz sobre lo que Enrico Mario Santi denomina la “crítica de la caña”,⁷ se prolongó durante los años posteriores a la caída de Machado, y ambos autores mantuvieron una implícita controversia en los textos de Ortiz que son precursores del *Contrapunteo*: “Antillas”, capítulo de la Geografía Universal (1936) y el ensayo titulado “Contrastes económicos del azúcar y el tabaco” (1936);⁸ y en los argumentos de Guerra específicamente dedicados al *Contrapunteo...* aparecidos en el *Diario de*

⁵ Fernando Ortiz, “Regulación de las ventas de azúcares al extranjero. Proposición de ley”, *Revista Bimestre Cubana*, La Habana, vol. XII, no. 6, nov.-dic., 1917, pp. 361-371.

⁶ Fernando Ortiz, “El poema de la zafra”, citado en: Enrico Mario Santi, *Fernando Ortiz: contrapunteo y transculturación*, op. cit., p. 106.

⁷ Enrico Mario Santi, “Fernando Ortiz, o la crítica de la caña”, en su *Bienes del siglo. Sobre cultura cubana*, México, D.F., Fondo de Cultura Económica, 2002, pp. 138-150.

⁸ Véase un detenido examen de esta polémica en: Enrico Mario Santi, *Fernando Ortiz: contrapunteo y transculturación*, op. cit., pp. 48-64.

la Marina en enero de 1941;⁹ así como en otros textos dedicados a examinar la problemática del dulce en la Isla: *La industria azucarera de Cuba* (1940); *Azúcar y población en Las Antillas* (3ra edición, 1944) y *Filosofía de la producción cubana* (1944).

El otro prologuista, el reconocido antropólogo polaco Bronislaw Malinowski —a quien Ortiz había pedido una valoración del manuscrito inédito por lo menos desde 1938¹⁰ y con el que sostuvo un fluido intercambio epistolar—, subrayó el importante aporte metodológico que significaba la introducción del concepto de *transculturación*, y trató de adscribir al sabio cubano a la escuela funcionalista que él había fundado junto con Radcliffe-Brown en Inglaterra, y a la que se habían sumado en los Estados Unidos los sociólogos Robert Merton y Talcott Parsons.¹¹ En opinión de Malinowski:

Fernando Ortiz pertenece a esa escuela o tendencia de la ciencia social moderna que ahora se apellida con el nombre de “funcionalismo”. Él se percata tan claramente como cualquiera de que los problemas económicos y ecológicos del trabajo y de la técnica son los fundamentales de las industrias aquí tratadas; pero el autor también se da plena cuenta del hecho de que la psicología del fumar, la estética, las creencias y los sentimientos asociados con cada uno de los productos finales aquí tratados son factores importantes de su consumo, de su comercio y de su elaboración (...) Como buen

⁹ Dichos textos, firmados por Ramiro Guerra con el seudónimo de *Diplomaticus*, lo que sugiere quizás el tono cordial del polemista, se titulan: “Sobre un interesante Contrapunteo” (15 de enero); “Contrapunteando” (19 de enero); “Contrapunteo doloroso” (23 de enero) y “Final del contrapunteo”. Véase sobre esta discusión: José Antonio Matos Arévalos, “Ramiro Guerra y Fernando Ortiz: polémica entre historiadores”, *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, La Habana, año 93, no. 1-2, enero-junio, 2002, pp. 111-115.

¹⁰ “Carta de Bronislaw Malinowski a Fernando Ortiz, 13 de enero de 1939”, Enrico Mario Santí, *Fernando Ortiz: contrapunteo y transculturación*, op. cit., p. 242.

¹¹ Para una discusión sobre los diferentes enfoques valorativos de Herminio Portell Vilá y Bronislaw Malinowski del ensayo ortiziano, véase: Rafael Rojas, “Fernando Ortiz contra el *homo cubensis*”, *Motivos de Anteo*, Madrid, Editorial Colibrí, 2008, pp. 249-276.

funcionalista que es, el autor de este libro acude a la historia cuando ésta es indispensable”.¹²

Las tesis centrales del *Contrapunteo...* pueden resumirse en los siguientes párrafos, que declaran:

Así en lo interno como en lo externo, estudiar la historia de Cuba es en lo fundamental estudiar la historia del azúcar y del tabaco como los sistemas viscerales de su economía. Y aun para la historia universal de los fenómenos económicos y de sus reflejos sociales, pocas lecciones habrá más fecundas que las del azúcar y del tabaco en Cuba. Por la claridad con que a través de ellas se pueden apreciar las causas económicas y los efectos sociales, y porque en pocos pueblos se habrá dado como en el nuestro esa maravillosa e infrecuente coordinación de vicisitudes históricas, y ese contraste radical, ese paralelismo constante entre dos órdenes simultáneos de fenómenos económicos, los cuales manifiestan a lo largo de su desarrollo caracteres y efectos muy antitéticos (...) El planteamiento y la divulgación de este profundísimo contraste que existe entre el azúcar y el tabaco, desde su misma naturaleza hasta sus derivaciones sociales, pueden brindar alguna nueva sugestión para el estudio económico de Cuba y de sus peculiaridades históricas. Aparte de ofrecer algunos curiosos y originales fenómenos de transculturación, de esos que son de tanto interés como actualidad en la ciencia sociológica contemporánea.¹³

La última frase, que alude a “algunos curiosos y originales fenómenos de transculturación”, nos lleva directamente al concepto más famoso y universalmente aceptado de toda la obra ortiziana: la transculturación, el que constituye verdadera piedra miliar de todo el alegato de Fernando Ortiz sobre la historia insular y sus procesos de construcción de una identidad híbrida y mestiza:

¹² Bronislaw Malinowski, “Introducción”, en: Fernando Ortiz, *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar (advertencia de sus contrastes agrarios, económicos, históricos y sociales, su etnografía y su transculturación)*, op. cit., p. XXI.

¹³ Fernando Ortiz, *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar (advertencia de sus contrastes agrarios, económicos, históricos y sociales, su etnografía y su transculturación)*, op. cit., pp. 4-5.

Hemos escogido el vocablo **transculturación** para expresar los variadísimos fenómenos que se originan en Cuba por las complejísimas transmutaciones de culturas que aquí se verifican, sin conocer las cuales es imposible entender la evolución del pueblo cubano, así en lo económico como en lo institucional, jurídico, ético, religioso, artístico, lingüístico, psicológico, sexual y en los demás aspectos de su vida. La verdadera historia de Cuba es la historia de sus intrincadísimas transculturaciones (...) Entendemos que el vocablo **transculturación** expresa mejor las diferentes fases del proceso transitivo de una cultura a otra, porque éste no consiste solamente en adquirir una distinta cultura, que es lo que en rigor indica la voz anglo-americana **aculturation**, sino que el proceso implica también necesariamente la pérdida o desarraigo de una cultura precedente, lo que pudiera decirse una parcial **desculturación**, y, además, significa la consiguiente creación de nuevos fenómenos culturales que pudieran denominarse de **neoculturación**. Al fin, como bien sostiene la escuela de Malinowski, en todo abrazo de culturas sucede lo que en la cópula genética de los individuos: la criatura siempre tiene algo de ambos progenitores, pero también siempre es distinta de cada uno de los dos. En conjunto, el proceso es una transculturación, y este vocablo comprende todas las fases de su parábola. Estas cuestiones de nomenclatura sociológica no son baladíes para la mejor inteligencia de los fenómenos sociales, y menos en Cuba donde, como en pueblo alguno de América, su historia es una intensísima, complejísima e incesante **transculturación** de varias masas humanas, todas ellas en pasos de transición.¹⁴

El *Contrapunteo...* es un ejemplo clásico en la manera orticiana de concebir su trabajo intelectual como una suerte de *work in progress*

¹⁴ Ídem, pp. 137-142. En negritas en el original. Como complemento añade: “Sometido el propuesto neologismo, transculturación, a la autoridad irrecusable de Bronislaw Malinowski, el gran maestro contemporáneo de etnografía y sociología, ha merecido su inmediata aprobación. Con tan eminente padrino, no vacilamos en lanzar el neologismo susodicho”. Ibidem.

o discurso inacabado de larga duración;¹⁵ es decir, se trata de un ensayo cuyo origen es posible rastrearlo en otros textos anteriores, significativamente en la contribución de Ortiz al tomo XIX de la *Geografía Universal* (1936), dirigida por el notable geógrafo francés Vidal de la Blache, algunos de cuyos pasajes fueron reproducidos luego con el título de “Contraste económico del azúcar y el tabaco”, en la *Revista Bimestre Cubana* (no. 2, septiembre-diciembre, 1936) y publicado como folleto ese propio año.¹⁶

En el caso del texto para la *Geografía Universal* del francés Vidal de La Blache, hay una carta de Ortiz desde su exilio estadounidense al historiador Elías Entralgo, en que revela cómo ha ido estructurando sus contenidos, básicamente enfocados hacia el estudio del azúcar, el que podría constituir el germen de una futura “historia económica” de Cuba, y acaso derivar en una obra colectiva de mayor alcance titulada *Historia del Pueblo Cubano*:

Tengo dormida, aunque de cuando en cuando despierta con sobresalto, la obra “Antillas”, que constituirá, espero, el tomo de ese título en la *Geographie Universelle* de P. Vidal de la Blache (traducción castellana). Con ese motivo y con el de tratar desde un nuevo aspecto el tema del azúcar, me engolfé el verano pasado en una investigación sobre el azúcar en la historia social de Cuba. Creo que podrán ser explicados fenómenos hasta ahora muy tratados a flor de tema. Pero me he ido extraviando y hasta he llegado a pensar en una historia económica de Cuba. Y hasta en una HISTORIA DEL PUEBLO CUBANO que podríamos escribir varios en colaboración: Mañach, Chacón, Portell, Irisarri, usted y yo,

¹⁵ Un procedimiento similar había sido utilizado por Ortiz en la saga que va de *Hampa Africana. Los negros brujos* (1906) a *Los negros esclavos* (1916). En nota de advertencia a este último volumen indica que: “Lo que fue primera parte de ese libro (se refiere a *Los negros brujos*) forma hoy, grandemente ampliado y refundido, el presente volumen. La segunda parte de aquél, lo que propiamente constituía el estudio acerca del fetichismo afro-cubano, será objeto de un nuevo volumen, también completamente remozado y más que duplicado en su contenido, con el mismo título del anterior”. En: Fernando Ortiz, *Los negros esclavos. Estudio sociológico y de derecho público*, La Habana, *Revista Bimestre Cubana*, 1916, p. VIII.

¹⁶ Fernando Ortiz, *Contraste económico del azúcar y el tabaco*, La Habana, Imp. Molina, 1936.

amén de alguno más. Creo que es obra necesaria. Hay que revalorizar todo el pasado de Cuba.¹⁷

De igual manera, el estudio publicado en 1940 no estableció un texto concluyente, pues siguió siendo ampliado y modificado durante más de dos décadas, hasta llegar a la edición de la Universidad Central de Las Villas de 1963 (conjuntamente con otra ese mismo año del Consejo Nacional de Cultura) donde el poeta y folclorista Samuel Feijóo exponía el ingente trabajo de acumulación teórica y empírica del sabio con las siguientes palabras:

La Editorial de la Universidad Central de Las Villas, se honra sobremanera al ofrecer a sus lectores la segunda edición definitiva del famoso “Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar”, un clásico de nuestras letras. Esta edición ve aumentada considerablemente su tamaño con la adición de más de doscientas páginas. El extremo cuidado del maestro Ortiz para con este libro se evidencia en los numerosos datos, notas, aclaraciones, con que lo ha mejorado. Con los años su estudio se ha ido desarrollando naturalmente, hasta convertirse en una obra imprescindible para el conocimiento profundo, verdadero, de nuestra isla.¹⁸

Pero en realidad mucho antes de 1963 ya Ortiz había decidido hacer una segunda edición, como se desprende de una carta enviada en junio de 1959 al investigador villareño Gaspar Jorge García Galló, quien le había enviado su *Biografía del tabaco habano*, y le confiesa: “Tengo la esperanza de publicar en breve una segunda edición castellana de mi *Contrapunteo*, que desde hace tiempo ha sido totalmente agotado. En esa edición pienso adicionarle algo del contenido de la edición inglesa, y ahora podré incluir en aquel

¹⁷ “Carta a Elías Entralgo, Washington, 7 de marzo de 1933”, *Correspondencia de Fernando Ortiz, 1930-1939*, compilación y notas de Trinidad Pérez Valdés, La Habana, Fundación Fernando Ortiz, 2014, tomo II, p. 138.

¹⁸ Nota de presentación de Samuel Feijóo al *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar (advertencia de sus contrastes agrarios, económicos, históricos y sociales, su etnografía y su transculturación)*, Universidad Central de Las Villas, Dirección de Publicaciones, 1963.

algunas de sus observaciones”.¹⁹ Al parecer este deseo no pudo ser materializado con la rapidez que Ortiz esperaba, y todavía en junio de 1962, tres años después de la citada misiva a García Galló, responde a los reclamos de Samuel Feijóo de hacer una segunda edición del *Contrapunteo...*, del siguiente modo:

Sus líneas me han reanimado algún tanto, en vista de lo que usted me dice, para editar una nueva edición de mi *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, de varios miles de ejemplares. Trataré de hacer eso posible, pues ha de representarme un prolongado trabajo, para poner el original de la segunda edición castellana con los datos que hay en la edición inglesa y otras múltiples intercalaciones. He empezado a recoger papeles, pero vamos a tener que hablar cuanto antes sobre un montón de detalles prácticos para facilitar mi labor y su impresión, piense que la nueva edición habrá de tener unas cien páginas más que la primera.²⁰

Como ya sabemos, el añadido de texto no fueron cien, sino el doble de dichas páginas. Sin embargo, la idea de Ortiz de modificar su libro arranca desde muy atrás, y se remonta al momento mismo de su publicación. De hecho, la versión de 1940 era para Ortiz una especie de palimpsesto, un borrador maleable del que podrían nacer otros libros posibles, especialmente enfocados en la narrativa del tabaco. En esta perspectiva, el ensayo aparece como un discurso inestable, susceptible también de ser modificado, alterado, y eventualmente aumentado, como sucedió finalmente con los dos centenares de folios agregados a la publicación “definitiva” de 1963. Como le confiesa a Malinowski pocos meses después de publicado el *Contrapunteo*, ya Ortiz estaba pensando en:

Recomponer los materiales del libro, o mejor dicho, hacer uno nuevo con el título de “el tabaco habano”, de manera que

¹⁹ “Carta a Gaspar Jorge García Galló, 24 de junio de 1959”, *Correspondencia de Fernando Ortiz. 1950-1962*, compilación y notas de Trinidad Pérez Valdés, La Habana, Fundación Fernando Ortiz, 2018, tomo IV, p. 401.

²⁰ “Carta a Samuel Feijóo, 19 de junio de 1962”, ídem, pp. 448-449.

el tabaco sea el tema central y el azúcar solamente un tema de comparación en los dos o tres capítulos que tratan de la conducta social del tabaco en Cuba. Para ello aprovecharé como capítulos todos los actuales apéndices que se refieren al tabaco, añadiéndole cuarenta o cincuenta páginas nuevas sobre “transculturación del tabaco del indio al negro y del negro al blanco”. Además, pienso hacer un nuevo capítulo sobre el tabaco y el arte haciendo una somera historia y característica del influjo del tabaco en las cajas, marcas, pipas, etc.²¹

En un tono similar, Ortiz le escribe años más tarde al historiador mexicano Daniel Cossío Villegas, fundador del Fondo de Cultura Económica, a cuya casa editora le ofrece un libro sobre “El tabaco y su transculturación”, cuyo asunto sería:

La explicación detallada y minuciosa del descubrimiento por los occidentales del tabaco en Cuba (1492), los usos litúrgicos y mágicos que del tabaco tenían los indios antillanos, los indios continentales y luego como el tabaco fue pasando mediante muy curiosas transformaciones culturales, primero a los negros y luego a los blancos (...) algo de esto publiqué ya como apéndice a mi libro *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, pero tengo numeroso material nuevo, inédito y con hallazgos originales que duplicarían la extensión de dichos apuntes.²²

Como era previsible, el ensayo orticiano ha gozado de considerable fortuna editorial, y ha tenido varias impresiones posteriores a la segunda edición de 1963, entre las más importantes la realizada por la Biblioteca Ayacucho en Caracas (1978), con un valioso prólogo del historiador Julio Le Riverend (reproducido en una nueva impresión cubana de 1983); la publicación al cuidado de su hija María Fernanda Ortiz Herrera que vio la luz en Madrid en 1999 y la edición crítica

²¹ “Carta a Bronislaw Malinowski, 11 de febrero de 1941”, *Correspondencia de Fernando Ortiz. 1940-1949*, op. cit., p. 10.

²² “Carta a Daniel Cossío Villegas, 30 de julio de 1945”, *Correspondencia de Fernando Ortiz. 1940-1949*, op. cit., p. 261.

realizada por el profesor Enrico Mario Santí para las Ediciones Cátedra, dentro de su prestigiosa serie Letras Hispánicas en 2002.²³

Tanto Le Riverend como Santí realizaron importantes contribuciones a la comprensión del contexto histórico en que se produjo su primera publicación, marcada por el rediseño del estado burgués cubano a tono con los cambios producidos después de la revolución de los años 30, que desembocaron en el texto jurídico de mayor alcance del periodo republicano: la Constitución de 1940. Sin embargo, hay una notable singularidad en dicho texto, y es la que lo sitúa, al mismo tiempo, como obra de ciencia y artefacto literario. En este sentido Le Riverend apuntó:

El *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar* [es] la obra en que se destacan, de un modo explícito, las cualidades señeras de su pensar y su decir. No es solamente una descripción veraz de los efectos universales del monocultivo dominado por las sociedades anónimas extranjeras, un análisis de las condiciones económicas de la República neocolonial, una pauta para diversificar las investigaciones, sino también, y asimismo, un significativo arsenal de erudición y una de las páginas más extraordinarias de prosa cubana que se hayan escrito.²⁴

En su prólogo a la edición venezolana, además de la eficacia del *Contrapunteo* como ensayo historiográfico, y del lugar sobresaliente que la historia económica, social y cultural ocupan dentro del texto, que Le Riverend pondera en su condición de “síntesis de

²³ Fernando Ortiz, *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar (advertencia de sus contrastes agrarios, económicos, históricos y sociales, su etnografía y su transculturación)*, Madrid, Cátedra, 2002. Se trata de una edición que subsana erratas de otras publicaciones precedentes, con ayuda de un ejemplar corregido por Ortiz de la edición príncipe. Sobre esta edición ha escrito el crítico Carlos Espinosa que: “a partir de ahora, quien desee realizar un estudio serio del *Contrapunteo*... deberá acudir ineludiblemente al texto en la versión de Cátedra, que por el rigor, el esmero y la inteligencia con que ha sido preparada, constituye todo un modelo de lo que debe ser una edición crítica”. *Encuentro en la red*, año IV, 24 enero de 2003.

²⁴ Julio Le Riverend, “Fernando Ortiz y su obra cubana”, *Órbita de Fernando Ortiz*, La Habana, Unión de Escritores y Artistas de Cuba, 1973, p. 37.

la sociedad cubana, pasada y presente” y “hazaña bibliográfica, verdadera obra de maestro, en la cual los oficios, el de las letras y el de la ciencia, son de pareja calidad”, el historiador realza nuevamente las calidades literarias de dicho texto, en el que advierte:

Una de las más finas creaciones de prosa española magníficamente acriollada que se haya escrito en nuestra América. Ortiz jugaba con las palabras sin perder los conceptos, ni sacrificar la hondura del análisis. Insuperable en la creación de vocablos como fue el caso de transculturación echado por vez primera a rodar en el mundo desde las páginas de *Contrapunteo*. No le faltaba una atrayente y honda gracia popular que tiene de hispana meridional y de mulata, hecha de contrastes entre la frase nítida y la palabra imprevista, explosiva, a veces popular, que invita a la sonrisa y a la meditación de la idea mollar que transfieren. Y, en fin, tiene un aliento de expresión, épico si pudiera decirse, que nos llama a ver y sentir lo que dice antes de toda reflexión confirmadora de sus verdades. No “hace” literatura, y podemos, sin embargo, llamarlo maestro de la lengua.²⁵

Lo anterior ya había sido distinguido por uno de los primeros comentaristas que tuvo el libro, el escritor gallego afincado en Cuba Lino Novás Calvo, quien en una reseña de 1941 aseveró: “No hay novela y no hay poema que nos diga tanto del azúcar y del tabaco. No hay tratado de economía que nos lo haga vivir tan intensamente en el alma. Ninguna estadística puede hacérsenos tan presentes, en su ser y en sus implicaciones sociales e históricas. Ortiz los ha hecho ya personajes históricos, en literatura, como lo eran en la vida económica de Cuba. Tabaco y azúcar encontraron su biógrafo; una y otra se han incorporado ya a la historia literaria”.²⁶

²⁵ Julio Le Riverend, “Ortiz y sus contrapunteos”, en: Fernando Ortiz, *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1978, p. XXI.

²⁶ Lino Novás Calvo, “Don Fernando: su azúcar y su tabaco”, *Claridad*, Buenos Aires, año 19, no. 345, diciembre, 1940, pp. 539-542. Cito por su reproducción en: *Repertorio Americano*, San José, Costa Rica, año XXII, no. 906, 11 de enero de 1941, pp. 25-26.

Y agregaba el autor de *Pedro Blanco el negrero* que: “En lo que es puramente suyo, Ortiz se ha superado como escritor; ha dado categoría dramática y poemática a la economía cubana”.²⁷ Poco tiempo más tarde, cuando el sabio frisaba los setenta años, el propio Novás Calvo dejó este penetrante retrato del ensayista, en su dimensión plena de escritor contemporáneo, y expuso su cuidadoso método de trabajo, comparable al de un verdadero artista:

Ortiz es por naturaleza expansivo. Es todavía, por lo saludable y fresco de sus escritos, el más joven de nuestros escritores (...). Para Ortiz un libro es también una persona. Una de las grandes cualidades de sus escritos es que todo lo humaniza; todo es persona y la persona lo es todo. Todas las cosas, nos dice, le interesan por sus implicaciones humanas. Ni arte por el arte, ni ciencia por la ciencia. Solo en la medida en que pueda relacionarlos con el hombre, individual y colectivamente, le emocionan. Pero entonces le emocionan verdaderamente y la emoción es la de un artista. Hay que verlo leer y trabajar. Un libro, si realmente le interesa, va cobrando vida. Sonríe, frunce el ceño, se sonroja, toma notas en una letra engarabataada. Luego corrige, y vuelve a corregir, interminablemente.²⁸

Pero quien primero expresó la noción de que en la obra de don Fernando coexistían armoniosamente el hombre de ciencias y el de letras, vale decir, el humanista pleno, fue su amigo el novelista Miguel de Carrión, cuando lo llamó de manera categórica, en fecha tan temprana como 1903, “el único de nuestros hombres de ciencia dotado de facultad creadora”.²⁹ Y otro intelectual de fuste, el crítico literario Aniceto Valdivia, señalaba haber encontrado en *Los negros esclavos* “un libro recio, denso, despojado de ornamentos parásitos; de estilo severo pero donde la gran compasión ante la

²⁷ *Ibidem*.

²⁸ Lino Novás Calvo, “Cubano de tres mundos”, *Miscelánea de estudios dedicados a Fernando Ortiz por sus discípulos, colegas y amigos*, La Habana, 1956, tomo II, pp. 1135 y 1140.

²⁹ Miguel de Carrión, “El Dr. Ortiz Fernández”, *Azul y Rojo*, La Habana, año 2, no. 24, jun. 14, 1903, p. 2.

iniquidad, —que le ha llevado a escribirlo— se abre paso divinamente humana; donde una sensibilidad, ramificada como un delta, enlaza y unge los capítulos”.³⁰

Su secretario y amigo Rubén Martínez Villena, en el prólogo a una compilación de sus discursos apuntó, como complemento a la insaciable curiosidad científica del sabio, lo siguiente:

No se crea por ello que Fernando Ortiz es un temperamento antiliterario. Gran curioso (...) su inquietud de saber busca también las fuentes de la belleza en la obra de los artistas. Al frente de unos de sus libros, *Los Negros Brujos*, parta del *Hampa afro-cubana*, hay, como lema, versos del Heredia de “Les Trophées”.

Los que visitan su gabinete de estudio verán, encerrados en una vitrina, raros objetos de ritos de misterio; cascabeles, tortugas de pasta, figurillas egipcias, iconos, budhas, reliquias indias y útiles siboneyes; en las paredes, frente a un pergamino histórico cuelga la fotografía, afectuosamente dedicada, de Unamuno; y acaso se asombrarán de encontrar entre los grandes volúmenes de ciencias y revistas de Psiquiatría —alternando fraternalmente con tratados jurídicos— los bellos libros de buena fabla castellana, los versos de Darío, *La Divina Comedia* y las obras de Alfonso Reyes y de Pérez de Ayala.³¹

Siguiendo la estela de Villena, la joven ensayista Renée Méndez Capote vislumbró elementos líricos implícitos en la elocuencia de Ortiz, como advierte en su semblanza de Don Fernando incluida en su estudio sobre oratoria cubana:

De cultura sólida y amplia, de sutil y vigorosa mentalidad, espíritu reposado y sereno, tiene una agilidad imaginativa

³⁰ Aniceto Valdivia (Conde Kostia), “Elogios. Dr. Fernando Ortiz”, en *Mi linterna mágica*, La Habana, Instituto Nacional de Cultura, 1957, p. 35.

³¹ Rubén Martínez Villena, “Prólogo” a: Fernando Ortiz, *En la tribuna. Discursos cubanos*, Habana, Imprenta El Siglo XX, 1923, pp. XII-XIII.

extraordinaria y hay en su oratoria un fondo de poesía, ingenua y sincera, que contrasta originalmente con la calma, el peso y la paciencia necesaria para toda investigación y que este eminente estudiante de etimología, etnografía, filosofía e historia posee en grado sumo. (...) en esa alma cubana de Fernando Ortiz hay un poeta encerrado que suaviza la aridez del estudio y ameniza la austeridad de la investigación.³²

Varios críticos han subrayado la condición literaria del *Contrapunteo*, entre ellos Gustavo Pérez Firmat,³³ Ricardo Castell,³⁴ José Antonio Matos³⁵ y Enrique Mario Santí, para quien el libro puede vincularse al paradigma estético del neo-barroco, término acuñado por Severo Sarduy, en virtud de una serie de elementos como la *parodia*, la *meta-crónica*, la *agudeza* y la *fuga*, los cuales: “apuntan, por lo tanto, hacia una nueva visión del *Contrapunteo* como libro barroco, o mejor dicho, *neo-barroco*” y agrega que: “la teoría de la cultura que propone —la transculturación— es la fuente secreta de gran parte de la teorización literaria que se ha hecho del Barroco contemporáneo latinoamericano”.³⁶

El poeta y etnólogo Miguel Barnet, discípulo del autor del *Contrapunteo*... y promotor de su obra a través de la Fundación Fernando Ortiz, desde muy joven se percató de que en Ortiz convivían la “inquietud científica y literaria. Porque Ortiz es literato, impulsor de escritores y promotor de instituciones de Arte y Ciencia”;³⁷ y

³² Renée Méndez Capote de Solís, “Fernando Ortiz” en *Oratoria cubana. Ensayos*, La Habana, Imprenta Editorial Hermes, 1926, pp. 203-204.

³³ Gustavo Pérez Firmat, “Cuban Counterpoints”, *The Cuban Condition: Translation and Identity in Modern Cuban Literature*, Cambridge, Mass., Cambridge University Press, 1989.

³⁴ Ricardo Castell, “Ficción y nacionalismo económico en el *Contrapunteo cubano* de Fernando Ortiz”, *Journal of Interdisciplinary Literary Studies*, no. 4, 1992, pp. 55-70.

³⁵ En el *Contrapunteo*...: “se dan cita Fausto, Don Quijote, Nietzsche, Freud, al igual que José Antonio Saco, fray Bartolomé de Las Casas o José Martí”. En: José Antonio Matos, “Fernando Ortiz: la historia en una perspectiva transcultural”, *Cuadernos de Literatura*, volumen IV, números 7-8, enero-diciembre de 1998, p. 149.

³⁶ Enrico Mario Santí, “Fernando Ortiz: contrapunteo y transculturación”, en: Fernando Ortiz, *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar (advertencia de sus contrastes agrarios, económicos, históricos y sociales, su etnografía y su transculturación)*, Madrid, Cátedra, 2002, pp. 100-101.

³⁷ Miguel Barnet, “Fernando Ortiz”, *Bohemia*, La Habana, año 56, no. 3, 17 de enero de 1964, p. 8.

también coincide en señalar que don Fernando era “un inventor de palabras, un alquimista del estilo”.³⁸ En su acucioso estudio sobre el *Contrapunteo...*, Barnet distingue la dualidad de los discursos en dicha obra, el de la ciencia y el de la literatura, apuntando que: “la obra de Ortiz (...) es una obra puente entre las ciencias sociales y la literatura, con un enfoque integralista y multidisciplinario pero con un profundo sedimento fundacional”.³⁹ Y en una conferencia dirigida a jóvenes universitarios, el poeta y etnólogo sintetizó su valoración estética de la obra ortiziana como la de un exuberante hacedor de metáforas:

En las ideas de Fernando Ortiz tanto de lo cubano, de la cubanidad y la cubanía, no hay nada que sea estrechamente sellado o marcado por una visión categorizante, y es que Don Fernando, además de ser un pensador, era un gran escritor y apeló siempre en toda su obra al mundo topológico. Y yo digo que un verdadero investigador, un verdadero poeta, un verdadero escritor, si no tiene su mundo de metáforas está perdido. Y él tenía su mundo metafórico. Por eso aplicó la idea de que Cuba es un ajíaco, que es una simple metáfora, pero que él definió de una manera muy acertada y original.⁴⁰

Quizás quien de manera más conspicua ha insistido en este costado de la creación ortiziana es el ensayista Roberto González Echevarría, autor de un texto titulado precisamente “El Contrapunteo y la literatura”. En sus argumentos, plenos de ideas sugerentes y también polémicas, González Echevarría parte de la noción de que la literatura representó para Ortiz un *tour de force* al interior de su escritura como científico social, algo que “fue para él una

³⁸ Miguel Barnet “Don Fernando Ortiz”, *Revolución y Cultura*, La Habana, mayo de 1981. La cita en *Nuevos autógrafos cubanos*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 2014, p. 205.

³⁹ Miguel Barnet, “Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar”, *Nuevos autógrafos cubanos*, op. cit., p. 221.

⁴⁰ Miguel Barnet, “Cubanidad y cubanía”, Intervención en el espacio *Dialogar, dialogar* de la AHS, realizado en la Facultad de Biología de la Universidad de La Habana, 16 de mayo de 2017 (www.cubadebate.cu, 8 de agosto de 2017). Agradezco a Aurelio Francos por sugerirme la consulta de este texto.

tentación, al tiempo que debía rechazarse; una vía de acceso a la vez que de escape a las preguntas que lo asediaron y a las soluciones que lo cautivaron”.⁴¹ También revela que Ortiz estaba familiarizado con la gran literatura universal que le fue contemporánea, como es el caso de la obra de James Joyce, y sugiere la hipótesis de que para él: “la antropología era la frontera flexible y porosa entre las ciencias sociales y la literatura; pero esto no hizo más fácil, sino más complicada y dramática su relación con ella”.⁴²

Para González Echevarría, hay una relación indirecta entre la obra del joven Ortiz y el movimiento afrocubano en la literatura insular de las décadas de 1920 y 1930, quienes sin embargo conocían y leían su obra, como en el caso del novelista Alejo Carpentier. El crítico sostiene que, una vez que Ortiz abandonó la hermenéutica criminológica y positivista en el estudio de las culturas de origen africano en Cuba, como es notorio en el caso del *Contrapunteo*, su autor “en vez de ciencia, hará literatura”.⁴³ Entre los aspectos de mayor peso dentro de la condición literaria del texto ortiziano estaría el humor, “el tono irreverente, burlón, los frecuentes chistes” y la noción del discurso como un “juego conceptista —barroco, gracianesco si se quiere— del que se desprenden verdades que deben interpretarse a un nivel poético”. Lo anterior lleva a González Echevarría a reivindicar una sorprendente analogía entre el ensayo de Ortiz y la literatura vanguardista europea: “El *Contrapunteo* es un largo, prolijo, joyceano juego de palabras y conceptos, como los de un texto estrictamente contemporáneo suyo, *Finnegans Wake*”.⁴⁴ Y en otra afirmación audaz, el autor de *La prole de Celestina* le adjudica al *Contrapunteo* ser “uno de los textos experimentales más innovadores de

⁴¹ Roberto González Echevarría, “El contrapunteo y la literatura”, *La gaceta de Cuba*, La Habana, no. 2, 1996, p. 23.

⁴² *Ibidem*.

⁴³ *Ídem*, p. 24.

⁴⁴ *Ídem*, p. 25. En este punto Enrico Mario Santí discrepa de Roberto González Echevarría cuando afirma que: “Tal vez no haya que ir tan lejos, por ejemplo, como asociar a Ortiz con Joyce, a pesar de la estricta contemporaneidad de los dos escritores, para resaltar el estilo de aquel”. En: Enrico Mario Santí, “Fernando Ortiz: contrapunteo y transculturación”, op. cit., pp. 96-97.

la vanguardia latinoamericana (...) Para invocar una terminología lezamiana, Ortiz crea la imagen desde la imagen. El *Contrapunteo* es presentación, performance, actuación, *séance*, función, show”.⁴⁵

Pero más allá de las disquisiciones interpretativas que la crítica ha estructurado en torno al discurso orticiano, lo cierto es que el propio Ortiz era consciente de la dimensión literaria de su texto, con una pretensión más modesta y sobre todo en la primera parte, y la atribuye, más que a una voluntad de estilo a una estrategia premeditada, que favorecería su lectura entre un público amplio y no especializado. Como le confiesa al sociólogo estadounidense Leland Jenks, autor del célebre opúsculo *Nuestra colonia de Cuba*: “Por correo le enviaré mi último libro *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*. Como usted verá, aunque tiene una forma literaria en su primera parte, para facilitar su lectura en este país, en el fondo se trata de un trabajo histórico-económico-social de Cuba”.⁴⁶ En esta propia dirección le comenta a otro editor norteamericano, James F. King, director de *The Hispanic American Historical Review*, que el *Contrapunteo*... “ha sido escrito con mucha documentación y con alguna forma literaria para que lo lea el gran público”.⁴⁷

El deseo de Ortiz de que el libro fuera frecuentado por un número extenso de lectores se cumplió cabalmente, su recepción crítica fue notable y se convirtió rápidamente en un éxito de ventas, al punto que le escribe a Malinowski poco tiempo después de su publicación que: “Mi libro el *Contrapunteo* se está vendiendo bien y creo que a fines de año habrá que hacer otra edición”.⁴⁸ En la citada carta a James F. King le dice, en 1945, que “la edición está agotada

⁴⁵ Ídem, pp. 25-26.

⁴⁶ “Carta a Leland Jenks, 16 de abril de 1941”, *Correspondencia de Fernando Ortiz. 1940-1949*, op. cit., p. 29.

⁴⁷ “Carta a James F. King, 26 de octubre de 1945”, *Correspondencia de Fernando Ortiz. 1940-1949*, op. cit., p. 278.

⁴⁸ “Carta a Bronislaw Malinowski, 11 de febrero de 1941”, *Correspondencia de Fernando Ortiz. 1940-1949*, op. cit., p. 10.

en español y se va a editar una traducción en inglés por la Casa Knopf (...) le digo esto para justificar hasta cierto punto que mi libro no es tan malo y que ha tenido éxito”.⁴⁹

En efecto, Ortiz se preocupó por la circulación de su libro fuera de las fronteras cubanas, en especial en el mundo académico anglosajón, y fueron varios los destinatarios de la esfera intelectual estadounidense que recibieron ejemplares del *Contrapunteo...*, entre ellos el editor y profesor Roy Temple House (con la recomendación de que la sección del ensayo utilizable para una traducción al inglés era la primera, es decir, la parte “literaria”) y el editor y traductor Herbert Weinstock, representante de la renombrada editorial neoyorquina Alfred A. Knopf, quienes publicaron el libro en inglés en 1947. La versión inglesa corrió a cargo de la célebre traductora Harriet de Onís, casada con el profesor, crítico literario e hispanista Federico de Onís, quien mereció los elogios del sabio “por lo bien que ha salido del difícil trance de traducir el texto de mi libro”.⁵⁰ Desde noviembre de 1945 Ortiz y la señora de Onís habían sostenido un intercambio epistolar sobre la traducción del libro, en aspectos relacionados con el prólogo de Malinowski (traducido del inglés por el propio Ortiz), la terminología técnica del tabaco y el posible título en inglés de la obra.⁵¹ En misiva del 24 de noviembre de 1945, don Fernando le explica a su traductora varios términos y palabras de la jerga criolla de difícil traslación, como “blanconazo”, “canturría”, “veguerío”, “trozos de cangre”, “tagarnina”, “mejunje” y otros.⁵² Un dato que quizás Ortiz ignoraba, es que por la traducción del *Contrapunteo...* Harriet de Onís apenas cobró 725

⁴⁹ “Carta a James F. King, 26 de octubre de 1945”, *Correspondencia de Fernando Ortiz, 1940-1949*, op. cit., p. 278.

⁵⁰ “Carta a Harriet de Onís, 18 de febrero de 1947”, *Correspondencia de Fernando Ortiz, 1940-1949*, op. cit., p. 370.

⁵¹ “Carta a Harriet de Onís, 12 de noviembre de 1945”, *Correspondencia de Fernando Ortiz, 1940-1949*, op. cit., pp. 285-286.

⁵² “Carta a Harriet de Onís, 24 de noviembre de 1945”, *Correspondencia de Fernando Ortiz, 1940-1949*, op. cit., pp. 291-298.

dólares por traducir unas 105 mil palabras, menos de un centavo por palabra.⁵³

Como todo texto de esa magnitud, el *Contrapunteo...* ha tenido que pasar la prueba del tiempo y verse sometido a sucesivas (re)interpretaciones y diálogos que lo interpelan, lo fertilizan y lo mantienen con una inquietante actualidad. No todos han estado de acuerdo con sus postulados, y en este sentido es conocido que Herkovitz no recibió con agrado el neologismo propuesto por Ortiz y confirmado por Malinowski.⁵⁴

En fechas más recientes también objetaron algunos aspectos de dicha obra los historiadores Manuel Moreno Fraginals y Jorge Ibarra Cuesta. El primero, en su monografía sobre el Ingenio, cuando apuntó: “Muchas de sus afirmaciones son brillantísimas y sugerentes: otras muchas no resisten el menor análisis crítico”.⁵⁵ Luego, en una entrevista concedida al poeta Emilio Bejel, Moreno fue más enjundioso en su examen del estudio orticiano, siempre desde el respeto y la admiración por quien llama “uno de los primeros ensayistas de América”:

Indudablemente, el *Contrapunteo Cubano* y, además, muchos otros trabajos de Don Fernando, son obras de grandes saltos poéticos. Tienen sus ventajas por todo lo que entregan, y forman en conjunto una obra fabulosa. (...) Me acuerdo cuando escribí, precisamente, *Contrapunteo*, que entre nosotros, los jóvenes de entonces, causó verdadera sensación. Aunque no comparto la mayoría de sus puntos de vista, fue como una gran explosión para nosotros. Nos dimos cuenta de que había otra forma de mirar la historia; el *Contrapunteo*

⁵³ Victoria Livingstone, “Harriet de Onís y la traducción de la literatura latinoamericana”, *Ransom Center Magazine*, The University of Texas at Austin, november 20, 2017, disponible en: <https://sites.utexas.edu>.

⁵⁴ “Carta de Melville Herkovitz a Fernando Ortiz, 29 de octubre de 1940”, en: Enrico Mario Santí, *Fernando Ortiz: contrapunteo y transculturación*, op. cit., pp. 262-263 y “Carta de Fernando Ortiz a Bronislaw Malinoswki, 14 de noviembre de 1940”, idem, p. 266.

⁵⁵ Manuel Moreno Fraginals, *El ingenio. Complejo económico-social cubano del azúcar*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1978, t. III, p. 246.

es una visión excepcional de la historia de Cuba. Precisamente por esa extraordinaria visión poética, Don Fernando es entre nosotros, sin duda, la figura intelectual cimera de este siglo. No creo, sin embargo, que el *Contrapunteo* sea su obra fundamental. Estoy seguro de que se podría hacer hoy una recopilación de sus ensayos que constituiría, quizás, una obra de mayor unidad que algunos de los libros que escribió con un punto de vista unitario. Creo que un libro así nos daría una visión de uno de los primeros ensayistas de América, de un hombre que vivió su época, con una intensidad tremenda y que conoció por dentro el desarrollo del capitalismo cubano. A veces se enamoraba demasiado de sus ideas y entonces comenzaba a elaborarlas a partir no del documento, sino de la idea misma. Pero independientemente de las cosas que pudieran señalársele en un análisis crítico, es para mí la figura más seria que ha habido en las ciencias sociales cubanas de este siglo y, además, una de las más serias de América. Como todo aquel que tiene vuelo poético, tenía también sus caídas, pero es evidente que se remontó hasta donde nadie se había remontado en la cultura cubana de este siglo. Las cimas alcanzadas por él están ahí.⁵⁶

El segundo le reprocha no haber considerado la ganadería como otro de los componentes esenciales de la economía insular, sobre todo en los primeros siglos coloniales, y adelanta la conjetura de que su omisión de los hatos y corrales ganaderos estaría dado por el hecho de que Ortiz “no era historiador y porque no dejó de ser nunca un intelectual habanero que pensaba que la historia de Cuba se había escrito, fundamentalmente, en torno a los ingenios y vegas del occidente del país”.⁵⁷

⁵⁶ Emilio Bejel, “Manuel Moreno Friginals”, en su *Escribir en Cuba. Entrevistas con escritores cubanos: 1979-1989*, Río Piedras, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1991, pp. 251-252.

⁵⁷ Pedro Pablo Rodríguez, “Jorge Ibarra: la pasión por la historia”, *Diálogo con los tiempos. Entrevistas a historiadores cubanos*, Santa Clara, Editorial Capiro, 2013, p. 105.

Un razonamiento diferente sostiene Oscar Zanetti, para quien “muchos de los criterios históricos orticianos encuentran cabida en el *Contrapunteo cubano del azúcar y el tabaco* (1940), magistral síntesis donde convergen las diversas líneas de trabajo seguidas por el sabio cubano” y agrega que sus contenidos de índole económica:

En realidad, solo representan el fundamento a partir del cual Ortiz examina la constitución de la sociedad cubana y pondera las implicaciones de su distorsionada estructura productiva, extendiéndose en la consideración de hábitos, creencias y hasta de símbolos, mediante un impresionante despliegue de erudición que entreteje multitud de datos e ideas alrededor de un concepto de “cultura” ya imposible de encuadrar dentro del positivismo.⁵⁸

Al margen de críticas como las realizadas por Herkovitz, Moreno e Ibarra, y otras que deploran cierto maniqueísmo en la oposición entre el tabaco “bienhechor” y el azúcar “maldita”; lo cierto es que el *Contrapunteo...* demuestra su solidez como estudio magistral sobre la identidad, el mestizaje y la hibridez de la cultura cubana, y por extensión, caribeña y latinoamericana, en tanto sigue avivando las más disímiles hipótesis, presunciones y diálogos con otras tradiciones intelectuales.⁵⁹ En palabras del estudioso de la obra orticiano Enrico Mario Santí:

⁵⁸ Oscar Zanetti, *Isla en la historia. La historiografía de Cuba en el siglo XX*, La Habana, Ediciones Unión, 2005, p. 36.

⁵⁹ Un brevísimo repaso de algunas lecturas contemporáneas del texto orticiano nos muestran estudios que relacionan la faena de Ortiz con aspectos tan diversos como las vanguardias narrativas latinoamericanas, las teorías poscoloniales, el concepto de objeto cultural, el espiritismo de Allan Kardec, el ensayo “Caliban” de Roberto Fernández Retamar, la labor del intelectual martiniqueño Édouard Glissant, las epistemologías culturales del Caribe o el pensamiento anticapitalista. Véase un excelente compendio de textos dedicados al ensayo en: Mauricio A. Font and Alfonso W. Quiroz (ed.), *Cuban counterpoints. The legacy of Fernando Ortiz*, Lanham, Maryland, Lexington Books, 2005, que reúne autores tan prestigiosos como Octavio di Leo, Rafael Rojas, Marifeli Pérez-Stable, Jean Stubbs, Fernando Coronil, Roberto González Echevarría y María Teresa Linares.

Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar (...) es uno de los ensayos más innovadores del siglo xx hispánico y una indispensable herramienta para el conocimiento de la historia de América, y de Cuba en especial. Publicada su primera edición en 1940, momento clave de la nación cubana, no tendría entonces el impacto que tiene hoy, a raíz del creciente interés global en el concepto de *transculturación* que Ortiz propone ahí por vez primera; de nuevas teorías sobre la textualidad del trabajo etnográfico, en el que Ortiz es pionero y de la atención que, en general, sigue despertando el complejo tema de la cultura caribeña.⁶⁰

Entre las recepciones más originales y enriquecedoras del *Contrapunteo...*, desde una representación ecuménica y dialógica con otras prácticas epistemológicas, se encuentra la que realizó el narrador cubano Antonio Benítez Rojo, en su influyente libro *La Isla que se repite*, donde sitúa con audacia la obra de Ortiz “junto con Borges, como un precursor de la posmodernidad en Hispanoamérica”.⁶¹ Benítez reitera la idea de que: “Lo que pronto salta a la vista —como se ha reparado tantas veces— es que el texto no busca su legitimación en el discurso de las ciencias sociales, sino en el de la literatura, en el de la ficción; esto es, se propone de entrada como un texto bastardo”, y lo considera: “uno de los libros más consecuentes con las dinámicas de lo caribeño que se han escrito nunca”.⁶² Al mismo tiempo, propone leer el ensayo: “como un texto dialógico y acéntrico en cuyo pluralismo de voces y de ritmos no solo se dejan escuchar las más variadas disciplinas y las ideologías más irreconciliables, sino también enunciados que corresponden a dos formas muy diferentes de conocimiento, de saber”.⁶³

A propósito del concepto más famoso del *Contrapunteo...* el influyente profesor argentino Héctor Pérez-Brignoli afirma en un

⁶⁰ Enrico Mario Santí, *Fernando Ortiz: contrapunteo y transculturación*, op. cit., p. 17.

⁶¹ Antonio Benítez Rojo, “Fernando Ortiz: el Caribe y la posmodernidad”, *La isla que se repite*, Barcelona, Editorial Casiopea, 1998, p. 187.

⁶² Ídem, p. 188.

⁶³ Ídem, p. 189.

artículo sobre las nociones de aculturación, transculturación y mestizaje, que dichas categorías pueden ser leídas como “metáforas y espejos” de la historiografía latinoamericana⁶⁴ y el investigador cubano Jesús Guanche ha cartografiado lo que denomina “Avatares de la transculturación ortiziana”, donde reflexiona: “Sobre el papel desempeñado por la obra del propio Ortiz en la elaboración de una concepción dinámica de los intercambios y transformaciones culturales que en su momento denominó *transculturación* y que ha servido de guía para la orientación teórica de diversas investigaciones sobre la cultura cubana, a la vez que ha influido, directa e indirectamente, en el pensamiento antropológico internacional contemporáneo”.⁶⁵ La misma polisemia y eficacia del término ha sido señalada por la ensayista argentina Liliana Weinberg cuando escribe: “Dados los múltiples ámbitos en que puede aplicarse y recontextualizarse, y hasta en algunos casos resemantizarse, el concepto de *transculturación* (...) no es tan sencillo como algunos piensan; no lo es llegar a un sentido único y último del término, concebido precisamente por su dinámica capacidad de readaptación y resignificación”.⁶⁶ Esta misma autora, en su prolija entrada del vocablo “transculturación” para el *Diccionario de Estudios Culturales Latinoamericanos* explica:

Si bien se le empleó en un principio para interpretar fenómenos propios de la historia y de la cultura cubana, intuyendo tempranamente la complejidad de los mismos, el concepto se hará pronto extensivo y aplicable en general a distintos procesos de encuentros de culturas en condiciones asimétricas, y muy particularmente aquellos detonados por la instauración de una relación colonial en lo que Mary Louise Pratt

⁶⁴ Héctor Pérez-Brignoli, “Aculturación, transculturación y mestizaje: metáforas y espejos en la historiografía latinoamericana”, *Cuadernos de Literatura*, Universidad Javeriana, vol. XXI, no. 41, enero-junio, 2017, pp. 96-113.

⁶⁵ Jesús Guanche, “Avatares de la transculturación ortiziana”, *Temas. Cultura, ideología, sociedad*, Nueva época, La Habana, no. 4, octubre-diciembre de 1995, p. 121.

⁶⁶ Liliana Weinberg, “Ensayo y transculturación”, *Cuadernos americanos*, UNAM, no. 96, vol. 6, noviembre-diciembre de 2002, p. 34.

denomina “zonas de contacto”. Los rasgos asociados con el concepto de transculturación son entonces, entre otros, dinamismo, historicidad, complejidad, creatividad, situacionalidad, diversidad en las formas, niveles, épocas de interrelación siempre heterogénea, asimétrica y de un tipo tal que supone pérdidas y adquisiciones diferenciales a partir de los grupos culturales puestos en contacto, en una tensión que no permite nunca la abolición de la asimetría ni de la diferencia, a la vez que supone siempre una dinámica creativa, resignificadora y refuncionalizadora.⁶⁷

Por último, un intelectual tan respetado en las ciencias sociales contemporáneas, como es el historiador británico Peter Burke, ha releído la obra de Ortiz a la luz de sus propias investigaciones sobre lo que denomina “Hibridismo cultural”. En su muy notable texto dedicado a explorar la gran diversidad de objetos, conceptos, tradiciones, diálogos y recepciones “híbridas” en el devenir humano, Burke cita a don Fernando en cinco ocasiones, la más importante de ellas para dar cuenta de que: “el sociólogo cubano Fernando Ortiz se acercaba más a la idea actual de «reciprocidad» cuando sugería la posibilidad de sustituir la noción de «aculturación unidireccional» por la de «transculturación bilateral»”.⁶⁸

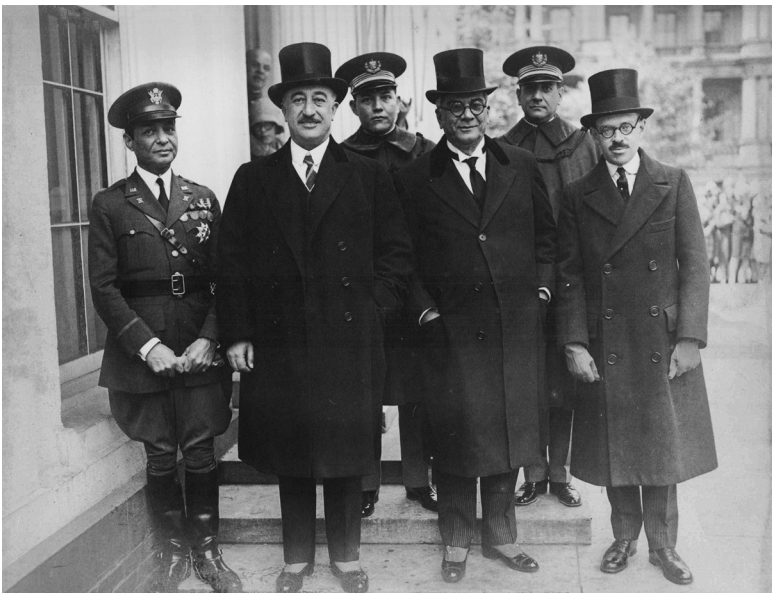
La aventura intelectual que significa, a sus ochenta años, la lectura de un texto canónico como el *Contrapunteo...*, “un juguete que sirve para explicar a nuestra gente varios fenómenos sociales de este país” —como le confiesa en carta a Melville Herkovits—⁶⁹ nos introduce por una puerta exquisita en ese maravilloso universo que es la obra enciclopédica y cubanísima de don Fernando Ortiz.

2020

⁶⁷ Liliana Weinberg, “Transculturación”, *Diccionario de Estudios Culturales Latinoamericanos*, México, Siglo XXI Editores/Instituto Mora, 2009, p. 277.

⁶⁸ Enrico Mario Santí, *Fernando Ortiz: contrapunteo y transculturación*, op. cit., p. 260.

⁶⁹ Peter Burke, *Hibridismo cultural*, 2a edición, Madrid, Ediciones Akal, S.A., 2016, p. 94.



LA POLÉMICA RELACIÓN DE FERNANDO ORTIZ CON ORESTES FERRARA

Para Roberto Vellano y Alessandro Senatore

En el año 1905, el joven abogado habanero Fernando Ortiz Fernández publicó un libro en la ciudad de Marsella, donde se desempeñaba dentro del servicio consular, titulado *Las simpatías de Italia por los mambises cubanos; documentos para la historia de la independencia de Cuba*.¹ Cuatro años más tarde, vio la luz en La Habana otro texto de temática análoga, *Los mambises italianos: apuntes para la historia cubana*, en cuyas páginas iniciales afirmaba: “el sentimiento de simpatía que Italia tuvo por nosotros en la última guerra separatista no fue debido al influjo personal de hombre alguno, no surgió esporádicamente en el suelo itálico, sino que fue expresión sentida del caballeresco liberalismo italiano, una flor más de roja y aureolada corona en los cármenes de la sociedad latina, por cuyo fuego sagrado vela la heredera de Roma, la Italia redimida”.² Posteriormente, Ortiz dedica unas breves páginas a referenciar los italianos que lucharon por la independencia de Cuba, en el volumen titulado *Italia y Cuba*, donde reitera varios de los tópicos tratados en los dos libros anteriores.³

El primero de los textos consagrados a exaltar la solidaridad italiana con las luchas emancipadoras del siglo XIX, estaba precedido por una carta-prólogo del médico Francisco Federico Falco, en ese momento cónsul de Cuba en Génova, y por lo tanto jefe superior de Ortiz en el consulado, donde explicaba que había encargado a su subordinado la recopilación de los documentos del Comité Central Italiano para la Libertad de Cuba, con sede en Roma, del cual Falco había sido secretario.

¹ Fernando Ortiz, *Las simpatías de Italia por los mambises cubanos; documentos para la historia de la independencia de Cuba*, Marsella, 1905. (Publicación Oficial del Departamento de Estado de la República de Cuba).

² Fernando Ortiz, *Los mambises italianos: apuntes para la historia cubana*, Habana, Imprenta Cuba y América, 1909, p. 8. Apareció también en la revista *Cuba y América*, vol. XXIX, no. 2-3, marzo y abril, 1909. 2a edición: Habana, 1917.

³ Fernando Ortiz, *Italia y Cuba*, Habana, 1917; 2a edición: Habana, Editorial Atalaya, 1944.

Falco fue uno de los jóvenes idealistas italianos que habían llegado a la Isla en el año 1896, donde alcanzó los grados de comandante de la sanidad militar y le puso el nombre de Maceo a un hijo suyo. Después de la independencia, Falco publicó varios libros relacionados con la ayuda latina hacia los mambises cubanos.⁴ El resto de los italianos que pelearon en las guerras de Cuba eran Natalio Argenta; el siciliano Achille Avilés; los napolitanos Orestes Ferrara y Guillermo Petriccione; Francisco Lenci, de Lucca; el mantuano Hugo Ricci, el lombardo Alfonso Cancellieri, muerto durante el desembarco de una expedición, y el maquinista naval Francisco Pagliuchi.⁵

La joven república retribuyó a algunos de estos libertadores con cargos en el servicio diplomático en Europa, como ya hemos visto en el caso de Falco, en Génova y Hamburgo; y también de Petriccione, nombrado cónsul cubano en París. El caso más relevante, sin embargo, fue el de Orestes Ferrara, quien llegó a ser en diferentes momentos de su extensa ejecutoria como servidor público, gobernador provisional de Las Villas, catedrático de derecho por oposición de la Universidad de La Habana, presidente de la Cámara de Representantes en varias ocasiones, embajador en Brasil, Japón y Washington, Ministro de Estado, firmante de la Constitución de 1940 y representante permanente de Cuba ante la UNESCO.

No caben dudas que la mayor afinidad de Ortiz fue con Falco y principalmente con Ferrara, aunque de este último se distanciará a raíz de la conspicua colaboración del napolitano con el régimen tiránico del general Gerardo Machado. El abogado habanero publicó en colaboración

⁴ Francisco Federico Falco, *La solidaridad italiana con los revolucionarios de Cuba*, Sancti Spiritus, Quiñones Impresor, 1900; *Ideal cubano*, Nápoles, Librería de Detken and Rochel, 1910 y *La representación de Cuba Libre en Italia durante la última guerra de independencia*, La Habana, Sociedad Editorial Cuba Contemporánea, 1919.

⁵ Hubo otros italianos involucrados en la guerra de 1895, cuyos nombres se desconocen: “un anónimo parmesano, ex artillero del ejército de Italia, fusilado por las tropas españolas en El Cobre en 1895; cierto hijo de Cremona, también de nombre olvidado, muerto en 1896 cerca de Matanzas; otro italiano muerto en Río Hondo en 1897, etc.”. En: Fernando Ortiz, *Los mambises italianos: apuntes para la historia cubana*, p. 43. Una investigación exhaustiva sobre los mambises italianos puede verse en: Enrique Pertierra Serra, *Italianos por la libertad de Cuba*, La Habana, Editorial José Martí, 2000.

con Falco la revista *La cultura latina*, dedicada a asuntos de derecho penal, en cuyos dos únicos números redactó artículos de crítica, notas bibliográficas y traducciones al español. En el caso de Ferrara, este fue profesor de Ortiz en las aulas de la Universidad de La Habana, y en la apuesta fotografía que aparece en el libro dedicado a los mambises italianos, Ortiz no oculta su admiración por quien: “en la paz ha logrado más ruidosos triunfos” y “brilla como experto político”.⁶

Estos mismos adjetivos se reiteran en la nota al pie dedicada al coronel napolitano en el volumen *Italia y Cuba*, con el único añadido siguiente: “En la revista *La Reforma Social*, que él editaba, se han prestado servicios a la cultura cubana”.⁷ Por esta misma época, Ortiz publica el segundo volumen de la serie “Hampa afro cubana”, titulado *Los negros esclavos; estudio sociológico y de derecho público*, y en su dedicatoria leemos lo siguiente: “A Orestes Ferrara, luchador con gallarda genialidad italiana por la libertad y la cultura de Cuba”.⁸

La relación profesional entre Ortiz y Ferrara fue de gran proximidad, a partir de que el primero sustituyó al antiguo mambí en el cargo de Catedrático Auxiliar interino de la Escuela de Derecho Público de la Universidad de La Habana, en octubre de 1908, y luego durante varios cursos de manera ininterrumpida. En realidad, la llegada de Ortiz a ocupar interinamente la cátedra de Ferrara, estuvo motivada a su vez porque el titular de dicha materia, el Dr. Antonio Sánchez de Bustamante, también había solicitado licencia.⁹ Meses antes, en abril de 1908, Ortiz había recibido el grado de Doctor en Derecho Público con el trabajo titulado “Factores políticos del Pueblo Cubano”.¹⁰

⁶ Ídem, p. 57.

⁷ Fernando Ortiz, *Italia y Cuba*, La Habana, Fundación Fernando Ortiz, 2021, p. 138.

⁸ Fernando Ortiz, *Los negros esclavos; estudio sociológico y de derecho público*, Habana, *Revista Bimestre Cubana*, 1916. Esta dedicatoria desapareció en la segunda edición del libro, publicado en La Habana por la Editorial de Ciencias Sociales en 1975, con prólogo del historiador José Luciano Franco.

⁹ “Carta de José Antonio González Lanuza a Leopoldo Berriel, 30 de abril de 1908”, *Expediente de Fernando Ortiz*, Archivo Histórico de la Universidad de La Habana, legajo 359.

¹⁰ Véase: Fernando Ortiz, *El pueblo cubano*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1997.

En la misiva que avala este nombramiento, dirigida al Rector Leopoldo Berriel por el Secretario Interino de Instrucción Pública, Lincoln de Zayas, se lee lo siguiente:

Con esta fecha y debidamente autorizado por el Honorable Sr. Gobernador Provisional nombro al Sr. Fernando Ortiz Catedrático Auxiliar interino de la Escuela de Derecho Público de esa Universidad durante la licencia sin sueldo que actualmente disfruta el catedrático auxiliar Sr. Orestes Ferrara, subsistiendo los efectos de este nombramiento en caso de solicitar y obtener el Sr. Orestes Ferrara prórroga de licencia. Al Sr. Fernando Ortiz debe abonársele por los servicios que preste a razón de \$100 (cien pesos) mensuales con cargo a los haberes que deje de percibir el Sr. Orestes Ferrara.¹¹

Finalmente, con fecha 9 de octubre de 1908, el secretario de la Facultad de Derecho notificó al Secretario General de la Universidad de La Habana que: “tengo el honor de comunicar a Vd. Que el Dr. Fernando Ortiz Fernández ha tomado posesión (...) de la Cátedra de Derecho Político, en la Escuela de Derecho Público, en sustitución del Dr. Orestes Ferrara”.¹² Se cumplía de este modo la profecía que el sabio cubano Carlos de la Torre y Huerta le había hecho a la madre de Ortiz cuando este era muy niño, de que ambos llegarían a ser catedráticos de la Universidad de La Habana.¹³

En la correspondencia sobre este caso de sustitución docente, Ferrara había argumentado ante las autoridades de la Escuela de Derecho,

¹¹ “Carta de Lincoln de Zayas a Leopoldo Berriel, La Habana, 7 de mayo de 1908”, *Expediente de Fernando Ortiz*, ob. cit.

¹² “Carta del Secretario de la Facultad de Derecho al Secretario General de la Universidad, 9 de octubre de 1908”, *Expediente de Fernando Ortiz*, ob. cit. Adicionalmente, Fernando Ortiz recibiría las gratificaciones del 40 y el 20% que tenía asignados el Dr. Bustamante como catedrático “C” de la Escuela de Derecho Público.

¹³ Véase: Fernando Ortiz, “El Dr. De la Torre y la crisis cultural”, *En la tribuna. Discursos cubanos*, recopilación y prólogo de Rubén Martínez Villena, La Habana, Imprenta El Siglo XX, 1923, vol. II, pp. 177-179.

que no podía seguir impartiendo el segundo curso de derecho político por sus responsabilidades como Presidente de la Cámara de Representantes, pero que no deseaba desligarse totalmente de la cátedra a su cargo, por lo que seguiría ofreciendo el primero de dichos cursos.

La permanencia de Ortiz en la docencia universitaria se prorrogó durante varios años, incorporando las asignaturas de Gobierno Municipal e Historia de las Instituciones Locales Cubanas y Derecho Internacional Público y Privado. No obstante, se trató de una condición transitoria y provisional, por lo que no se le consideró catedrático de planta con carácter permanente. Lo anterior no fue obstáculo para que asistiera, a título de representante de la Universidad de La Habana, a varios congresos internacionales celebrados en Bruselas y Washington; ni para que sus servicios fueran solicitados por el Presidente de la República, general José Miguel Gómez y su secretario de gobernación, general Gerardo Machado, comisionándolo oficialmente a que elaborara un documento científico, encaminado a la identificación de delincuentes recalcitrantes.¹⁴ Asimismo pronunció el discurso inaugural de la Facultad de Derecho en el curso de 1911, titulado “La filosofía penal de los espiritistas”,¹⁵ y se desempeñó de manera temporal como secretario de la misma facultad, de agosto de 1915 a enero de 1916.

En cierta ocasión, en marzo de 1913, al presentar Ortiz una solicitud de licencia por enfermedad, sin haber mostrado el certificado médico acreditativo, la misma le fue consultada por el Decano al Rector, pues el primero entendió que “siendo un auxiliar interino, nombrado por necesidad de la enseñanza, no puedo otorgarle licencia;

¹⁴ Aquí está el origen de su libro *La identificación dactiloscópica. Informe de policología y de derecho público, seguido de las instrucciones técnicas para la práctica de la identificación y del decreto orgánico No. 1173 de 1911*, La Habana, Imp. La Universal, 1913; 2a ed., Madrid, D. Jorro, 1916.

¹⁵ Este texto tuvo una considerable fortuna editorial, apareció en varios números de la *Revista Bimestre Cubana*, entre 1914 y 1915; y fue publicado como libro con el título de *La filosofía penal de los espiritistas; estudio de filosofía jurídica*, Habana, Imprenta La Universal, 1915. Reeditado en: Madrid, Ed. Reus, 1924; Buenos Aires, Editorial Víctor Hugo, 1950 y traducido al portugués en Sao Paulo, Lake, 1951.

pero la conformidad del Dr. Ferrara con su ausencia, con dar durante ella el curso de Derecho Político encargado al Dr. Ortiz, a mi modo de ver quita a dicha ausencia todo inconveniente”.¹⁶ Lo anterior sin embargo no evitaba que: “Una vez que el Dr. Ortiz regrese, el Dr. Ferrara no continuará a cargo del curso de Derecho Político que dejó y que el Dr. Ortiz desempeña” y también era explícito en consignar que “el Dr. Ortiz, durante su ausencia, no tiene derecho a sueldo ni emolumento alguno”.¹⁷

En marzo de 1913, Ferrara manifestó su reiterada imposibilidad de continuar impartiendo los cursos a su cargo, y fue designado otra vez Ortiz para sustituirlo. En junio de ese mismo año, González Lanuza le escribe a Rector informando que:

Encargado el Dr. Orestes Ferrara, como Auxiliar de la Facultad del desempeño de las asignaturas de Economía Política y Hacienda Pública de que es titular el Dr. Cancio, que se encuentra en situación de licencia y renunciado por el Dr. Ferrara el desempeño de la asignatura de Derecho Político 1 Curso que tenía a su cargo para encargarse de la Economía Política y la Hacienda Pública; la Facultad acordó en sesión celebrada el 29 del pasado mes de mayo, darse por enterada de lo anterior, encomendándose al Auxiliar Interino Dr. Fernando Ortiz la explicación del 1 Curso de Derecho Político; con lo cual queda este profesor interino hecho cargo de ambos cursos de Derecho Político, dado que ya venía encargado del segundo curso.¹⁸

Además de sustituir a Ferrara en varias ocasiones, como hemos visto, Ortiz también reemplazó a otros profesores como el Dr. Enrique Hernández Cartaya en las asignaturas de Derecho Administrativo (2 cursos) y el Dr. Leopoldo Cancio en Hacienda Pública, en este último

¹⁶ “Carta de José Antonio González Lanuza a Leopoldo Berriel, La Habana, 1 de marzo de 1913”, *Expediente de Fernando Ortiz*, ob. cit.

¹⁷ Ídem.

¹⁸ “Carta de José Antonio González Lanuza a Leopoldo Berriel, La Habana, 2 de junio de 1913”, *Expediente de Fernando Ortiz*, ob. cit.

caso “por no haberse hecho cargo de la misma el Dr. Ferrara, Auxiliar Propietario, a quien correspondía sustituir al Dr. Cancio, nombrado Secretario de Hacienda”.¹⁹ Todo ello le representó un notable beneficio económico, toda vez que cobraba 1200 pesos anuales como Profesor Auxiliar Interino y diversas gratificaciones por el resto de la asignaturas que impartía: 960 por el primer curso de Derecho Político, 480 por el segundo curso de Derecho Político y 960 por el curso de Hacienda Pública. La colaboración de Fernando Ortiz con la Universidad de La Habana cesó en diciembre de 1916, cuando tomó posesión de un escaño en la Cámara de Representantes, pues eran incompatibles el desempeño de dos cargos públicos.²⁰

La relación de Ortiz con Ferrara fue muy cercana en el ámbito de la colaboración intelectual, y el italiano solía pedir prestados libros al joven científico social, como se demuestra en la nota manuscrita en que le dice: “Querido Ortiz si tienes el primer tomo de Grandeza y Decadencia de Roma de Ferrero y la Historia de Roma de Mommsen, te ruego me los mande, pues yo no encuentro los míos”.²¹ También existe evidencia de que ambos intercambiaron criterios sobre cuestiones parlamentarias. De este último cariz es la misiva de enero de 1918, donde Ferrara comenta algunos aspectos de un texto legislativo que supone de la autoría de Don Fernando. Sobre dicho documento opina: “He leído el programa parlamentario que supongo tuyo. Muy bueno. Pero... temo que no corra. Veremos. Yo hubiera añadido vigorosamente la participación bélica de Cuba en la guerra europea mediante un ejército de voluntarios. En realidad yo no me

¹⁹ “Carta del Secretario de la Facultad de Derecho al Secretario General de la Universidad, 15 de enero de 1915”, *Expediente de Fernando Ortiz*, ob. cit. Como dato curioso, fue durante su gestión como Secretario de Hacienda del presidente Menocal, que se aprobó el uso del peso cubano como moneda oficial en el país, y sostuvo Cancio una enconada polémica con González Lanuza en torno a la prohibición, a partir de diciembre de 1915, de la circulación de las monedas de oro españolas y francesas.

²⁰ “Carta de Fernando Ortiz a Gabriel Casuso y Roque, La Habana, 8 de diciembre de 1916”, *Expediente de Fernando Ortiz*, ob. cit.

²¹ Nota manuscrita de Orestes Ferrara a Fernando Ortiz, 15 de febrero de 1912. Cortesía de Trinidad Pérez Valdés. Los libros que menciona Ferrara son: Guglielmo Ferrero, *Grandeza y decadencia de Roma*, en tres tomos [1908] y Theodor Mommsen, *Historia de Roma* en cinco volúmenes [1854-56]

explico la guerra sin enviar un ejército a pelear”.²² En esa propia epístola le pide colaboración a Ortiz y a su suegro Raimundo Cabrera para su revista *La Reforma Social*: “Sigo en la «Reforma» como tú ves, pero necesito ayuda. Mándeme un artículo y pídale al viejo Cabrera otro. Él estaba haciendo algo sobre los grandes hombres del pasado; que siga recordando así tiempos menos ingratos para los hombres que aman la libertad. Recuerdos a todos. A ti un abrazo”.²³

Esa relación continuó invariable, como lo demuestra la carta enviada a Manuel Serafín Pichardo, el 26 de octubre de 1925, a propósito de la creación de la Academia Cubana de la Lengua, en la que Ortiz recomienda el nombre de Orestes Ferrara como uno de los posibles candidatos suplentes a la citada corporación, junto a otros nombres ilustres como Max Henríquez Ureña, Carlos Manuel Trelles y Govín, José Augusto Escoto, Félix Lizaso, Ramiro Guerra, Emilio Roig de Leuchsenring, Fernando Llés y Juan Marinello.²⁴

Exactamente un año más tarde, el 26 de octubre de 1926, Ortiz da cuenta al Dr. José Luis Gómez Garriga, consejero de la Legación de Cuba en Río de Janeiro, de un contratiempo relacionado con su potencial nombramiento como embajador en Brasil del gobierno de Gerardo Machado, cargo que fue finalmente entregado a Ferrara:

Quizás ya sepas que estuve a punto de ir de Embajador a Río de Janeiro. Me llamaron de la Secretaría de Estado hace un par de semanas para ofrecerme a nombre del Presidente ese cargo de Embajador Extraordinario en Río de Janeiro. Pero me

²² Pudiera tratarse, dado el aspecto militar citado por Ferrara, del *Discurso sobre el proyecto de ley acerca del Servicio Militar: sus aspectos políticos y diplomático, pronunciado en la sesión celebrada el 11 de julio de 1918, en la Cámara de Representantes*, La Habana, Imp. de Ruiz, 1918.

²³ “Carta de Orestes Ferrara a Fernando Ortiz, Nueva York, 24 de enero de 1918”. La revista *La Reforma Social* tuvo dos épocas, una habanera de 1914 a 1916 y otra con sede en Nueva York de 1917 a 1926. Su espectro temático era bastante amplio, pues cubría cuestiones sociales, económicas, políticas, parlamentarias, estadísticas y de higiene pública. Tuvo entre sus colaboradores a Fernando Ortiz, Manuel Márquez Sterling, José Antonio González Lanuza, Raimundo Cabrera, Antonio L. Valverde, Adrián del Valle, Israel Castellanos, Carlos de Velasco y Alfredo Zayas.

²⁴ *Correspondencia de Fernando Ortiz, 1920-1929. Bregar por Cuba*, vol. I, compilación y notas de Trinidad Pérez Valdés, La Habana, Fundación Fernando Ortiz, 2013, nota 7, p. 62.

manifestaron que solo había \$5 000 disponibles para enviar un embajador, un secretario (Lamar), y un ayudante (Morales Coello), además de los gastos de representación. Como comprenderás, me fue imposible aceptar el ofrecimiento en esa forma, pues significaba prácticamente tener que pagar yo de mi bolsillo el viaje y gastos. Se lo ofrecieron a Ferrara y él aceptó.²⁵

En 1928, Ferrara le escribe a Ortiz de que ha recibido una solicitud en la embajada de Cuba en Washington, del secretario de *The Committee on Criminal Courts of the Charity Organization Society* de Nueva York, de su Proyecto de Código Penal en inglés, y le pregunta si ha sido traducido a ese idioma. La firma dice “queda su afectísimo amigo y seguro servidor”²⁶ La respuesta de Ortiz a esta misiva explicaba que solo existían ediciones en español y francés, y le envía al embajador un ejemplar en idioma galo. En su despedida escribe: “quiero aprovechar esta oportunidad para enviarle un cordial saludo de su afmo.”²⁷

Hasta aquí, la admiración intelectual y la comunión de ideas políticas dentro del espectro liberal, entre los dos catedráticos de la universidad habanera, fue muy notable. Sin embargo, esa simpatía se vio seriamente quebrantada en años posteriores, al punto de hacer afirmar a Trinidad Pérez Valdés, erudita compiladora de la correspondencia ortiziana, que: “un personaje como Orestes Ferrara lo acosó implacablemente durante años, convencido como estaba por su oportunista inteligencia, estamos seguros, que era Ortiz una figura de particularísima importancia para el proceso histórico de Cuba”.²⁸ También la investigadora sostiene que Ferrara fue responsable, por orden de Machado, de decretar el “embargo de parte de su mobiliario y de la vasta y valiosa biblioteca de su residencia de L y 27”.²⁹

²⁵ “Carta de Fernando Ortiz a José Luis Gómez Garriga, La Habana, 26 de octubre de 1926”, *Correspondencia de Fernando Ortiz, 1920-1929. Bregar por Cuba*, p. 98.

²⁶ “Carta de Orestes Ferrara a Fernando Ortiz, Washington, 13 de junio de 1928”. Cortesía de Trinidad Pérez Valdés.

²⁷ “Carta de Fernando Ortiz a Orestes Ferrara, la Habana, 18 de junio de 1928”. Cortesía de Trinidad Pérez Valdés.

²⁸ “Nota introductoria”, en: *Correspondencia de Fernando Ortiz, 1920-1929. Bregar por Cuba*, p. XVII.

²⁹ “Nota introductoria”, en: *Correspondencia de Fernando Ortiz, 1930-1939. Salir al limpio*, compilación y notas de Trinidad Pérez Valdés, La Habana, Fundación Fernando Ortiz, 2014, vol. II, p. V.

¿Qué evidencias tenemos de este “acoso implacable” al que se refiere Pérez Valdés? Algunas pistas pueden rastrearse en la correspondencia del sabio, donde la figura de Ferrara adquiere otros matices, alejados ya de la devoción de sus años de juventud. Todavía en diciembre de 1930, cuando el régimen de Machado había adoptado un cariz abiertamente dictatorial, Ortiz se refiere a Juan Gualberto Gómez y a Orestes Ferrara como “muy amigos míos”, en una misiva donde refrenda su renuncia como miembro de la Academia de la Historia de Cuba.³⁰ Sobre la amistad entre ambos, Trinidad Valdés refiere lo siguiente:

Ortiz y Ferrara realmente nunca fueron amigos. El italiano había sido profesor del cubano en la Universidad de La Habana y, por lo tanto, Ortiz le debía cierto respeto, ya que fue uno de los profesores que siempre lo distinguió por su inteligencia y erudición. Ferrara se transformó en el más agresivo y acérrimo enemigo de Ortiz durante la dictadura de Gerardo Machado. Lo persiguió y atacó sistemáticamente, tal vez consciente del papel que podía jugar el autor de las *Bases para una efectiva solución cubana*, en el curso político de la historia de Cuba.³¹

Sin embargo, no se trató solamente de una relación entre un profesor y su discípulo, pues como hemos visto antes, Ortiz sustituyó a Ferrara en numerosas ocasiones en su cátedra universitaria, con la aprobación del napolitano y en ocasiones con su apoyo directo. Quizás el momento de ruptura definitiva entre ambos ocurrió en diciembre de 1931, en un momento de activa oposición de don Fernando a la tiranía machadista. En esa fecha Ortiz le escribe al director del diario *Información*, desmintiendo unas supuestas entrevistas en Washington con el embajador del régimen: “Una de tales noticias es la de que, con motivo de «eso» que llaman la

³⁰ “Carta de Fernando Ortiz al Secretario de la Academia de la Historia de Cuba [René Lufriú], La Habana, 6 de diciembre de 1930”, *Correspondencia de Fernando Ortiz*, 1930-1939. Salir al limpio, p. 61.

³¹ Ídem, nota 6, p. 63.

cordialidad, yo «he debido tener en Washington algunas conversaciones con mi viejo amigo el doctor Orestes Ferrara, hoy representante diplomático del gobierno de Machado en los Estados Unidos». La noticia, aunque pudo ser verosímil, es incierta. Desde que resido en este país no he hablado ni una sola vez con dicho señor embajador”.³²

En esta propia correspondencia, Ortiz revela una injuria contra su persona de quien ahora llama “dicho señor diplomático y entusiasta defensor en Washington del régimen machadista”. El agravio en cuestión era la especie urdida por Ferrara, de que el atentado sufrido por el malacólogo Carlos de la Torre en La Habana había sido una simulación, sugerida a este por Don Fernando. El sabio se defiende de esta falsa acusación en la propia lengua del impostor: “Esa hipótesis de tal farsa ridícula, digna de Arlequín o de cualquier otro abufonado personaje de la Comedia dell’ Arte, no necesita rectificación formal alguna. *Non e vera ne ben trovata*”.³³

Otro infundio del napolitano, denunciado por Ortiz en esta carta, era la imputación de que el autor de *Los negros esclavos* era “decidido partidario, quizá el único en Cuba, de la anexión de su país a los Estados Unidos”. En este punto tan sensible para el orgullo patriótico, la respuesta de don Fernando fue categórica y transparente. Y de paso le recuerda a su antagonista su notoria inconsecuencia política, en tanto favorecedor del intervencionismo de los Estados Unidos en los asuntos de Cuba:

Esta afirmación es absolutamente falsa, y solo prueba la desconsiderada ligereza con que el doctor Ferrara viene tratando así las cosas de mi país como aquellos a quienes él llama sus “muy amigos”. Yo no soy anexionista, por la sencilla razón de no creer que la anexión convenga a mi patria. Ni siquiera soy intervencionista, y, menos aún, partidario de la

³² “Carta de Fernando Ortiz al Director de *Información*, Washington, 21 de diciembre de 1931”, *Correspondencia de Fernando Ortiz, 1930-1939. Salir al limpio*, p. 79.

³³ *Ibidem*.

intervención en el sentido coercitivo, de la cual tan decidido defensor, quizás el único en Cuba, se ha mostrado el embajador Ferrara desde las sesiones de la de Sexta Conferencia Panamericana tenida en La Habana.³⁴

En su argumentación contra Ferrara, Ortiz expresó un ideario nacionalista y anti injerencista, que denuncia con claridad que las causas primeras de los males de Cuba estaban en el reiterado intervencionismo norteamericano en los asuntos internos del país, en sus tentativas explícitas de manejar los hilos de la política doméstica y en la dominación económica que ejercían sobre las principales fuentes de riqueza nacional. Quizás con cierto sano idealismo, el sabio se declaraba partidario de un entendimiento cordial entre ambos pueblos y gobiernos, pero en términos de respeto e igualdad mutua, sin asomo de “intervención extraña en Cuba: ni soldados, ni diplomacia, ni negociantes, ni aventureros venidos de otras tierras, deben gobernar ni estrujar a Cuba, ni por sí ni por sus pagados cómplices, conciudadanos nuestros”.³⁵

Esa prédica conciliadora, dice Ortiz, era la causa de que algunos personajes malévolos lo acusaran de “intervencionista”, entre ellos Ferrara, como ya hemos visto, para quien reserva este juicio lapidario:

Una vez ha sido algún menudo politicastro del patio criollo; en otra ocasión, algún extranjero de esos que, entrometidos en mi patria nativa, llegan en su infatuación a querer dar a los hijos de Cuba lecciones de patriotismo cubano. Jamás he contestado esas huecas imputaciones. Pero ahora el tono ha subido: me ha dicho nada menos que anexionista todo un señor embajador de Cuba en los Estados Unidos, quien, además, y esto es para mí mucho más serio, se afirma “muy amigo mío”. Y solo por esto último quiero negar hoy en público esa inexacta imputación.³⁶

³⁴ Ídem, p. 80.

³⁵ Íbidem.

³⁶ Ídem, p. 81.

En un orden más práctico Ferrara, en su condición de Secretario de Estado, emitió una orden confidencial de fecha 28 de junio de 1932, dirigida a todos los funcionarios diplomáticos y consulares del Estado, mediante la cual “cumpliendo instrucciones expresas del Sr. Presidente de la República”, se anulaban los pasaportes diplomáticos o especiales expedidos con un año de anterioridad a esta disposición, de un grupo de más de cincuenta personalidades del mundo intelectual y político opositor a Machado; y se orientaba que sus pasaportes corrientes solo serían visados previa consulta con la cancillería. La lista anexa estaba encabezada por Fernando Ortiz, al que seguían entre otros Miguel Mariano Gómez, Sergio Carbó, Carlos de la Torre, Ramón Grau San Martín, Domingo Méndez Capote, Calixta Guiteras, Alberto Ruz Lhuillier, José Chelala Aguilera y “un tal Feijóo de Santa Clara”.³⁷ De igual modo Trinidad Valdés relata que Ferrara: “En la última de sus conferencias de prensa, ofrecida en el Palacio Presidencial se refirió despectivamente a Ortiz y a Alfonso Hernández Catá cuando ya resultaba innecesario”.³⁸

No fue Ortiz el único de los intelectuales cubanos que censuró con severidad el talante machadista de Ferrara. También lo hizo, con inusual crudeza, un contemporáneo del sabio, el novelista y dramaturgo José Antonio Ramos, quien había sentido gran admiración por el napolitano, como es notorio en la elogiosa reseña que hizo de su libro *Maquiavelo*, a cuyo autor consideraba “un gran político de nuestros días” y “nuestro brillante repúblico”.³⁹ Lo anterior fue escrito en 1929, pero tres años después, la opinión de Ramos sobre Ferrara es virulenta, cuando le escribe una carta de renuncia a su cargo diplomático: “Mientras rija en nuestra Patria el gobierno de que Vd., abjurando de sus ideales de la edad viril, y envileciendo su talento, forma parte, porque no es V. un analfabeto paranoico, ni es epiléptico, ni morfinómano, ni imbécil, ni cobarde, como el resto de

³⁷ República de Cuba. Secretaría de Estado. Ciudadanía y Migración. Circular confidencial, Habana, 28 de junio de 1932. Debajo aparece la firma de Orestes Ferrara.

³⁸ *Correspondencia de Fernando Ortiz, 1930-1939. Salir al limpio*, nota 10, p. 84.

³⁹ José Antonio Ramos, “Maquiavelo”, *Social*, La Habana, marzo, 1929, p. 37.

la pandilla irresponsable que Wall Street mantiene hoy sobre Cuba ensangrentada y rebelde, con la estúpida esperanza de cobrar sus millones mal prestados”, y añade con visible contrariedad: “¡y tenía una altísima estima de su talento de V.! Su cooperación servil a este régimen de terror no solo me desconcierta, sino que me entristece”.⁴⁰

Como parte de la batalla epistolar desplegada por Ortiz en su exilio estadounidense contra Machado, descalifica afirmaciones hechas por Ferrara, que llama “patrañas del italiano”, las que se refieren a sus cabildeos políticos para evitar el colapso de la dictadura; se defiende nuevamente de la acusación de anexionista que le endilgara Ferrara y en otras ocasiones lo califica irónicamente como “edecán” de Machado.⁴¹ En misiva al historiador estadounidense Carleton Beals, autor del libro de denuncia *The Crime of Cuba* (1933), Ortiz reflexiona:

Estoy ansioso esperando su folleto sobre Cuba (...). Este folleto, así como el libro más extenso, sobre el mismo objeto, que me anuncia para junio (...) serán, sin duda, nuevos e importantes servicios que usted prestará a Cuba, a su juventud, a todos aquellos, viejos y jóvenes, mujeres y hombres, intelectuales y humildes analfabetos, que venimos luchando por una renovación civilizadora contra la vieja politiquería parasitaria de los Machado, Ferrara, Zayas, Menocal... *et alia*.⁴²

A Carlos de la Torre le escribe en abril de 1933, contándole los tropezos diplomáticos de Ferrara para conducir una salida negociada bajo tutela norteamericana a la crisis cubana: “A Ferrara, como en parte le han publicado ya, le han parado los pies, impidiéndole a él

⁴⁰ “Carta de José Antonio Ramos a Orestes Ferrara, La Habana, 15 de julio de 1932”, en: *José Antonio Ramos. Cartas y escritos sueltos de un intelectual cubano*, La Habana, Instituto de Literatura y Lingüística, 2018, tomo II, pp. 221-222.

⁴¹ “Carta de Fernando Ortiz a Ventura F. Dellundé, 9 de marzo de 1933”, *Correspondencia de Fernando Ortiz, 1930-1939. Salir al limpio*, p. 148.

⁴² “Carta de Fernando Ortiz a Carleton Beals, Washington, 18 de marzo de 1933”, *Correspondencia de Fernando Ortiz, 1930-1939. Salir al limpio*, p. 159.

que la batalla diplomática se diera en este país en vez de darse allá. Era tonto pensar que la «iniciativa» estratégica pasara a manos de Ferrara».⁴³

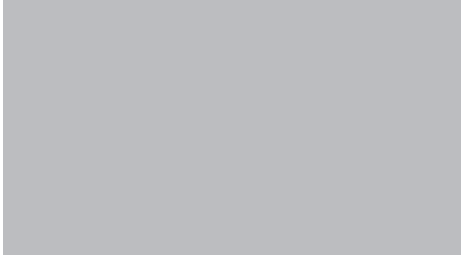
A partir de la caída de Machado, en agosto de 1933, y de la rocambolesca huida de Ferrara en los últimos momentos del régimen, perseguido de cerca por los revolucionarios, el nombre del antiguo mambí italiano desaparece de la correspondencia de Ortiz, a pesar de que todavía el *condottiero* napolitano tendrá protagonismo en la historia de Cuba, durante la convención constituyente de 1940 y en los momentos de la mediación de la Sociedad de Amigos de la República con el dictador Batista a inicios de 1955.⁴⁴ Ferrara, por su parte, fue menos generoso con su antiguo alumno, amigo y colega de los años universitarios. En sus voluminosas *Memorias*, publicadas póstumamente en Madrid en 1975,⁴⁵ el nombre de don Fernando Ortiz no aparece citado ni una sola vez.

2023

⁴³ “Carta de Fernando Ortiz a Carlos de la Torre, Washington, 25 de abril de 1933”, *Correspondencia de Fernando Ortiz, 1930-1939. Salir al limpio*, p. 192.

⁴⁴ Sobre la participación de Ferrara en estos hechos, véase: “La última visita de Orestes Ferrara a Cuba en 1955: ecos de una polémica” en: Félix Julio Alfonso López, *Los placeres de la historia*, La Habana, Ediciones Unión, 2010, pp. 135-151.

⁴⁵ Orestes Ferrara, *Una mirada sobre tres siglos. Memorias*, prólogo de Carlos Márquez Sterling, Madrid, Editorial Playor S. A., 1975.



Para Alberto y Jorge Santamarina Guerra

Numerosos y complicados como son los problemas con que se enfrenta el historiador social, el más serio, acaso, es el de convenir hasta qué punto resulta posible el imaginarse y representarse la vida de la comunidad y de los individuos tal como fue en cada periodo del pasado. (...) El incentivo de la historia social, como el de toda verdadera labor histórica, es cosa esencialmente de la imaginación. La mente creadora del historiador, estimulada con tal incentivo, revive a los antepasados tales como fueron en el diario ir y venir de su trabajo, y de sus horas de descanso y solaz.

RAMIRO GUERRA

En 1949, en su *Esquema histórico de las letras en Cuba*, el ensayista José Antonio Fernández de Castro se refería a Ramiro Julio Guerra y Sánchez (1880-1970) como “el mejor historiador cubano de nuestros días”.¹ No era el único que pensaba de esta manera, pues el intelectual comunista Carlos Rafael Rodríguez ya había expresado un parecer similar en su opúsculo de 1944 “El marxismo en la historia de Cuba”, donde afirmó: “hay que decir de él que es sin disputa nuestro más alto historiador del periodo republicano” y pondera los aportes de Guerra a una comprensión cabal del devenir cubano, a partir de la incorporación del análisis económico en su discurso historiográfico.² Como complemento a su valoración de la obra de

¹ José Antonio Fernández de Castro, *Esquema histórico de las letras en Cuba (1548-1902)*, La Habana, Publicaciones del Departamento de Intercambio Cultural de la Universidad de La Habana, [1949], p. 113.

² “Ramiro Guerra, por su parte, liberal también, ha ido más allá que el resto de sus colegas. Guerra ha sido el primero de nuestros historiadores de fama —y hay que decir de él que es sin disputa nuestro más alto historiador del periodo republicano— que se ha atrevido a incorporar a sus estudios, una interpretación «económica». Ese modo de abordar la historia cubana tomando en cuenta los hechos económicos, resalta, sobre todo, en su último libro, el ya citado

Guerra, Carlos Rafael Rodríguez formuló este paradójico elogio: “Puede afirmarse que sin atender a Ramiro Guerra, la nueva Historia de Cuba no podrá escribirse; pero que no será Ramiro Guerra quien escribirá en definitiva la nueva Historia de Cuba”.³ Años más tarde, Medardo Vitier lo define de una vez como “este hombre admirable, uno de los más valiosos en los primeros cincuenta años de República”.⁴

Pero nadie mejor que Raúl Roa se declaró partidario entusiasta de la obra de Ramiro Guerra, cuando escribe: “Mis primeras meditaciones sobre los problemas económicos y sociales de Cuba se nutrieron a la sombra de los libros, folletos y ensayos de Ramiro Guerra. Viva conservo aún, como una quemadura, la profunda impresión que me produjo la lectura de su obra *Azúcar y población en Las Antillas*. En un artículo juvenil, henchido de petulante suficiencia, dejé polémica constancia de esa impresión”.⁵ Sobre *Azúcar y población...*, discurre años más tarde que “es un uno de los pocos libros que han impulsado efectivamente el ritmo de desarrollo de la contienda (...) por la liberación nacional y social de nuestro país”.⁶ En el caso del *Manual de historia de Cuba*, Roa lo declara “una contribución capital a la bibliografía histórica hispanoamericana”⁷ y refiriéndose a *Guerra de los Diez Años* opina que lo consagra “definitivamente como uno de los grandes historiadores

Manual. Con esto, se añade a la más profunda y metódica investigación realizada en esta primera parte de nuestro siglo, Guerra ha contribuido a esclarecer numerosas vertientes de la historia cubana. Pero guiado por consideraciones del método positivista, en Guerra lo económico viene a convertirse en uno de los factores del proceso histórico, aunque sin dudar lo estime factor de primera importancia”. Carlos Rafael Rodríguez, “El marxismo y la historia de Cuba”, *Cuadernos de historia de Cuba*, La Habana, Editorial Páginas, 1944. Reproducido en: *Letra con filo*, La Habana, Ediciones Unión, 1987, tomo 3, p. 28.

³ Ídem, p. 29.

⁴ Medardo Vitier, “Ramiro Guerra evoca”, *Valoraciones (I)*, Universidad Central de Las Villas, Departamento de Relaciones Culturales, 1960, p. 436.

⁵ Raúl Roa “Guerra de los Diez Años”, *Trimestre*, vol. IV, julio-agosto-septiembre, 1950. Reproducido en: *Viento sur*, La Habana, Editorial y Librería Selecta, 1953, p. 199. El artículo a que se refiere Roa es: “El libro de hoy. *Azúcar y población en las Antillas*, de Ramiro Guerra”, en *Diario de la Marina*, La Habana, 18 de diciembre de 1927.

⁶ Raúl Roa, “Guerra de los Diez Años”, op. cit., p. 199.

⁷ Ídem, p. 200.

cubanos de todos los tiempos. Es la obra de un maestro genuino del género”. A propósito de este último libro señala Roa:⁸

Su firme orientación sociológica, su afilado entendimiento y su vasta cultura le han permitido abarcar el proceso revolucionario en perspectiva y ofrecer un cuadro completo de los ideales, las fuerzas, las condiciones, los intereses, las relaciones y los valores operantes. Ramiro Guerra se aparta, por igual, del providencialismo estéril y del relato meramente factual. Su manera de historiar —hechos, circunstancias, hombres e ideas en vital correlación— es de la más alta alcurnia científica. Ser fiel a la verdad es su máxima preocupación. Y esa verdad suya está expuesta con una fluidez, una claridad y una amenidad solo propias de los que saben enseñar deleitando. No podía ser de otra suerte en quien es, al par que historiador, maestro de vocación acendrada y periodista de fuste.⁹

En términos semejantes a los expresados por Roa se refirió el político de origen italiano Orestes Ferrara, en carta a Ramiro Guerra de 7 de diciembre de 1950, al recibir en París el primer tomo de *Guerra de los Diez Años*, en que le dice:

Su obra es perfecta. Es la mejor que tenemos sobre nuestro pasado revolucionario. Es un examen acertado de la época (...) su método histórico es de un clasicismo absoluto. Explicaciones sociológicas y hechos. Verdades de conjunto y anécdotas. Imparcialidad, ambiente, vigor de frases y sencillez de formas. El que lea su obra conoce la época que usted trata; no solo en cuanto a los acontecimientos, sino por su psicología, su inevitable dinamismo, sus pasiones, el genio confuso de las razas, la cultura, la economía colonial, o sea, todo lo que fue imaginación, sabiduría, vida diaria de la Cuba de entonces. Ningún historiador puede aspirar a más.¹⁰

⁸ *Ibidem*.

⁹ *Ídem*, p. 201.

¹⁰ Ramiro Guerra, “Juicios emitidos por autoridades en la materia sobre su persona o las obras que haya publicado”, documento mecanografiado, p. 2. Cortesía de Alberto Santamarina Guerra.

Al cumplirse el centenario de su nacimiento, el pedagogo Ernesto García Alzola lo comparó a don José de la Luz y Caballero, y aquilata su trayectoria pedagógica cuando dice: “Sin temor a la hipérbole, se puede afirmar que Ramiro Guerra ha sido, por el conjunto de sus trabajos educativos, el crítico más sobresaliente de nuestra educación”.¹¹

Estas afirmaciones, que pudieran parecer absolutas en un panorama que contaba con nombres del calibre de Fernando Ortiz, Emilio Roig de Leuchsenring, Herminio Portell Vilá, Emeterio Santovenia o Elías Entralgo, debemos leerlas como enaltecimientos sinceros que hacían justicia a la ingente obra pedagógica, investigativa, periodística y de divulgación del veterano historiador. Como colofón a sus muchos aportes a la historiografía cubana, en 1949 se produjo su ingreso a la Academia de la Historia de Cuba, quizás de manera tardía, donde disertó sobre el tema: “La Guerra de los Diez Años. Su sentido profundo en la Historia de Cuba. 1868-1878”. Dicho discurso, desde luego, era apenas un fragmento de esa obra mayor que es *Guerra de los Diez Años*, publicada poco tiempo después.¹²

La producción intelectual de Ramiro Guerra abarcó en lo fundamental dos grandes asuntos: los textos de contenido pedagógico y análisis crítico de la educación cubana y el ensayo historiográfico.

¹¹ Ernesto García Alzola, “Ramiro Guerra como crítico de la educación cubana”, *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, La Habana, vol. XXII, no. 1, enero-abril, 1980, pp. 93-94.

¹² Sobre este libro escribieron elogiosas reseñas numerosos autores: Medardo Vitier en el *Diario de la Marina*; Raúl Roa en *El Mundo*; Emeterio Santovenia en *Información*; Emilio Roig de Leuchsenring en *Carteles*; Raúl Cepero Bonilla en *Prensa Libre* y Loló de la Torriente en *Alerta*. Todos esos artículos aparecen reproducidos en la revista *Trimestre*, no. 3, julio-agosto-septiembre, vol. IV, 1950. Con posterioridad, se le ha señalado a esta obra haber trabajado casi exclusivamente con documentación testimonial publicada y “que apenas ha tocado la prolija documentación de los años de 1860 a 1880 que se encuentra en el Archivo Nacional”, lo que hubiera variado considerablemente muchas de sus conclusiones. Este reparo lo hizo Jorge Ibarra Cuesta, quien sin embargo no duda en reconocer que: “aparte de su contribución enorme a los estudios históricos, en la medida que reconstruyó pasajes enteros del devenir histórico nacional, ningún historiador cubano ha tenido la ponderación y el tino de sus juicios”. Véase: Pedro Pablo Rodríguez, “Jorge Ibarra: la pasión por la historia”, *Diálogo con los tiempos. Entrevistas a historiadores cubanos*, Santa Clara, Editorial Capiro, 2013, p. 105.

En el primer caso sobresalen sus trabajos sobre educadores cubanos (Varela, Saco, Luz y Caballero)¹³ y su muy estimable *Historia elemental de Cuba* para el uso de las escuelas primarias superiores, preparatorias y normales, (1922, con múltiples reediciones). A propósito de esta obra, Enrique José Varona escribió a su autor: “Brillan en sus páginas las condiciones bien reconocidas de su estilo de Vd., gran claridad y notable exactitud al expresarse. Mucho me ha satisfecho su poder de condensación, cualidad capital en una obra didáctica de esta clase”.¹⁴

En el segundo apartado están sus grandes textos de síntesis e interpretación del devenir nacional: *Historia de Cuba* (1921-25, 2 t.), *Manual de historia de Cuba (económica, social y política). Desde su descubrimiento hasta 1868, y un apéndice, con la historia contemporánea* (1938) —considerado por Jorge Mañach uno de los libros más importantes publicados en Cuba a través de toda su historia— y *Guerra de los Diez Años, 1868-1878* (1950-1952, 2 t.). También entre sus textos trascendentes deben considerarse *En el camino de la independencia; estudio histórico sobre la rivalidad de los Estados Unidos y la Gran Bretaña en sus relaciones con la independencia de Cuba* (1930) —precedido por un enjundioso estudio introductorio del Dr. Domingo Méndez Capote— y *La expansión territorial de los Estados Unidos a expensas de España y de los países hispanoamericanos* (1935). Una zona igualmente valiosa de su extensa obra es la referente a los estudios sobre economía cubana y del Caribe, iniciados con *Azúcar y población en las Antillas* (1927), quizás su ensayo más famoso, que tuvo recepciones tan importantes como las de Luis Araquistáin y Waldo Frank, ampliado y reeditado varias

¹³ El estudio de Guerra sobre Saco se tituló: *José Antonio Saco y la educación nacional*, La Habana, Imprenta El Siglo XX, 1915 y mereció la aprobación de Carlos Manuel Trelles (“Es un libro notable”, dijo) y el elogio de Manuel Moreno Fraginals, quien aseveró: “En el caso de Saco hallamos casi siempre una penosísima falta de investigación unido a una total incomprensión de su figura. Solo páginas aisladas se salvaban. Por ejemplo, el ensayo de Ramiro Guerra sobre Saco”. En: Manuel Moreno Fraginals, *José Antonio Saco. Estudio y bibliografía*, Universidad Central de Las Villas, Dirección de Publicaciones, 1960, p. 6.

¹⁴ “Carta de Enrique José Varona a Ramiro Guerra, Vedado, 3 de septiembre de 1922”, pp. 1-2. Cortesía de Alberto Santamarina Guerra.

veces;¹⁵ a los que seguirían *La industria azucarera de Cuba* (1940) y *Filosofía de la producción cubana* (1944). Por último, aunque se trata de una obra colectiva, fue bajo su dirección, con la colaboración de José Manuel Pérez Cabrera, Juan J. Remos y Emeterio Santovenia, que se publicó la monumental *Historia de la Nación Cubana* (1952), en diez volúmenes.¹⁶

Al igual que otros historiadores de su generación, como Fernando Ortiz y Emilio Roig de Leuchsenring, la producción intelectual de Ramiro Guerra estuvo asociada a varios periódicos y revistas, y de manera especial a la denominada *Trimestre*, que dirigió y editó durante cuatro años (1947-1950). La revista contaba con un grupo de Consejeros donde sobresalían el Dr. Gustavo Pittaluga y el general Manuel Piedra Martell, y poseía un cierto aire de empresa familiar: la sede estaba en el domicilio de Ramiro Guerra, en Juan Bruno Zayas no. 319, La Víbora; y lo auxiliaban en la publicación su hermano el Dr. Amador Guerra Sánchez y sus hijos José Antonio, Jorge, Ramiro y Ana Guerra Debén. Entre sus colaboradores estuvieron Julio Le Riverend, Medardo Vitier, Juan J. Remos, José María Chacón y Calvo, Luis Rodríguez Embil, Loló de la Torriente, Agustín Acosta, Enrique Gay Calbó, Salvador Massip, Rafaela Chacón Nardi, Marcelo Pogolotti, Manuel Isaías Mesa Rodríguez y Herminio Almendros. El cese de su publicación se debió a que Ramiro concentró todos sus esfuerzos intelectuales en la terminación de su historia de la Guerra de los Diez Años y al mismo tiempo asumió la dirección del proyecto colectivo *Historia de la Nación Cubana*.

¹⁵ A propósito de la recepción de *Azúcar y población...*, en el imaginario cultural de la primera mitad del siglo xx, en la encuesta realizada por *Lunes de Revolución* a varios escritores, en octubre de 1961, sobre los que consideraban los diez mejores libros cubanos, el texto de Guerra fue mencionado por Juan Marinello (“...como libro en que, aun resolviéndose desafortunadamente nuestro problema colonial, se explana con técnica magistral la realidad económica de Cuba”), Walterio Carbonell, Roberto Fernández Retamar, Adrián García Hernández y Heberto Padilla. Otros libros de Ramiro Guerra presentes en esta selección fueron *Historia de la Guerra de los Diez Años* (Edmundo Desnoes) y su *Historia de Cuba* (José Lezama Lima). Véase: *Lunes de Revolución*, La Habana, no. 126, 9 de octubre de 1961, pp. 3-7.

¹⁶ Para una aproximación a la producción intelectual de Ramiro Guerra véase: Araceli García Carranza, “Breve bio-bibliografía del Dr. Ramiro Guerra”, *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, La Habana, 3ra época, no. 1, enero-abril, 1972, pp. 141-200.

Manuel Moreno Fragonal, gran admirador de la obra de Guerra, a quien en repetidas ocasiones llamó “maestro” y fue prologuista de algunos de sus títulos reeditados después de 1959, invitaba a no desatender otra parcela menos conocida de la obra de Ramiro Guerra, y era la que formaban aquellos libros que pudieran parecer “menores”, pero cuyos contenidos expresaban una manera diferente de narrar la historia. En esta dirección apuntó: “Para captar exactamente su grandeza, después de pasar por sus serios estudios (...) de la guerra de los diez años, o los tomos cuidadosos de su historia de Cuba, vuelvan siempre a sus escritos periodísticos, frescos, vivos, a veces desgarrantes. Y sobre todo, penetren en dos de sus obras menos mencionadas: *Mudos testigos* y *Por las veredas del pasado*. En ellas, la historia es un presente vivo”.¹⁷

En parecido razonamiento, Julio Le Riverend postuló que “por esa enraizada fuerza del amor a la tierra, en su obra destacan especialmente dos libros, diferentes aunque profundamente vinculados: *Azúcar y población en las Antillas* y *Mudos testigos*”.¹⁸ Sobre esta última, Le Riverend subraya: “fue la vuelta, ya anciano, a la prístina verdad, nunca olvidada, de sus orígenes, cuando la propiedad de la tierra por cultivo directo alimentaba la vida útil de sus antepasados desde el alborar del siglo xviii. Justo era que le dolieran los tiempos suyos en que las condiciones del país eliminaban progresivamente a los verdaderos labradores, alzados sobre el surco que fertilizaban con su trabajo”.¹⁹

En fecha más reciente, en un libro de síntesis sobre la historiografía cubana del siglo xx, Oscar Zanetti se refiere a estos dos títulos del siguiente modo: “Las obras postreras de Ramiro Guerra aportan una imagen renovada de los estudios regionales y locales. Con *Mudos testigos* (1948) y *Por las veredas del pasado* (1957), retorna a la

¹⁷ Manuel Moreno Fragonal, “Presentación” [1970], en: Ramiro Guerra, *Azúcar y población en las Antillas*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1976.

¹⁸ Julio Le Riverend, “Ramiro Guerra: recuento y significación”, *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, La Habana, vol. XXII, no. 1, enero-abril, 1980, p. 114.

¹⁹ Ídem, p. 124.

tierra de la mano de los recuerdos familiares para entregarnos textos que acusan una singular sensibilidad en el manejo de lo subjetivo, y hasta de lo íntimo, para la reconstrucción del pasado”.²⁰

Propongo en las páginas que siguen visitar ambos textos, donde se narran hechos históricos que se refieren a una antigua hacienda demolida y los avatares de los ancestros familiares de Ramiro Guerra, incluyendo también un fragmento de la vida del propio autor, en un lugar específico de la geografía rural habanera: el cafetal Jesús Nazareno, situado entre las poblaciones de Batabanó y Alquizar. El tiempo de la narración en ambos textos cubre prácticamente todo el siglo XIX y los prolegómenos del siglo XX, desde los inicios de la gran plantación dedicada al cultivo del café, estimulada por los sucesos de la Revolución en Haití, hasta las guerras independentistas cubanas y el surgimiento de la República.

Mudos testigos. Crónica del excafetal Jesús Nazareno se publicó originalmente en 1948, con un aguafuerte de Mariano Miguel en la portada e ilustraciones de Enrique Caravia en el encabezamiento de cada capítulo. El libro contenía una introducción, diez capítulos y un epílogo, para un total de 260 páginas. Como anexos presentaba un cuadro genealógico y un fragmento del mapa de Esteban Pichardo, correspondiente a la parte del barrio de Guanabo, municipio de Batabanó, donde estaba enclavada la finca. En la publicidad de la época se anunciaba que estaba a la venta “en todas las buenas librerías a \$2.00 el ejemplar”. En 1974 se hizo una reedición, con palabras introductorias de Moreno Fragnals, quien planteaba que:

Este libro ha adquirido hoy una importancia fundamental en la historiografía cubana no por los modestos objetivos perseguidos por el autor, sino porque el tema le creció entre las manos y en prodigiosas asociaciones terminó escribiendo

²⁰ Oscar Zanetti, *Isla en la historia. La historiografía de Cuba en el siglo XX*, La Habana, Ediciones Unión, 2005, p. 33.

algo mucho más trascendente que el recuerdo familiar: un aspecto completo de la historia agraria cubana (...) Libro increíble para quien sepa leerlo, que entregará a unos lo pintoresco y anecdótico y ofrecerá a quien de veras lo estudie, la trágica radiografía agraria cubana.²¹

Llevado por su desbordado entusiasmo con esta labor, Moreno no vacila en calificarla como “una de las poquísimas obras maestras de la historiografía cubana”²² y deplora que, al momento de su publicación, la recepción crítica del libro haya sido escasa, con la excepción, dice Moreno de “un malintencionado artículo de Jorge Mañach, quien indudablemente se asustó con el contenido visceral de la obra”.²³ Al parecer, esta última afirmación no es exacta, más allá del alto concepto que tenía Mañach sobre Guerra como historiador, pues en la revista habanera *Carteles* apareció una reseña titulada “Historia, categoría y anécdota de *Mudos testigos*”, de Gerardo Álvarez Gallego, que incluía una enjundiosa entrevista al autor. En la conversación con don Ramiro, en lo que el periodista llama “el huerto horaciano en donde vive” como un “Jacob bíblico de la profecía de Moisés”, ante la interrogante de los motivos para escribir esa obra, el anciano historiador respondió:

Yo escribo, además de por obligación, por el placer de escribir. Algunos me llaman “optimista” con cierto retintín. No sabe usted lo que me honran al aplicarme tal alias. A mi edad, tengo las mismas ilusiones del mozalbete que era cuando iba todas las mañanas desde el cafetal de *Jesús Nazareno* hasta la escuelita, aun moliendo el sueño contra los párpados. *Mudos testigos* lo escribí entre el dictado cotidiano de mis artículos, mis dictámenes económicos o el capítulo que compongo diariamente para mi *Historia de la Guerra de los Diez Años*. Lo hice como distracción o descanso en la tarea, de

²¹ Manuel Moreno Fraginals, “En torno a este libro”, en: Ramiro Guerra, *Mudos testigos. Crónica del excafetal Jesús Nazareno*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1974, p. 8.

²² Ídem, p. 11.

²³ *Ibidem*.

análoga manera a como, entre óleo y óleo, un pintor se encaprichara, de pronto, por abocetar un apunte que le sale al camino: una silueta de mujer, un niño, un caballo, una casita en lontananza.²⁴

Lo cierto es que el libro fue leído y sirvió a todos los que escribieron sobre la infancia y formación de la personalidad de Ramiro Guerra. En un extenso reportaje dedicado a su figura, publicado en *Bohemia* por Loló de la Torre en 1963 —donde por cierto aparece una excelente fotografía del longevo cronista acariciando a su gato siamés— la escritora apunta:

Él mismo, en animada crónica —*Mudos testigos*— ha narrado sus experiencias, las causas de la ruina del cafetal cubano, y la infatigable actividad de los hombres de campo, así como la sorpresa, aquella noche clara y resplandeciente de estrellas, en que, tropezando con un solo contén, la compañía tranquilizadora de su padre, oyó entre el monótono chirrido del grillo, y el fatídico graznar de la lechuza, el insólito estampido de fuertes descargas anunciadoras de un secuestro o la persecución de Manuel García.²⁵

Poco después de su fallecimiento en octubre de 1970, el escritor Fernando G. Campoamor dice en una afectuosa nota, publicada como obituario en la propia revista *Bohemia*, que *Mudos testigos* “un libro bastante desconocido (...) nos enseñó a conocerle en persona” y agrega que es “su obra más lírica y, por biográfica, más íntima”.²⁶ En realidad, no es en esta obra propiamente donde aparecen resumidos los aspectos más relevantes en la biografía del niño Ramiro Guerra y su tránsito a la adultez, sino en una posterior que veremos

²⁴ Gerardo Álvarez Gallego, “Historia, categoría y anécdota de *Mudos testigos*”, *Carteles*, La Habana, año 39, no. 31, 1 de agosto de 1948, p. 27.

²⁵ Loló de la Torre, “Ramiro Guerra y Sánchez”, *Bohemia*, La Habana, año 55, 10 de mayo de 1963, p. 61.

²⁶ Fernando G. Campoamor, “La gloria de Don Ramiro”, *Bohemia*, La Habana, año 62, 6 de noviembre de 1970, p. 56.

más adelante, y que constituye continuación y complemento de *Mudos testigos*, me refiero a *Por las veredas del pasado*.

Mudos testigos, cuyo título es una metáfora de lo árboles centenarios que rodeaban el antiguo cafetal, es un relato que contiene dos niveles narrativos: uno es el de la historia del cafetal Jesús Nazareno, su origen, esplendor y posterior crisis y agotamiento, hasta desaparecer como finca productora de café; y el otro es el de la vida de los hombres que trabajaron en dicha plantación, señaladamente el abuelo materno del autor, José Guadalupe Sánchez, y sus vicisitudes, junto a los demás miembros de su familia, para subsistir y perdurar en una propiedad venida a menos.

En la introducción a la obra, Ramiro Guerra demuestra estar familiarizado con las corrientes de la historia social inglesa y autores como George M. Trevelyan, y postula el siguiente enunciado: “Sin historia social, hay que reconocerlo, la historia económica resulta estéril y la historia política ininteligible”.²⁷ Al axioma anterior añade que, pese a todas las dificultades que entraña dedicarse a la historia “de la vida en comunidad y de los individuos (...) la historia social merece cultivarse con todo empeño”.²⁸ En esta dirección Guerra declara que asume el paradigma de la historia social en su discurso, pues la crónica que revela la vida en el cafetal Jesús Nazareno es la del:

Campo abierto, reino del labrador. Generación tras generación, empuña este la manquera tras de la yunta, y limpia y escarda los sembrados, mientras su mujer, atrajinada mañana y tarde en la casa, aguarda las últimas horas de la tarde o de la prima noche, para el intercambio de las impresiones del día. En su ir y venir corriente años tras año, ese labrador y esa su mujer están, de hecho, junto con sus hijos, obligados a consumir su encierro en el vasto encierro de una complicada

²⁷ Ramiro Guerra, *Mudos testigos. Crónica del excafetal Jesús Nazareno*, La Habana, Editorial Lex, 1948, p. 6.

²⁸ Ídem, pp. 6-7

fábrica de costumbres y leyes, de sociedad, de política, de hechos que se suceden unos tras otros, del ambiente local y del de afuera, hechos que apenas conoce y que menos entiende todavía.²⁹

Sin embargo, aunque sea el rótulo de historia social el que Guerra privilegia como su justificación teórica, este es un libro que articula también otros géneros historiográficos y literarios: la historia económica (específicamente agraria), la memoria familiar, la historia local, la microhistoria (anticipándose sin saberlo a los clásicos italianos de los años 1970), el costumbrismo, el relato folclórico y hasta una antropología de la pobreza. Es también una obra premonitoria de lo que Juan Pérez de la Riva llamará más tarde la “historia de la gente sin historia”. Asimismo, hay una voluntad de estilo en el autor, de entregar una pieza que por momentos alcanza cierto vuelo poético y se aleja del tradicional discurso historiográfico. Lleva razón Le Riverend cuando expresó que en esta obra “hay párrafos de una dulce y vigorosa belleza sobre la campiña cubana, que nos recuerdan muchas de las páginas similares del Conde de Pozos Dulces a mediados del siglo XIX”.³⁰

En la edición príncipe de 1948, las primeras cien páginas están dedicadas a contar la historia de la propiedad y sus sucesivos dueños, con el mayor relieve para el aristocrático y absentista don Agustín Valdés y Pedroso, Conde de San Esteban de Cañongo, quien fomentó el cafetal a inicios del siglo XIX y lo poseyó como una suerte de “feudo rural” hasta su muerte. Los veinte años en que la finca fue propiedad del conde, son también los inicios de la producción de café en Cuba para la exportación al mercado mundial, aunque en palabras de Guerra, el noble habanero era dueño de varios negocios agrícolas y Jesús Nazareno no parece haber sido su mejor inversión, al contrario: “no parece probable que en vida de don Agustín JESÚS NAZARENO (sic) llegase a ser una

²⁹ Ídem, p. 9-10.

³⁰ Julio Le Riverend, op. cit., p. 124.

fuente de considerables ingresos para su propietario. Quizás no llegó a producirle ni siquiera beneficios dignos de ser tomados en consideración. Más bien parece que en balance total de las dos décadas (1801-1821), el fundador no recuperase el capital de inversión y el cafetal fuera una carga para él”.³¹

Hasta aquí, el relato de Guerra intercala la impronta del Conde y sus sucesores en el cafetal, al tiempo que hace una historia de las transformaciones políticas y económicas de la Colonia, en donde la producción de café tuvo periodos de gran prosperidad alternando con otros de crisis, hasta que finalmente diversas causas de orden financiero, comercial y naturales, hundieron el negocio cafetalero y la finca que pasó a manos del abuelo de Guerra era un cafetal demolido que entraba: “En una nueva, estrecha y trabajosa vida. En esta no sería ya, como lo había sido desde 1801, tierra cultivada con el sudor y la sangre del esclavo, con fines de lucro exclusivamente del propietario. Iba a servir de asiento a familias dedicadas a la labranza de la buena tierra de JESÚS NAZARENO (sic), con el propio trabajo personal, para asegurarse el necesario sustento y demás medios de vida y criar los hijos, generaciones tras generaciones”.³²

En el libro aparecen recogidos minuciosamente múltiples detalles de la vida cotidiana en la rústica finca de Jesús Nazareno, dedicada en lo esencial a la producción de frutos menores y artículos para la subsistencia. Se narra la vida llena de sobresaltos, privaciones y temores de esta familia campesina, y de otras que vivían en colindancia, así como de las redes de parentesco y solidaridad familiar que se trenzaban entre ellas, para resistir los avatares de la existencia. En este sentido el historiador apunta que se trataba de “una extensa comunidad familiar. Constituía un pequeño clan o falansterio bajo la jefatura moral de don Guadalupe y doña Antoñica”.³³

³¹ Ramiro Guerra, *Mudos testigos...*, p. 72.

³² Ídem, p. 96.

³³ Ídem, p. 122.

Este matrimonio conformaba la célula básica fundamental, alrededor de la cual giraban todos los demás parientes y amigos, en un lapso de tiempo de más de tres décadas. Todos se ayudaban entre sí, se visitaban con frecuencia y se socorrián en casos graves. Era bastante usual la reciprocidad en servicios diversos (préstamos de animales, semillas y enseres), así como la concertación de trabajos colectivos, en casos que se demandara de numerosa fuerza de trabajo en favor de alguien, quien “obsequiaba a los presentes y amigos con un almuerzo en el que el plato obligado era el lechón asado”.³⁴

En resumen, Jesús Nazareno parecía más bien un pequeño universo autárquico de relaciones pre capitalistas, donde prevalecía una economía moral de dones y trueques solidarios, una verdadera singularidad en medio de las grandes transformaciones de la economía agraria de fines del siglo XIX, tendientes a la concentración de la propiedad y el desarrollo de las fábricas de azúcar llamadas centrales. Un dato muy revelador de los comportamientos en este conglomerado humano es el interés del padre de familia en que sus hijos, hijastros y ahijados aprendieran a leer y escribir, para alcanzar un peldaño superior en la escala social. Un ejemplo notable era doña Antonia Loreto, una mujer con afición por la literatura y que contaba como el hecho más sobresaliente de su vida, haber asistido a una reunión del Partido Liberal Autonomista representando una alegoría de la Libertad.

En el caso de Guadalupe, su nivel de vida y el de sus hijos siempre rozó la miseria, agravada por la propia ruina de la finca, que Guerra atribuye, quizás con cierta dosis de candor, no a “la falta de laboriosidad de este, ni al desconocimiento de las labores agrícolas, o a mal manejo o despilfarro de sus limitados intereses pecuniarios. Don Guadalupe fue un hombre sencillo y llevó una vida muy modesta; no tenía ninguna clase de vicios y trabajó siempre con tesón, enteramente consagrado al sostén de su familia. Perdió

³⁴ Ídem, p. 161.

su propiedad porque no podía dejar de perderla en las condiciones en que vivió, dada su falta de aptitud mercantil”.³⁵

A partir de finales de la década de 1870 se introduce en el antiguo cafetal el apellido Guerra, cuya genealogía aparece reconstruida con precisión desde sus abuelos paternos don Manuel Guerra y doña María de los Dolores Amaro, todos cubanos y naturales de la provincia de La Habana, hasta llegar a sus padres José Dolores Guerra y Amaro y doña Josefa Sánchez y Piedra. Emergen dentro de este relato, subtramas que subrayan diferentes anécdotas de dicha familia, como cuando enfrentaron al bandolero rural, devenido mambí, Carlos García, un hombre que debió ejercer cierta fascinación, al tiempo que temor entre los lugareños, y del cual se hace luego un extenso relato de sus aventuras, primero como hombre fuera de la ley y luego como soldado del Ejército Libertador. El bandolerismo como fenómeno extendido y frecuente en el medio rural del occidente de Cuba, aparece una y otra vez en estas páginas, tratado desde la perspectiva de los que el historiador inglés Eric Hobsbawm llamó “rebeldes primitivos”. Otros personajes pintorescos que pueblan la narración, pueden resumirse en la figura de “Chichí”, un campesino iletrado con dotes para la improvisación y la imitación de voces, lo que lo convertía en una especie de gracioso del barrio, cuya función era distraer, hacer reír y eventualmente ser “cronista de todos los sucesos del cuartón”.³⁶

Hay un capítulo de gran interés que reconstruye el servicio de vigilancia colonial en los campos, conocido como Guardia Civil, quienes se enfocaban principalmente en la represión de las actividades de bandoleros y cuatrerros, aunque también tomaban cuenta de otras personas sospechosas o desafectas, a las que sometían a extrañamiento de sus casas o a crueles castigos como los azotes con un látigo de piel de manatí. En palabras de Guerra: “La utilidad del servicio de vigilancia y represión prestado por la Guardia Civil, era reconocida por Guadalupe y los demás vecinos.

³⁵ Ídem, p. 116.

³⁶ Ídem, p. 144.

No obstante, la institución era mirada con desconfianza y antipatía, sin ofrecérsele el concurso indispensable para llenar cumplidamente sus funciones. La cooperación del hombre de campo tampoco era solicitada por los Guardias sino excepcionalmente. Dábanle la preferencia al soborno, a la traición y al espionaje”.³⁷

La última sección del libro narra, como en las novelas de suspenso, un hecho inesperado. El azar quiso que dos miembros de la familia Guerra/Sánchez fueran beneficiados con el Premio de la Lotería, en una cantidad suficiente como para devolver a su antiguo dueño la posesión de la finca y garantizar su permanencia en manos de la familia, a partes iguales entre Julián Martínez Guerra y doña Josefá Sánchez, casada con José Dolores Guerra, estos últimos los padres del historiador y otros cuatro hermanos, quienes a la muerte de aquellos resultaron herederos del antiguo cafetal, aunque la mayoría ya no residía en el predio.³⁸

Finaliza la obra con un apartado que refiere la incorporación de uno de los miembros de la familia Guerra/Sánchez, Pastor, de diecisiete años (hermano mayor de Ramiro), a la tropa invasora de Máximo Gómez, a su paso hacia occidente, en los primeros días de enero de 1896, hecho que no solamente distinguió al recién incorporado entre sus hermanos, sino que formó parte de los timbres de gloria de la saga familiar. Acabada la contienda, el excafetal Jesús Nazareno quedó completamente destruido, y fue Pastor con su esposa el encargado de restituir la casa de vivienda y fomentar nuevamente la finca. Las palabras conclusivas del libro son precisamente un homenaje a quienes permanecieron en aquella hacienda, devenida en un santuario familiar: “En cuanto a Pastor, allí está todavía, en el viejo predio remozado, cultivando hasta la última parcela, con nueva

³⁷ Ídem, p. 168.

³⁸ Los hermanos Guerra Sánchez fueron siete: Pastor, veterano del Ejército Libertador, fallecido en 1953; María, fallecida durante la Guerra de Independencia; Amelia, casada con el oficial del Ejército Libertador Raimundo Prat; Felicia, maestra de instrucción pública, profesora auxiliar de Pedagogía y fundadora del Colegio Estrella en La Habana; José Dolores, fallecido en 1910 y Amador, doctor en Medicina, profesor de clínica quirúrgica en la Universidad de La Habana. Ramiro era el tercero de esta prole.

arboleda en crecimiento y casa de tabla y teja, con piso de cemento, muy cerca del lugar ocupado por la antigua casona (...) La tierra, la buena tierra del barrio retiene a otros. Retendrá seguramente, hijos, nietos y biznietos sin término. Las generaciones pasan, ella queda. Y con la tierra, los cielos también”.³⁹

Años después de terminar estas páginas, en 1954, Ramiro Guerra empezó a bosquejar un texto que tituló “La República de Cuba, un difícil experimento democrático”, cuyo primer capítulo se llamaría “Las raíces. Un ensayo de introducción autobiográfica”. Allí caviló sobre la posibilidad de construir una portada para la finca familiar y un poyo de la cruz análogo al que existía desde la fundación del cafetal; y otra portada para la finca Anita, perteneciente a la hacienda Santísima Trinidad, donde había nacido su esposa. Sin embargo, sentado en su biblioteca concluyó que se trataba de una empresa inalcanzable, pues:

Todo cuanto yo hiciese para volver a darle a la finca un carácter semejante al que tenía, por lo menos en los años en que yo tuve mi primera representación de la misma, no bastará en manera alguna para lograrlo. La finca, el barrio, las áreas aldeañas y Cuba entera, han cambiado tanto desde mi niñez en años anteriores a la Guerra de Independencia de 1895-1898 a la fecha, que no hay modo alguno, ni aun en lo meramente material de reconstruir lo derruido por la acción acumulativa del tiempo y la obra de los hombres.⁴⁰

En la citada entrevista con Gerardo Álvarez Gallego, al preguntarle por una posible segunda parte de *Mudos testigos*, Guerra respondió: “Cierto, y la más interesante, desde luego para mis hijos, pensando en los cuales fui hilando gratamente el copo de las cuartillas de mi obrita. Pero no la publicaré. Parecería demasiado

³⁹ Ramiro Guerra, *Mudos testigos...*, p. 250.

⁴⁰ Ramiro Guerra, “Las raíces. Un ensayo de introducción autobiográfica”, documento mecanografiado, p. 2. Cortesía de Alberto Santamarina Guerra.

personal, y huyo de eso como del diablo”.⁴¹ La profecía, como veremos enseguida, no fue cumplida. Hubo una segunda parte que se tituló *Por las veredas del pasado 1880-1902*, fue publicada en 1957 y, a diferencia de su predecesora, no ha vuelto a ser reeditada. El ilustrador de cubierta fue el pintor y dibujante Eduardo Abela y el texto fue antecedido por una breve introducción, donde nuevamente Ramiro Guerra declaraba cuales eran los principios de su labor historiográfica, en esta ocasión más orientados hacia una historia donde se armonizaban los postulados del mundo biológico y la naturaleza social del hombre. Si en *Mudos testigos* era la historia social inglesa el principal referente teórico, aparece aquí una perspectiva más cercana a los de la segunda generación de la revista francesa *Annales*, cuyo principal exponente fue Fernand Braudel, cuando escribe: “Así los vemos pasar en la Historia arrastrados por el torrente de los siglos, siempre en íntima concordancia con la Geografía, la cual en vano intentan remodelar totalmente conforme a las necesidades y los deseos humanos. El fondo permanente de la Historia está representado por esa lucha del hombre con los elementos naturales”.⁴² Este razonamiento se relaciona con otras nociones como el de una Historia que tiende a lo inmutable, que evade los grandes saltos revolucionarios, y persevera en la lentitud y larga duración de los cambios.

Entre los que reseñaron el libro al momento de su publicación estuvo Medardo Vitier, quien recomendaba vivamente su lectura, tanto por el retrato indiscutible que ofrecía de la recia personalidad de su autor, como por el positivo mensaje que suponía para la juventud cubana del momento:

Cada etapa en la vida de Ramiro Guerra parece haberle dejado una herencia moral. Constancia, la ha tenido en su servicio a Cuba; laboriosidad, una de sus características; ecuanimidad, que es nota propia suya, y que vemos manifestarse

⁴¹ Gerardo Álvarez Gallego, op. cit., p. 27.

⁴² Ramiro Guerra, *Por las veredas del pasado 1880-1902*, La Habana, Editorial Lex, 1957, p. 6.

en casos de peligro inclusive, cuando la madre, conocedora del temple del hijo imberbe, le confiaba misiones que son para edad experta. Así formó la vida a Ramiro Guerra. No cesa, no retrocede. Se le ve abnegado; su optimismo no es ilusorio sino de esfuerzo (...) Quienes, de mozos, tienen prisa por el pronto disfrute de los bienes materiales, y quienes aspiran a ser, antes que a formarse y bregar, lean estas *Memorias* que nos regala Ramiro Guerra, con ademán de cubano, de Maestro...⁴³

En el mencionado texto de carácter autobiográfico, Ramiro Guerra argumentaba su temprano entusiasmo por la historia con un razonamiento que parece extraído de la obra del gran novelista francés Marcel Proust *En busca del tiempo perdido*: en las reminiscencias que guardaba en su memoria de aquellos años de la niñez en el cafetal Jesús Nazareno, un espacio que se le reveló saturado de historicidad en sus diferentes estratos naturales, económicos y sociales:

Una lectura de ayer día 29, que me fue sugerida por Graciela con el apoyo de Ana, sobre la vida de un gran historiador y las más profundas raíces de su vocación histórica, iluminaron mi mente con un resplandor de lejanos crepúsculos de mi infancia y salvando, sin falsa humildad, las distancias todas, me reveló el hilillo de agua oculto en lo profundo de mi ser, fuente viva de mi vocación histórica.

Cuando con uso ya de razón empecé a conocerlo, allá por 1885 o 1886, viviendo con mi padre en un pequeño “sitio de labranza” de una caballería de tierra de extensión, parte de las cinco caballerías a que se había reducido Jesús Nazareno, de bastante mayor extensión cuando el cafetal fue fundado en el primer lustro del siglo XIX, mi barrio de Guanabo era un campo de observación y evocación histórica. La historicidad de ese campo, esencialmente rural, no se remontaba,

⁴³ Medardo Vitier, op. cit., pp. 436-37 y 438.

en lo que a la obra del hombre concierne, más allá de ciertas evocaciones correspondientes a los años inmediatos al descubrimiento de Cuba. Batabanó, Guanabo, Mayaguanó, Jai-guán, Quivicán, eran nombres indígenas, evocadores de la población india, pero la huella de la existencia humana en el barrio, desde el siglo xvi al xix, superpuesta a la creadora de la naturaleza, era evidente por todas partes. De niño, lo percibí con toda claridad, y las imágenes fueron registradas en mi mente, acuñadas con tal fuerza, que subsisten apenas borrosas en detalles menores, a los 75 años con que cuento.⁴⁴

La narración de esta nueva crónica se inicia justamente en el año que Ramiro Guerra tenía cuatro años, 1884, y cambia momentáneamente su escenario del cafetal Jesús Nazareno al ingenio Recompensa, ubicado cerca del pueblo de Cabañas en la provincia de Pinar del Río, al cual sus padres habían emigrado por razones económicas. Dicha fábrica de azúcar era propiedad, al igual que el antiguo cafetal, de un noble absentista, el Marqués del Real Socorro, sin embargo, se trataba de un ingenio anticuado, donde todavía el azúcar se producía con técnicas obsoletas, que retardaban varios meses la obtención del producto final. Este pasaje es especialmente notable por la detallada explicación que ofrece de los diferentes métodos para la obtención del azúcar y sus derivados, así como por la descripción que hace de la fuerza de trabajo, compuesta por esclavos “patrocinados” y culíes chinos, estos últimos encargados de la chapea con guatacas de los campos de caña.

En este ingenio el padre del autor tenía un puesto de cierta importancia, era el mayordomo, subordinado directamente al administrador. Dicha posición le permitía contar con una vivienda en la que la esposa era auxiliada por una criada cocinera y otra que lavaba la ropa y hacía las labores de limpieza. Los prejuicios racistas de la familia afloraban cuando los hijos jugaban con otros niños negros y eventualmente también con los peones chinos, por

⁴⁴ “Las raíces. Un ensayo de introducción autobiográfica”. Documento mecanografiado, cortesía de Alberto Santamarina Guerra.

lo cual recibían castigos y se les asustaba, diciéndoles que “los chinos se robaban a niños pequeños y los mataban, los freían en un caldero grande y se los comían. Por tal motivo veíamos siempre a los chinos con temor y desconfianza”.⁴⁵

A pesar de tales prejuicios, Guerra declara que su padre trataba bien a los trabajadores negros y que estos lo respetaban y confiaban en su persona, y que era “decididamente antiesclavista, conocía o había leído «La cabaña del tío Tom» (...) y era un gran admirador de Lincoln”.⁴⁶ El padre, en la evocación filial, era una criatura cariñosa, devoto esposo y muy preocupado por sus hijos, que profesaba un “acendrado separatismo”, lo que no era obstáculo para mantener relaciones cordiales con otros peninsulares, entre los que apreciaba de modo particular a montañeses y vizcaínos “por ser laboriosos, serios, cumplidores en todo y dedicados a oficios, más bien que al comercio para explotar a la gente”.⁴⁷

La vuelta de los padres a Jesús Nazareno sitúa nuevamente el relato en las coordenadas que había rememorado ya en *Mudos testigos*, y nos narra cierta mejoría económica en la gran familia que habitaba aquel lugar, dedicada al cultivo de frutos menores y de animales de cría (aves y cerdos) para el consumo interno. Apartándonos por un momento del texto, hay un suceso que Ramiro evoca en sus palabras de agradecimiento por un acto en su honor celebrado en el Teatro Auditórium, en 1955 —en ocasión de su 75 cumpleaños—, en que refiere cómo al regresar con la familia a Jesús Nazareno, se encontraron en la antigua casona colonial a una anciana negra de nación llamada Guadalupe, que vivía con una hija del mismo nombre. Esta última era hermana de leche de la progenitora de Ramiro, y madre e hija habían sido esclavas de la familia, quienes al ser emancipadas decidieron seguir viviendo bajo su mismo techo. Tal circunstancia lo lleva a expresar:

⁴⁵ Ramiro Guerra, *Por las veredas del pasado 1880-1902*, op. cit., p. 16-17.

⁴⁶ Ídem, p. 17.

⁴⁷ Ídem, p. 18.

¿A dónde hubieran podido ir la una y la otra, anciana la madre blanca en canas y la hija muy joven todavía, sin medios ni recursos de ninguna clase? No evoco estos recuerdos por mero automatismo mental. Puntualizo el hecho de que cuando yo era niño, aunque ya en uso de razón, en 1885, aun había esclavos en Cuba; y el de que al quedar estos libres en 1886 encontráronse en un desamparo social completo. Sin trabajo y sin la más pequeña parcela de tierra donde levantar un bohío y librar la subsistencia, los que había dejado de ser esclavos eran verdaderos parias todavía.⁴⁸

Aquí se produce un salto cualitativo en la vida del niño Ramiro Guerra, pues comienza a recibir clases privadas en el ingenio Andrea, ubicado a unos cuatro kilómetros de Jesús Nazareno, yendo y viniendo a caballo diariamente. Su maestro fue un asturiano, presumiblemente anarquista, don Jovino Villar y Lavandeira, cuyo ascendente sobre su formación fue profunda y duradera en el tiempo. Según narró Ramiro en una entrevista:

Mi maestro de escuela en el ingenio Andrea, don Jovino Villar y Lavandeira, de Castropol, Asturias, que tanto me estimuló, estaba empeñado en hacerme un calígrafo como él, de mucho ringorrango. Y siempre se dolía de que mis dedos, que estaban hechos, es claro, a desempeñar pequeñas faenas del campo, fuesen poco flexibles. “¡Que dedos tan duros tienes, muchacho!”, me reprochaba. “Nunca te ganarás la vida escribiendo”. Afortunadamente, el pronóstico no se cumplió...⁴⁹

Otro maestro que lo guió en estos años procedía de la familia espiritana Del Castillo, y ejerció también notable influencia en su joven discípulo. Sin dudas, fueron estos docentes, y otros

⁴⁸ “Palabras del Doctor Ramiro Guerra al final del acto celebrado en su honor en el Auditórium (Vedado, 10 a.m., 17 de abril de 1955)”, documento mecanografiado, p. 2. Cortesía de Alberto Santamarina Guerra.

⁴⁹ Gerardo Álvarez Gallego, *op. cit.*, p. 27.

posteriores, los que inclinaron la vocación de Ramiro Guerra hacia la enseñanza, oficio que practicaría en los primeros tiempos de la República. Precisamente el hecho de poseer estudios lo llevaría por un camino diferente al de sus antepasados campesinos, aunque el joven que cursaba el bachillerato en el Liceo del Surgidero de Batabanó nunca dejó de frecuentar la finca familiar, en un viaje que realizaba a pie, lo cual dice que “me desarrollaron la musculatura y me aumentaron la capacidad torácica, constitución física que fue una gran cosa para mí en los años de la guerra y después en todo el curso de mi vida”.⁵⁰

Como ya había adelantado en *Mudos testigos*, los sucesos relacionados con la guerra de 1895 en el occidente de Cuba ocupan un espacio fundamental en el relato de Guerra, tanto por la experiencia que significaba tener un hermano mambí, Pastor —quien se había incorporado a las filas mambisas el 11 de enero de 1896— y algunos de sus amigos en el campo insurrecto, como porque varios combates y quemas de cañaverales tuvieron lugar en las cercanías de Jesús Nazareno. De igual modo, un tío de Ramiro llamado José Guadalupe Sánchez, *Lute*, era prefecto de la Prefectura Insurrecta de Camacho. Este hecho le proporcionó libertad de movimiento entre las tropas mambisas para entrar y salir de la zona en guerra, pues además de recolectar alimentos, trasegaba medicinas destinadas a la curación de los heridos y enfermos en las rancherías situadas en la zona sur del barrio de Guanabo, perteneciente a la prefectura de Camacho. En estos lances conoció, en tiempos en que se hallaba enfermo, al capitán Joaquín Llaverías, del Regimiento Calixto García, futuro director del Archivo Nacional de Cuba.

Pero el verdadero protagonista de estas páginas no es otro que el Generalísimo Máximo Gómez, cuyo médico, el Dr. Gustavo Pérez Abreu, conocía a varios miembros de la familia del autor. Hay un pasaje memorable en el libro, y es el que narra el paso de

⁵⁰ Ramiro Guerra, *Por las veredas del pasado 1880-1902*, op. cit., p. 35.

la caballería de Gómez por Jesús Nazareno” y el encuentro de toda la familia con el caudillo dominicano. Guerra reproduce el breve diálogo en que su padre le dice a Gómez que tiene un hijo en sus fuerzas, y rememora el instante en que su hermana Felicia fue tomada en brazos por el General en Jefe, quien la sentó en el arzón de su montura. Antes, en la citada entrevista con Gerardo Álvarez Gallegos, ya había anticipado aquella estampa inolvidable a sus ojos de niño:

Una polvareda se alzó un día por la guardarraya de *Jesús Nazareno*. Lo recuerdo como si fuera hoy. Su Estado Mayor rodeaba al general, que traía oculta la blanca perilla de chivo por un pañuelo atado a la nuca para evitar el polvo del camino y el humo, aún flotante, de los incendios. Mi padre le saludó con emoción. Con una prócer campechanía, el *Chino Viejo* detuvo el caballo, miró hacia nosotros, hizo que le subieran a mi hermana Felicia, la más chiquita, la montó un momento en el arnés, le prodigó unas caricias y, pidiendo que lo perdonaran por no poder detenerse más, aflojó las riendas al corcel y siguió. Las nubes de polvo de la cabalgata se fueron deshaciendo... Jamás había de olvidarme de aquello que aún hoy, a más de medio siglo, conservo en mis pupilas como una placa fotográfica.⁵¹

Con el avance del conflicto bélico y su generalización en la región habanera, la familia de Guerra se trasladó al poblado de Quivacán. En este nuevo escenario, la descendencia tuvo que desplegar estrategias de sobrevivencia que incluían las incursiones del joven Ramiro en las zonas rurales en busca de comida, —lo que en el lenguaje de la guerra se llamaba “forrajear”— llegando en ocasiones hasta la propia finca familiar. En dichas correrías, que tienen un sabor de aventura y narración picaresca, Guerra se encontraba ocasionalmente con tropas mambisas y también debía eludir las

⁵¹ Gerardo Álvarez Gallego, op. cit., p. 27.

guerrillas y columnas españolas, como la tristemente célebre del general Melguizo, autora de terribles asesinatos.

Un capítulo de gran interés es el que describe las operaciones bélicas del general Juan Bruno Zayas en las cercanías de Quivicán, quien había sido enviado a la región habanera por Gómez, para aliviar un tanto la presión militar que se ejercía sobre Maceo en Pinar del Río. Aquí el joven Guerra adquiere protagonismo como correo de los mambises, al ser encargado de llevarle a Juan Bruno los mapas de los depósitos de caballos de tranvías y fortines del Cerro, que el intrépido general pensaba atacar para proveerse de los animales y al mismo tiempo demostrarle a Weyler que la revolución estaba a las puertas de la capital. Al producirse el encuentro del mensajero con el jefe mambí, este le dijo en señal de aprobación: “Muy bien, muchacho”. De manera dramática, después de la caída en combate de Zayas, su cadáver fue llevado a Quivicán, y entre los que reconocieron el cuerpo estuvo Ramiro Guerra, pues lo había visto apenas unos días antes. También fue el joven quien recibió al hermano del difunto, Dr. Alfredo Zayas, en la estación del ferrocarril y lo llevó a la casa del Dr. Wenceslao de Villaurrutia, agente secreto de la Junta Revolucionaria de La Habana, quien había sido condiscípulo del malogrado general en la Universidad.

La reconcentración de la familia en Batabanó constituye otro episodio notable en el libro, donde se narran las vicisitudes de las masas de campesinos obligadas a congregarse en los poblados, en condiciones miserables e inhumanas. Los progenitores de Guerra lograron una relativa ventaja en esta situación límite, al poder disponer de verdaderos tesoros: una carreta y una vaca lechera. La situación mejoró un poco cuando la madre encontró ocupación como cocinera y el padre pudo dedicarse a la fabricación artesanal de melado, en un pequeño trapiche de mano, el que lograba vender entre la población necesitada. El joven por su parte, consiguió un inusual empleo, escribiendo cartas a los quintos de la guarnición, a cambio de que le permitieran recolectar frutas y viandas para la mesa familiar. Sobre esta experiencia rememoró, no sin ironía que: “los soldados españoles siempre me hacían decir

en las cartas a sus familiares que allí no había guerra y que estaban muy tranquilos y sin ningún peligro. Muchas veces, mientras escribía esto en áspero papel del llamado «de barba», estaban sonando los tiros».⁵²

En el Surgidero de Batabanó encontró luego la ayuda del Dr. Ernesto Collazo, en una Casa de Salud de su propiedad. El Dr. Collazo era casado con una sobrina y ahijada del padre de Ramiro, la Sra. Filomena Debén y Guerra. Fue esta la primera vez que cobró por sus servicios, y adquirió experiencia como práctico de farmacia y enfermero. Las páginas conclusivas dan cuenta de los momentos finales de la guerra de independencia, tras la cual Ramiro Guerra tuvo un giro inesperado en su vida, cuando pasó a formar parte del cuerpo de maestros, en su gran mayoría improvisados y sin experiencia, durante el periodo de la intervención y primera ocupación militar estadounidense de la Isla. Como resultado de una recomendación obtuvo una plaza en el Surgidero de Batabanó, de la que tomó posesión el 26 de marzo de 1900. Su único mérito para ocupar dicha plaza de maestro, en la que recibiría un sueldo tres veces superior al de su empleo en la Casa de Salud, consistía en haber completado estudios de tercer año de bachillerato, por lo que tuvo que enfocarse en su formación pedagógica. Como parte de su preparación docente, Ramiro Guerra formó parte del contingente de 1456 maestros cubanos que visitaron la Universidad de Harvard, en el verano de 1900. En prueba de sus competencias como maestro, en 1902 fue evaluado por un tribunal en que estaba el célebre pedagogo Alfredo Miguel Aguayo, donde obtuvo muy buenas calificaciones. De aquellos tiempos iniciales en el magisterio hizo, casi medio siglo después, una penetrante evocación donde subrayó la labor importantísima que debían realizar los docentes en los albores republicanos, como continuadores en la paz de la epopeya mambisa:

⁵² Gerardo Álvarez Gallego, *op. cit.*, p. 27.

Designado maestro de las escuelas públicas de Cuba, en marzo de 1900, tuve, desde el primer día que inicié mis labores, que comenzar a estudiar y enseñar historia de nuestro país, incluida en los cursos de estudios de las escuelas primarias y en los programas escolares de la nueva escuela cubana. Los tiempos y el ambiente eran propicios para tal estudio y tal enseñanza. Los jóvenes e improvisados maestros de entonces, éramos considerados y nos considerábamos nosotros mismos, los continuadores de los libertadores de la patria. No por vanidad ciertamente, sino porque tal era la prédica que un día y otro nos hacían los más gloriosos jefes y soldados del Ejército Libertador, en una incitación constante a que cumpliésemos la misión de preparar a las nuevas generaciones para los arduos deberes de la ciudadanía en la República próxima a fundarse. La excelsa historia de trabajos, sacrificios y heroísmos del pueblo cubano debía ser enseñada. (...) El libertador fiaba en el maestro la continuación de la obra de redención y fundación por la cual habían derramado su sangre. Era ese nuestro orgullo y también nuestra inmensa responsabilidad.⁵³

En paralelo, también fue nombrada para ocupar una de las plazas de maestro en Batabanó su prima María Laudelina Debén Guerra, considerada la muchacha más instruida del pueblo, pues había recibido una educación muy superior a las del resto de los jóvenes de la localidad, por maestros privados que le habían enseñado francés y piano. El noviazgo y casamiento con Laudelina, a quien cariñosamente le decían Nani, un amor secreto que se había iniciado en la adolescencia, cierra con un matiz romántico y patriótico este libro singular. Ambos enamorados acudieron a la ceremonia de inicio de la República, el 20 de mayo de 1902, y allí presenciaron “emocionados el memorable espectáculo, oyendo los himnos de los Estados Unidos y Cuba, al arriarse la

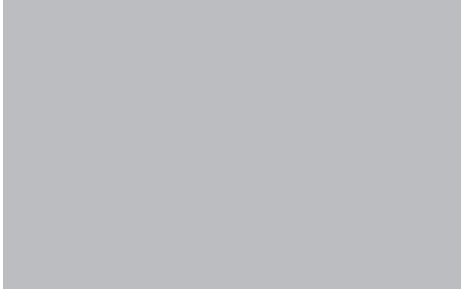
⁵³ Ramiro Guerra, “La Guerra de los Diez Años. Su sentido profundo en la historia de Cuba, 1868-1878”, *Discursos leídos en la recepción pública del Dr. Ramiro Guerra y Sánchez...*, La Habana, Imprenta El Siglo XX, 1949, pp. 7-8.

bandera norteamericana e izarse la cubana, saludadas ambas con salvas de cañonazos y vivas ensordecedores de la inmensa muchedumbre apiñada en todo el litoral”.⁵⁴ El matrimonio de Ramiro Guerra y Laudelina abarcó un cuarto de siglo, en el que tuvieron once hijos (María, Graciela, Ramiro, Leyda, Mirta, Irma, José Antonio, Mercedes, Jorge, Héctor y Ana) y solamente fue interrumpido por el fallecimiento de su esposa, en trance de dar a luz a su duodécimo vástago, el 6 de junio de 1927. Ramiro jamás se volvió a casar y la sobrevivió más de cuatro décadas, hasta su muerte el 29 de octubre de 1970 a los 90 años, en que cumplió su íntimo deseo de ser enterrado en Cuba y al lado de *Nami*, su gran amor.⁵⁵

2021

⁵⁴ Ramiro Guerra, *Por las veredas del pasado 1880-1902*, op. cit., p. 143. El matrimonio tuvo lugar el 1 de julio de 1903.

⁵⁵ “A mí me entierran en Cuba y junto a Nanina”. Testimonio personal de Alberto Santamarina Guerra, nieto de Ramiro Guerra, 8 de enero de 2021.



MANUEL MORENO FRAGINALS: LOS APRENDIZAJES DEL OFICIO DE HISTORIADOR

Para Beatriz Moreno Masó

Creo que hay belleza en las cosas innominadas, que cientos de esas pequeñas cosas van formando un poco la savia de la historia. En parte eso me llevó a ser historiador.

MANUEL MORENO FRAGINALS

En una enjundiosa entrevista realizada por Olga Cabrera e Isabel Ibarra al gran historiador Manuel Moreno Friginals, el autor de *El Ingenio* confesó algunas de las motivaciones y claves personales que lo llevaron a convertirse en investigador del pasado de Cuba. Entre dichos estímulos mencionó su propia saga familiar, donde se recordaba la estampa del abuelo mambí, el coronel Manuel Lico Moreno Collazo, joven soldado que se levantó en armas con apenas quince abriles, “jineteó la Isla durante los diez años de la primera guerra por la independencia, quemando ingenios y cañaverales y liberando esclavos”,¹ y fue un excelente improvisador de versos patrióticos y satíricos; así como la figura dominante del padre, Elpidio Fausto Moreno, “administrador de grandes centrales y técnico en el comercio internacional de azúcares”,² quien en opinión de su hijo: “tenía la idea de que un hombre sin memoria podía fracasar fácilmente en la vida. Él mismo tenía una memoria de elefante (...) Lo primero fue la presencia de mi padre, que era historia viva”.³

La genealogía familia era algo que obsesionaba a Moreno, y que estudió concienzudamente, al punto de averiguar que dos de sus

¹ Manuel Moreno Friginals, *El ingenio. Complejo económico social cubano del azúcar*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1978, tomo I, p. 12.

² *Ibidem*.

³ “Manuel Moreno Friginals entrevistado por Olga Cabrera e Isabel Ibarra. Fragmentos de una conversación interrumpida”, *Encuentro de la Cultura Cubana*, Madrid, no. 10, otoño de 1998, pp. 3-4.

antepasados remotos vivieron en la colonia temprana del siglo xvi; uno de ellos llamado Francisco Pérez de Borroto, había sido uno de los primeros escribanos que tuvo La Habana y el segundo, un judío de nombre Juan Muñoz, fue quemado por el Santo Oficio de la Inquisición; otro de sus ancestros llamado Pedro Trujillo y de Ribera fue corsario en el siglo xviii, y según su testimonio: “Navegando en su balandra Nuestra Señora del Rosario, con una tripulación de casi cien hombres, logró levantar una pequeña fortuna que su nieto invirtió en la compra del Ingenio Coatzacoalco, que llegó a tener doscientos cincuenta esclavos”.⁴ Otros miembros de su familia incluían a la abuela paterna “poetisa de regular valía” y a los catalanes de Mataró por rama materna, entre los cuales hubo “pescadores, marineros y obviamente contrabandistas, vinieron a Venezuela, pasaron luego a Curazao, donde nació mi tercer abuelo materno y finalmente pasaron a Trinidad en el sur de Cuba”.⁵

La movilidad familiar estuvo presente también en el padre, oriundo de Trinidad y llevado muy niño a Jamaica, donde vivió hasta la adolescencia, antes de marcharse a estudiar en los Estados Unidos. Por lo tanto, su progenitor había tenido en cierto modo una educación cosmopolita y podía hablar con fluidez el creole de Jamaica y el inglés, y era notorio que todavía en su adultez se sentía inseguro hablando español. En los recuerdos de Moreno, el padre era un hombre extraordinariamente sabio: “de excepcional cultura universitaria, con una sólida formación empresarial, que sabía distinguir decenas de calidades y tipos de maderas, las especificaciones de los aceros, recitar sin el menor titubeo el monólogo de Hamlet en perfecto inglés de Oxford y el Segismundo de *La vida es sueño* de Calderón”.⁶

Todos estas historias y rasgos familiares, y muy especialmente los relacionados con su padre, influyeron decisivamente en la formación intelectual del niño y joven Moreno, y de paso también

⁴ Alessandra Riccio, “El ingenio de Moreno”, *Revolución y Cultura*, La Habana, no. 9, septiembre de 1989, p. 4.

⁵ *Ibidem*.

⁶ *Ibidem*.

estimularon su interés por estudiar el pasado, toda vez que, siendo el primer historiador de su linaje, confesó haber heredado de sus antepasados “una experiencia de lo discontinuo, con gran capacidad para situaciones cambiantes, una gran movilidad social y física. Recorro la vida de mis padres, abuelos, bisabuelos y veo que hacen sus vidas en lugares distintos de donde nacen, no siguen los mismos oficios de sus padres, nacen ricos y mueren pobres o viceversa”.⁷ Entre las cosas más importantes que aprendió de Elpidio Fausto Moreno estaba la noción de que “el único dogma válido es el antidogmatismo (...) a estudiar continuamente, a observar, a respetar. A amar mi tierra y otras tierras. Cosas pequeñas, de sabiduría cotidiana, pero que otorgan gran dignidad a mi vida”.⁸

Más allá del ámbito hogareño, la formación escolar del futuro historiador estuvo marcada por los vaivenes de la fortuna familiar, dañada por la crisis económica de 1929, y los avatares de la política doméstica, que determinaron el cierre del instituto donde cursaba la enseñanza secundaria en los años convulsos de la Revolución del 30. Fuera de los circuitos oficiales de instrucción, se matriculó en cursos de pintura y escultura en la Academia de San Alejandro, frecuentó bibliotecas y practicó deportes, en los que se destacaba como corredor. Con 17 años matriculó en el Instituto de Segunda Enseñanza del Vedado, donde conoció a un estudiante excepcional, llamado con el tiempo a recorrer en muchos sentidos un camino de investigación paralelo al suyo: Raúl Cepero Bonilla (1920-1962). De aquellos años juveniles, sus discusiones con Cepero Bonilla y el ambiente intelectual que solía frecuentar, relató en una entrevista concedida a su colega Pedro Pablo Rodríguez:

Raúl Cepero Bonilla fue mi compañero de estudios. Compartíamos similar interés por la historiografía y discutíamos mucho porque él tenía ideas muy claras sobre ciertos aspectos de la historia nacional. Yo entonces no compartía su criterio de que Saco, aunque era enemigo de la trata, era

⁷ *Ibidem.*

⁸ *Ibidem.*

también una expresión de la sacarocracia. Pasó un tiempo para que entendiera el asunto. Hacia los años 1938-39 nos reuníamos un grupo de jóvenes en las escaleras de la Sociedad Económica de Amigos del País, donde se hallaba también la escuela de pintura de San Alejandro. De ahí que se fuera formando un variopinto conglomerado, de pintores en primer término, y también (...) de músicos (...) Y, claro, estábamos también los interesados en asuntos cubanos, que íbamos a estudiar en la biblioteca de la Sociedad. Se formaba allí una tertulia que terminábamos comiendo cinco centavos de chicharritas o cualquiera de esos grandes manjares de la época en el puesto de chinos cercano.⁹

Al concluir el bachillerato, matriculó la Carrera de Derecho en la Universidad de La Habana en septiembre de 1939. Al decir del historiador Oscar Zanetti: “las áridas materias jurídicas no le atrajeron tanto como algunas asignaturas —las de Historia principalmente— que debía cursar en la facultad de Filosofía y Letras. Prueba de ello será el premio obtenido por su monografía «Viajes de Colón en aguas de Cuba» en el concurso conmemorativo que convoca la Sociedad Colombista Panamericana en 1942”.¹⁰ De aquellos tiempos iniciales en la universidad contó haber escrito algunos trabajos sobre el movimiento obrero, con una total ignorancia de los métodos básicos de investigación: “Entonces no sabía trabajar, figúrense que tomaba el dato sin la referencia bibliográfica”.¹¹ Quizás este interés inicial en los estudios sobre el universo de las luchas obreras, estuvo influenciado por su militancia en el Partido Socialista Popular, en cuya célula de la Facultad de Derecho compartía ideología con otros cuatro estudiantes de ideas socialistas.¹²

⁹ Pedro Pablo Rodríguez, “El historiador no cesa de estudiar” (entrevista a Manuel Moreno Fraginals) [1978], en su: *Diálogo con los tiempos. Entrevistas a historiadores cubanos*, Santa Clara, Editorial Capiro, 2015, pp. 170-171.

¹⁰ Oscar Zanetti, “El oficio de historiador según Manuel Moreno Fraginals”, *Órbita de Manuel Moreno Fraginals*, La Habana, Ediciones Unión, 2009, p. 8.

¹¹ Pedro Pablo Rodríguez “El historiador no cesa de estudiar”, op. cit., p. 171

¹² Alessandra Riccio, “El ingenio de Moreno”, p. 8.

Podemos conjeturar que este es también el momento en que conoce al poeta José Lezama Lima, que le fue presentado por el artista Roberto Diago, con quien sostuvo extensas pláticas en el Castillo del Príncipe, y como confesará años más tarde: “Lezama poetizaba, Diago pintaba y yo me iniciaba en mi primera investigación sobre condiciones de vida en los «solares» o casas de vecindad”.¹³ La amistad con Lezama fue larga y de estimación recíproca, al punto que el José de Trocadero le escribió en la dedicatoria de su *Poesía completa*: “Para Manuel Moreno Friginals, que busca la imagen en la historia, que es la historia de la imagen”.¹⁴ La fecha de esta inscripción es notablemente simbólica para ambos, pues aparece datada el 20 de mayo de 1972, aniversario de la República de Cuba.

En la aludida entrevista con Cabrera e Ibarra, los recuerdos de Moreno sobre sus años universitarios son los de un lector pertinaz y desorganizado: “me convertí en un devorador de libros sin ninguna técnica, pero sencillamente eso es algo que te va formando, se va sedimentando en uno”; y ofrece simpáticas y afectuosas semblanzas de algunos de sus profesores: “Herminio Portell Vilá, que tenía unas malas pulgas de todos los diablos, pero que ayudaba a los buenos alumnos. El viejo Elías Entralgo, muy buena persona. Roberto Agramonte, que pese a su pedantería y a su empaque de profesor de la Sorbona era un tipo estupendo”.¹⁵

De acuerdo con el testimonio de Moreno, Herminio Portell Vilá (1901-1991) fue quien le comunicó por teléfono que había resultado ganador del premio con su trabajo sobre los viajes colombinos, y le dijo: “Moreno, tú tienes el premio; es el trabajo más documentado, el mejor escrito, una prosa excelente”.¹⁶ Algo que, como se verá, no era cabalmente cierto y ensalzó la vanidad del historiador

¹³ Manuel Moreno Friginals, “Prólogo” a José Lezama Lima, *Oppiano Licario*, La Habana, Editorial Arte y Literatura, 1977, p. 10.

¹⁴ Cortesía de Beatriz Moreno Masó.

¹⁵ “Manuel Moreno Friginals entrevistado por Olga Cabrera e Isabel Ibarra. Fragmentos de una conversación interrumpida”, p. 4.

¹⁶ Ídem.

en ciernes. Sobre su relación con el autor de *Narciso López y su época*, Moreno confesaría años más tarde que:

A partir de los años cincuenta tuve violentas discrepancias, y con el triunfo de la Revolución nos situamos en campos enemigos. Sin embargo, como historiador que hoy falsearía el pasado si no reconociera la influencia que ejerció sobre muchos compañeros en mi generación por su extraordinaria capacidad de trabajo, su riguroso cumplimiento de las normas universitarias y su interés personal por cada alumno que se destacaba. Hoy, después de años de estudios y evolución de mi pensamiento historiográfico, sus libros me parecen un amasijo de datos sin jerarquizar ni interpretar. Hace cincuenta años estimaba que era un portento de erudición.¹⁷

El “viejo” Elías Entralgo (1903-1966), según Moreno “hombre sabio y de extraordinaria bondad”, en carta que envió al Colegio de México en 1945, con motivo de haber solicitado Moreno una beca para estudiar en la prestigiosa institución azteca, fue menos efusivo que Portell Vilá con el antiguo discípulo. Al parecer no lo recordaba bien por el apellido, pero también reconocía en el aspirante virtudes intelectuales y humanas:

He tenido [...] más de un alumno de apellido Moreno; pero supongo que Manuel Moreno Friginals [subrayado en el original] es un joven alto, más bien flaco, de espejuelos, que hace años obtuvo un premio en un concurso de la Sociedad Colombina Panamericana por un trabajo acerca del recorrido de Colón por las costas de Cuba. Si como supongo se trata de este joven, puedo decirle a Ud. que le tengo por serio y honesto, inteligente, estudioso, y con especial inclinación a los estudios históricos. Lamento mucho no poder identificar definitivamente a ese aspirante a beca del Colegio de México, pero he estado fuera de Cuba, casi dos meses, no ha vuelto

¹⁷ Alessandra Riccio, “El ingenio de Moreno”, pp. 4-6.

por nuestra Universidad más que parte de una mañana, y sé que Uds. no pueden esperar mucho más este asunto.¹⁸

Además del citado estudio sobre Colón, las inclinaciones del joven estudiante lo habían llevado a colaborar ocasionalmente con la obra *Historia económica de Cuba*, redactada por el estudioso alemán Heinrich Friedlaender y publicada en 1944, quien agregaría en su carta de recomendación para el Colegio de México, que Moreno tenía “buena inteligencia” y que estaba “familiarizado con las ideas socialistas”.¹⁹ Otras actividades intelectuales en sus años universitarios incluyen una charla sobre los “Movimientos Sociales Cubanos en la Colonia”, ofrecida en la sede de la Sociedad Hispano Cubana de Cultura, que dirigía Fernando Ortiz (1881-1969), la redacción de la revista *Lux* (órgano de una federación sindical) y expresaba que le interesaban “principalmente los pueblos precolombinos, además de los siglos XVII y XVIII”.²⁰ Como quedó registrado en la planilla de solicitud para realizar sus estudios en México, Moreno no concluyó sus estudios de Derecho en la Universidad: “donde aprobó tres de los cuatro años de derecho con óptimo resultado (*notable*), y no haber terminado debido a que tenía que trabajar para mantenerse, lo cual no le había impedido seguir como alumno libre, cursos de historia, acreditando el estudio de diversas disciplinas”.²¹

En realidad, el tránsito del joven por las aulas habaneras de las Escuelas de Derecho, Ciencias Comerciales y Filosofía y Letras fue irregular (matriculó en tres ocasiones distintas en el transcurso

¹⁸ Andrés Lira, “Manuel Moreno Friginals: «Diario» del VII Congreso Nacional de Historia (Guanajuato, septiembre de 1945)”, *Historia Mexicana*, año LI, no. 2, 2001, p. 397.

¹⁹ *Ibidem*. En la introducción de su libro, Friedlaender agradece a sus colaboradores José Luis Galbe y Carlos Funtanellas y agrega: “El Dr. Manuel Moreno ha hecho también una contribución apreciable con respecto al estudio del movimiento obrero”. En: Heinrich Friedlaender, *Historia económica de Cuba*, La Habana, Jesús Montero, Editor, 1944, p. 16. El tratamiento de doctor, como se verá más adelante, era inexacto; Moreno todavía era estudiante en ese momento.

²⁰ *Ídem*, p. 396.

²¹ *Ibidem*.

que va de 1939 a 1961) y no se caracterizó precisamente por obtener calificaciones sobresalientes, sobre todo en las materias relacionadas con la jurisprudencia. En su expediente de la Universidad de La Habana las mejores notas están relacionadas con las asignaturas de Historia de Cuba, Historia de América y Moderna (estas dos últimas eran las que impartía Herminio Portell Vilá), Estadísticas y Sociología General, mientras que aparece suspenso en Derecho Romano, Derecho Penal y Derecho de Sucesiones.²² Desmotivado quizás por una carrera que no le satisfacía intelectualmente,²³ y dos visitas del historiador Silvio Zavala (1909-2014) a La Habana en la primera mitad de la década de 1940, llevaron sus pasos al recién fundado Colegio de México, en el mes de septiembre de 1945. En la señalada entrevista rememora:

Por aquel entonces llegó a Cuba un personaje para mí increíble y uno de los hombres que más influyó en mi vida, Silvio Zavala, el historiador mexicano. Zavala era yucateco, y el yucateco es un personaje con una gran calma, muy trabajador. Zavala es para mí una de las cumbres de la historia moderna; tiene una obra enorme, yo no sé cómo ha podido escribir tanto. Don Silvio nos da una conferencia en la Universidad y después nos dice: “Se ha fundado el Colegio de México” (...) Y a mí se me metió en la cabeza ir al Colegio de México y esta idea se me renueva en una segunda visita de Don Silvio en el año 44.²⁴

Su encuentro con Silvio Zavala no solo fue inspirador del viaje a México, sino que se convirtió para el joven habanero en una

²² *Expediente docente de Manuel Moreno Fraginals*, no. 35, 857. Archivo Histórico de la Universidad de La Habana.

²³ Pese a lo cual insistió en graduarse y matriculó nuevamente en mayo de 1949. Resultado de este segundo intento fue la obtención el título de Licenciado en Derecho Administrativo, expedido el 23 de abril de 1954. Regresó nuevamente a las aulas de Derecho en 1959, y se mantuvo en ellas hasta 1961, con el objetivo de lograr su doctorado en Derecho. Dicho título finalmente le fue concedido en 1986.

²⁴ “Manuel Moreno Fraginals entrevistado por Olga Cabrera e Isabel Ibarra. Fragmentos de una conversación interrumpida”, p. 4.

verdadera cátedra del método historiográfico, al señalarle al trabajo premiado por la Sociedad Colombista Panamericana numerosas deficiencias, entre ellas las citas mal concebidas y las referencias a libros de segundo orden. En los recuerdos de Moreno, Zavala literalmente destrozó aquel trabajo de juventud, le dio una lección de humildad intelectual y le demostró que debía mejorar mucho su estilo literario como historiador:

Me desbarató totalmente el libro que otros habían calificado de obra maestra y que además me había dado fuerzas para ser historiador. Me acuerdo que al final de aquella conversación yo me quería defender por lo menos en algo, otros me habían dicho que el libro estaba muy bien escrito, y voy y le pregunto a Don Silvio qué opinaba sobre el estilo del libro. Todavía me acuerdo de su respuesta: “¡Está muy mal escrito! ¡Usted no tiene idea de cómo se escribe en español! ¡Tiene que aprender a redactar!” Por eso nunca publiqué ese libro. Me convencí de que estaba muy mal escrito y además del daño que hacen los profesores diciéndoles a los alumnos que un trabajo malo está bueno.²⁵

El paso de Moreno por El Colegio de México es un capítulo fundamental en su formación como historiador. Allí tuvo la oportunidad de confraternizar con un gremio de historiadores de gran experiencia, trabajar en sus riquísimos archivos coloniales, participar en el VII Congreso de Historia Mexicana celebrado en Guanajuato en 1945 (del cual dejó un interesantísimo relato) y ser testigo de un hecho excepcional: el hallazgo en el Hospital de Jesús, en 1946, de los restos de Hernán Cortés, ocultados por Lucas Alamán en 1823 por temor a una profanación de grupos radicales antiespañoles. Sobre este evento tan singular, Moreno evocó en una conferencia las peripecias y desencuentros que generó con una parte de la intelectualidad mexicana:

²⁵ Ídem, p. 5.

Esto ocurrió exactamente el 26 de noviembre de 1946 y aún recuerdo como las tres personas que habíamos intervenido en el hecho, es decir, en el descubrimiento de la tumba de Hernán Cortés, nos vimos envueltos en un vendaval de elogios e insultos. Para las gentes de izquierda, los descubridores de los restos de Hernán Cortés éramos simplemente los hombres de la extrema derecha, que queríamos desprestigiar a la Revolución Mexicana sacando a la luz el símbolo de los cristeros. Recuerdo ahora el titular destacado de un libelo de la época que decía: *Manuel Moreno, vampiro y profanador de tumbas, debe ser expulsado de México*. Por su parte, los grupos de derecha, que se sorprendieron con la noticia, estaban seguros de que nosotros éramos tenebrosos agentes rojos que con interés de atacar a la derecha y a la iglesia católica habíamos localizado la tumba con el objeto de vejar y ridiculizar la figura de Cortés. (...) Uno de los más grandes intelectuales de América, el mexicano Edmundo O’Gorman se tomó el trabajo de reunir las principales opiniones, estudiarlas y emitió un juicio lapidario. Dijo: los huesos de Cortés no nos han aportado conocimiento alguno sobre el conquistador. Pero, y esto es muy importante, han puesto de relieve facetas extraordinarias sobre nuestros contemporáneos.²⁶

Años más tarde rememoraría con intensidad aquel venero de enseñanzas que representó para él su tránsito por el Colegio de México:

En verdad, mi formación básica, la *mesure*, la obtuve en el Colegio de México, donde Silvio Zavala logró orientar una gran cantidad de estudios en cuanto a materias como Arqueología y Museografía, además del análisis de obras de diversas épocas y en distintos idiomas. Estudié mucha filosofía y recibí un seminario sobre matemáticas. Me enseñaron a

²⁶ Manuel Moreno Fraginals, “Conferencia impartida en el Seminario San Carlos y San Ambrosio con motivo del Quinto Centenario del Descubrimiento de América”, [1992]. Cortesía de Beatriz Moreno Masó.

trabajar con documentos, cultura general, un idioma extranjero, una buena cultura historiográfica. Me enseñaron a escribir. Allí se daba un gran entrenamiento para la investigación histórica. Siempre he tenido la impresión de que en aquellos años cuarenta el Colegio era la institución más seria en los estudios históricos de habla española.²⁷

Sin embargo, nuevamente en el Colegio de México apareció cierta inconstancia en el estudiante Moreno, como antes en su paso por las aulas habaneras. En contraste con su dedicación al examen de los archivos, se le reprochaba dejadez en atender a los cursos que se impartían en el Centro de Estudios Históricos. Según la pesquisa realizada por el investigador mexicano Andrés Lira, en el expediente de Moreno en el Colegio de México consta lo siguiente:

Contiene más de una reclamación por faltar a la clase de Latín, que impartía Amancio Bolaño; reclamos de trabajos no entregados a tiempo (quizá no lo hizo nunca) para el curso de Paleografía, que impartía la profesora Muedra, y los de los profesores Silvio Zavala y José Miranda (Encomiendas en América, siglo xvi, e Historiografía de América, a cargo del primero, e Instituciones del siglo xviii, a cargo de Miranda). Este profesor había ido a El Colegio a recoger los trabajos de primer semestre de 1946, y dejó dicho que, faltando el de Moreno Fragonal, lo recibiría en su casa (López 50-305), y podía dejarlo en manos del portero. El disgusto y requerimientos fueron notificados a Moreno Fragonal en carta del 10 de agosto de 1946 por Luis de Santullano, secretario general, dirigida a su domicilio (Anatole France 357-5, lo cual da idea de la ubicación que en la topografía urbana tenía nuestro becario).²⁸

²⁷ Pedro Pablo Rodríguez “El historiador no cesa de estudiar”, op. cit., p. 171

²⁸ Andrés Lira, “Manuel Moreno Fragonal: «Diario» del VII Congreso Nacional de Historia (Guanajuato, septiembre de 1945)”, p. 399.

Lo anterior no fue obstáculo para que el joven discípulo obtuviera el apoyo de una personalidad tan influyente como el polígrafo Alfonso Reyes (1889-1959) para realizar trámites migratorios, pero su estancia mexicana finalizó en 1947 al ser cancelada su beca, lo que le fue comunicado a su domicilio en Cuba a través de una carta firmada por el economista y sociólogo Daniel Cossío Villegas (1898-1976). Años más tarde, en 1951, el secretario de El Colegio de México hizo constar a favor del interesado que había cursado las siguientes materias: “dos semestres de Paleografía, dos de Latín, uno de Encomiendas en América durante el siglo xvi, otro de Historiografía de Indias y otro de Instituciones del siglo xviii en América, y un curso de Cuestiones de Historiografía e Historia General. No daba calificaciones y, en carta aparte, señalaba que el Seminario de Filosofía impartido por el profesor catalán Joaquín Xirau no podía incluirse en la constancia, pues había tenido lugar en casa del profesor y no se había registrado en El Colegio de México”.²⁹

Precisamente el pensador y pedagogo Joaquín Xirau (1895-1946), quien antes de exiliarse en México había sido decano de la Facultad de Filosofía y Letras de Barcelona, es la otra gran influencia intelectual, junto a la ya mencionada de Zavala, que tuvo Moreno durante su estancia mexicana. Al respecto dijo: “A Xirau le debo el haberme introducido seriamente en los estudios filosóficos, el antidogmatismo, el descubrimiento (para mí) de Raimundo Lulio y el pensamiento medieval español (desde entonces San Juan de la Cruz fue para mi libro de cabecera, la lectura crítica del *Paideia* y decenas de cosas más. Su absurda muerte accidental en momentos en que lo reclamaba La Sorbona fue uno de los más rudos golpes intelectuales que he recibido”.³⁰

A finales de la década de 1940 Moreno vivió otras experiencias académicas enriquecedoras. En 1947 ganó una beca en España

²⁹ Ídem, p. 400.

³⁰ Alessandra Riccio, “El ingenio de Moreno”, op. cit., p. 6.

del Instituto de Cultura Hispánica, que le permitió investigar en varios archivos y bibliotecas importantes de la Península, como los de Indias y Simancas y las bibliotecas Nacional de Madrid y la del Ateneo. Resultado de dichas pesquisas fue su trabajo titulado *Misiones cubanas en los archivos europeos*, publicado en México en 1951.³¹ Como un dato interesante de su existencia ilustrada, que demuestra el carácter cosmopolita de sus intereses y sobre todo su avidez por la literatura, Moreno cuenta que en España:

Mi relación no fue con historiadores sino con el magnífico grupo de literatos que frecuentaba el Café Gijón. Recuerdo las tres obras que más se discutían en España en aquellos momentos. *Nada*, la novela de Carmen Laforet; una colección de poemas reunidos bajo el título de *Cuando ya no hay remedio*; y la novela *Tiempo de silencio*, de Luis Martín Santos. Fui amigo de Buero Vallejo, de Camilo José Cela y de otros, en el café Gijón que está frente a la Biblioteca Nacional, donde yo investigaba (...) Aprendí mucho y creo que me vino bien unirme con gentes que estaba un poco fuera de la historia como disciplina profesional. Me acostumbraron a algo que no sé si es un defecto o una virtud, que es trabajar la Historia no sólo con historiadores sino buscando otra dimensión en poetas, políticos y novelistas...³²

A su regreso a Cuba, en 1949, colaboró con el historiador Emerico Santovenia (1889-1968) y obtuvo el cargo de jefe de redacción de la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*.³³ En el número de febrero de 1950 de dicha revista aparece su trabajo titulado “Anselmo Suárez y Romero (1818-1878)”, un agudo ensayo sobre la relación entre la obra de este escritor y la realidad de la plantación esclavista. Acompaña este texto un minucioso índice de los

³¹ Manuel Moreno Fraginals, *Misiones cubanas en los archivos europeos*, México, D.F., Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1951.

³² Manuel Moreno Fraginals entrevistado por Olga Cabrera e Isabel Ibarra. Fragmentos de una conversación interrumpida”, p. 5.

³³ Eventualmente, también llegó a dirigir la Biblioteca Nacional en 1952.

manuscritos de Suárez y Romero que se conservaban en la Biblioteca Nacional, una labor de elegante erudición que guarda semejanza con el estudio bio-bibliográfico sobre José Antonio Saco, en que Moreno expone su escrupuloso método de trabajo:

El hecho de que muchos de estos manuscritos no estuviesen inéditos como se venía afirmando hasta nuestros días por todos los intelectuales, no merma el valor de los mismos por diversas razones. Primero, gran parte de las publicaciones donde vieron la luz estos escritos de Suárez y Romero son hoy sumamente difíciles de conseguir. Segundo, algunas transcripciones modernas, como por ejemplo la reedición de las cartas de Zacarías González del Valle a Suárez y Romero, hecha por la Dirección de Cultura del Ministerio de Educación con un prólogo de Francisco González del Valle, está tan plagada de errores que resulta completamente inútil al investigador acucioso. Baste señalar que en el cotejo de dicha publicación con los originales que se hallan en la Sociedad Económica de Amigos del País, hemos encontrado más de *cientos veinte errores* (!), y algunos de ellos totalmente imperdonables. Además, acrecienta el valor de los manuscritos todas las notas aclaratorias que al margen de los mismos puso Suárez y Romero y que es lástima no hayan sido utilizadas por los investigadores.³⁴

En ese propio número publica, con las iniciales M. F., una penetrante reseña del libro de Félix Lizaso (1891-1967) *Panorama de la cultura cubana*, aparecido en México por el Fondo de Cultura Económica en 1949. En su exégesis crítica, Moreno lamenta que el contenido del libro no se corresponda con su ambicioso título, reflexiona sobre la dificultad que entraña combinar un estudio ilustrado con los propósitos de una obra destinada a un público general y le reprocha a Lizaso no mencionar dentro de su catálogo de autores

³⁴ Manuel Moreno Fraginals, "Índice de los manuscritos de Anselmo Suárez y Romero que se conservan en la Biblioteca Nacional", *Revista de la Biblioteca Nacional*, La Habana, segunda serie, t. I, no. 2, febrero, 1950, pp. 73-121.

a clásicos como La Sagra y Pezuela, y a contemporáneos como Félix Pita Rodríguez o Julio Le Riverend. Otras discrepancias con el ensayo reseñado aluden a cuestiones eruditas, y también a enfoques historiográficos como el de la “manida idea de atribuir a la dominación inglesa en La Habana una decidida influencia cultural” o afirmar “que la transformación sorprendente que sufre el país en los primeros treinta años del siglo XIX se debe a las innumerables medidas tomadas durante el gobierno de Las Casas”.³⁵ Otros desaciertos observa el historiador en el citado ensayo, como la aseveración de que Saco no volvió a Cuba después de su forzado destierro, o situar las tertulias delmontinas como contemporáneas de publicaciones al estilo de *El Americano Libre* o *El Revisor Político Literario*. Vemos en esta reseña aparecer con claridad el estilo incisivo, cuestionador y polémico de Moreno, que se mantendrá luego a lo largo de todos sus escritos.

Para 1950 la figura de Manuel Moreno Fraginals ya era reconocida dentro del cenáculo de los que cultivaban el jardín de Clío en la Isla, y era ostensible la relación de amistad y discipulado que mantenía con el profesor Elías Entralgo. Ello se puede apreciar en la invitación que le cursó Entralgo para que junto a un grupo intelectuales, entre los que estaban Ena Mouriño, Sergio Aguirre, Raúl Cepero Bonilla, Octavio R. Costa, Carlos Funtanellas y Julio Le Riverend, participara en un proyecto historiográfico colectivo. Con el pretexto de celebrar su 47 aniversario, Entralgo le escribió convidándolo a una cena entre colegas, y le revela: “La comida será un medio; el fin es que platiquemos sobre un plan de actividades en una afición que nos es común. Esta invitación les va un poco adelantada con el propósito de adelantarse a otro compromiso trasladable”.³⁶

En julio de 1950, a propuesta del Dr. Pedro Cañas Abril (1902-1992), Decano de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Oriente, Moreno fue contratado “como Profesor

³⁵ M. F., “Bibliográficas” [Reseña de: Félix Lizaso, *Panorama de la cultura cubana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1949], *Revista de la Biblioteca Nacional*, La Habana, segunda serie, t. I, no. 2, febrero, 1950, p. 123.

³⁶ “Carta de Elías Entralgo a Manuel Moreno Fraginals, La Habana, 14 de marzo de 1950”. Cortesía de Beatriz Moreno Masó.

Auxiliar Extraordinario de Historia y del Seminario de Investigaciones Históricas, por el término de un semestre a partir del día primero de septiembre entrante con el haber de doscientos cincuenta pesos mensuales a percibir desde esa fecha”.³⁷ Además de impartir dichas asignaturas, en enero de 1951 formó parte del Tribunal examinador para cubrir la plaza de Ayudante de Biblioteca de la Universidad, junto a María Teresa Freyre de Andrade (1896-1975), Profesora de la Universidad de La Habana y fundadora de la Asociación Cubana de Bibliotecarios, quien se desempeñó como Presidente del Tribunal.³⁸ Ese propio mes le fue prorrogado su contrato profesoral por un semestre.³⁹

Como gesto de cortesía con su antiguo maestro Elías Entralgo, Moreno le envió una copia del programa de Historia de Cuba que impartió en la Universidad de Oriente, a lo que Entralgo respondió con un mensaje de sincero aliento: “Estas letras le llevan la expresión de mi reconocimiento por el fino obsequio que me ha hecho de su programa en el primer curso de Historia de Cuba que se ha dado en la Universidad de Oriente, precedido por una delicada dedicatoria de Ud. y sus discípulos (...) Me parece un esfuerzo de sólida documentación y clara orientación. Ha empezado usted muy bien”.⁴⁰

Otra influencia poco conocida en la formación de Moreno como historiador es la del polígrafo y erudito José María Chacón y Calvo. Una carta de febrero de 1950 da cuenta de la relación de trabajo entre ambos, y de la gratitud de Moreno por la colaboración y el apoyo recibido de quien llama “querido maestro”:

Después de haberle escrito hace poco más de un mes retuve la carta pues deseaba ofrecerle algunas noticias que estaban

³⁷ “Acta de la Reunión del Consejo Universitario de la Universidad de Oriente, correspondiente al 14 de julio de 1950, acuerdo no. 264”. Cortesía de Frank Josué Soler Cabrales.

³⁸ “Acta de la Reunión del Consejo Universitario de la Universidad de Oriente, correspondiente al 25 de enero de 1951, acuerdo no. 53”. Cortesía de Frank Josué Soler Cabrales.

³⁹ “Acta de la Reunión del Consejo Universitario de la Universidad de Oriente, correspondiente al 31 de enero de 1951, acuerdo no. 65”. Cortesía de Frank Josué Soler Cabrales.

⁴⁰ “Carta de Elías Entralgo a Manuel Moreno Friginals, La Habana, 14 de marzo de 1951”. Cortesía de Beatriz Moreno Masó.

a un punto de recibir de México. Finalmente, aunque fuera del tiempo que yo me imaginaba, se me notificó que el trabajo sobre las Misiones cubanas en los archivos Europeos, ha sido aceptado por el Instituto Panamericano de Geografía e Historia y habrá de publicarse en breve. Como una buena parte de este libro está dedicada a la labor de investigación que usted realizó en Indias, al comunicarle su publicación siento como si le estuviera hablando de algo suyo.

Además, quiero consignar en esta carta el agradecimiento a que estoy obligado por la forma cordial y generosa en que siempre me ha ayudado, pese a que la primera vez que acudí a usted, le era poco menos que un desconocido. No crea que esta actitud mía de retraimiento sea en forma alguna olvido de todo lo que usted ha hecho por mí, sino solo un defecto de mi carácter. Tengo presente y reconozco con orgullo que siempre que acudí a usted encontré ayuda material y bienestar espiritual. Y digo con orgullo, porque ¿cuál es el mayor que el de aspirar a contarme un día entre sus discípulos?⁴¹

En paralelo con sus actividades docentes y de investigación, Moreno concibió la idea de realizar una empresa bibliográfica de gran envergadura e importancia para la indagación histórica. Su propósito era consumir un índice analítico del *Diario de la Marina*, al que consideraba, como le cuenta a su amigo el poeta y periodista de aquel órgano de prensa Gastón Baquero: “la más importante fuente de información histórica cubana así como el más positivo exponente de nuestra cultura en el siglo XIX”.⁴² En esta misma carta le expresa a Baquero la complejidad de una obra de esa naturaleza y su compromiso personal de poder acometerla en un tiempo razonable (tres años como mínimo, sin ayuda de auxiliares) dada su experiencia previa en este tipo de labor. En síntesis,

⁴¹ “Carta de Manuel Moreno Fraginals a José María Chacón y Calvo, La Habana, 14 de febrero de 1950”. Cortesía de Beatriz Moreno Masó.

⁴² “Carta de Manuel Moreno Fraginals a Gastón Baquero, La Habana, 20 de julio de 1950”. Cortesía de Beatriz Moreno Masó.

se trataría de confeccionar un índice de materias con todas las clasificaciones y subclasificaciones necesarias; un índice de títulos y un índice onomástico con las fichas correspondientes a seudónimos, anónimos y anagramas, así como la identificación de los mismos, siempre que fuera posible.

Al final de la misiva, Moreno le confiesa a Baquero que no solamente cuenta con las competencias profesionales para ejecutar la citada obra de referencia, sino que además no está identificado con quienes descalifican el perfil editorial de la publicación, que como sabemos respondía a los intereses más conservadores de la sociedad, la economía y la política cubana: “no está de más señárlate que mi dedicación a estos estudios, mi apoliticismo y mis muy definidas creencias religiosas, me sitúan aparte de los interesados detractores del periódico”.⁴³ No dejan de ser sorprendentes estas afirmaciones, sobre todo tratándose de un intelectual que había sido conocido por sus ideas socialistas en la Universidad de La Habana, y tampoco queda claro a quienes se refiere como “interesados detractores” del secular órgano de prensa. En cualquier caso, su profesión de simpatía hacia el *Diario de la Marina* pudiéramos entenderla fundamentalmente en su condición de fuente primaria de gran relevancia para la historia de Cuba, y no tanto como un vocero de posiciones reaccionarias. A pesar de ello, su proyecto no parece haber sido tomado con demasiado entusiasmo por los rectores del periódico, lo que explica una nueva epístola, más de un año después, dirigida personalmente a su director José Ignacio Rivero Hernández, donde le recuerda la idea de elaborar el índice analítico, y apela en esta ocasión a la mediación de José María Chacón y Calvo como garante de su éxito. Asimismo, adjunta su expediente académico, un resumen del proyecto y en lo relativo al pago de sus honorarios le dice que “declino en mi amigo Gastón Baquero todo lo concerniente a los mismos”.⁴⁴

⁴³ Ídem.

⁴⁴ “Carta de Manuel Moreno Fraginals a José Ignacio Rivero Hernández, La Habana, 22 de octubre de 1951”. Cortesía de Beatriz Moreno Masó. Hasta donde sabemos el proyecto no fue ejecutado, y solo tenemos noticia de un índice analítico del *Suplemento literario*

En 1951 Moreno consiguió el primer premio de la Asociación de Bibliotecarios de Cuba, al que concurrió estimulado por Berta Becerra y Josefina Mayol, funcionarias de la biblioteca de la Sociedad Económica de Amigos del País, con el ensayo *José Antonio Saco. Estudio y bibliografía*, que guarda íntima relación con el texto titulado “Nación o plantación (el dilema político cubano visto a través de José Antonio Saco)”, publicado como parte de un libro de homenaje a su maestro Silvio Zavala, quien lo había estimulado a estudiar la figura de Saco en 1946, en el curso de Historiografía durante su estancia en El Colegio de México.⁴⁵ Ya aquí se encuentran las ideas maduras y elaboradas que formarán luego, con ligeras variantes de redacción, el volumen integrador de ambos estudios, el histórico y el bibliográfico, publicado en 1960.⁴⁶ En esta última entrega reconoce las deudas de investigación contraídas con varios historiadores e intelectuales, entre ellos Luis Felipe Le Roy, Salvador Vilaseca, a quien considera “uno de los hombres de mayor cultura histórica en toda Cuba”, Rodolfo Tro, Leovigildo González, Telvia Marín, Walterio Carbonell, Carlos Funtanellas y Julio Le Riverend, quien le había aconsejado “no echés a Saco en saco roto...”⁴⁷

Otros textos suyos de esta etapa dan fe de la pluralidad de temáticas en su labor investigativa, algunas deudoras de su estancia en El Colegio de México, como es el caso del artículo dedicado a Agustín de Iturbide, resultado de su labor en el seminario que dirigía el

del Diario de la Marina, en el periodo de 1927 a 1930, realizado en el año 1984. Véase: Marcia Castillo Vega y Rosa González Alfonso, *Índice analítico del Suplemento literario del Diario de la Marina, 1927-1930*, La Habana, Editorial Academia, 1984.

⁴⁵ Manuel Moreno Frainals, “Nación o plantación (el dilema político cubano visto a través de José Antonio Saco)”, *Homenaje a Silvio Zavala*, México, El Colegio de México, 1953, pp. 243-272. Con un trabajo de igual nombre obtiene mención en el Concurso de Ensayo de Casa de las Américas en su primera edición en 1960. El jurado que lo premió estuvo integrado por el mexicano Fernando Benítez, el francés Roger Callois y el cubano Jorge Mañach.

⁴⁶ Manuel Moreno Frainals, *José A. Saco. Estudio y bibliografía*, La Habana, Universidad Central de Las Villas, Dirección de Publicaciones, 1960.

⁴⁷ Ídem, p. 12.

novelista Agustín Yáñez⁴⁸ y del poco conocido texto titulado “El problema negro en la poesía cubana”, donde indaga sobre la problemática social y racial en la lírica cubana de los siglos XIX y XX.⁴⁹ A su regreso a La Habana, ejerció como profesor en la Escuela de Verano de la Universidad capitalina, ocasión en que colaboró con el sociólogo Roberto Agramonte (1904-1995), director de Extensión Universitaria de la Colina. En palabras de Oscar Zanetti, uno de los más acuciosos exégetas de la obra del autor de *El Ingenio*:

Estos primeros años de la década del cincuenta son testigos del verdadero inicio de la trayectoria profesional de Moreno Fragnals (...) por su asunto, la mayor parte de esos escritos podrían enmarcarse en lo que hoy se califica de “historia intelectual”, pero más allá de las etiquetas, lo que realmente interesa destacar es el núcleo de preocupaciones que alienta esas obras y que en el largo plazo impulsará toda una línea de investigación, al extremo de que ideas plasmadas en estos primeros textos pueden encontrarse reiteradas en obras muy posteriores. Particularmente en las indagaciones sobre Suárez y Romero y Saco, se hace patente el interés por comprender la circunstancia social en que se va fraguando la nación cubana durante la primera mitad del siglo XIX, así como la tragedia de la intelectualidad involucrada en ese proceso.⁵⁰

Su salida hacia Venezuela se produjo en 1953, después del golpe de Estado de Batista, al que se opuso desde su relación con algunos grupos de luchadores clandestinos, y su amistad con los revolucionarios Gildo Fleitas y Mario Fortuny.⁵¹ El ambiente venezolano le deparó a Moreno un aprendizaje diferente al que había recibido en las aulas universitarias y durante sus estancias como

⁴⁸ Manuel Moreno Fragnals, *Agustín de Iturbide: el caudillo*, La Habana, Imprenta Universitaria, [1950].

⁴⁹ Manuel Moreno Fragnals, “El problema negro en la poesía cubana”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid, no. 3, mayo-junio, 1948, pp. 519-530.

⁵⁰ Oscar Zanetti, “El oficio de historiador según Manuel Moreno Fragnals”, p. 10.

⁵¹ Alessandra Riccio, “El ingenio de Moreno”, op. cit., p. 8.

becario de instituciones españolas y mexicanas. Se introdujo en el mundo de la publicidad y las técnicas de *marketing*, asistió a cursos de dirección empresarial y descubrió la naciente disciplina del trabajo con ordenadores aplicado a la gestión de la información. Al mismo tiempo desempeñó actividades como gerente económico de Cervecería Caracas, jefe de información de Radio Continente, propietario de la emisora Radio Junín y copropietario de la publicitaria Los Molinos, entre otras diversas responsabilidades administrativas. En particular fue muy importante su relación con los dueños de Cervecería Caracas (Martín Tovar, Carlos Mendoza, Oscar Machado Zuloaga, Boulton, Vollmer...), a quienes no vacila en calificar como “miembros de la ultraconservadora oligarquía caraqueña”, de los que aprendió “los patrones de conducta de un grupo empresarial rico, poderoso y culto, que sabe extraerle el máximo de plusvalía a un funcionario, pero también pagarle y estimularle. Por primera vez supe lo que es ganar miles de dólares, o un centenar de obsequios a fin de año”.⁵²

Todas estas labores, tan alejadas del gabinete clásico del oficio de historiador, transmitieron al ya maduro Moreno Fragnals un universo inédito de conocimientos empresariales y prácticas comerciales, que le serían muy útiles en sus estudios futuros sobre el devenir azucarero. También fue director de un Centro de Estudios Económicos, que realizó investigaciones sobre Venezuela, Colombia, Perú y el área del Caribe. En este sentido apuntó:

Las matemáticas me abrieron un camino que yo de ninguna forma pensaba que estaba abriéndose para la historia. Después de regresar a Cuba me fui a Venezuela y trabajé en la cervecería Caracas y luego de agente publicitario y creé mi propia agencia. Hacíamos investigaciones sociales, estudios de mercado, y sin las matemáticas no hay forma de hacer esas cosas. (...) durante mis primeros cuatro años en Venezuela tuve el ritmo de lectura más fabuloso de toda mi vida,

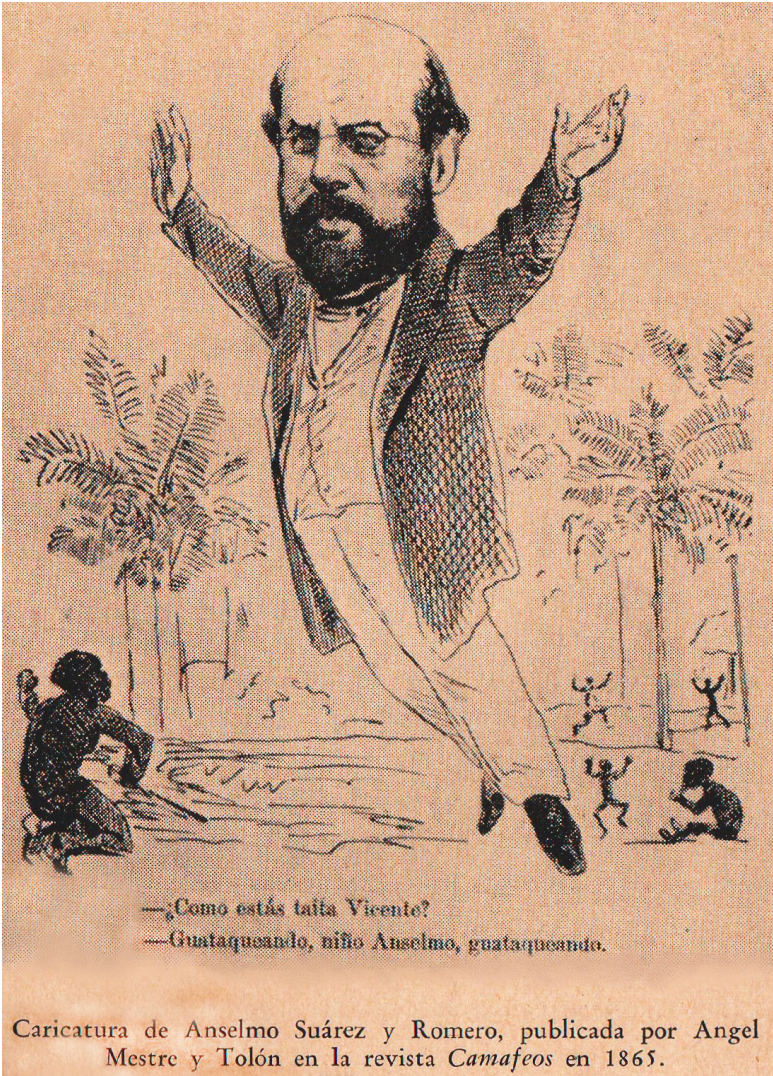
⁵² Alessandra Riccio, “El ingenio de Moreno”, op. cit., p. 6.

muy parecido al que tuve cuando estuve en España. Leía libros de economía, de ciencias sociales, de investigación social, de test, etc.... Entre el 54 y el 57 leí y “tarjetíe” decenas y decenas de libros que aparentemente no tenían que ver con la historia. Además, me vi obligado a enredarme en cosas concretas, a trabajar con personal, con programas de ventas, con el funcionamiento de una planta (...).⁵³

Al borde de los cuarenta años y con toda la experiencia acumulada, desde sus tempranos estudios de derecho, historia y economía en la Universidad de La Habana y El Colegio de México, pasando por su formación en archivos y bibliotecas americanas y europeas, hasta la praxis efectiva de carácter empresarial en los años venezolanos, Moreno decidió emprender a su regreso a Cuba, en 1960, la que sería su faena más trascendente: el estudio del Ingenio en tanto complejo económico social cubano del azúcar. Para ello fue decisivo su trabajo como profesor en la Universidad Central Marta Abreu de Las Villas, desde cuya cátedra obtuvo apoyo institucional para sus investigaciones, que incluían no solo elementos teóricos, sino también la fabricación de azúcar con métodos artesanales al estilo del siglo XVIII. Al mismo tiempo, la editorial universitaria le publicó su estudio revisionista y polémico sobre José Antonio Saco, al que podemos considerar, con propiedad, como su primer trabajo de verdadera jerarquía historiográfica. De este modo, las variadas prácticas existenciales y aprendizajes académicos del historiador más original y de mayor influencia en la segunda mitad del siglo XX cubano, le prepararon el camino hacia la plenitud de su destino intelectual.

9 de septiembre de 2020. Centenario de Manuel Moreno Fragnals

⁵³ “Manuel Moreno Fragnals entrevistado por Olga Cabrera e Isabel Ibarra. Fragmentos de una conversación interrumpida”, p. 6. Véase un énfasis semejante en el asunto del uso por el historiador de diversas fuentes y métodos de análisis, incluyendo las estadísticas y las matemáticas, en su ensayo “La historia como arma”, en: *La historia como arma y otros estudios sobre esclavos, ingenios y plantaciones*, Barcelona, Editorial Crítica, 1983, p. 22.



MANUEL MORENO FRAGINALS Y LA LITERATURA COLONIAL CUBANA

Para Reynaldo González

Creo que hay ciertos novelistas que más que novelistas son ensayistas, y creo que la poesía, la gran poesía, la poesía al más alto nivel es una fuente histórica realmente insuperable.

MANUEL MORENO FRAGINALS

El historiador Manuel Moreno Fragnals (1920-2001) se definió a sí mismo como “un lector desesperado de novelas y poesías desde que tenía doce años”,¹ hecho que explicaría no solo su cercanía a diversos grupos literarios y escritores a lo largo de su vida,² sino también su interés por encontrar claves y acercamientos a los fenómenos históricos a partir de los discursos autorales y representaciones de la literatura cubana en los siglos coloniales.

En una reveladora entrevista con el poeta, ensayista y crítico literario Emilio Bejel, Moreno explicó sus puntos de vista acerca de las relaciones entre la ciencia histórica y la literatura, desde su experiencia práctica como historiador. Allí afirma:

¹ “Manuel Moreno Fragnals entrevistado por Olga Cabrera e Isabel Ibarra. Fragmentos de una conversación interrumpida”, *Encuentro de la Cultura Cubana*, Madrid, no. 10, otoño de 1998, p. 9. Sobre sus gustos poéticos confesó que prefería el “Son de la muerte” de Nicolás Guillén y “aquel fabuloso madrigal a las vacas de Eliseo Diego”. En: Rogerio Moya y Raúl Rivero, *Estrictamente personal*, La Habana, Ediciones Unión, 1985, p. 154.

² Moreno Fragnals fue discípulo del novelista mexicano Agustín Yáñez durante su estancia en El Colegio de México (1945-47) y se confesó amigo de los escritores españoles Antonio Buero Vallejo y Camilo José Cela en el Madrid de finales de la década de 1940. También frecuentó la órbita del Grupo Orígenes (Mariano, Gaztelu, Portocarrero, Cintio y Fina, Octavio Smith) y en especial a José Lezama Lima y Eliseo Diego en La Habana de esos mismos años. Lo anterior explica la solicitud de María Luisa Bautista, viuda de Lezama, para que Moreno escribiera el prólogo al libro póstumo de Lezama Lima *Oppiano Licario* (1977). En dicho texto Moreno hace gala de un heterodoxo análisis sobre el significado de la obra lezamiana en la cultura cubana, y lo define de un modo singular: “Creo que, por exclusión, Lezama Lima es uno de los escritores más realistas de la literatura cubana”. Sobre la relación de amistad entre Moreno y Lezama véase: Emilio Bejel, “Manuel Moreno Fragnals”, en su *Escribir en Cuba. Entrevistas con escritores cubanos: 1979-1989*, Río Piedras, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1991, pp. 246-248.

Dicho de una forma un poco cruda, yo no creo que sea necesario, y mucho menos imprescindible, que los científicos sociales escriban mal. Saber escribir es también saber leer. Uno no puede ver el mundo a través de las ventanas exclusivas de las ciencias sociales, de la estadística, etcétera. Yo he vivido convencido de que el historiador que no lee poesía jamás será un buen historiador. Difícilmente uno pueda encontrar una descripción más fiel del desmoronamiento imperial inglés que en las obras de Bernard Shaw, ninguna de las cuales trata directamente el tema del desmoronamiento colonial; o en el propio Oscar Wilde... Y tengo la impresión de que el resurgir español después de la gran catástrofe del 98, está dado sobre todo por Antonio Machado, que no trató el tema, mejor que por los ensayistas que sí lo trataron; Y el surgimiento de la conciencia burguesa en Balzac; o aquí mismo, en Cuba, pocas obras nos enseñan tanto de la década del ochenta del siglo XIX como las dos grandes novelas de Meza: *Mi tío el empleado* y *Don Aniceto el tendero*. El mundo no se nos entrega solamente en cifras, en comparaciones bancarias; se nos entrega también en la pintura, en la música, en la poesía, y eso uno tiene que sentirlo para saber cuál es el mundo en que uno está.³

Propongo visitar aquí algunos de los textos de este autor canónico de nuestra historiografía, relacionados con la enriquecedora correspondencia entre historia y literatura, como una manera útil de contribuir al (re)conocimiento de su obra y al diálogo entre dos disciplinas de gran autoridad y prestigio en nuestra República letrada. En varias ocasiones Moreno deslizó algunos indicios de su coloquio con los grandes novelistas del siglo XIX, cuando afirma:

Cirilo Villaverde tiene una cámara fotográfica en la mirada; creo que en eso se parece a Anselmo Suárez y Romero. Son capaces de fotografiar una situación con una justeza tremenda,

³ Emilio Bejel, "Manuel Moreno Friginals", en su *Escribir en Cuba. Entrevistas con escritores cubanos: 1979-1989*, Río Piedras, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1991, p. 249.

con un valor gráfico increíble, aunque no la entiendan, digamos, en profundidad (...) Los grandes novelistas cubanos del XIX son pocos, pero supieron ver esa realidad del siglo pasado; sin embargo, no eran psicólogos ni psiquiatras y se quedaron en el apunte, en la fotografía. O sea, ver la fotografía de un crimen no significa necesariamente saber quién es el culpable ni cuál es el móvil, y sin embargo la fotografía es exacta.⁴

Pero su interés no estuvo dirigido solamente a los novelistas y dramaturgos decimonónicos del fuste de Cirilo Villaverde, Anselmo Suárez y Romero y José Jacinto Milanés, testigos directos del modo de vida y las costumbres de la sociedad esclavista, también nos dejó sus particulares visiones sobre la relación entre historia y lírica, como en los casos de *Espejo de Paciencia* y la poesía de tema negro del siglo XIX. En el presente ensayo haremos un recorrido, de la mano de Moreno Fraginals, por el bosque narrativo y poético cubano del periodo colonial, en el sentido cronológico de los textos que analiza, y no necesariamente en el orden que fueron publicadas las recensiones sobre los mismos.

Por tal motivo, debemos comenzar por su lectura, desde un enfoque de sociología histórica de la cultura, de la considerada primera obra de la literatura insular, el poema *Espejo de Paciencia* (1608), del escribano canario Silvestre de Balboa y Troya de Quesada. Dicho texto permanecía inédito en la papelería del investigador y solo fue publicado póstumamente en 2009,⁵ pero al momento de escribirlo ya el *Espejo*... había sido una pieza asediada por múltiples comentaristas literarios, entre ellos los acercamientos eruditos de Néstor Ponce de León, José María Chacón y Calvo, Carlos M. Trelles y José Manuel Carbonell y los estudios críticos de Felipe Pichardo Moya, Cintio Vitier, José Lezama Lima y

⁴“Manuel Moreno Fraginals entrevistado por Olga Cabrera e Isabel Ibarra. Fragmentos de una conversación interrumpida”, op. cit., p. 10.

⁵Manuel Moreno Fraginals, “Reflexión sobre el *Espejo*: un análisis sociológico sobre el poema de Silvestre de Balboa”, *Órbita de Manuel Moreno Fraginals*, selección y prólogo de Oscar Zanetti Lecuona, La Habana, Ediciones Unión, 2009.

Enrique Saínz. Entre los historiadores, solamente Leví Marrero⁶ en su enciclopédica obra *Cuba: economía y sociedad* y César García del Pino⁷ habían escrito sobre las incógnitas historiográficas que planteaban las octavas reales pergeñadas por Silvestre de Balboa a inicios del siglo xvii.

Hay diferencias sustanciales en el acercamiento a los hechos históricos que dieron origen al poema, realizados por Leví Marrero, César García del Pino y Manuel Moreno Fraguinals; en los dos primeros sobresale la erudición y el trabajo exhaustivo con fuentes primarias, que dan como resultado trabajos de corte más bien positivista, mientras que el estudio de Moreno es sobre todo un ensayo de tesis y discusión historiográfica. El autor de *El Ingenio* parte de identificar el contexto histórico del poema, que se origina en la sociedad criolla de inicios del siglo xvii, determinada por dos conceptos claves de su arsenal epistemológico: su condición de colonia de “servicios-producción” y la presencia de una cultura “militar y marinera”, la cual, en su percepción: “es eminentemente cesárea, evade toda abstracción, limita las aventuras del pensamiento y tiende a expresarse en proposiciones simples y concretas”.⁸

⁶ Leví Marrero aporta mucha información sobre el obispo Fray Juan de las Cabezas Altamirano en los tomos 3 y 4 de *Cuba: economía y sociedad*, dedicados al siglo xvii. El obispo, además de contrabandista, era dueño de hatos en la región de Guantánamo y propietario de rebaños de caballos. En carta dirigida al rey Felipe III en 1603, Cabezas daba cuenta de esta sorprendente noticia: “Esta isla está tan perdida con los rescates que me han informado... ha habido persona en la tierra adentro que no ha querido bautizar un hijo hasta que un pirata fuese su padrino”. En: Leví Marrero, *Cuba: economía y sociedad*, Madrid, Editorial Playor, 1975, t. 4, p. 105.

⁷ César García del Pino, “El Obispo Cabezas, Silvestre de Balboa y los contrabandistas de Manzanilla”, *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, La Habana, 3ra época, no. 2, mayo-agosto, 1975. Este ensayo expone con detalle los dispositivos de la economía contrabandista insular de los siglos xvi y xvii, incluyendo un sugestivo acápite titulado “El Clero y el Contrabando”. Allí menciona entre otros eclesiásticos “rescatadores” al cura Alonso Guzmán, el obispo Juan del Castillo, el provisor eclesiástico Juan de Vivero y desde luego el obispo dominico Fray Juan de las Cabezas Altamirano, uno de los protagonistas de *Espejo de paciencia*. Véase además de García del Pino: “La captura de la flota de la plata en 1628 y un texto inédito de Silvestre de Balboa”, *Universidad de La Habana*, no. 233, sept.-dic., 1988, pp. 151-154.

⁸ Manuel Moreno Fraguinals, “Reflexión sobre el *Espejo*: un análisis sociológico sobre el poema de Silvestre de Balboa”, p. 351. No deja de resultar significativo que Moreno no mencione aquí el trabajo de César García del Pino.

Las mencionadas desventajas para la representación artística de la realidad, no fueron obstáculo para que la cultura —en un sentido amplio del término—, de los primeros siglos coloniales se constituyera y legitimara en otros ámbitos del saber, como los cálculos matemáticos y tablas de navegación realizadas por Lázaro de Flores y Francisco Díaz Pimienta, con fines eminentemente prácticos. Aquí Moreno destaca que tanto Flores como Pimienta: “están entregando un mundo cultural tan alto o más que el que se expresa en todos los sonetos que por entonces se componían en Cuba o en México”⁹ y expone su criterio de que solo una visión reduccionista del conocimiento explicaría la idea de que “*Espejo de Paciencia*, de Silvestre de Balboa, con sus sonetos laudatorios dedicados al autor, es la única manifestación cultural cubana, conocida hasta el siglo xvii”.¹⁰

Hecha esta precisión de carácter metodológico, el historiador se adentra en una lectura revisionista del poema, al que considera expresión literaria de la cultura marinera-militar que ha formulado al principio pues, como sostiene con lógica irrefutable: “no hay nada más militar que la descripción de un combate ni más marinero que un pirata del Caribe”.¹¹ Como punto de partida, establece la genealogía del discurso poético y discute la supuesta “autoría” de sus estrofas por los integrantes del Circulo Delmontino, idea que refuta con mesura; pero sobre todo le interesa develar lo que denomina “la razón de ser del poema”.¹² Es aquí donde radica, en nuestro criterio, la originalidad de la lectura de Moreno, en el hecho de restituir el mundo espiritual de la obra al universo “de la totalidad social, de la reproducción de bienes materiales”.¹³

El historiador propone una lectura de *Espejo de paciencia* como un texto críptico que disimula un mensaje secreto, un texto en clave, donde lo que interesa al historiador es “descifrar” quienes fueron sus destinatarios, directos u ocultos. En este sentido, postula la

⁹ Ídem, p. 352.

¹⁰ Ibidem.

¹¹ Ibidem.

¹² Ídem, p. 353.

¹³ Ibidem.

idea de “desacralizar” al poema, y plantea una tesis de enorme alcance heurístico, al considerarlo como un “discurso político” y, más allá de su contenido estrictamente literario, lo supone un gesto de “acción política”.¹⁴

Lo anterior se explica por el contexto histórico de tensiones entre el poder centralizador de la Corona española y sus corolarios monopolistas, y el enfrentamiento a este de los cabildos locales a través de la desobediencia, la rebeldía tácita y las prácticas de rescate y contrabando. En esta dirección apunta:

Espejo de Paciencia se gesta y se escribe, exactamente, en los momentos que Melchor Suárez de Poago, teniente general del gobernador Pedro Valdés, lleva a cabo un escandaloso juicio contra miembros del cabildo, la mayoría de los eclesiásticos y en general, la oligarquía de la villa de Bayamo, por estar todos inculpados en acciones de rescate (contrabando). Fueron tantos los procesados que no fue posible encarcelarlos por falta de un local en la Villa. Suárez de Poago al igual que el gobernador Valdés tenían la convicción de que los eclesiásticos de las villas del interior jugaban un papel fundamental en el contrabando con navíos enemigos de España.¹⁵

Bajo tales circunstancias, el poema de Balboa sería un intento letrado de salvaguardar y engrandecer el valor e hidalguía de los bayameses, acusados de tráfico ilícito y deslealtad al Príncipe; y escamotear los hechos de la realidad, presentándolos como “una intrépida acción por la gloria del Rey (vencer a un francés enemigo) y la pureza de la religión (castigar a un hereje)”.¹⁶ En su

¹⁴ Ídem, p. 354. Sobre esta interpretación, ya García del Pino había avanzado que el poema formaba parte de: “una campaña bien dirigida para confundir no solo a la remota corte, sino a las menos alejadas autoridades habaneras” y conjetura que: “quizás este episodio fuera determinante en la decisión tomada, poco más tarde, de dividir a Cuba en dos gobiernos y establecer el segundo en Santiago de Cuba, en un vano intento de poner coto a todas aquellas actividades”. César García del Pino, “El Obispo Cabezas, Silvestre de Balboa y los contrabandistas de Manzanilla”, op. cit., p. 41.

¹⁵ *Ibidem*.

opinión, semejante impostura no excluye la posibilidad de que Balboa juzgara sinceramente el contrabando, desde su sistema de valores y creencias, como “una actividad normal y no pecaminosa, y que de veras estime infamante la prisión de un obispo, ya que era una acción que iba en contra sus más profundas creencias religiosas”.¹⁷

En esta perspectiva de análisis, el ensayista propone la tesis de que: “El discurso político, en forma de poema, tuvo tal fuerza de persuasión que todavía se recuerdan los hechos en forma laudatoria de *Espejo de Paciencia* y no por el alegato acusador de Suárez de Poago”.¹⁸ Y añade con sutileza: “Naturalmente que este tipo de discurso exigía un lenguaje adecuado a la finalidad perseguida: y este lenguaje estaba dado por una tradición poética que tenía entre sus antecedentes grandiosos a Juan de Castellanos y a Alonso de Ercilla y Zúñiga”.¹⁹

Otros tanteos de su estudio se alejan de la configuración histórica y se introducen en cuestiones filológicas y del lenguaje, como es el caso del uso por Balboa de neologismos, términos exóticos y voces de origen aruaco, a lo que Moreno se refiere como “moda renacentista exaltada después por el barroco”.²⁰ Este galimatías terminológico tendría sentido, y esta es otra de las conjeturas inspiradoras de su propuesta, en tanto representación de un “lenguaje imperial”, es decir:

Un imperio de las proporciones gigantescas del español (la historia no conoce otro de igual dimensión), con su fabulosa pluralidad de paisajes y culturas, requería de un idioma

¹⁶ Ídem, p. 355.

¹⁷ *Ibidem*.

¹⁸ *Ibidem*.

¹⁹ Ídem, pp. 355-356.

²⁰ Ídem, p. 357. A propósito de esta digresión, véase un minucioso análisis de Moreno sobre la cultura renacentista y barroca en la España de los Siglos de Oro, en su ensayo: “Hacia una filosofía del lenguaje y un arte imperial (pensando en el quinto centenario de algo...), *Unión*, La Habana, no. 5, 1989.

igualmente gigantesco. El neologismo, y la propia metáfora, fueron imprescindibles recursos comunicantes cuando las herramientas habituales del idioma no bastaron para nombrar las cosas e ideas que nunca habían sido inventariadas, o no fueron capaces de apresar la complejidad y riqueza del nuevo mundo.²¹

Por último, se detiene en la polémica sobre la pretendida “cubanía” del poema, lo cual le parece un ingenuo anacronismo. Con ello contradice la presunción del poeta José Lezama Lima sobre el significado de la palabra *criollo* en el contexto de la época y explica que:

Lezama pasa por alto que aquí el adjetivo criollo no está calificando al autor del soneto sino al soneto en sí: y que el término criollo, en la época, tiene un claro sentido peyorativo de imperfecto, mal hecho, basto, tosco... Por tanto, lo que expresa Torres Sifontes, en un clásico rasgo de modestia poética, es que él entrega a Balboa un soneto pobre, humilde, de la tierra. Todo lo demás, la diferenciación entre cubanos y españoles, etc., es sólo imaginación de Lezama.²²

“El problema negro en la poesía cubana”²³ es un texto de juventud poco conocido de Moreno Friginals, escrito en su etapa de formación, cuando el autor se encontraba en España en una beca de investigación. Es un ensayo que se deriva de sus preocupaciones por el tema de la esclavitud en Cuba, que alcanzará luego un lugar preponderante en toda su obra. Se trata de rápidos esbozos impresionistas sobre autores subalternos, que desarrollaron su obra en las terribles condiciones de la sociedad esclavista. Aparece aquí la figura del poeta esclavo Juan Francisco Manzano, un versificador espontáneo que fue protegido y finalmente liberado

²¹ *Ibidem*.

²² *Ídem*, p. 358.

²³ Manuel Moreno Friginals, “El problema negro en la poesía cubana”, *Cuadernos Hispánicoamericanos*, Madrid, no. 3, mayo-junio, 1948, pp. 519-530.

de la servidumbre por el Círculo Delmontino, al que contrasta con otro vate cautivo, el estadounidense Phillip W. Peters. Desde una perspectiva comparada, enfatiza la discrepancia entre ambos, pues a diferencia del norteamericano, que denunció en su obra los horrores de la esclavitud, Manzano privilegió en su lírica los temas de la naturaleza y el erotismo, con la excepción del soneto autobiográfico “Mis treinta años”.

Un caso diferente, pues se trataba de un hombre mestizo y libre, es el de Gabriel de la Concepción Valdés, *Plácido*, de talento poético superior al de Manzano, lo que no fue obstáculo para que se le tratara con sarcasmo y vituperio: “Despreciado por su color, agobiado económicamente, hubo de ser, a la fuerza, el *poeta envilecido* (como le llamara Milanés). Fue el improvisador en todos los homenajes, el cantor de todos los señorones de la colonia, el poeta de las damas de alta sociedad en sus días festivos. Un escritor moderno lo ha calificado de *pobre histrión*”.²⁴ El juicio valorativo del historiador sobre Plácido es muy esquemático y severo, le reprocha lo que denomina su “menor idoneidad heroica”, le censura haber cantado a la monarquía española y denostado a Luz y Caballero y a Domingo del Monte, y finalmente lo excluye de la tradición emancipadora en que lo habían situado los ideólogos del independentismo. En una palabra, para Moreno el infortunado Plácido es apenas: “el normal producto corrompido de una sociedad esclavista”.²⁵

²⁴ Ídem, p. 521.

²⁵ Ídem, p. 522. Otros poetas negros de menor jerarquía mencionados en este pasaje, como Agustín Baldomero Rodríguez, Vicente Silveira, Juan Bautista Estrada, Ambrosio Echemendía, José del Carmen Díaz, fueron hombres impedidos de realizar una labor intelectual de relieve, por la sencilla razón de que, dice Moreno: “sus versos se perdieron entre el chirrido de las máquinas en los ingenios azucareros. A los negros los habían traído para cortar caña, no para tallar la péñola en el arte difícil de hacer versos”. *Ibidem*. Moreno parece ignorar, sin embargo, la figura del mulato Antonio Medina y Céspedes, autor de un drama cuyo asunto transcurre en Polonia y también de comedias costumbristas; al comediógrafo Manuel García y a los poetas José Mercedes Betancourt y Juan Antonio Frías, todos mencionados en el trabajo de José Antonio Fernández de Castro, *Tema negro en las letras de Cuba (1608-1935)*, La Habana, Ediciones Mirador, 1943. Asimismo excluye al vate artemiseño Manuel Cabrera Paz (1824-1872), estudiado como el creador del llamado “verso negro” por Armando Guerra en su conferencia *Presencia negra en la poesía popular cubana del siglo XIX*, La Habana, Editorial Alfa, 1938.

En la obra de senectud, *Cuba/España, España/Cuba. Historia común*, su autor reacomoda su opinión sobre Plácido, del que afirma:

Por su gran talento y desenfado, por su reacción contra la barbarie esclavista, Plácido se ganó el odio de los intelectuales de la sacarocracia; por ser posiblemente un conspirador real, enfrentó además a los medios oficiales gobernantes. El resultado fue su fusilamiento. Dejó una obra poética desigual, como su vida de grandes alternativas. En determinadas poesías tiene el nivel de los más notables autores españoles y americanos de la época, en otras cae lamentablemente. La sacarocracia no le perdonó su talento ni su inserción de liberal romántico, equidistante de los dos grandes polos de poder y le persiguió hasta un siglo después de su muerte, negándole incluso la autoría de sus más bellos poemas: la *Plegaria a Dios* y el bellissimo *Soneto a mi madre*, escritos ambos ya condenado a muerte.²⁶

Asimismo, recrea la polémica sobre Plácido de las décadas finales del siglo XIX, la cual en su criterio “nada tenía de literaria”, pues lo que se buscaba era instrumentar la figura del infortunado poeta en función de las ideas políticas del momento. En esta nueva interpretación, Plácido habría sido víctima del odio reformista/anexionista, que le negó toda su grandeza, y nuevamente sería motivo de discordia entre los representantes del movimiento intelectual de los años 80 y 90 del siglo XIX. Lo llamativo resulta que el detractor del poeta mulato es ahora Manuel Sanguily, a quien Moreno ubica, arbitrariamente, dentro de un espectro ideológico reaccionario:

En 1885 Plácido era figura cimera de la rebeldía negra. Quizás por eso Manuel Sanguily, formado en la escuela del reformismo/anexionismo, decidió arrancarlo del santoral, y le negó todo, desde capacidad de rebeldía hasta que fuese autor de sus dos más famosas poesías. Hubo una poderosa

²⁶ Manuel Moreno Fraginals, *Cuba/España, España/Cuba. Historia común*, Barcelona, Editorial Crítica, 1995, p. 182.

protesta negra, en la que participó Juan Gualberto Gómez. José Martí, desde Estados Unidos, intervino aplacando los ánimos y planteando que la polémica solo beneficiaba a España. La polémica demostró que el problema negro era esencial en la vida política cubana.²⁷

La fecha de la polémica mencionada en el párrafo anterior es inexacta, como lo es también la acusación injusta de “reformista” contra el coronel mambí, pues los trabajos de Sanguily sobre Plácido, titulados “Un improvisador cubano (el poeta Plácido y el juicio de Menéndez Pelayo)”, “Otra vez Plácido y Menéndez Pelayo (Reparos a censuras apasionadas)” y “Una opinión asendereada”, aparecieron publicados en la revista *Hojas literarias*, los días 28 de febrero, 31 de marzo y 30 de noviembre de 1894. Evidentemente, los juicios literarios contradictorios de Sanguily sobre Plácido, dialogaban inicialmente con los emitidos por el polígrafo español en 1885, pero tuvo lecturas apasionadas entre algunos sectores de la intelectualidad cubana, que llegaron incluso a negarle al antiguo luchador independentista su capacidad para ejercer como crítico literario, enfrentándolo a su contemporáneo Enrique José Varona.²⁸

En realidad, el principal antagonista de Sanguily en esta querrela lo fue Manuel García Garófalo y Morales, quien le contestó con un vibrante artículo aparecido en el periódico *La Defensa*, de Santa Clara, de 17 de marzo de 1894, firmado con el seudónimo “Juan de la Cruz”.²⁹ En palabras del biógrafo de Plácido, Leopoldo Horrego Estuch:

Sanguily y García Garófalo mantienen una polémica calurosa. La opinión pública se interesa y se inclina a favor del segundo, pero la contienda literaria deriva por los agitados cauces de la política cubana. Martí al ver que el separatismo

²⁷ Ídem, p. 261.

²⁸ Todos los textos citados proceden de *Obras de Manuel Sanguily. Juicios Literarios*, tomo VII, Libro Primero, La Habana, Molina y Ca., 1930, pp. 215-283.

²⁹ Manuel García Garófalo y Morales, “¿Fue poeta Plácido?”, *La Defensa*, Santa Clara, 17 de marzo de 1894. Este artículo lo reprodujo *La Igualdad* el 24 de marzo de ese mismo año.

mermaba con esta pugna comisiona a Juan Gualberto Gómez a que intervenga en la controversia, quien así lo hace, y en una entrevista con García Garófalo en Santa Clara, obtiene de este el término de la disputa, en bien de la causa independentista. Se sosiegan los polemistas, pero ninguno modifica su criterio. En pie queda la opinión de Sanguily sobre que Plácido fue de “mente flaca y disparatado turiferario”, y la de García Garófalo, que con todos sus desaciertos, Plácido es poeta de amplia y brillante producción y gloria indiscutible de las letras iberoamericanas.³⁰

En este propio libro, Moreno regresa también sobre Juan Francisco Manzano, y en su renovada lectura el esclavo inspirado sería el producto de la “factoría intelectual” de Domingo del Monte, quien lo “elevó a rango de gran poeta de la lengua castellana e hizo que sus poemas se tradujesen y publicasen en el *Anti Slavery Report* de Londres”.³¹ Aquí desliza la sospecha de que una parte de la producción lírica de Manzano se debía al estro poético delmontino, subraya el hecho de que la *Autobiografía* del siervo esté “plagada de errores ortográficos y sintácticos, donde se advierte que no hubo intervención de Del Monte” y comenta una obra dramática de Manzano ambientada en la Varsovia medieval, lo que sería “una prueba más de lo que era capaz de hacer la sacarocracia en la manipulación política de un negro esclavo con talento”.³² A diferencia del texto de 1948, Moreno afirma que la sacarocracia enfrentó a Manzano “que era el negro bueno”, con Plácido “el negro malo”, y después de usar al primero como trofeo del discurso

³⁰ Leopoldo Horrego Estuch, *Plácido, el poeta infortunado*, edición aumentada y corregida, La Habana, 1949, p. 143. Véase un amplio, documentado y sosegado análisis de las numerosas discusiones y discordias suscitadas en torno a la figura del poeta mulato en: Salvador Bueno, “Sobre el polémico caso del infortunado Plácido”, *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, año 74, vol. XXV, no. 3, septiembre-diciembre, 1983, pp. 143-161. En fecha posterior Ambrosio Fornet revisitó la polémica en su texto “El otro Plácido, sus editores y sus críticos”, *Plácido en su Bicentenario*, La Habana, Ediciones Boloña, 2015, pp. 117-142.

³¹ Manuel Moreno Friginals, *Cuba/España, España/Cuba. Historia común*, p. 195.

³² *Ibidem*.

abolicionista, lo abandonó como un objeto inservible: “Manzano, libre, se dedicó a hacer dulces para vender. Como ya no era útil a la sacarocracia, ni la sacarocracia a él, dejó de escribir”.³³

Además de la poesía escrita por esclavos (como Manzano) y mestizos pobres (como Plácido), Moreno se detiene en la presencia del tema negro en escritores criollos blancos, y en el texto se mencionan unos versos de crítica a la esclavitud, censurados, de la autoría de Domingo del Monte, un comentario bibliográfico de Saco en que se declara enemigo de la trata esclavista y varias estrofas esporádicas de Antonio Bachiller y Morales, Rafael María de Mendive y José Javier Balmaseda. Mayor atención le concede a José Jacinto Milanés, a quien considera “el primero de los grandes poetas cubanos que abordó el tema negro” y lo supone el iniciador de “la protesta antiesclavista en la poesía cubana”.³⁴ Por último, señala otras composiciones de contenidos antiesclavistas en los versos de Mercedes Matamoros, Jerónimo Sáenz y Diego Vicente Tejera, en su mayoría obras de pobre factura literaria.

Otra zona de la lírica del siglo XIX que llamó la atención del historiador es la llamada corriente “siboneyista” o “nativista”, cultivada por autores como José Fornaris, Francisco de Orgaz, Pedro Santacilia y Juan Cristóbal Nápoles Fajardo, “El Cucalambé”. En su opinión, el resurgir del tema aborigen en la literatura cubana, a mediados del siglo XIX, era resultado de la pugna simbólica entre las tentativas anexionistas y los defensores del régimen colonial, como expresión de los corolarios antiespañoles y prejuicios anti negros de los primeros. En sus palabras, los poetas siboneyistas “presentaban la vida de los extintos aborígenes cubanos como los buenos salvajes de Juan Jacobo Rousseau y a los españoles como usurpadores que profanaron esa paz deliciosa. Dentro de este cuadro quedaba situada la rebeldía de Hatuey como un antecedente de los libertadores. Por otra parte se ocultaba, como un estigma,

³³ *Ibidem.*

³⁴ Manuel Moreno Fragnals, “El problema negro en la poesía cubana”, p. 525.

la sangre española”.³⁵ Esta valoración del folclorismo nativista como una impostura literaria (“sincero en su actitud, pero falso en su forma”), se reitera luego en otros textos, como en su estudio sobre José Antonio Saco, inflexible contradictor de los anexionistas, donde afirma: “El siboneyismo, que pudiera parecer un movimiento positivo de afirmación nacional, es tan extranjero como los héroes exóticos o el anexionismo. Sincero en su expresión, pero sin raíz en la tierra, fue el falso asidero de los que habían negado su pasado”.³⁶

Llama la atención en este artículo, cuyo asunto central es la producción lírica, un breve comentario sobre la gran novela de Cirilo Villaverde, *Cecilia Valdés*, pues no se trata de una labor poética, y además le concede escaso valor como obra artística, al punto que escribe con displicencia: “*Cecilia Valdés* —novela cuya heroína era una mulata— alcanzó fama inusitada, no obstante, lo mediocre de su desarrollo y su pésimo estilo literario”.³⁷ Más adelante volveremos sobre la problemática relación de Moreno con este clásico de las letras criollas.

A diferencia de Villaverde, su contemporáneo Anselmo Suárez y Romero fue un escritor que atrajo el interés de Moreno desde sus años juveniles. Su disertación inicial sobre el autor de *Francisco* data de 1950, y apareció en la *Revista de la Biblioteca Nacional* bajo el rótulo de “Anselmo Suárez y Romero (1818-1878)”, seguido por un “Índice de los manuscritos de Anselmo Suárez y Romero que se conservan en la Biblioteca Nacional”.³⁸ Este discurso debe verse como ensayo introductorio al erudito prontuario de los textos de Suárez y Romero, y un intento por fijar sus coordenadas

³⁵ Manuel Moreno Fraginals, “El problema negro en la poesía cubana”, op. cit., p. 523.

³⁶ Manuel Moreno Fraginals, *José A. Saco. Estudio y bibliografía*, Universidad Central de Las Villas, Dirección de Publicaciones, 1960, p. 61.

³⁷ Manuel Moreno Fraginals, “El problema negro en la poesía cubana”, op. cit., p. 524.

³⁸ Manuel Moreno Fraginals, “Anselmo Suárez y Romero (1818-1878)”, seguido de un “Índice de los manuscritos de *Anselmo Suárez y Romero que se conservan en la Biblioteca Nacional*”, *Revista de la Biblioteca Nacional*, La Habana, segunda serie, t. I, no. 2, febrero, 1950, pp. 59-72 y 73-121. Se publicó como folleto con el título de *Anselmo Suárez y Romero. Índice de los manuscritos que se conservan en la Biblioteca Nacional*, La Habana, P. Fernández y Cía., 1950. Años más tarde Moreno expresó su deseo de que volviera a publicarse “un trabajo

intelectuales en tanto escritor de temáticas relacionadas con la esclavitud. Moreno parte de la analogía planteada entre el autor de la “Biografía de Carlota Valdés” y el escritor romántico italiano Silvio Pellico, una comparación que se le antoja ambigua, pues si bien le reconoce al habanero “mucho del sentido patético con que están escritas las páginas de *Francesca de Rímìni* y aun esa candorosa sencillez de *Le Mie Prigion*”, le reprocha no haberse distinguido “por su ardor combativo” ni conocer “la magna aventura de la cárcel”.³⁹ Según el joven historiógrafo, Suárez y Romero sería más bien un:

Héroe de la vida cotidiana. De la pequeña vida de nuestra Habana del siglo XIX. Su biografía sería el relato (...) de una continua lucha contra toda suerte de adversidades domésticas, entre dificultades económicas que lo agobian y prejuicios familiares que lo atormentan. Un continuo ajetrear por menudencias, por quisquillas, por la frase intencionada de aquel amigo, por la palabra dudosa de algún crítico, por la cita histórica más intrascendente (...) En un siglo pleno de conmociones políticas, en que muchos de sus compañeros de letras sufre persecuciones, destierros y aun la muerte, Anselmo Suárez permanece apartado de toda la turbamulta de pasiones que le circunda, agobiado por sus problemas domésticos y sus minucias intelectuales, torturado por el recuerdo de amargas experiencias familiares.⁴⁰

Este escritor sin vocación heroica y atormentado por los avatares de su biografía (un padre de infortunada memoria, un hermano loco, un ingenio hipotecado...) es analizado como víctima de un

sobre Anselmo Suárez y Romero que incluye un índice detallado de los manuscritos y una bibliografía, además de un estudio sobre el personaje que me parece esencial para interpretar la vida cubana”. Véase: “Manuel Moreno Fragnals entrevistado por Olga Cabrera e Isabel Ibarra. Fragmentos de una conversación interrumpida”, p. 8. En la *Órbita de Manuel Moreno Fragnals...*, pp. 29-39, se reproduce parcialmente este trabajo, sin la bibliografía.

³⁹ Manuel Moreno Fragnals, “Anselmo Suárez y Romero (1818-1878)”, p. 59.

⁴⁰ Ídem, pp. 59-60.

medio social hostil y convicto de culpas que no le pertenecían. En semejantes circunstancias, su postura frente a los principales problemas sociales y políticos de su época —la esclavitud africana y la opresión colonial— es en criterio del ensayista “negativa”. Sobre la servidumbre, dice que “aconsejó la dulzura y la lástima” y en lo relacionado con la cuestión colonial, se apartó por considerar que “alguien atribuyese a encono personal los arranques de patriotismo”.⁴¹ Quizás, conjetura el autor, tantos desengaños y temores serían responsables de que: “En el ocaso de su vida, sus artículos tienen un sabor de amargura, un sello trágico de frustración”.⁴²

Para Manuel Moreno Friginals, el lugar de Anselmo Suárez y Romero en la literatura cubana estaba determinado fundamentalmente por “sus cuadros campestres y en especial los referentes al negro: *El guardiero*, *El cementerio de ingenio*, *la negra Úrsula*, *La vuelta al ingenio* y sobre todo, su novela *Francisco*” y añade: “el mayor orgullo de Suárez y Romero fue haber podido conmovier a sus contemporáneos con sus descripciones vívidas de la esclavitud”.⁴³ Esta afirmación lo lleva a suponer que el romanticismo con indicios realistas del autor, y el de otros contemporáneos suyos, era un discurso estético conveniente para expresar “todos los graves problemas nacionales”.⁴⁴ Y agrega que: “En ellos el hombre deja de ser un ente idealizado para encarnar los tipos característicos de la nación; el negro esclavo, el mayoral, el amo, la mulata de los barrios bajos, el señorito habanero. Romanticismo —realismo— extrae de la tierra misma todas sus llagas y la expone públicamente”.⁴⁵

Aun así, el historiador mantiene que es superior el contenido moralizante de la prosa a sus valores artísticos, lo que predomina

⁴¹ Ídem, p. 62.

⁴² *Ibidem*.

⁴³ *Ibidem*. Varios de los textos que menciona Moreno fueron recogidos por Suárez y Romero en su libro *Colección de artículos*, Habana, Establecimiento Tipográfico La Antilla, 1859, en la sección titulada bucólicamente: “Costumbres del campo”, pp. 169-244.

⁴⁴ Ídem, p. 64.

⁴⁵ *Ibidem*.

en una obra como *Francisco*. Como sabemos, fue a instancias de Domingo del Monte que Suárez y Romero concibió el asunto de *Francisco*, entre 1838 y 1839, para entregarla junto con otras labores antiesclavistas al comisionado inglés Richard R. Madden. Se trataba pues, de una obra por encargo, que su autor nunca pudo ver publicada en vida por la prohibición de la censura, y que solo vino a publicarse en Nueva York en 1880.⁴⁶ De hecho, para Moreno Friginals la obra maestra de Anselmo Suárez y Romero no era dicha novela, sino el relato costumbrista titulado “El cementerio de ingenio”. En este sentido, el historiador apunta que los negros de la novela cubana decimonónica son “radicalmente falsos”, pues se trataba de negros “buenos” o “mansos”, representados de esta manera quizás para subrayar el contraste con la sevicia de sus amos blancos:

Así encontramos que Dorotea y Francisco, y la propia Rosalía de Félix Tanco Bosmeniel están en espíritu más cerca de Silvio Pellico o Víctor Hugo que de la sociedad cubana. Es posible que ello se deba, entre otras causas, a que estos escritores hablaban de un negro bueno en quien no creían, y que consciente o subconscientemente despreciaban, pero que les servía de fondo para mostrar más descarnadamente la corrupción de los blancos.⁴⁷

En el polo opuesto de estos esclavos ilusorios y frívolos, la descripción del mayoral de ingenio, como el don Antonio de la novela de Suárez y Romero, adquiere gran credibilidad y notable autenticidad en sus acciones violentas y despiadadas. En resumen, estas construcciones

⁴⁶ Anselmo Suárez y Romero, *Francisco. Novela cubana. (Las escenas pasan antes de 1838)*, Nueva York, Imprenta y Librería de Néstor Ponce de León, 1880.

⁴⁷ Manuel Moreno Friginals, “Anselmo Suárez y Romero (1818-1878)”, p. 66. Con muy parecidas palabras dice en su opúsculo sobre Saco: “Quienes sepan leer habrán advertido en la novelística cubana del siglo pasado que el negro o los negros buenos a través de los cuales se desarrolla el tema son siempre radicalmente falsos. Dorotea y Francisco, Cecilia Valdés, el negro Francisco de Zambrana, están siempre más cerca del romanticismo francés que de la realidad cubana”. En: *José A. Saco. Estudio y bibliografía*, Universidad Central de Las Villas, Dirección de Publicaciones, 1960, p. 41.

letradas, de mayor o menor verosimilitud, habrían constituido el “más severo alegato antiesclavista cubano de su tiempo”.⁴⁸

En su libro de mayor hondura, *El ingenio. Complejo económico-social cubano del azúcar*, el historiador comenta en su “Bibliografía azucarera” varios de los trabajos de Suárez y Romero, y reitera la noción de que son sus artículos de costumbres “retratos excepcionales de distintos aspectos del ingenio: «Ingenios», «Bohíos», «Los domingos en los ingenios», «El guardiero», «La casa de trapiche» y «El corte de caña»”.⁴⁹ Al novelista lo presenta como “modelado ideológicamente por la sacarocracia, de la cual fue exponente empobrecido, exhibió las mismas irresolubles contradicciones de la clase”⁵⁰ y añade: “Sus escritos revelan esta contradicción, y son descripciones extraordinarias, con una increíble riqueza de detalles del medio físico y los aspectos externos de la vida esclava, con una incompreensión o marginación absoluta de sus aspectos internos”.⁵¹

Veamos un par de ejemplos de esta mirada ambigua, manipuladora de la realidad esclavista, en un texto como “El corte de caña”, en el que los señoritos blancos y las damitas criollas se dedican en un día invernal a pasear y divertirse por los jardines del ingenio, despreocupados y alegres; después de una comida opípara, rociada con champaña, deciden salir a cabalgar por las plantaciones. El espectáculo de la llegada a los cañaverales no puede ser más incompatible: las doncellas blancas, “fatigadas” por el viaje, se sientan sobre las pilas de caña recién cortadas “sin cuidarse de que se echasen a perder sus vestidos de seda”. A su lado, los negros sudorosos “continuaban trabajando”, mientras que el “contramayoral, negro también, sonaba el cuero en el aire, y daba gritos excitando a sus compañeros a redoblar sus esfuerzos”.⁵² Hay un

⁴⁸ Manuel Moreno Fraguas, “Anselmo Suárez y Romero (1818-1878)”, p. 69.

⁴⁹ Manuel Moreno Fraguas, *El Ingenio. Complejo económico-social cubano del azúcar*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1978, t. III, p. 252.

⁵⁰ *Ibidem*.

⁵¹ *Ibidem*.

⁵² Anselmo Suárez y Romero, “El corte de caña”, *Colección de artículos*, Habana, Establecimiento Tipográfico La Antilla, 1859, p. 227.

dato en la descripción minuciosa de la zafra que provoca cierto misterio. Antes de llegar la comitiva al corte, los negros “estaban cantando. Ahora no se escucha más que el ruido de los machetes y los golpes de los trozos de caña al caer sobre los otros”. La solución al enigma de por qué los esclavos dejaron de cantar ante la presencia de sus amos, se resuelve de una manera artificiosa. Cuando los jóvenes, indiferentes a los rigores del trabajo y satisfechos por la excursión deciden regresar, un negro viejo entona un “canto salvaje”, al que los demás hicieron coro, en que se revela una sorprendente mezcla de elementos positivos y uno en particular que, literalmente, “quitaba el sueño” a los esclavos:

En el manifestaba que había tenido gusto en que los blancos presenciasen la tarea de los negros, que en el ingenio se les daba de comer y vestir bien, que muy pocas veces caía sobre sus cuerpos el látigo, que en sus enfermedades eran cuidadosamente asistidos, que por estar en la molienda comían y bebían toda la raspadura y todo el guarapo que apetecían, que se les permitían conucos, que se les dejaba criar cerdos y aves; pero que no podían resistir las veladas de la zafra, que el sueño los rendía, que durmiendo cargaban caña, que durmiendo la metían en el trapiche, que durmiendo descachazaban las pailas, que durmiendo daban punto a las templeas, que durmiendo batían el azúcar en las resfriaderas, que durmiendo llevaban las hormas a los tingladillos, que durmiendo extendían el bagazo en el batey.⁵³

El canto de los cautivos expresaba, en la versión de Suárez y Romero, una premeditada maniobra de los esclavos para reclamar a los amos “bondadosos” un aumento de sus horas de sueño. Pero esto, lógicamente, iba en contra de los intereses del dueño, que necesitaba más y más horas de trabajo, por lo que la petición se disuelve con una estratagema compasiva, lanzándoles unas monedas al viejo y al resto de los siervos, los cuales:

⁵³ Ídem, p. 229.

Entonces corrieron en busca de sus machetes, y como si no llevasen ya tres meses de molienda, como si hubiesen obtenido todo lo que querían, tornaron a cortar caña con más vigor y entusiasmo que antes. El anciano cantaba y reía, y todos cantaban y se reían también. Nos manifestaban su gratitud por las monedas que se les habían repartido, y prometían no dar nunca motivo para que los azotasen, y trabajar contentos hasta que el trapiche hubiese exprimido la última caña”.⁵⁴

Desde luego, para que este cuento de hadas resulte verosímil tiene que haber un negro “malo”, “ingrato”, que “ni había venido a arrodillarse y pedir como los otros la bendición ni que tampoco cantaba”. Era un cimarrón contumaz, “que, porque acostumbraba huirse a menudo durante la molienda, tenía puestos un par de grillos”. Pero también para este esclavo díscolo y rebelde, la visita al corte de caña resultó providencial, pues “una de las señoritas intercedió por él, y aquella misma noche, cuando se repartió la gente de los cuartos, se le quitaron”.⁵⁵

En “Bohíos al oscurecer”, Suárez y Romero realiza una descripción absolutamente idealizada de la vida en los ingenios al terminar la zafra, y presenta sin escrúpulos, al lado de consideraciones de orden económico sobre la primacía del cultivo de la caña de azúcar sobre el tabaco y el café, a los que llama “mis negros”, entregados a un desbordado contento: “están cantando alegres, hoy se las han repartido las esquifaciones, las frazadas y las camisas de lana; y mañana domingo bailarán tambor todo el día”. En este propio texto describe con pesadumbre las desventuras de una mujer esclava, anciana y ciega, a la cual “habréis contemplado con lástima, habréis dejado caer en sus manos una moneda y por mucho tiempo habréis recordado sus facciones aun entre los regalos de una vida feliz”. Nótese como se repite el mismo procedimiento del pasaje anterior: las desgracias de los esclavos no son tan graves cuando ellos mismos las alivian con sus “alegres cantos”, y

⁵⁴ *Ibidem.*

⁵⁵ *Ibidem.*

también es posible mitigarlas con limosnas. Estas bucólicas descripciones terminan con un regreso a la dura realidad del ineludiblemente trabajo esclavo, cuando:

Todos aquellos negros (...) habrán sido despertados para trabajar en el cuarto de madrugada, y ya estarán metiendo caña en el trapiche, juntándola en la pila, cargándola para el burro, abasteciendo de combustible a los trenes, regando el bagazo por el batey, manejando en la casa de calderas los bombones, las despumaderas y los sables, y alguno quizás, sin tener en cuenta que le amenaza un castigo, se ha escondido para dormir entre la casa de bagazo o en cualquier matojo de las inmediaciones.⁵⁶

De otro texto muy conocido de este autor, dedicado al cementerio en el ingenio, el historiador apunta que: “no es obra de imaginación, sino que reproduce hechos y personajes reales. En este caso se trata de la descripción, con excepcional vuelo lírico, de la muerte de distintos esclavos de su ingenio «Surinam»” y añade este dato curioso, que acerca el texto a la cultura popular: “Los «decimeros» cubanos, verdaderos juglares de nuestra campiña, hicieron versiones en décimas que se cantaron profusamente, integrándose al folclor cubano”.⁵⁷

Finalmente, a la novela póstuma de Suárez y Romero la considera como el epítome de “todo el antiesclavismo literario de la sacarocracia criolla”; repite la dicotomía entre personajes blancos “realistas” y arquetipos negros “falsos” y advierte que su autor y el resto de sus pariguales: Domingo del Monte, José Jacinto Milanés, Zacarías González del Valle: “estuvieron siempre conscientes de la falsedad del negro Francisco como tipo social, pero justificaron esta distorsión de la realidad como un mecanismo literario que servía para exponer la corrupción de la sociedad blanca”.⁵⁸

⁵⁶ Anselmo Suárez y Romero, “Bohíos al obscurecer”, *Colección de artículos*, op. cit., p. 242.

⁵⁷ Manuel Moreno Fraginals, *El Ingenio...*, op. cit., p. 252.

⁵⁸ *Ibidem*.

Estas ideas no eran novedosas en el pensamiento de Moreno, como hemos visto con anterioridad en el ensayo bibliográfico sobre Suárez y Romero de 1950 y en el estudio sobre Saco una década más tarde. Su noción de que la novela cubana del siglo XIX contiene un mensaje cifrado, el de la denuncia social, presentado bajo el disfraz de un melodramático relato ficticio, se enlaza con la polémica sobre *Francisco* que desató el crítico Enrique Piñeyro en 1868 en la revista habanera *El Ateneo*, acusando de esclavista a su autor y a sus “conmovidos tertulianos”, y de esta discusión letrada concluye una tesis sorprendente: sus contenidos servirían para “entender la honda crisis estructural de las plantaciones azucareras cubanas, especialmente en la década de 1860”.⁵⁹ En rigor, y con todo lo sugerente que pueda resultar la anterior afirmación, nos parece poco verosímil derivar de una polémica literaria, ventilada entre grupos reducidos de las elites letradas habaneras, censurada además por las autoridades coloniales, la comprensión de la crisis estructural en la plantación esclavista del occidente de Cuba.

En su último libro, *Cuba/España, España/Cuba...*, la valoración sobre Suárez y Romero y su obra es menos cordial que en textos precedentes, aunque mantiene lo esencial de sus juicios. Allí dice que: “Suárez y Romero dejó descripciones exteriores pero minuciosas y traumáticas de la esclavitud, como relatos de un niño tonto que describe un crimen sin entenderlo”.⁶⁰ En esa propia tesitura subraya que la escritura de *Francisco* no supuso para el novelista ningún esfuerzo estético adicional, pues le habría bastado “sentarse en la casa de vivienda de su ingenio, tomar un argumento amoroso a lo Silvio Pellico (estaba de moda en La Habana) y suponer que ocurría en el paisaje azucarero que tenía a la vista”.⁶¹ El resultado de esta copia “mecánica” de la realidad no podía ser más deplorable: “La trama, amores entre los esclavos Dorotea y Francisco (...) son completamente falsos, inspirados en los peores modelos de las novelas románticas italianas de la época”.⁶²

⁵⁹ Ídem, pp. 252-253.

⁶⁰ Manuel Moreno Fraginals, *Cuba/España...*, op. cit., p. 194.

⁶¹ *Ibidem*.

⁶² *Ibidem*.

Cirilo Villaverde fue un autor prolífico que dejó varias obras de desigual valor (*El espetón de oro*, *Teresa*, *La joven de la flecha de oro*, *El penitente*, *El guajiro*, *Excursión a la Vuelta Abajo*, *La tejedora de sombreros de yarey*, *La peineta calada*, *Dos amores*), entre ellas la novela cubana más trascendente del siglo XIX *Cecilia Valdés* o *La loma del Ángel*.⁶³ Lo anterior, axiomático para la crítica literaria —Roberto González Echevarría afirma que es “la mejor y más importante novela hispanoamericana del siglo XIX”—,⁶⁴ no fue suficiente para que Villaverde gozara del aprecio que Moreno Friginals le deparó a Suárez y Romero o a Milanés. En múltiples ocasiones escribió u opinó en contra de la saga de Cecilia y Leonardo, como cuando celebra la obra de Miguel de Unamuno, valiosa por expresar la tragedia de los intelectuales españoles durante la guerra civil, y a renglón seguida espeta: “no es como Cirilo Villaverde, cuya *Cecilia Valdés* la considero muy mala”.⁶⁵ Aquí Moreno Friginals nada contra la poderosa corriente de crítica literaria que, durante más de un siglo, desde sus contemporáneos Martí, Varona y Ramón Meza, hasta Salvador Bueno, Roberto Friol, Reynaldo González y Cira Romero, entre muchos otros, han visto en *Cecilia* un monumento de la literatura cubana y también, para decirlo con las palabras de Friol: “El memorial de los abismos cubanos. El vitral de una llaga”.⁶⁶

Un dato revelador en este sentido es que Villaverde no aparece citado en la “Bibliografía azucarera” que se despliega en *El Ingenio*, a pesar de las realistas descripciones de ingenios que aparecen en

⁶³ Cirilo Villaverde, *Cecilia Valdés* o *La loma del Ángel*, novela cubana, t. 1, La Habana, Imp. Literaria, 1839. Edición definitiva: *Cecilia Valdés* o *La loma del Ángel*, novela de costumbres cubanas, Nueva York, Imp. de El Espejo, 1882.

⁶⁴ Roberto González Echevarría, “Raza y ley en *Cecilia Valdés*, de Cirilo Villaverde”, *ANAMORPHOSIS, Revista Internacional de Direito e Literatura*, vol. 4, no. 2, julho-dezembro, 2018, p. 331.

⁶⁵ Pedro Pablo Rodríguez “El historiador no cesa de estudiar” (entrevista a Manuel Moreno Friginals), en su: *Diálogo con los tiempos. Entrevistas a historiadores cubanos*, Santa Clara, Editorial Capiro, 2015, pp. 170-178.

⁶⁶ Roberto Friol, “La novela cubana del siglo XIX”, en *Revolución, letras, arte*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1980, p. 432.

la historia de Cecilia. En *Cuba/España...* afirma que “La novela *Cecilia Valdés*, de realismo fotográfico en muchos aspectos” es “raigalmente falsa cuando habla de negros y mulatos...”.⁶⁷ Curiosamente, se trata del mismo argumento utilizado para descalificar los personajes no blancos de la novela de Anselmo Suárez y Romero. Le reconoce, no obstante, la cabal caracterización de algunos personajes, como el de la madre criolla “rica y consentidora” y al mismo tiempo “impulsora clandestina del sentido cubano de la descendencia”.⁶⁸ En esto Moreno se acerca al criterio expresado por el ensayista Enrique Sosa años antes, sobre lo que simbolizaba el personaje de doña Rosa en la novela, en que alega:

Doña Rosa, la criolla esposa de Gamboa, sirve para exponer algunos de los criterios prevalecientes en el seno de una familia de hacendados esclavistas y, a través del muro de desconfiado silencio, de hostil recelo mutuo que existe entre don Cándido y su hijo Leonardo, podemos detectar en el resquebrajamiento de la unidad y el respeto familiar, conjuntamente con las raíces de la oposición metrópoli-colonia, la vergüenza en el hijo por la condición de negrero del padre. Es ella la que conversa con ambos, y en su doble carácter de madre y esposa, de criolla casada con español, de madre pródiga, de cristiana y propietaria esclavista de puño duro, es uno de los personajes más logrados por la pluma de Villaverde.⁶⁹

Ningún texto mejor para ilustrar esa problemática relación, que el texto que Reynaldo González le pidió a Moreno como “Apéndice valorativo” de su ensayo *Contradanzas y latigazos*. El historiador parte de reconocer que la novela donde se narran los amores incestuosos de Cecilia y Leonardo, y que constituye la inspiración de Reynaldo González, es una “obra extraordinaria”. Sin embargo, su mirada sobre *Cecilia Valdés* no es precisamente amigable, antes

⁶⁷ Manuel Moreno Friginals, *Cuba/España...*, op. cit., p. 184.

⁶⁸ Ídem, p. 184 y 225.

⁶⁹ Enrique Sosa, *La economía en la novela cubana del siglo XIX*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1978, p. 189.

bien, le realiza algunos reproches, entre ellos haber sido escrita en un exilio “muy largo”, y el hecho de que su ademán autobiográfico influya en la eficacia de la narración, motivado por lo borroso o inexacto de sus recuerdos. Dice más, que la novela, tradicionalmente considerada un alegato antiesclavista, no podría ser apreciada como tal por la fecha en que fue publicada su versión definitiva (1882), cuando ya la esclavitud estaba en trance de ser abolida y además “los patriotas cubanos la habían abolido ya en los campos de batalla. Entonces comienza a resultar que la novela antiesclavista no es antiesclavista”.⁷⁰ También se cuestiona el anti-esclavismo de su autor, quien habría escrito varios artículos en 1863 en defensa de la servidumbre. Pese a todo, los argumentos no resultan convincentes. Objetar el perfil de crítica a la esclavitud presente en la obra, basado en criterios biográficos o cronológicos, no parece tener suficiente firmeza. Más adelante, insiste en la pertenencia de Villaverde, “políticamente al lado de los reformistas hasta muy tarde, hasta 1868”, a una “elite pro anexionista blanca, profundamente prejuiciada”.⁷¹

Lo anterior explicaría, según Moreno, que la novela fuera “profundamente racista”.⁷² La demostración de dicha tesis, asentada en las descripciones supuestamente racistas que hace Villaverde de su personaje central, nuevamente sigue sin persuadir. En opinión de Moreno, la protagonista de *Cecilia Valdés* aparece denigrada en la descripción hecha por el novelista de la mujer mestiza como “animal sexual”, “la mulata buena para el sexo” y poco apta para el matrimonio. A ello se suman otras representaciones del imaginario racista, como el tópico del “adelanto” racial y el “blanqueamiento” de la sociedad propiciada por uniones mixtas. Este arquetipo sensual, a juicio del historiador, no representaba “una verdadera imagen de lo que ha sido la

⁷⁰ Manuel Moreno Fraginals, “La otra versión de Cecilia Valdés”, en: Reynaldo González, *Contradanzas y latigazos*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1983 p. 365. De esta obra hay edición posterior de 1992 y otra versión ampliada y corregida por su autor de 2012. En esta última el “Apéndice valorativo” de Moreno se transmuta en una suerte de preámbulo al libro.

⁷¹ Ídem, p. 366.

⁷² *Ibidem*.

mujer negra y la mujer mulata en todos sus sufrimientos, sus desvelos, sus luchas”.⁷³ El ensayo de Reynaldo González, en opinión de Moreno, sería el encargado de invertir esa representación estereotipada de la mulata como “animal sexual” y colocarla en su justa dimensión histórica.

Finalmente, admite que la obra “es tremendamente importante”, que Cecilia es un “hito en la literatura cubana”, y que de los que se trata no es de demonizarla, sino “subrayar sus verdaderos valores y no atribuirle los que no posee”.⁷⁴ De manera lateral, imputa la mixtificación de la obra de Villaverde al hecho de que no fueron los independentistas los que triunfaron y fundaron la República, sino las elites autonomistas y proanexionistas, interesadas en promover una visión edulcorada del pasado colonial. El cambio en la óptica de análisis, de lo cual era ejemplo la propia obra de Reynaldo González, estaría motivado por la realización, tras el triunfo revolucionario de 1959, de novedosas maneras de investigar el pasado e interrogar sus documentos, auxiliados por “una nueva metodología con la cual se llega a nuevas conclusiones”.⁷⁵

En *Cuba/España...* varios de estos razonamientos aparecen expuestos con nuevos matices. Si antes ha dicho que los recuerdos de Villaverde eran borrosos, ahora sugiere que poseía “una memoria extraordinaria y una increíble pluma fotográfica” y le atribuye hacer “el retrato minucioso y exacto de personas, acontecimientos y el medio físico cubano (...) filtrados a través del lente antiesclavista literario y esclavista por prejuicios y razones nacionales del autor ya anciano”.⁷⁶ Nuevamente le recrimina el hecho de ser una obra publicada a destiempo, pues reproduce los valores de la sociedad anterior a la Guerra de los Diez Años y la acusa de reproducir el rescoldo ideológico de la sacarocracia, lo que supondría “un salto atrás para los grupos de la vanguardia criolla”.⁷⁷ Como

⁷³ Ídem, p. 369.

⁷⁴ Ídem, p. 367.

⁷⁵ Ídem, pp. 368-369.

⁷⁶ Manuel Moreno Fraginals, *Cuba/España...*, op. cit., p. 260.

⁷⁷ *Ibidem*.

ya hemos visto, según Moreno fueron los autonomistas los encargados de resignificar la novela y “elevantarla a la categoría de obra maestra de la literatura cubana”, mientras que los sectores de la intelectualidad negra y mulata (liderados por otro autonomista, Martín Morúa Delgado) se encargaron de objetar sus contenidos racistas y discriminatorios.

El último ejemplo que analizaremos en este ensayo es el del dramaturgo matancero José Jacinto Milanés, autor del mayor éxito dramático del siglo XIX cubano: *El conde Alarcos* (1838). Otra vez Moreno recurre en su estrategia de análisis a señalar una paradoja: ¿por qué un drama de contenido “caballeresco y medieval”, interesó tanto “a una oligarquía que, contradictoriamente, producía mercancías con esclavos, compraba títulos nobiliarios y asumía como propios los grandes lineamientos ideológicos burgueses”?⁷⁸ El argumento de la tragedia, ubicado en la corte francesa del siglo XIII, se le antoja al historiador pobre en su estructura dramática, “aunque esté tocada por el talento de Milanés, y entre ripios y rimas forzadas ofrezca versos de impresionante belleza y musicalidad”.⁷⁹ Fiel a su método, como antes hizo con *Espejo de paciencia*, el ensayista busca explicar el éxito, sorprendente y fugaz de la obra, a través del hallazgo de un texto en clave y un destinatario que debía ser capaz de descifrar ese mensaje.⁸⁰ Su caracterización clasista de Milanés lo sitúa como “un producto típico de la esforzada «clase media» (técnicamente el sector medio), que asumió como propia la cultura cautiva de la oligarquía azucarera criolla, la sacarocracia”.⁸¹ Lo definían además sus escasos ingresos económicos, su formación autodidacta y la

⁷⁸ Manuel Moreno Friginals, “El conde Alarcos y la crisis de la oligarquía criolla”, *Revolución y Cultura*, La Habana, no. 103, 1981. Reproducido en: *Órbita de Manuel Moreno Friginals*, op. cit., p. 334.

⁷⁹ Ídem, p. 335.

⁸⁰ “El argumento de *El conde Alarcos*, supuestamente medieval, era un mensaje codificado en el lenguaje de la sociedad criolla de la época que entendía cada una de las referencias políticas”, Manuel Moreno Friginals, *Cuba/España...*, op. cit., p. 193.

⁸¹ Manuel Moreno Friginals, “El conde Alarcos y la crisis de la oligarquía criolla”, op. cit., p. 336.

enfermedad mental que lo aquejaría durante los últimos años de su vida. En palabras de Moreno:

En el orden social, Milanés es uno de los casos más apasionantes de la cultura criolla. Dotado de una sensibilidad casi enfermiza, *sintió* (decimos *sentir*, lo cual no significa necesariamente tener plena conciencia de ello) las hondas contradicciones de la sacarocracia criolla, que exigía la libertad política de los blancos y el mantenimiento de la esclavitud de los negros; y que asentada sobre la explotación de esos esclavos encargaba a sus artistas la producción de obras literarias anti esclavistas (...) Preso en la jaula de la cultura cautiva, Milanés, sin esclavos ni ingenios, sin capital ni títulos nobiliarios, impugnó la política colonial y señaló las llagas de la sociedad cubana, pero a partir siempre de esa contradicción entre la ideología impuesta y el sentimiento propio.⁸²

En *Cuba/España...*, Moreno define a Milanés como un “poeta romántico de irregular vuelo, con altos momentos líricos y grandes caídas (...) sometido a las presiones económicas de la oligarquía, para la cual siempre escribió”, quien habría tratado, inútilmente, de “ajustar su amplio ideal romántico de libertad a una sociedad esclavista”, y ello quizás fuera causa indirecta de su esquizofrenia: “murió loco”, concluye.⁸³

Antes de entrar en las disquisiciones del historiador sobre la obra de Milanés, debemos decir que *El conde Alarcos* es una obra cuyo discurso había sido analizado con interés por la crítica desde mucho antes. Curiosamente, en la primera exégesis notable del teatro cubano, la *Historia de la literatura dramática cubana*, su autor José Juan Arrom no observa ninguna connotación de índole política en la obra y se refiere al *conde Alarcos* como: “Este drama, que ha levantado la fama de Milanés hasta hacerlo figurar como

⁸² Ídem, pp. 336-337.

⁸³ Manuel Moreno Fraguinals, *Cuba/España...*, op. cit., p. 192.

uno de los mejores poetas dramáticos cubanos del siglo XIX, fue otro de los brillantes frutos de las tertulias delmontinas”⁸⁴ y al mismo tiempo lo juzga con severidad cuando escribe: “El drama es relativamente bueno como lectura, pero adolece de serios defectos para su representación. La acción es lenta y monótona, los parlamentos largos y débiles, los personajes carecen de variedad y vigor, falta intensidad a la expresión de las pasiones motivadoras y trágica elevación al conflicto de las opuestas lealtades del conde”.⁸⁵ Más sorprendente resulta la ausencia de Milanés y su pieza dramática en el que constituye, hasta el presente, el estudio más erudito dedicado a la figura de Tacón en Cuba, me refiero a la vigorosa introducción de Juan Pérez de la Riva a la correspondencia reservada del capitán general, en la que cita en cambio otros ejemplos menos notables de lo que denomina “abundante producción literaria antitaconiana publicada en los años 1836 y 1838”, entre estas el melodrama *A cual más malo*, del veracruzano Manuel García de Lama, publicado en Filadelfia en 1839.⁸⁶

El dramaturgo y ensayista Matías Montes Huidobro es quizás uno de los primeros en subrayar en la obra de Milanés un ejemplo de lo que denomina “la formación de la conciencia cubana”, y postula que, más allá del “hecho romántico” presente en sus versos, había en ellos “una interpretación del trauma nacional (...) que tenía que vivir internamente el propio Milanés”.⁸⁷ Montes Huidobro explora determinadas paradojas del drama, como la oposición entre el monarca francés y el conde español, que sirve a las órdenes de un rey enemigo de su patria. Esta contradicción la resuelve el crítico reivindicando la idea de que:

⁸⁴ José Juan Arrom, *Historia de la literatura dramática cubana*, New Haven, Yale University Press, 1944, pp. 49-50.

⁸⁵ Ídem, p. 51.

⁸⁶ Juan Pérez de la Riva, “Introducción”, *Correspondencia reservada del capitán general Don Miguel Tacón, 1834-1836*, La Habana, Consejo Nacional de Cultura/Biblioteca Nacional José Martí, 1963, pp. 50-51.

⁸⁷ Matías Montes Huidobro, “El teatro de Milanés y la formación de la conciencia cubana”, *Anales de Literatura Hispanoamericana*, Madrid, Universidad Complutense, vol. 2-3, 1973/74, p. 224.

Como Milanés no puede hacer que Alarcos sea un cubano en rebeldía contra un monarca español, cosa inadmisibles, tiene que crear estas circunstancias. Lo cierto es, sin embargo, que Alarcos está sintiendo el nacimiento de la conciencia patriótica. No hay duda que Alarcos no tenía una conciencia nacional muy claramente perfilada. Este punto es clave y explica el absurdo de su situación. Recordemos, además, que tampoco Cuba la tenía. La presencia nacional estaba latente, no obstante. La ausencia de una conciencia nacional formada explica el absurdo dentro del cual se encuentra el protagonista (...). Como estamos en la Edad Media, sin embargo, el concepto nacional no puede estar nítidamente perfilado en los personajes. Esto es mejor todavía para el paralelismo: Cuba misma en el estado prenatal nacional, medioevo político.⁸⁸

Siguiendo el anterior patrón de análisis, Montes Huidobro le adjudica al personaje de Alarcos una cierta “inmadurez política”, como resultado de: “una nacionalidad en formación, descubriéndose a sí misma, separándose dolorosamente del tutelaje, pero aún vacilante y sin llegar a la rebelión: Cuba y Milanés. Por eso Alarcos es pálidamente rebelde en comparación con otros personajes del drama romántico. La obra ha sido erróneamente ubicada al considerarse tan solo el carácter foráneo, sin integrarlo a factores cubanos”.⁸⁹

El gran historiador del teatro cubano Rine Leal, en su clásico ensayo *La selva oscura*, señala que el drama romántico de Milanés supone: “un momento muy especial en el desarrollo dramático del país. Nunca antes una pieza de autor nacional había provocado tan violenta sacudida, nunca antes la escena había soportado tantos elogios. Cuando el *Conde* se estrena en el año de gracia de 1838 ha surgido una época nueva y su autor nace para la historia”.⁹⁰ Leal coincide con Moreno en la existencia gris y monótona del dramaturgo, cuya

⁸⁸ Ídem, p. 226.

⁸⁹ Ídem, p. 229.

⁹⁰ Rine Leal, *La selva oscura. (Historia del Teatro Cubano desde sus orígenes hasta 1868)*, La Habana, Editorial Arte y Literatura, 1975, tomo I, p. 301.

“vida, sus anhelos y frustraciones son también los de una generación pequeño burguesa, ahogada en una sociedad mercantil y vacía”.⁹¹ El crítico enfatiza en la enorme popularidad de que gozó la obra desde su primera puesta en escena en el Tacón: “El éxito fue inmediato, el drama enloqueció a la gente y los estudiantes comentaron durante días la obra”;⁹² sin embargo, en una actitud insólita, su autor se negó a presenciar su brillante triunfo escénico y se refugió en la soledad de su ciudad natal.

Rine Leal explica semejante suceso teatral, apelando al hecho de que “toda representación de un monarca cruel y asesino, toda lucha entre la pureza individual y la maldad reinante eran tomados como una declaración de principios frente al poder absoluto de los capitanes generales. Hacia solo cuatro años que el soberbio Tacón expulsara de La Habana a Saco, y toda reafirmación de los valores literarios nacionales era la manera más inteligente de oponer a la razón de la fuerza la fuerza de la razón”.⁹³ Y agrega el crítico esta sugerente conjetura: “Cuando Milanés conquista al público del Tacón, recién inaugurado, está tomando por asalto la ciudadela del despotismo colonial español”.⁹⁴

Las lecturas nacionalistas de *El conde Alarcos*, al estilo de las realizadas por Matías Montes Huidobro y Rine Leal, insisten en el ademán romántico del rebelde solitario y puro, pero soslayan un dato esencial, referencia que constituye el núcleo del ensayo de Moreno Fragnals, y es el discernimiento del público al que estaba destinada la labor de Milanés y los móviles ocultos detrás de su extraordinario éxito; como señala el historiador, *El conde Alarcos* fue dedicado a Domingo del Monte, y por extensión a la clase social de la cual aquel era representante, esto es, la oligarquía criolla, por demás la única con los recursos económicos y el capital intelectual necesario para apreciar dicha obra.

⁹¹ *Ibidem*.

⁹² *Ídem*, p. 304.

⁹³ *Ídem*, pp. 306-307.

⁹⁴ *Ídem*, p. 307.

Esta oligarquía se había engalanado a lo largo del tiempo con la compra de títulos de nobleza, condados y marquesados, inversión muy onerosa desde el punto de vista financiero, pero que iba acompañada con otras ganancias en el orden simbólico, como la acreditación de limpieza de sangre, la profesión de fe católica y el testimonio de servicios prestados a la monarquía. Tal condición nobiliaria, hacía de esta oligarquía un poderoso sector dominante dentro de la sociedad criolla, portadora de un complejo mundo ideológico, donde se debatían antiguas lealtades y se afirmaban identidades nuevas.

En opinión de Moreno, esta clase social emprendedora, con ínfulas burguesas y cuya riqueza descansaba en un modo de producción anómalo para el capitalismo, era prisionera de “contradicciones insolubles” que la llevaron a no poder desplegar “un programa político coherente”.⁹⁵ Su cenit como clase política estuvo determinada por el último periodo del absolutismo fernandino (1823-1833) y el inicio de su decadencia por la etapa inmediata posterior, representada en el gobierno liberal de Miguel Tacón y Rosique (1834-1838), “cuya misión fundamental de gobierno era cercenar el poder de la oligarquía”.⁹⁶

La humillación a que fue sometida la sacarocracia por Tacón, excluida de la elite de poder, sería el *leitmotiv* para entender lo que el historiador denomina el “código de señales” de *El conde Alarcos*, obra estrenada significativamente en los finales del gobierno de quien ostentaba los títulos de primer marqués (luego ducado) de la Unión de Cuba. El discurso dramático, ubicado en el lejano siglo XIII, adquiriría una inquietante actualidad para quienes acudían a presenciar el infortunio de un conde agraviado por su rey.⁹⁷ En su alegato teatral, Milanés justificaba la desobediencia del aristócrata

⁹⁵ Manuel Moreno Fraginals, “El conde Alarcos y la crisis de la oligarquía criolla”, p. 341.

⁹⁶ Ídem, p. 344. Véase una valoración integral y equilibrada del gobierno de Tacón y sus enfrentamientos con las elites criollas en el ensayo introductorio de Juan Pérez de la Riva a la *Correspondencia reservada del capitán general Don Miguel Tacón, 1834-1836*, op. cit., pp. 93-96.

⁹⁷ “Todo el diálogo, descodificado, rezumaba el resentimiento de frustración de un sector que había sido el único aliado fiel al imperio durante las guerras de independencia americana, cuyos soldados habían apoyado el 2 de mayo y ayudado a llevar a Fernando VII a

contrariado, víctima de una injusticia que debía ser reparada, y reprochaba al monarca y sus cortesanos su falta de consideración y respeto hacia la nobleza. Tales argumentos, nos dice Moreno, funcionaban como válvula de escape simbólica para la oligarquía criolla, expulsada del séquito del Capitán General y privada de sus favores palaciegos:

Este no era un mensaje de Milanés, sino de la propia oligarquía (...) *El conde Alarcos* fue (...) el medio de retroalimentación por el cual la oligarquía tornaba a recibir sus propias palabras. Esta fue la razón de su éxito. En 1838, en momentos del tenso relevo de Tacón, la obra era hiriente, impactante, eficaz... Poco tiempo después la situación siempre cambiante planteaba a la oligarquía otros problemas más dramáticos y angustiosos y la obra perdió actualidad. El mensaje que se buscaba era otro. Esa fue la razón de su fugacidad.⁹⁸

Las miradas de Manuel Moreno Fragnals a autores y textos clásicos de la literatura cubana del periodo colonial, le valieron para decodificar mensajes ocultos en sus argumentos, suscribir o censurar sus representaciones de personajes y contextos socio-económicos y culturales o para aprovechar sus narrativas en función de sus indagaciones del devenir histórico de la Isla. Fue, sobre todas las cosas, el desafío erudito de un lector apasionado y dialéctico, como lo demuestran sus preferencias y detracciones, así como sus cambios de opinión sobre autores y obras con el paso del tiempo. Podemos estar de acuerdo o no con esas valoraciones, pero su lección de aprendizaje con las fuentes literarias y su honradez intelectual permanece incommovible.

2022

Madrid, y ahora le enviaban al capitán general Miguel Tacón y le pedían el sacrificio de Cuba en beneficio de España”. Manuel Moreno Fragnals, *Cuba/España...*, op. cit., p. 193.

⁹⁸ Manuel Moreno Fragnals, “El conde Alarcos y la crisis de la oligarquía criolla”, p. 350.

ESE SOL
DEL
MUNDO MORAL

para una historia de la eticidad cubana

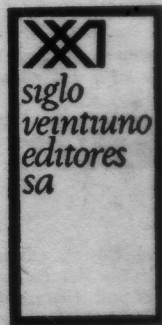
por

CINTIO VITIER

*Para Lezama y María Luisa,
esta agonía de la patria
que no alumbra y no desgarra*

Cintio

*Noviembre
de 1975.*



ESE SOL DEL MUNDO MORAL: AGONÍA Y ETICIDAD CUBANA

A la memoria de Fina García Marruz

No puede decirse de la justicia *non plus ultra*. Ella es absoluta en su esencia e ilimitada en su aplicación.

JOSÉ DE LA LUZ Y CABALLERO

Esta agonía de la patria que nos alumbra y nos desgarr.

CINTIO VITIER¹

En un artículo del gran historiador Jorge Ibarra Cuesta, titulado “Historiografía y revolución”, su autor repasa las diferentes etapas de la producción historiográfica cubana posterior a 1959, y como era habitual en él, no elude abordar con honradez aquellos momentos difíciles de la década de 1970, en los que fue predominante, en las esferas cultural y de la enseñanza, la aplicación de una política rudimentaria y extremista derivada del Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura.² En sus páginas leemos lo siguiente:

La destitución de Cintio Vitier como director de la Sala Martí de la Biblioteca Nacional fue una de las primeras medidas tomadas a principios de los setenta por la política sectaria. Para los nuevos custodios del legado martiano, se trataba de impedir que diversionistas y desviados ideológicos pudieran comunicar su percepción del Héroe Nacional. Al pensamiento martiano solo podían tener acceso los elegidos, autodenominados marxistas-leninistas. Martí no era el

¹ Esta frase aparece en la hermosa dedicatoria que Cintio Vitier escribió en el ejemplar de *Ese sol del mundo moral* (edición príncipe, México, Siglo XXI, 1975), perteneciente a José Lezama Lima, y que se conserva en la Biblioteca Nacional José Martí.

² Véase: “Declaración del Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura”, *Casa de las Américas*, La Habana, no. 65-66, 1971.

venero, la fuente, en la cual podían beber todos los cubanos que habían identificado su destino con el de la patria frente al “Norte revuelto y brutal”, sino el coto privado de un grupo selecto. Durante aquellos años, Cintio Vitier se vio obligado a publicar en México su estudio *Ese sol del mundo moral*, ante las objeciones de una comisión censora que se opuso a su edición en Cuba.³

Los errores cometidos durante dicha etapa han tenido valiosos estudios en fechas recientes, centrados fundamentalmente en los campos artístico y literario,⁴ por lo que la manera abierta y desprejuiciada en que Ibarra aborda este y otros asuntos de gran sensibilidad para el gremio de los historiadores profesionales, buscaba incitar a los investigadores del pasado cubano a profundizar en los efectos perversos que la mencionada doctrina ocasionó, no solo en lo relacionado con exclusiones, prohibiciones y diatribas, sino sobre todo en el peligroso empobrecimiento de la Historia en tanto conocimiento científico y disciplina académica.

La cita sobre Cintio no deja de ser sorprendente en aquel texto, pues no se trataba de un historiador profesional, aunque necesariamente sus indagaciones sobre la figura de José Martí, y sobre la poesía y la crítica cubana del siglo XIX, tenían un sólido fundamento histórico. Aquí Ibarra plantea un problema que será objeto de las reflexiones que siguen, y que culminará con la negativa para que se publicara en Cuba el ensayo de Cintio *Ese sol del mundo moral*. El asunto en cuestión era la disputa simbólica por la apropiación “verdadera” y “revolucionaria” del legado martiano, reservado solamente para los que Ibarra denomina con ironía “los elegidos”, es decir, quienes profesaban la ideología marxista-leninista,

³ Jorge Ibarra Cuesta, “Historiografía y revolución”, *Los variados caminos de la historia*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2011, pp. 141-142.

⁴ Véase: *La política cultural del periodo revolucionario: memoria y reflexión*, La Habana, Centro Teórico Cultural Criterios, 2008. Para un análisis general del periodo ver el excelente ensayo de Jorge Fornet, *El 71. Anatomía de una crisis*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 2013.

suprimiendo de su interpretación a todos aquellos, dentro y fuera de Cuba, sospechosos de atraer sobre el Apóstol exégesis “heréticas” a los ojos de la ortodoxia más recalcitrante.

Cintio Vitier y su esposa, Fina García Marruz, eran trabajadores de la Biblioteca Nacional desde 1961, y habían tenido un desempeño activo en la búsqueda y rescate de fondos bibliográficos para la institución, así como en la aparición de la *Revista de la Biblioteca Nacional* en su Tercera Época. Fruto de sus investigaciones en la Biblioteca, vieron la luz varios títulos sobre crítica literaria y estudios martianos, entre ellos: *La crítica literaria y estética en el siglo XIX cubano* (1968-1974); *Poetas cubanos del XIX* (1969), *Temas martianos* (1969), *Crítica sucesiva* (1971) y *Ese sol del mundo moral* (1975). Asimismo, fue extraordinariamente fecunda su labor al frente de la Sala Martí y del *Anuario Martiano*, devenidos ambos, al decir de la eminente bibliógrafa Araceli García Carranza en un “verdadero santuario (...) el más grande monumento erigido al Apóstol como predijo el profesor Manuel Pedro González, en su discurso inaugural, el 28 de enero de 1968”.⁵

En su texto Ibarra afirma que Cintio fue destituido, pero en los documentos de su archivo personal se alude a una carta de renuncia a dirigir el *Anuario Martiano* de la Biblioteca Nacional, con fecha 24 de octubre de 1972, motivado por su desacuerdo con las objeciones que Luis Pavón, presidente del Consejo Nacional de Cultura, había realizado al número 5 de dicha publicación, en misiva dirigida a Sidroc Ramos, director de la Biblioteca, con fecha 17 de octubre de aquel año.

El *Anuario Martiano* era publicado por la Sala Martí de la Biblioteca Nacional José Martí y su primer número apareció en 1969. Su génesis correspondía a una iniciativa del estudioso martiano de origen canario Manuel Pedro González, quien en su discurso inaugural de

⁵ Araceli García Carranza, “Honrar, honra”: Cintio Vitier en la Biblioteca Nacional de Cuba José Martí, *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, año 112, 5ta época, no. 1, enero-junio, 2021, pp. 46-47.

dicho espacio, el 28 de enero de 1968, había fundamentado la necesidad de un “boletín anual”, en el que quedaran recogidos:

Entre otras cosas, la bibliografía martiana activa y pasiva aparecida durante el año; la reproducción en traducción castellana de los artículos de mayor relieve que en lenguas extranjeras se hayan publicado durante el periodo y una sección bibliográfica selecta de carácter crítico en la que en brevísimas notas se informe al lector extranjero de la valía de ciertos estudios cualquiera que sea su carácter —tesis académicas, libros, folletos y artículos de alta calidad. Una sección que incluya nombre y dirección de los más significados estudiosos de Martí en todas partes.⁶

El *Anuario Martiano* se consideraba, en cierto sentido, continuador de la labor realizada en la República por Félix Lizaso con el *Archivo José Martí* (1940-1952), pero marcaba su diferencia con aquel, en tanto “el Anuario sólo reproducirá estudios extranjeros o cubanos de especial importancia, el resto de las colaboraciones serán siempre inéditas. Por lo demás, quisiéramos que no fuese sólo una caja de caudales martiana, lo que ya es bueno, porque esta riqueza no corrompe, sino también una flecha vibrando en el aire de América, indicadora del más alto camino de creación y liberación”.⁷

⁶ “Manuel Pedro González y la Sala Martí: de un discurso inaugural”, *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, año 59, 3ra época, vol. X, no. 1, enero-abril, 1968, p. 98. La idea de crear la Sala Martí databa de 1960, y su mayor promotor había sido Manuel Pedro González. En el encuentro sobre Rubén Darío celebrado en Varadero en 1967, la iniciativa fue respaldada por el poeta mexicano Carlos Pellicer y el crítico uruguayo Ángel Rama, junto con la creación de un Instituto de Literatura Latinoamericana. Los trabajos para la creación de la Sala Martí dieron inicio a finales de octubre de 1967 y fue inaugurada el 28 de enero de 1968 con la citada conferencia de Manuel Pedro González. Véase: Cintio Vitier, “Propósitos e inventario de la Sala Martí”, *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, año 59, 3ra época, vol. X, no. 1, enero-abril, 1968, pp. 98-100. Manuel Pedro González obsequió a la Sala Martí, entre otros libros, ediciones príncipes de *Ismaelillo*, *Versos sencillos*, *Cuentos de hoy y de mañana* y *Ramona*.

⁷ “Presentación”, *Anuario Martiano*, Departamento Colección Cubana, Consejo Nacional de Cultura, 1969, pp. 7-8.

En sus primeros cuatro volúmenes, correspondientes a los años de 1969 a 1972, en el *Anuario* publicaron los más ilustres estudiosos del pensamiento martiano dentro y fuera de Cuba, entre ellos Manuel Isidro Méndez, Juan Marinello, Ángel Augier, Julio Le Riverend, José Antonio Portuondo, Hortensia Pichardo, Loló de la Torriente, Roberto Fernández Retamar, Manuel Pedro González, Iván Schulman, Noel Salomón y Giovanni Meo Zilio, junto a jóvenes investigadores como Ramón de Armas y Pedro Pablo Rodríguez, quienes divulgaron allí sus primeros trabajos de importancia dedicados al Apóstol. Cintio y Fina, por motivos evidentes, colaboraron intensamente en estos primeros números.

Entre las impugnaciones de Pavón al volumen 5, correspondiente al año 1973, estaba la prohibición explícita (“por razones obvias” dice la carta) de citar el nombre de José Lezama Lima en un artículo de Cintio titulado “En torno a la poética de los *Versos libres*”, y también reprobaba la alusión, en un texto de Fina García Marruz sobre “La idea de la analogía en Martí”, al evolucionismo espiritualista del filósofo galo Pierre Teilhard de Chardin, al considerar el censor que “por tal camino, nos encontramos con que Martí en este siglo, en estos años, se hubiera adscrito a Pierre Teilhard de Chardin y no a la ciencia revolucionaria de la época: el marxismo leninismo”.⁸ Otros tópicos que el censor consideraba innecesarios o superfluos en el *Anuario* eran un trabajo de Enrique H. Moreno Plá sobre el *Diario de Campaña* de Martí,⁹ al parecer molesto por su alusión a la discusión de La Mejorana (“se vuelve a especular de nuevo en la actitud de Maceo”, afirma Pavón), una referencia al filósofo italiano Ferruccio Rosi-Landi (director de la revista *Ideologie*, quien proponía una curiosa correspondencia entre el pensamiento martiano y el de Mao Tse Tung) y varias entradas en la “Bibliografía Martiana” que

⁸ “Carta de Luis Pavón a Sidroc Ramos, 17 de octubre de 1972”, p. 3. Cortesía de la familia Vitier-García Marruz.

⁹ Enrique H. Moreno Plá había sido uno de los fundadores del *Anuario*, en cuyo primer número apareció su artículo “Doña Leonor en la emigración (una etapa desconocida en la vida de la madre de Martí)”. En el número de 1971 publicó “Reflexiones sobre la muerte de Martí”.

procedían de Boletines del Ejército de Batista. De igual modo censura “a un connotado batistiano como Eduardo Borrell Navarro” y “a un gusano” cuyo nombre no menciona. En todos los casos citados debía colocarse “una anotación crítica sobre el contenido o la actitud de semejantes personajes”.¹⁰

Para responder a todas las cuestiones que disgustaban a Pavón, Cintio redactó un “Memorándum”, fechado el 28 de octubre de 1972 (posterior a su carta de renuncia) donde exponía sus consideraciones y puntos de vista discrepantes con el censor. Su premisa inicial era el desacuerdo con la “supresión o modificación de pasajes en el texto de ningún trabajo”, toda vez que, como dice con transparencia:

El Anuario Martiano no es una publicación del Partido. Su fin es recoger estudios valiosos, cubanos y extranjeros, sobre los múltiples aspectos de la obra de Martí, con pluralidad de criterios fundamentados y siempre “dentro de la Revolución”. Dentro de la Revolución, en este caso, no puede querer decir, excluyentemente, dentro del marxismo-leninismo. El aporte, por ejemplo, de un pensamiento cristiano revolucionario, lo estimo política y culturalmente beneficioso, máxime tomando en cuenta el contexto latinoamericano de hoy y varios discursos de Fidel en Chile, especialmente el pronunciado en la Universidad de Concepción. La libre discusión, dentro del marco señalado, ha sido principio del Anuario, donde se han publicado hasta 3 trabajos con muy diversos criterios sobre un mismo asunto; el Martí revolucionario de Ezequiel Martínez Estrada.¹¹

Había pues una posición de principios honesta y revolucionaria, más allá de que la propia publicación hacía explícito que cada autor era responsable de sus opiniones. Lo primero tenía que ver

¹⁰ “Carta de Luis Pavón a Sidroc Ramos, 17 de octubre de 1972”, p. 4. Cortesía de la familia Vitier-García Marruz.

¹¹ Cintio Vitier, “Memorándum (temario para la entrevista propuesta por el co. Luis Pavón, Presidente del CNC)”, p. 1. Cortesía de la familia Vitier-García Marruz.

con impedir mutilaciones injustas en los trabajos que se publicaban, lo segundo con una actitud ecuménica, a tono con la idea de Fidel de promover el compromiso intelectual “dentro de la revolución”, sin exclusiones ni barreras ideológicas preconcebidas. Como ejemplo práctico de lo que se había alcanzado con la publicación del *Anuario*, Cintio mencionaba la celebración en la ciudad francesa de Burdeos de un Coloquio Martiano en mayo de aquel año,¹² con eventos posteriores en París, los que habían tenido amplia participación internacional y ponentes de gran nivel, todo lo cual había significado “un éxito político y cultural para Cuba”, al punto que hizo exclamar a uno de sus asistentes, el intelectual comunista Juan Marinello, que sus actos “fueron los más relevantes de cuantos homenajes se han ofrecido al gran cubano fuera de su país”.¹³ En la Universidad de París III, Cintio pronunció la conferencia “En torno a la poética de los *Versos libres*” (trabajo censurado por Pavón, como ya hemos visto, por citar el nombre de Lezama) y Fina leyó el trabajo de Eliseo Diego “La insondable sencillez”, análisis del primer poema de los *Versos sencillos*.

¹² El Coloquio Internacional José Martí se celebró entre los días 8 y 11 de mayo de 1972 en la Universidad de Burdeos III, bajo los auspicios de la Sala José Martí de la Biblioteca Nacional de Cuba, la Fundación José Martí de los Estados Unidos (con la ayuda de *The Joint Committee on Latin American Studies of the American Council of Learned Societies* y *The Social Science Research Council*) y del *Institut d'Etudes Ibériques et Ibéro-Américaines de l'Université de Bordeaux III*. Por Cuba asistieron como ponentes Cintio Vitier (*La irrupción americana en la obra de Martí*), Fina García Marruz (*El tiempo en la crónica norteamericana de Martí*), Juan Marinello (*Fuentes y raíces del pensamiento anti-imperialista de Martí*), José Antonio Portuondo (*Teoría martiana del partido político*), Luis Amado Blanco (*El realismo mágico en la prosa política de José Martí*) y Alejo Carpentier (*Martí y Francia*, ponencia leída por el francés Rene Durand). Asimismo estuvieron presentes el embajador cubano en Francia, Baudilio Castellanos, Guillermo Castañeda, funcionario de la UJC y miembro del consejo de redacción de *El caimán barbudo* y Rolando Meneses por la delegación de Cuba ante la UNESCO. A este coloquio fueron invitados los principales estudiosos de Francia (Paul Estrade, Jean Lamore y Noël Salomon), Italia (Ferruccio Rosi-Landi y Giovanni Meo Zilio), Alemania (Adalbert Dessau), Estados Unidos (Manuel Pedro González e Iván Schulman), España (Andrés Sorel), México (Ernesto Mejía Sánchez y Alfonso Herrera Franyutti), Chile (Juan Loveluck) y Uruguay (Ángel Rama).

¹³ Cintio Vitier, “Memorándum”, p. 1.

En el Informe sobre el Coloquio de Burdeos presentado por Cintio al regresar a Cuba se expresa: “En el curso del Coloquio se puso de relieve la profundidad y la vigencia del pensamiento americanista y antiimperialista de Martí, la actualidad de su proyección revolucionaria, la riqueza de sus fuentes ideológicas, la originalidad de su concepción del partido, el fondo humanista de toda su obra, la calidad de su creación poética en verso y prosa y la penetración anticipadora de sus enjuiciamientos críticos (...) En resumen puede decirse que el Coloquio de Burdeos constituye un paso firme hacia la efectiva universalización de la figura de José Martí”.¹⁴

Paradójicamente, la *Revista de la Biblioteca Nacional*, en sus números correspondientes a 1972, no ofreció ninguna referencia a la participación cubana en el Coloquio de Burdeos, y solamente en el volumen correspondiente a septiembre-diciembre de aquel año reproduce las palabras de Cintio ante la tumba del crítico cubano Enrique Piñeyro, leídas en el cementerio Pere Lachaise de París, el 18 de mayo de 1972.¹⁵ Como un dato de gran interés, Cintio

¹⁴ Cintio Vitier, “Informe sobre el Coloquio de Burdeos y los actos martianos celebrados en París durante el mes de mayo de 1972”, p. 9. Cortesía de la familia Vitier-García Marruz. Un magnífico ejemplo de esa universalización de su figura era el caso de la ponencia presentada por el novelista Alejo Carpentier, quien había encontrado un texto de crítica martiana sobre la novela póstuma de Gustave Flaubert *Bouvard y Pecuchet* (1881), escrito con anterioridad a la publicación de la misma, así como proponía un acercamiento entre el pensamiento estético de Martí y el de Marcel Proust. Todo esto lleva a Cintio a escribirle a Carpentier una misiva en que le dice: “Desde hace años estoy clamando por sacarlo del ámbito profesional (muy respetable a veces) y lograr que los verdaderos creadores se acerquen a su obra. Por eso me felicito que el coloquio te haya puesto a trabajar a Martí. Mi tesis se confirma: enseguida encuentras cosas nuevas y sorprendentes que ensanchan la perspectiva”. “Carta de Cintio Vitier a Alejo Carpentier, La Habana, 24 de marzo de 1972”, Biblioteca Nacional José Martí. En misiva posterior de Carpentier a Cintio, elogia la visita que realizó el matrimonio a la casa del pintor Gustave Moreau y le advierte que “aunque ahí faltan algunas de las piezas capitales del pintor, se siente que aquella era una atmósfera que tenía, por fuerza, que relacionarse con el pensamiento y la sensibilidad de José Martí” y añade: “te señalo a título meramente documental que (lo comprobé después) lo que dice Martí sobre el festín de Nabucodonosor está tomado textualmente palabra por palabra en la prosa de Flaubert”. En: “Carta de Alejo Carpentier a Cintio Vitier, París, 28 de julio de 1972”. Biblioteca Nacional José Martí.

¹⁵ Cintio Vitier, “Enrique Piñeyro”, *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, año 63, 3ra época, vol. XIV, septiembre-diciembre, 1973, pp. 163-166.

narra en su informe que luego de sus palabras ante la tumba de Piñeyro, “la delegación cubana con el Embajador Castellanos y los profesores González y Schulman, visitaron también el panteón de los Comuneros en dicho cementerio”.¹⁶

En sus argumentos al presidente del Consejo Nacional de Cultura, Cintio entendía que debían publicarse íntegramente todos los trabajos “salvo que se demuestre que los mismos dañan de algún modo a la Revolución” y pedía un “voto de confianza para seguir haciendo el Anuario sin consulta previa, sujeto a mi responsabilidad personal y a la del director de la Biblioteca”.¹⁷ Dicha autonomía no suponía dejar de consultar al organismo rector de la cultura “cuando surja una duda de carácter político”, como ya había sucedido en el caso de un artículo de Hilario González sobre Iván Schulmann que fue vetado por su presidente; y en unas palabras del comandante Raúl Castro sobre la Fundación José Martí,¹⁸ toda vez que esta institución estadounidense había sido una de las organizadoras del evento en Burdeos.¹⁹ Para finalizar esta primera

¹⁶ Cintio Vitier, “Informe sobre el Coloquio de Burdeos...”, p. 11.

¹⁷ Cintio Vitier, “Memorándum”, p. 1.

¹⁸ La creación de la Fundación José Martí en 1969, por iniciativa de Manuel Pedro González, integrada además por Iván Schulman, José Juan Arrom y otros estudiosos estadounidenses, fue saludada con efusividad por el *Anuario Martiano* en su número de 1970, donde se afirma: “Aunque no tenemos hasta el momento una información detallada sobre su plan de actividades, sabemos que el objetivo de la Fundación José Martí es promover en Estados Unidos, mediante concursos de nivel universitario y conferencias o seminarios de especialistas, el estudio intensivo y riguroso de la obra del Apóstol. El prestigio de los profesores encargados de llevar adelante este trabajo, asegura de entrada su éxito, que será un éxito de Cuba en el país de sus mayores enemigos. Saludamos fraternalmente, con nuestra gratitud y nuestros mejores votos, la hermosa, necesaria y valiente empresa”. En: “Noticias y comentarios”, *Anuario Martiano*, Departamento Colección Cubana, Consejo Nacional de Cultura, 1970, p. 585

¹⁹ La cita en cuestión decía: “En la Universidad de California se creó en 1969 la Fundación José Martí, con fondos de la Fundación Ford. Los años transcurridos han evidenciado los verdaderos propósitos de esta institución: enfrentar el pensamiento martiano a la revolución cubana, mediante la tergiversación de la doctrina antiimperialista”. En: Raúl Castro, “El diversionismo ideológico, arma sutil que esgrimen los enemigos de la Revolución”, *Verde Olivo*, La Habana, año XIV, no. 30, 23 de julio de 1972. Esta cita fue utilizada luego con frecuencia para desacreditar a Manuel Pedro González e Iván Schulman por Pavón, Salvador Morales y otros epígonos.

parte de su réplica a Pavón, Cintio lo invitaba, con refinada ironía: “a publicar en este número del Anuario o en el próximo, un estudio suyo sobre las ideas de analogía en Martí, en el que fundamente sus discrepancias con el de Fina García Marruz”.²⁰

A continuación Vitier impugnaba la prohibición de citar el nombre de Lezama, a quien recientemente se le habían publicado poemas en las revistas *Unión y Casa de las Américas*; deploraba el cuestionamiento a la intervención de Ferruccio Rosi-Landi en el Coloquio de Burdeos, reseñada por Juan Marinello en su *Homenaje a Martí* (París, 1972) y abogaba por la inclusión del texto de Moreno Plá, por considerar, entre otros aspectos, que presentaba “una interpretación equilibrada y prudente de la Entrevista de La Mejorana”.²¹ Asimismo, consideraba que la publicación de las aludidas referencias bibliográficas, poseían “en manos de un investigador revolucionario, una «funcionalidad política y científica» que no debe negarse nunca, a priori, a ninguna fuente histórica”.²² A propósito de ello le recuerda a Pavón que: “Un equipo de la Universidad de La Habana, dirigido por Aleida Plasencia, inició hace dos años el estudio de la deformación o mutilación de Martí durante la pseudo-República y presentó una ponencia (aprobada) en el Encuentro Provincial sobre el pensamiento de Martí. Muchos estudiantes han acudido a la Sala Martí con ese tema, que no puede desarrollarse sin una bibliografía”.²³

En respuesta a otras inectivas de Pavón, como la referida al llamado “gusano”, se trataba de una reseña del crítico José Olivio Jiménez al libro de Iván Schulman, *Símbolo y color en la obra de José Martí*, la cual “no sale del marco estrictamente literario, y por cierto, contiene referencias respetuosas a críticos de la Cuba revolucionaria”.²⁴ Un caso diferente era el de Carlos Ripoll “cuyos

²⁰ Cintio Vitier, “Memorándum”, p. 2.

²¹ Ídem, p. 3.

²² Íbidem.

²³ Ídem, p. 4.

²⁴ José Olivio Jiménez y Manuel Pedro González fueron homenajeados en el *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, no, 27, año 2004, pp. 41-58.

Índices de la obra martiana (donados a la Sala por Juan Marinello) fueron suprimidos por esa causa”.²⁵ No sin angustia, Cintio declaraba su acatamiento, sin hacer de ello una cuestión de principios, si el CNC adoptaba el criterio “de eliminar de la Bibliografía martiana todas las publicaciones reaccionarias y todos los cubanos que salieron del país”, pero advertía del riesgo que entrañaba dicha actitud de exclusión “en perjuicio a la investigación revolucionaria presente y futura”.²⁶

Como complemento a este “Memorándum”, Cintio añadía unas “Breves réplicas a la observaciones del co. Luis Pavón sobre «La idea de la analogía en Martí», de Fina García Marruz”, donde como ya hemos visto una de las principales objeciones estaba relacionada con la asociación del pensamiento martiano a la doctrina de Pierre Teilhard de Chardin. Sobre este asunto particular Cintio explica a su antagonista que:

Pierre Teilhard de Chardin es un biólogo y antropólogo evolucionista, revolucionario en cuanto científico, mal visto y silenciado durante algún tiempo por la Iglesia reaccionaria y uno de los mentores de la izquierda cristiana latinoamericana, empezando por Camilo Torres. Martí echó de menos la dimensión espiritual y trascendente en el evolucionismo de Darwin y en todo el positivismo de su tiempo. Teilhard de Chardin aporta esa dimensión al evolucionismo. Luego no es “desafortunado” señalar esa afinidad entre el pensamiento de Martí y el autor de *El fenómeno humano*, afinidad ya advertida por el intelectual marxista Roberto Fernández Retamar en el ensayo titulado “Martí en su (tercer) mundo”.²⁷

Otra cuestión que había molestado a Pavón era una crítica de Fina al positivismo de Varona, al contraponerlo con el espiritualismo de Martí, y sugería la conveniencia de no enfrentar a

²⁵ Cintio Vitier, “Memorándum”, p. 4.

²⁶ *Ibidem*.

²⁷ *Ídem*, p. 6.

ambos pensadores, por el cometido progresista que Varona había tenido en las primeras décadas de la República, a lo que Cintio responde con sinceridad: “Nadie niega «el papel progresista que desempeñó Varona y su positivismo en las primeras décadas de este siglo», pero nadie puede tampoco negar que hoy ese positivismo está muerto y sepultado, mientras el pensamiento de Martí, que se opuso al positivismo sistemático, tiene cada vez mayor vigencia”.²⁸

Estos documentos exponen, con singular dramatismo, las graves injusticias y amargas discriminaciones que fracturaban el campo intelectual cubano en los años 70, con posiciones de profunda intolerancia y sectarismo desde los funcionarios que dirigían el Consejo Nacional de Cultura, y muestran la virtud, el valor y el compromiso de un grupo de estudiosos quienes, por razones filosóficas o de sus convicciones personales, no congeniaban con el arquetipo intelectual de la ortodoxia más férrea y dogmática.

Como resultado de la renuncia de Cintio a dirigir el *Anuario*, el volumen 5 fue diferido para 1974, en el cual ya no aparecen colaboraciones suyas ni de Fina, a pesar de que en 1973 la Jornada Martiana de la Biblioteca Nacional, celebrada en enero, contó con las conferencias de Eliseo Diego, “Sobre los versos sencillos”; de Fina García Marruz, “Martí, maestro, escritor y revolucionario” y de Cintio Vitier, “Nuestra América en Martí”.²⁹ No habrá, a partir de ese momento, ninguna otra participación de Cintio ni de Fina en las sucesivas entregas del *Anuario* al que tantos desvelos habían dedicado, hasta la creación del Centro de Estudios Martianos, que retoma la publicación con otro nombre: *Anuario del Centro de Estudios Martianos*.³⁰

²⁸ *Ibidem*.

²⁹ “Miscelánea”, *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, año 64, 3ra época, vol. XV, mayo-agosto, 1973, p. 198.

³⁰ Véase un resumen de la trayectoria intelectual de ambas publicaciones en: Ana Vera Estrada, “Una lectura contextualizada del itinerario martiano en 30 años de *Anuario*”, *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, La Habana, vol. 26, 2005, pp. 134-149.

En el número de 1974 es muy marcada la presencia de textos dedicados a lo que Salvador Morales, quien asume la dirección del *Anuario*, llama “La batalla ideológica en torno a José Martí” y se reproducen varios trabajos del II Seminario Juvenil de Estudios Martianos, incluyendo el discurso de inauguración a cargo de Luis Pavón, titulado “Contra la falsificación de nuestra historia y la adulteración del pensamiento martiano”. Morales, luego de un extenso memorial de agravios contra la figura de Martí en la República —un antecedente de lo cual puede verse en el artículo de José Antonio Portuondo “Retratos infieles de José Martí”—³¹ reproduce en su texto los embates contra Manuel Pedro González e Iván Schulman, que eran repetidos hasta el cansancio por Pavón y otros epígonos. En sus aviesas palabras anuncia con beligerancia que: “No habrá tregua ni paz frente a los apátridas y sus socios de aventura diversionista, que pretenden proponer imágenes deformadas y confusionistas de Martí. No es aceptable el Martí suicida, ni el trascendentalista, ni el religioso cristiano, ni otros que estuvieron en boga, ni las nuevas versiones del arsenal imperialista. Estos Martí son ajenos al revolucionario, al héroe, al antiimperialista que fue José Martí”.³²

El alegato de Pavón realiza un recorrido semejante por toda la historia de Cuba, distribuyendo premios y castigos entre los actores históricos, y en un “pavoneo” de radicalismo irreflexivo, la emprendía contra Luz y Caballero, Domingo del Monte, Plácido y Juan Clemente Zenea, a quienes acusaba de haber sido sobreestimados en sus aportes a la cultura cubana. De Luz afirma “pocos fueron los que recordaron las miserias que acompañaron la vida del ilustrado catedrático”; a Delmonte le señala que “quiso orientar a la cultura cubana de acuerdo con los intereses del sector de la burguesía a que pertenecía” y a Zenea lo llama “el poeta cuya indigna actitud fue señalada por Céspedes”.³³ Los despropósitos

³¹ José Antonio Portuondo, “Retratos infieles de José Martí”, *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, año 59, 3ra época, vol. X, no. 1, enero-abril, 1968, pp. 5-14.

³² Salvador Morales, “La batalla ideológica en torno a José Martí”, *Anuario Martiano*, Sala Martí, Biblioteca Nacional José Martí, no. 5, 1974, p. 17.

³³ Luis Pavón, “Contra la falsificación de nuestra historia y la adulteración del pensamiento martiano”, *Anuario Martiano*, Sala Martí, Biblioteca Nacional José Martí, no. 5, 1974, pp. 277-278.

de Pavón lo llevan a decir que: “Una lista de la bibliografía mar-
tiana que nos dejó la república es, en gran medida, una relación
delincuencial”³⁴ y traía hasta el presente la “conspiración” bur-
guesa empeñada, según sus palabras, en tergiversar y desfigurar
la imagen del prócer cubano:

Puede decirse aún más: que en los últimos tiempos la cam-
paña contra Martí ha sido más activa que nunca por parte
de los elementos contrarrevolucionarios y diversionistas. Es
lógico que así sea. En la misma medida que se consolida la
Revolución y América Latina va despertando, arrecia la lucha
ideológica y el imperialismo precisa sus objetivos, culturales
y políticos con relación a la actual situación internacional. El
trabajo contra el pensamiento martiano es parte inseparable
de la obra de destrucción de los valores nacionales.³⁵

Sus dardos envenenados iban encaminados explícitamente contra
los trabajos desarrollados por la Fundación José Martí, en la que
veía: “una de las iniciativas más sutiles y engañosas cuidadosa-
mente gestadas por el enemigo de clase” y le atribuía la misión
“corrosiva” de colocar a Martí “como un factor para la conver-
gencia, para la coexistencia ideológica con el imperialismo y aún
más, para la unión entre colonizadores y colonizados”.³⁶ Lo ini-
cua de este proceder de Morales y Pavón, en el caso de Manuel
Pedro González, se agrava pues estaban atacando a alguien que
no podía defenderse, ya que el estudioso de origen canario falle-
ció en julio de 1974. Es muy llamativo que muchos años después
de su muerte, quien fuera su discípulo y continuador al frente de
la *Revista Iberoamericana*, Alfredo A. Roggiano, lo recordara con:

³⁴ Ídem, p. 279.

³⁵ Ídem, p. 280.

³⁶ Ídem, p. 284. En el discurso de clausura del Seminario, nuevamente se ataca frontal-
mente a la Fundación José Martí, esta vez en boca de Luis Orlando Domínguez, Secre-
tario del Comité Nacional de la UJC, quien descalifica a Manuel Pedro González y a Iván
Schulman, a quienes llama “autores contra Martí”, disfrazados de “amigos de la Revolu-
ción cubana” y portadores hipócritas “del mensaje diversionista del enemigo imperialista”.
Anuario Martiano, Sala Martí, Biblioteca Nacional José Martí, no. 5, 1974, pp. 317-325.

“una actitud que calificaremos de *invariante*, asumida desde el historicismo sociorealista de nuestros constructores del americanismo cultural y acentuada con su creciente adhesión al realismo socialista que lo llevó a su admiración por la Revolución Cubana”.³⁷

De la trayectoria de Iván Schulman como investigador serio y comprometido de la figura de Martí, autor de varios títulos fundamentales sobre la crítica martiana como son *Símbolo y color en la obra de José Martí* (Madrid, Gredos, 1960); *José Martí, esquema ideológico* (en colaboración con Manuel Pedro González, México, Editorial Cultura, 1961) y *Génesis del modernismo* (México, El Colegio de México, 1967), da fe el mismo primer número del *Anuario* donde se dice: “Lugar aparte merece el profesor Iván A. Schulman, distinguido crítico martiano, quien además de ofrecernos para su publicación en Cuba los artículos de Martí por él identificados en *The Sun* de Nueva York, ha organizado en los Estados Unidos, con el profesor González, una colecta entre colegas universitarios con el fin de obtener libros y tesis valiosas para nuestra Sala. Ese generoso aporte, en las actuales circunstancias, adquiere una significación que no es necesario subrayar”.³⁸ En el segundo volumen del *Anuario* se reseña con amplitud la vista del profesor Schulman a La Habana a finales de 1968 y comienzos de 1969, ocasión en que ofreció varias conferencias, realizó importantes donativos bibliográficos a la Sala Martí, concedió varias entrevistas y fue presentado por Cintio Vitier con estas elogiosas palabras:

Los mejores biógrafos y críticos de Martí han acabado dedicándole la vida y recibéndola de él con mayor verdad y pureza. Tal es desde luego el caso del joven y sapiente profesor que nos visita. No obstante, el cariz historiográfico y estilístico de los ensayos recogidos en su volumen *Génesis del modernismo*, al que seguramente podrá añadirse el que

³⁷ Alfredo A. Roggiano, “Manuel Pedro González (1893-1974)”, *Revista Iberoamericana*, vol. LXVIII, no. 200, julio-septiembre, 2002, p. 676.

³⁸ “Noticias y comentarios”, *Anuario Martiano*, Sala Martí, Biblioteca Nacional José Martí, no. 1, 1969, p. 354.

se dispone a leernos esta noche, percibimos en sus páginas un fervor que toca a la intimidad del crítico. Si las letras de América le deben un insigne servicio, él ha ganado una amistad maravillosa.³⁹

Cuando leemos los argumentos del discurso de Pavón, y lo comparamos con los testimonios de Vitier en *Ese sol del mundo moral*, nos percatamos que el ensayo de Cintio es justamente una impugnación y un desmentido a semejantes interpretaciones caprichosas y sesgadas del devenir de la cultura cubana, y que los personajes que Pavón denostó: Luz, Delmonte, Plácido, Zenea; son para Vitier protagonistas y forjadores de una conciencia cultural, los que encuentran su epitome en la figura de José Martí, que es la gran síntesis del pensamiento más progresista y emancipador del siglo XIX cubano. Si la enumeración de Pavón era arbitraria y excluyente, la tradición cultural que Cintio postula y defiende es inclusiva y ecuménica.

Ese propio año las malas señales, lejos de aminorar, acrecentaban su nefasta influencia. En marzo de 1974, el historiador Sergio Aguirre publicó en la revista *Revolución y Cultura*, órgano del CNC, un artículo que pretendía establecer los derroteros por los que debían transitar los investigadores cubanos sobre el pasado. El texto de marras se titula “La trampa que arde” y está datado en noviembre de 1973. Con lenguaje amenazador y didascálico al mismo tiempo, Aguirre intentó pautar el campo académico de los historiadores cubanos con una línea de pensamiento uniforme, que incluía no pocos extravíos, entre los cuales estaba el ataque directo a aquellos estudiosos considerados no marxistas, colocados bajo las más diversas etiquetas: positivistas, idealistas, católicos y liberales.

El antiguo historiador marxista se quejaba del “déficit cualitativo” que exhibía la producción historiográfica del momento, y la emprendía contra los que se ocupaban “de narrar con minucia los hechos

³⁹ “Noticias y comentarios”, *Anuario Martiano*, Sala Martí, Biblioteca Nacional José Martí, no. 2, 1970, p. 576.

históricos”, los que escribían “historia idealista”, los “católicos que han logrado convencerse a sí mismos de que no intentan dañar el proceso revolucionario y lo único que piden es una sencillez: decir lo que les dé la gana”, y los “liberales de combate que quieren lograr patente de circulación en una sociedad socialista”. Para el autor de las “Quince objeciones a Narciso López”, lo más importante para un historiador cubano revolucionario, independientemente de la cultura que poseyese o de su trabajo en archivos y bibliotecas, era “manejar los principios fundamentales del marxismo leninismo”.⁴⁰

A tales desmanes parece responder el prólogo de Manuel Moreno Fraginals a la edición definitiva de *El Ingenio*, fechado en febrero de 1974, (pero que no fue publicado hasta 1978) donde explica su método de trabajo: “Venimos sin interés polémico y sin presunciones de entregar una nueva y definitiva interpretación de la historia de Cuba (...) Hemos ido hacia una obra de investigación analítica y densa, porque creemos que la Revolución necesita estudios básicos, con firmeza en los métodos empleados y en las fuentes de documentación. Hasta aquí hemos llegado. Que se nos perdone si a veces ponemos demasiada pasión en nuestras frases. No nos avergonzamos de ello: la pasión es el más noble ingrediente de la historia”.⁴¹ Por ese acto inefable que Lezama Lima llamó “azar concurrente”, y seguramente sin saberlo ninguno de los dos, el prólogo de Cintio Vitier a su libro *Ese sol del mundo moral*, está fechado un mes más tarde, en marzo de 1974, y debe ser leído también como otra respuesta, inteligente y sutil, desde un interés y una sensibilidad diferente, a aquellos que pretendían empobrecer y desunir la cultura cubana con criterios intolerantes y dogmáticos.

Cintio no era un historiador profesional, ni tampoco pretendía con su obra establecer un canon historiográfico. Desde el inicio reconoce con honradez que en su ensayo no había “hecho trabajo

⁴⁰ Véase: Sergio Aguirre, “La trampa que arde”, *Revolución y Cultura*, La Habana, no. 19, marzo, 1974, *passim*.

⁴¹ Manuel Moreno Fraginals, *El Ingenio. Complejo económico social cubano del azúcar*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1978, t. I, p. 10.

de historiador en el sentido riguroso del término. Para ello hubiera tenido que investigar la relación de los sucesos éticos más relevantes de la historia cubana con las estructuras socioeconómicas y con el devenir político y cultural en todas sus manifestaciones” y añade con probidad: “Esta sería una tarea distinta, mucho más compleja y científica que no es la que corresponde a un poeta sencillamente enamorado de su patria”.⁴² Es pues, desde esa atalaya poética y patriótica, que emprende una búsqueda de las raíces morales de la nacionalidad cubana, o como prefiere llamar a esta indagación: “la captación de un proceso espiritual concreto: el de la progresiva concepción de la justicia, y las batallas por su realización, en la historia cubana”.⁴³ No se trataba de una historia de las ideas en un sentido puro o abstracto, sino de explicar la manera en que las doctrinas de justicia social habían encarnado en actos liberadores, que redimían a los seres humanos y rescataban a un país de seculares dominaciones.

La osadía de este libro, en tanto proyecto intelectual emancipador, rebasaba la inopia mental de aquel momento. No resulta aventurado suponer que entre esos que Aguirre llama con ofensa “católicos que quieren decir lo que les dé la gana” estaba Cintio Vitier. Con la diferencia de que Cintio, que se declara con leve ironía en su prólogo “aspirante vitalicio a poeta y a cristiano”, hablaba con el corazón de un patriota y la lucidez de un intelectual honesto y martiano hasta los tuétanos.

Ese sol del mundo moral era un compendio de ideas que desafiaban, desde una auténtica cultura humanista, la torpeza y el maniqueísmo imperante, que comenzaba citando la *Filosofía del derecho* de Hegel, en una época donde citar a Marx era obligado artículo de fe, aunque Marx aparezca luego de manera diáfana en el texto, en fecundante diálogo martiano, y que en lugar de analizar los procesos económicos o sociopolíticos, apuntaba su brújula a

⁴² Cito por la edición príncipe mexicana: Cintio Vitier, *Ese sol del mundo moral. Para una historia de la eticidad cubana*, México, Siglo XXI Editores, 1975, p. 9.

⁴³ Ídem, p. 7.

una dimensión espiritual, como es el caso de la eticidad, todo lo cual resultaba transgresor y subversivo. El fantasma de Teilhard de Chardin, al que tanto temía Pavón, aparece aquí de nuevo, esta vez en relación con el pensamiento ilustrado cubano de inicios del siglo XIX, varios de cuyos principales cultivadores preconizaban una reconciliación de la ciencia con la fe cristiana.

Lo terrible y paradójico al mismo tiempo de su censura, es que el ensayo tomaba como guía de su meditación a la figura de José Martí, a quien declara ser “uno de aquellos hombres “acumulados y sumos”, como él llamó a otros, que llevan en sí la agónica rectoría moral de sus pueblos”. Y, por si fuera poco, el discurso se concebía guiado por una reflexión de Fidel en el vigésimo aniversario del Moncada, el 26 de julio de 1973, donde afirmaba, refiriéndose a Martí: “En su prédica revolucionaria estaba el fundamento moral y la legitimidad histórica de nuestra acción armada. Por eso dijimos que él fue el autor intelectual del 26 de Julio.” A lo que acota Cintio: “Es ese «fundamento moral», con sus antecedentes premartianos y sus vicisitudes hasta nuestros días, lo que va a constituir el centro y el norte de nuestra pesquisa”.⁴⁴ Y ya casi al final destaca el carácter de *La historia me absolverá* “como una pieza ética de primera magnitud”.⁴⁵ Se trataba, en suma, de una obra plena de espiritualidad cristiana, martiana y fidelista.

La frase que da título al libro, es un fragmento de aquel apotegma de Luz y Caballero en que decía, en diciembre de 1861: “Antes quisiera yo ver desplomadas, no digo las instituciones de los hombres, sino las estrellas todas del firmamento, que ver caer del pecho humano el sentimiento de la justicia, ese sol del mundo moral”.⁴⁶ Después de Martí, Luz es el otro gran adalid intelectual que guía las reflexiones de Cintio, y que resume la evolución del

⁴⁴ Ídem, p. 9.

⁴⁵ Ídem, p. 176.

⁴⁶ José de la Luz y Caballero, *Aforismos y apuntaciones*, ordenados y anotados por Roberto Agramonte, prólogo de Rafael García Bárcena, Editorial de la Universidad de La Habana, 1945, p. 161. (Biblioteca de Autores Cubanos 7).

pensamiento cubano desde su tío el presbítero Caballero, pasando por Varela, Saco y Delmonte, hasta llegar al maestro de El Salvador, de quien afirma:

Saco fue hombre de una sola pieza. Varela, aficionado al violín en su juventud y fundador de la Sociedad Filarmónica de La Habana, mucho más sensible y dinámico, fue capaz de evolucionar de la filosofía ecléctica o “electiva” a la prédica revolucionaria y después a la espiritualidad evangélica más fina. De los tres principales discípulos del padre Agustín, José de la Luz y Caballero, sobrino suyo, fue el más complejo y el preferido por Martí, que recibió su legado espiritual desde el tránsito a la adolescencia, en el colegio de Rafael María de Mendive, discípulo de Luz.⁴⁷

La trama discursiva del ensayo sigue la cronología del devenir cubano, desde aquel mestizo Miguel Velázquez, que proclamó a su patria en el siglo XVI “triste tierra tiranizada y de señorío”, hasta la Revolución de Fidel Castro, trazando con frases fervorosas, imágenes deslumbrantes y pluma ensayística, los avatares ideológicos, filosóficos y estéticos que conllevaron al surgimiento de una conciencia nacional, los procesos revolucionarios que consolidaron la nacionalidad y propiciaron el surgimiento de la república y aquellos que combatieron contra el modelo neocolonial impuesto en 1902. Es una lección de historia escrita desde la pasión del poeta, la honestidad cristiana y el conocimiento cabal de las grandes tradiciones de la historiografía y el pensamiento cubano, aspecto este último que tuvo en su padre don Medardo, a uno de sus más autorizados estudiosos.⁴⁸

⁴⁷ Cintio Vitier, *Ese sol del mundo moral...*, p. 27.

⁴⁸ La concepción que tenía Cintio Vitier sobre la historia de Cuba, como asunto emocionante, vivaz y dialéctico, podemos apreciarla en su simpática carta a Raúl Roa, en ocasión de recibir su libro *Aventuras, venturas y desventuras de un mambí*, en que le dice: “Su libro entró en nuestra Sala como Pedro por su casa, con la encendida, patética y maravillosa historia de Cuba revivida por usted en una verdadera palingenesis revolucionaria. Decirle en estas apretadas líneas cuanto me ha enseñado y cuanto me ha conmovido su

Una de las líneas maestras en *Ese sol del mundo moral*, es su explicación ecuménica y fraterna del acontecer de la cultura cubana. A diferencia de los exaltados y vociferantes apologistas del dogmatismo, en el discurso de Cintio predomina la visión culta, el acento humanista y la erudición serena. Como ejemplo de que un conservador católico y un revolucionario de izquierda formaban parte de la misma tradición cultural, Cintio refiere la fiel amistad que unió a José María Chacón y Calvo con Pablo de la Torriente Brau, de cuya casa en Madrid partió a luchar por la República española. Cita con absoluta naturalidad y pondera los estudios sobre Martí de autores tan diversos ideológicamente como Juan Marinello, Jorge Mañach, Emilio Roig y Medardo Vitier y de igual modo elogia los ensayos de Carlos Rafael Rodríguez y Manuel Isaías Mesa Rodríguez sobre Luz; José María Chacón y Calvo sobre Heredia; Antonio Hernández Travieso sobre Varela y Roberto Agramonte sobre José Agustín Caballero. Con el mismo acierto reverencia la monumental obra etnográfica de Fernando Ortiz y añade que en ese campo también se distinguió Lydia Cabrera con *El Monte* y *La sociedad secreta Abakuá*.

Donde Pavón había dicho, de modo superficial e irresponsable, que casi toda la bibliografía martiana de la república era un “catálogo delincuencial”, Cintio le responde con este único ejemplo, suficiente para disuadir semejante impostura:

Si, por ejemplo ilustrativo, revisamos la colección de estudios titulada *Vida y pensamiento de Martí* (1942), encontramos que los trabajos principales se reparten entre las siguientes

libro, sería imposible. Con sus puntos aquí y allá inevitablemente discutibles, la tengo por la más importante obra salida de sus aguerridos y envidiados lápices, y por la más apasionante crónica de nuestra gesta libertaria en el siglo XIX, sin olvidar el abrumador capítulo de la frustración republicana, que hace hervir la sangre y asomar las lágrimas a los lectores ingenuos, como su deslumbrado y agradecido amigo —que ya lo era entrañable desde que leyó su evocación de Rubén Martínez Villena en lejanas mocedades”. “Carta de Cintio Vitier a Raúl Roa, La Habana, 11 de marzo de 1970”. Biblioteca Nacional José Martí.

líneas: 1. Dimensión ética: “Humanidad de Martí”, por Manuel I. Méndez, que fue a nuestro juicio el más sabio y fiel expositor de la vida y conducta martianas. 2. Dimensión político-social: “Teoría martiana del partido político”, por Julio Le Riverend, e “Introducción al estudio de las ideas sociales de Martí”, por José Antonio Portuondo, ajustados análisis marxistas, a los que se agregan “La República de Martí”, por Emilio Roig, y la memorable conferencia de Fernando Ortiz “Martí y las razas”. 3. Dimensión literaria: “La españolidad literaria de José Martí”, magistral ensayo de Juan Marinello, con “Aspectos de la crítica literaria en Martí”, por José Antonio Portuondo, “Martí, crítico del arte”, por Félix Lizaso y “Martí, poeta, y su influencia innovadora en la poesía de América”, por Ángel Augier. No pueden olvidarse en este aspecto los aportes fundamentales de Rubén Darío, Miguel de Unamuno, Gabriela Mistral, Juan Ramón Jiménez y Federico de Onís. 4. Dimensión periodística: “Martí, periodista”, por Gonzalo de Quesada y Miranda, que con ese título había publicado un libro en 1929. 5. Dimensión filosófica: “Martí y la filosofía”, por Miguel Jorrín; “Martí y las religiones”, por Emilio Roig; “Martí y el espiritualismo”, por Raquel Catalá. 6. Dimensión educacional (íntimamente ligada con la ética y filosófica): “La capacidad de magisterio de Martí”, por Medardo Vitier.⁴⁹

A diferencia de los alabarderos del sectarismo, en Cintio no hay descalificación ni ofensa contra los creadores que practicaban la ideología marxista. Sobre la poesía social de Nicolás Guillén, cuyo ejemplo capital lo es sin dudas su *Elegía a Jesús Menéndez*, reproducida extensamente en sus páginas, afirma Cintio con honda emoción: “La justicia y la poesía, hermanadas desde Heredia, fundidas en Martí, volvían a combatir juntas en poemas como éste, vivo mural trágico donde, sobre la vindicativa etopeya del «Capitán del Odio» y las cotizaciones manchadas de sangre de Wall

⁴⁹ Cintio Vitier, *Ese sol del mundo moral...*, pp. 145-146.

Street, se eleva el tallado elogio de Jesús, «negro y fino prócer, como un bastón de ébano»⁵⁰. Más adelante, resuelve con prestancia la sospecha de los intelectuales comunistas contra los poetas católicos de la revista *Orígenes*, cuando dice: “Con el tiempo se haría ostensible que *Orígenes* no era enemigo de *La Gaceta del Caribe*, sino que el enemigo de ambos era la frustración de la república y la traición de los gobernantes”⁵¹.

Una de las páginas más conmovedoras de este libro es aquella en que describe, con trazos breves y precisos, el devenir de la poesía cubana desde Heredia hasta la generación de *Orígenes*, y fertiliza como la emoción patria, de manera evidente o subterránea, es la imagen que guía siempre el misterio de sus versos. Me permito citarla *in extenso*:

Heredia había iniciado la conciencia poética de la patria, la libertad y la justicia. Plácido apresó la bondad en límpidos giros; Manzano, el esclavo, en la sombra estoica. José Jacinto Milanés, al descubrir la pureza, descubrió el escrúpulo, pasión del alma. Poetas del alma fueron Zenea y Luisa Pérez. Casal tocó el fondo metafísico de la desolación colonial cubana. En Martí lo íntimo y lo revolucionario se integraron en una sola agonía de signo redentor. Frustrada la república, Poveda y Boti buscaron refugio en la palabra, mientras Acosta se acercaba, en *La zafra* (1926), al lugar del crimen: los cañaverales, “el coloso norteamericano”. Martínez Villena rompía el hechizo, reasumiendo la ética martiana, pero al caer con la vanguardia de su generación dejaba al país entregado a la farsa y a su contrapartida el “choteo”, musas tristes de Tallet. Una nueva ética social, campesina y proletaria, que se anunciaba en Navarro Luna y en Pedroso, halló su formulación más plena en Guillén y su interiorización más fina en Mirta Aguirre. Otros líricos del “alma trémula y sola” proseguían su monólogo: Dulce María Loynaz, Brull, Ballagas, Florit,

⁵⁰ Ídem, p. 151.

⁵¹ Ídem, p. 153.

el aislado Samuel Feijóo, maestro de los coloquios del alma con la naturaleza y con los pobres, explorador de la sabiduría guajira. Vestido de memoria o de misterio, el “imposible” a la vez íntimo y nacional, histórico y trascendente, se apoderaba de los poetas de Orígenes.⁵²

Es notable también su reflexión en torno a tópicos de gran sensibilidad humana, como es su mención al testamento político del líder estudiantil José Antonio Echeverría, joven de profunda fe católica, y los intentos torpes de ocultar esa creencia tras el triunfo de la Revolución, suprimiendo unas líneas donde aludía al favor de Dios “para lograr el imperio de la justicia en nuestra patria”.⁵³ Sobre este pasaje, Cintio le cede la palabra a la severa crítica de Fidel a quienes pretendían, con esas mutilaciones, entronizar una versión falaz y perversa del análisis de los sujetos y procesos históricos. Aquella “crítica memorable de Fidel, primera voz de alerta contra el sectarismo”, afirmaba con singular vehemencia:

¿Seremos nosotros, compañeros, tan cobardes, y seremos tan mancos mentales, que vengamos aquí a leer el Testamento de José Antonio Echeverría y tengamos la cobardía, la miseria moral, de suprimir tres líneas (APLAUSOS), sencillamente porque esas líneas hayan sido expresión, bien formal de un modismo, o bien de una convicción que a nosotros no nos toca analizar, del compañero José Antonio Echeverría? ¿Vamos a truncar lo que escribió? ¿Vamos a truncar lo que creyó?

⁵² Ídem, pp. 157-158.

⁵³ Ídem, p. 182. El fragmento del llamado testamento político de José Antonio Echeverría al que se refiere Cintio dice: “Nuestro compromiso con el pueblo de Cuba quedó fijado en la Carta de México, que unió a la juventud en una conducta y una actuación. Pero las circunstancias necesarias para que la parte estudiantil realizara el papel a ella asignado no se dieron oportunamente, obligándonos a aplazar el cumplimiento de nuestro compromiso. Creemos que ha llegado el momento de cumplirlo. Confiamos en que la pureza de nuestra intención nos traiga el favor de Dios para lograr el imperio de la justicia en nuestra patria.” Citado por: René Anillo, “Biografía de José Antonio Echeverría”, en: Faure Chomón, *El asalto al palacio presidencial*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1969, p. 99. El hecho aludido ocurrió durante la conmemoración del quinto aniversario del asalto al Palacio Presidencial, el 13 de marzo de 1962.

¿Y preguntar si se puede quitar vamos a sentirnos aplastados, sencillamente por lo que haya pensado, o lo que haya creído en cuanto a religión? ¿Qué clase de confianza es esa en las ideas propias? ¿Qué clase de concepto es ese de la historia? ¿Y cómo concebir la historia de manera tan miserable? ¿Cómo concebir la historia como una cosa muerta, como una cosa putrefacta, como una piedra inmóvil? ¿Podrá llamarse “concepción dialéctica de la historia” semejante cobardía? ¿Podrá llamarse marxismo semejante manera de pensar? ¿Podrá llamarse socialismo semejante fraude? ¿Podrá llamarse comunismo semejante engaño? ¡No! Quien conciba la historia como deba concebirla, quien conciba el marxismo como deba concebirlo, y lo comprenda y lo interprete y lo aplique a la historia, no comete semejante estupidez (APLAUSOS)⁵⁴

Para el poeta, el triunfo de la Revolución el 1 de enero de 1959, no solamente desquició el antiguo régimen de dominación neocolonial, sino que también aquel día la patria “que estaba en los textos, en los atisbos de los poetas, en la pasión de los fundadores, súbitamente encarnó con una hermosura terrible, avasalladora”.⁵⁵ Aquella jornada épica es narrada como el advenimiento de una epifanía:

Y entonces llegó, con el día glorioso, con el primero de enero en que un rayo de justicia cayó sobre todos para desnudarnos, para poner a cada uno en su exacto sitio moral, la confrontación de los fragmentos de la realidad, que andaba rota y dispersa, a más de deshonrada: por lo tanto absurda, o enloquecida, o yerta. En un pestañear se rehízo la verdad, que estaba deshecha, en agonía o sepultada. La verdad, la realidad poética, la sobreabundancia del ethos desbordando las pesadillas de las puertas del infierno.⁵⁶

⁵⁴ Discurso pronunciado por el comandante en jefe Fidel Castro Ruz en el acto homenaje a los mártires del asalto al Palacio Presidencial, en la escalinata de la Universidad de La Habana, el 13 de marzo de 1962. Disponible en: Fidel soldado de las ideas (www.fidelcastro.cu)

⁵⁵ Cintio Vitier, *Ese sol del mundo moral...*, p. 192.

⁵⁶ Ídem, p. 193.

Pese a todo, se trataba de un proceso preñado de conflictos y sobresaltos, no solamente para las clases dominantes/dominadas, despojadas de sus privilegios y que abandonaron en masa el país, sino también para los hombres y mujeres de carne y hueso, trabajadores manuales o intelectuales que debían construir la nueva sociedad, al mismo tiempo que se transformaban a sí mismos. Por eso afirma con íntima vivencia:

Las hazañas y los logros de la Revolución, con sus dificultades, errores, problemas e insuficiencias, no tienen nunca un carácter estático; son otros tantos pasos dialécticos hacia el cumplimiento colectivo de un bien que en cierto modo impulsa y guía, a la vez que pone el sello de autenticidad a cada uno de esos pasos. La vivencia de la Revolución año tras año, día tras día, no iba a ser idéntica a la vivencia del triunfo de la Revolución en enero de 1959. Conflictos, perplejidades y desgarramientos serían el precio obligado para algunos. Pero de aquella primera vivencia había algo que se mantenía indestructible, vivo al fondo de todos los sucesos. Ese algo era, es, la raíz ética: raíz, como la propia palabra lo indica, no prescriptiva o normativa sino sustentadora y nutridora, nutrida ella misma de los jugos primigenios, de la tierra original del hombre, del acumulado humus de la patria.⁵⁷

Las páginas finales del libro nos llevan al 26 de julio de 1959, y la llegada de miles de campesinos a la ciudad con “la mano armada pero sin ira”, para conmemorar la fecha del Moncada. Aquella visión de los que llama con emoción “los sacros campesinos, el ejército más hermoso del mundo”, representaba para el poeta la imagen de una fecundación histórica: “para encarnar la palabra en la tierra, lo invisible en lo visible, la poesía en la historia”.⁵⁸ Pero también era el comienzo de “otros combates”, en cuyo devenir era fundamental el hecho de que existía la Revolución misma, en

⁵⁷ Ídem, p. 192

⁵⁸ Ídem, p. 194.

tanto “raíz, coherencia, identidad”.⁵⁹ La última oración del ensayo aparece entrecomillada, sin referencia de autor: “Y todo lo que parecía imposible, fue posible”.⁶⁰ ¿Quién era el secreto escritor de esa frase misteriosa? Pues nada menos que Fidel Castro, quien en su alocución por el 26 de julio de 1971 había expresado:

Para muchos teóricamente nuestra Revolución era imposible. Teóricamente sí: análisis de correlaciones de fuerzas, de armas del enemigo, de armas nuestras. Teóricamente era imposible la victoria. En las prisiones, en los lugares más apartados, ¡nunca la fe en la victoria se perdió! Ni el 26 de julio, después del asalto al Moncada; ni el 5 de diciembre, después que disolvieron la expedición del Granma; ni cuando quedamos 2, 10, 12, ¡nunca se perdió la convicción y la seguridad en el triunfo! (APLAUSOS.) Los teóricos habrían dicho: esa revolución es imposible. Los teóricos habrían dicho: esa guerra es imposible. Los teóricos habrían dicho: esa correlación de fuerzas entre revolucionarios y enemigos de los revolucionarios es imposible de superar. Pero la vida enseña que la cosa imposible, o aparentemente imposible, es posible en la realidad de la vida. Es posible sobre todo cuando los pueblos enarbolan las ideas, cuando las ideas revolucionarias se convierten en ideas de las masas, de los pueblos. Y todo lo que parecía imposible fue posible.⁶¹

Resulta incuestionable que uno de los contrafuertes intelectuales de *Ese sol del mundo moral*, habita en ese fragmento del discurso de Fidel y en su penetrante meditación sobre los imposibles históricos que se convierten, lezamianamente, en “posibilidad infinita”.⁶² Un

⁵⁹ *Ibídem.*

⁶⁰ *Ibídem.*

⁶¹ “Discurso pronunciado por el comandante en jefe Fidel Castro Ruz en la concentración efectuada en la Plaza de la Revolución José Martí, para conmemorar el XVIII aniversario del Ataque al Cuartel Moncada, el 26 de julio de 1971”, *Bohemia*, La Habana, año 63, no. 31, 30 de julio de 1971, p. 62.

⁶² Véase: José Lezama Lima, “El 26 de Julio: imagen y posibilidad”, *La Gaceta de Cuba*, La Habana, julio, 1965. Reproducido en: José Lezama Lima, *Imagen y posibilidad*, selección, prólogo y notas de Ciro Bianchi Ross, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1992, pp. 19-22.

testimonio aparentemente casual, pero no por ello menos revelador, es que Cintio le había escrito estas palabras a Luis Pavón en 1971, en la página inicial de su libro *Crítica sucesiva*: “Para Luis Pavón, celebrando con él las palabras de Fidel sobre “lo imposible” en este 26 de julio de 1971. *Su amigo. Cintio Vitier*”. La dedicatoria que remite al alegato de Fidel, además de revelar con transparencia la cordialidad sincera de Cintio, quien como martiano y creyente jamás albergó sentimientos de rencor, debió oprimir luego como una pesadilla la conciencia del censor.

En un diálogo realizado en 1981 con el poeta Emilio Bejel, y ante la pregunta de si *Ese sol del mundo moral* constituía una defensa de la Revolución desde una óptica no marxista, Cintio respondió con meridiana honradez:

En primer lugar, yo no soy marxista, lo que no quiere decir que no haya aprendido mucho del marxismo. Mi tendencia natural es más bien heterodoxa. Nunca he sido tampoco un católico cerrado, nunca pertencí a ningún tipo de organización católica, en fin, como católico hijo de un librepensador y que se hizo católico por libre pensamiento, hay en mí siempre algo poco ortodoxo (...) como quiera que sea, ese libro no está hecho con criterios marxistas, aunque hay cosas que sin la experiencia socialista, no hubiera podido ver de esa forma. Ahora bien, no hace falta que yo trate de demostrar que la historia de Cuba tenía que conducir a la revolución socialista; es que, de hecho, la historia de Cuba condujo a la revolución socialista.⁶³

En esa misma tesitura de análisis, el entrevistador le interrogó sobre las razones para unir en el ensayo a figuras tan disímiles y distantes ideológicamente como podían ser Félix Varela, Martí, Mella, José Antonio Echeverría o Fidel Castro. La réplica de

⁶³ Emilio Bejel, “Cintio Vitier”, en su *Escribir en Cuba. Entrevistas con escritores cubanos: 1979-1989*, Río Piedras, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1991, pp. 375-376.

Cintio fue sencilla y definitiva: lo que tenían en común esas personalidades era su *patriotismo* y su protagonismo en las seculares luchas de Cuba por alcanzar su independencia y realizar un ideal de justicia, que no era una aspiración igual a sí misma, sino que cambiaba y se enriquecía históricamente. En palabras de Cintio: “la justicia se va convirtiendo en ideales sucesivos, no es que se vaya renegando de las anteriores conquistas o concepciones, es que se van modificando hasta que se llega al planteamiento marxista, que yo comparto plenamente en lo socioeconómico; porque hay un problema de lucha de clases, hay un problema de explotación que es indiscutible. Mi única diferencia radica en una cuestión que, en definitiva, no es fundamental para la Revolución, ni para el proceso social, que son las creencias trascendentes”.⁶⁴

Vetada su publicación en Cuba por las sinrazones de la rigidez y la intolerancia, el libro apareció en México, por la Editorial Siglo XXI en 1975, en su colección de Teoría. No fue el único texto suyo que encontró espacio en dicha casa editora, fundada y dirigida por el argentino mexicano Arnaldo Orfila Reynal, pues su primera narración de ficción *De Peña Pobre: memoria y novela*, vio la luz en México en 1978 y dos años más tarde en La Habana, por la Editorial Letras Cubanas. En el caso de *Ese sol del mundo moral* la espera fue más larga, exactamente veinte años, aunque como me recuerda el hermano Norberto Codina, al constituirse en 1986 el Consejo Editorial de Ediciones Unión, con Ambrosio Fornet al frente, este propuso publicar entre sus primeros títulos *Ese sol del mundo moral*, cuestión que se vio dilatada por otros avatares, incluyendo la llegada del llamado “periodo especial”. Finalmente, superados los agravios y extravíos ideológicos de lo que algunos llaman “quinquenio” y otros “decenio” gris, el libro fue publicado en su patria en 1995, el lugar al que pertenecía por derecho propio y a cuyo pueblo estaba destinado.

⁶⁴ Ídem, p. 376.

Por eso me gusta pensar en *Ese sol del mundo moral* como un libro que renace siempre, que es capaz de derrotar imposibles históricos, como tanto le gustaba conjeturar a Lezama, y que expresa como pocos, en un lenguaje ameno, cordial y profundo, la verdadera naturaleza de las luchas y sacrificios del pueblo cubano, en aras de realizar aquel supremo ideal martiano: “conquistar toda la justicia”.

25 de septiembre de 2021, Centenario de Cintio Vitier

José Antonio Aponte en la historiografía y la literatura cubana. Con el título “Algunas miradas en la historiografía y la literatura cubana sobre José Antonio Aponte” fue publicado en: Felipe de Jesús Pérez Cruz (coord.), *Cuba en el movimiento independentista nuestro americano*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2012, pp. 79-92. Se ha revisado y ampliado para la presente edición.

Un poema cubano a la torre Eiffel. Una primera versión apareció en *La letra del escriba*, La Habana, no. 78, abril, 2009, pp. 12-13. Ampliado se publicó en *Revolución y Cultura*, La Habana, época V, no. 1, enero-febrero-marzo de 2017, pp. 80-83.

Un poema al inmigrante vasco de Agustín Acosta. Publicado en: *Vascos en Cuba*, William A. Douglass (coord.), Vitoria-Gazteiz, Servicio Central de Publicaciones del Gobierno Vasco, 2015, pp. 19-21. Se ha revisado y ampliado para la presente edición.

Agustín de Santa Rosa: épica y novela histórica. Inédito.

Un nuevo día: novela “sin ficción” sobre el Moncada. Publicado en: *La Jiribilla. Revista de cultura cubana*, La Habana, año XIX, no. 873, 1 de julio al 1 de agosto de 2020.

Viendo llover (otra vez) en La Habana. Con el título “Julio Travieso camina en La Habana bajo la lluvia”, fue publicado en *Matanzas. Revista literaria y artística*, Matanzas, año XVIII, no. 2, mayo-agosto, 2017, pp. 63-65.

La casa con el galeón colgado del techo. Publicado en: *La Jiribilla. Revista de cultura cubana*, La Habana, año XIX, no. 873, 1 de julio al 1 de agosto de 2020. Ha sido ampliado y revisado para la presente edición.

Fernando Ortiz y la *Revista Bimestre Cubana*. Publicado en: *Revista Bimestre Cubana*, La Habana, Sociedad Económica de Amigos del País, vol. CXXVIII, época III, no. 53, julio-diciembre, 2020, pp. 89-112.

El *Contrapunteo* de Fernando Ortiz: palimpsesto, historia y literatura. Una versión preliminar se publicó con el título de “*El Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar: 80 años de un clásico de nuestras letras*”, *La Jiribilla. Revista de cultura cubana*, La Habana, año XIX, no. 877, 1 de octubre al 31 de octubre de 2020. Con idéntico título se reprodujo en la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, La Habana, año III, no. 2, julio-diciembre, 2020, pp. 85-94 y en *Catauro. Revista cubana de antropología*, La Habana, Fundación Fernando Ortiz, no. 39, enero-junio de 2021, pp. 6-17. Ha sido ampliado y revisado para la presente edición.

La polémica relación de Fernando Ortiz con Orestes Ferrara. Publicado en: *Catauro. Revista cubana de antropología*, La Habana, Fundación Fernando Ortiz, no. 42, julio-diciembre de 2022.

Ramiro Guerra: caminante y testigo. Una versión preliminar se publicó con el título de “Ramiro Guerra y las memorias de un antiguo cafetal”, en: *La Jiribilla. Revista de cultura cubana*, La Habana, año XIX, no. 881, 16 de diciembre al 31 de diciembre de 2020. Reproducido en la revista *Islas*, Santa Clara, año 64, no. 201, enero-abril de 2022, pp. 58-76. Ha sido ampliado y revisado para la presente edición.

Manuel Moreno Fraginals: los aprendizajes del oficio de historiador. Una versión preliminar se publicó con el título de “Manuel Moreno Fraginals y los aprendizajes del oficio de historiador”, *La Jiribilla. Revista de cultura cubana*, La Habana, año XIX, no. 876, 1 de septiembre al 30 de septiembre de 2020. Ha sido ampliado y revisado para la presente edición.

Manuel Moreno Fraginalls y la literatura colonial cubana.
Inédito.

Ese sol del mundo moral: agonía y eticidad cubana. Apareció en:
Revista de la Biblioteca Nacional José Martí, La Habana, año 112,
no. 2, julio-diciembre, 2021, pp. 156-174.

RELACIÓN DE ILUSTRACIONES DEL LIBRO *MURMULLOS DE LA HISTORIA*

- Conspiración de Aponte. Historia gráfica de Cuba, Juan Emilio Hernández Giró. La Habana, 1939. Sala Cubana de la Biblioteca Nacional de Cuba José Martí (BNCJM).
- Manuel Serafín Pichardo. Fondos Bibliográficos BNCJM.
- Agustín Acosta Bello. Fondos Bibliográficos BNCJM.
- Agustín de Santa Rosa. Fondos Bibliográficos BNCJM.
- Foto de los asaltantes del Cuartel Moncada. Fototeca de la BNCJM.
- Portada del libro *Llueve sobre La Habana*, de Julio Travieso.
- Casa Borbolla (detalle) cortesía de Josefina de Diego.
- Don Fernando Ortiz, imagen tomada de la revista *Azul y Rojo*, La Habana, 1922.
- Caricatura de Fernando Ortiz por Conrado Walter Massaguer, *Social*, La Habana, noviembre, 1924, p. 78. Cortesía de Luis Díaz.
- Gerardo Machado y Orestes Ferrara en los Estados Unidos. Fototeca de la Oficina del Historiador de la Ciudad.
- Fotografía de Ramiro Guerra. Cortesía de Alberto Santamarina Guerra.
- Manuel Moreno Fraginal, *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, no. 2-2021.
- Caricatura de Anselmo Suárez y Romero, publicada por Ángel Mestre y Tolón en la revista *Camaféos* en 1865.
- Dedicatoria de Cintio Vitier a José Lezama Lima de *Ese sol del mundo moral*. Fondos Bibliográficos, Sala Cubana de la BNCJM.

ÍNDICE

Una ambición de vida /9

José Antonio Aponte en la historiografía y la literatura cubana /13

Un poema cubano a la torre Eiffel /47

Un poema al inmigrante vasco de Agustín Acosta /57

Agustín de Santa Rosa: épica y novela histórica /63

Un nuevo día: novela “sin ficción” sobre el Moncada /73

Viendo llover (otra vez) en La Habana /83

La casa con el galeón colgado del techo /91

Fernando Ortiz y la *Revista Bimestre Cubana* /105

El *Contrapunteo* de Fernando Ortiz: palimpsesto, historia
y literatura /135

La polémica relación de Fernando Ortiz con Orestes Ferrara /163

Ramiro Guerra: caminante y testigo /179

Manuel Moreno Fraginals: los aprendizajes del oficio
de historiador /209

Manuel Moreno Fraginals y la literatura colonial cubana /233

Ese sol del mundo moral: agonía y eticidad cubana /267

Sobre los textos publicados en este libro /297

Relación de ilustraciones /301

“De una manera, digamos pragmática, *Murmullos de la Historia* sirve de manera expedita al conocimiento histórico de cada una de las personalidades o materias estudiados porque Félix Julio Alfonso López sintetiza la historiografía anterior sobre hechos y figuras. Pero no es un repaso en modo escolar, es un buceo muy personal donde refulgen los hallazgos de este dedicado historiador, pleno sin dudas, en el cruce entre historiografía y literatura”.

OMAR VALIÑO CEDRÉ



FÉLIX JULIO ALFONSO LÓPEZ (Santa Clara, 1972). Doctor en Ciencias Históricas, Profesor Titular de la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz de la Universidad de La Habana y Miembro de Número de la Academia de la Historia de Cuba. Ha impartido cursos y conferencias en universidades cubanas y extranjeras. Autor de una docena de libros sobre historia, cultura y deporte.



ISBN 978-959-7137-78-8



9 789597 137788



BIBLIOTECA
NACIONAL
DE CUBA
JOSÉ MARTÍ



EDICIONES
BACHILLER